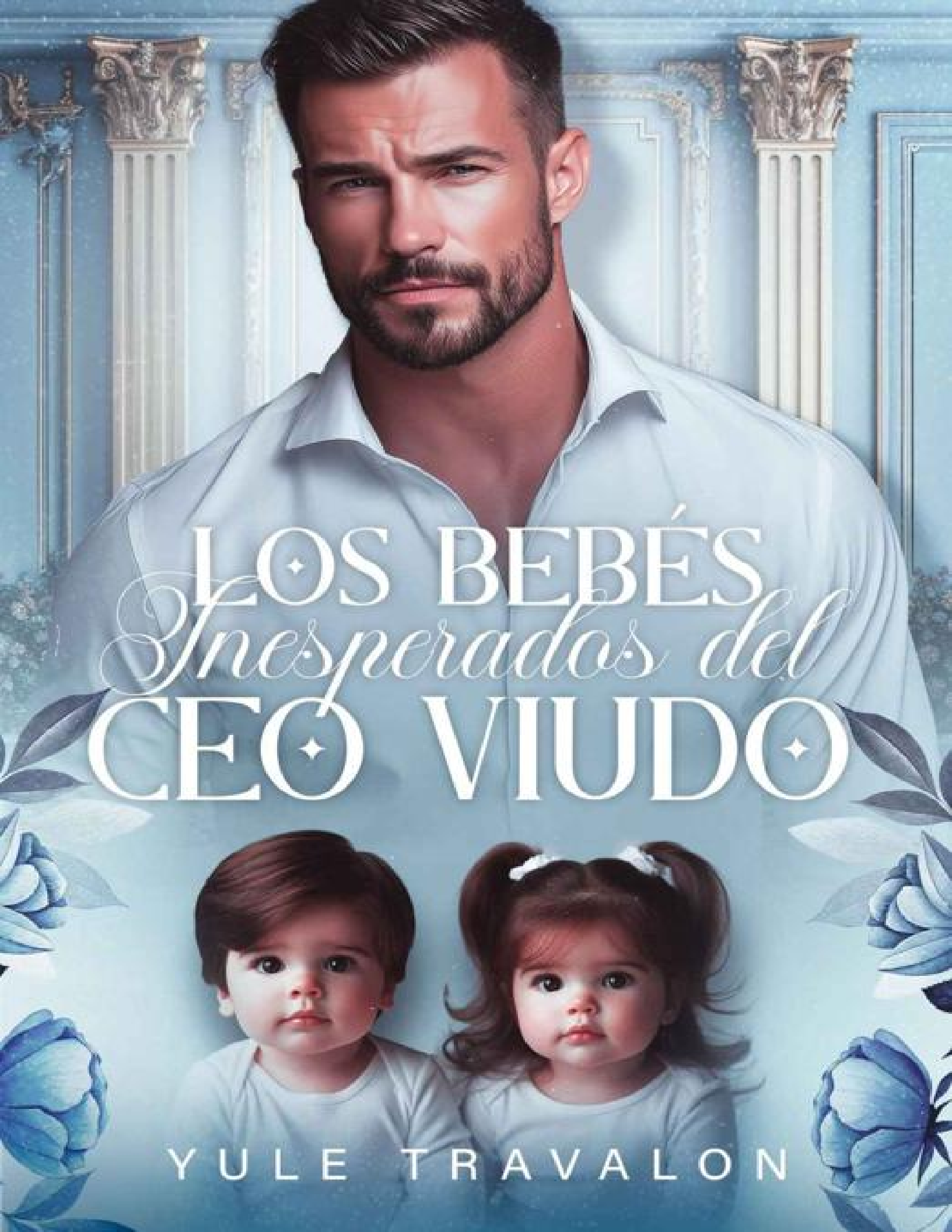

LOS BEBÉS
Inesperados del
CEO VIUDO
YULE TRAVALON

LOS BEBÉS *Inesperados del* CEO VIUDO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
NOTA DEL AUTOR
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Epílogo
Epílogo 2
¡Lee también!

NOTA DEL AUTOR



Mientras escribía este libro, recibí la noticia de que una gran amiga había fallecido. Danka Maia era, por falta de una expresión mejor, una fuerza de la naturaleza.

Decidí rendirle homenaje en estas páginas y en esta historia: hay dos personajes que llevan su nombre, *«Danka»* y *«Maia»*. También era una broma interna entre nosotros. Desde que corregí *«El otro rostro de Nora Deil»*, siempre jugábamos con esa duda: ¿quién era ella? ¿La santa o la desenfrenada? ¿La monja o la mujer indomable?

Al final, Danka era arte.

Como mi hermana mayor en el arte de escribir, me dejó un consejo que llevo conmigo: «Quien no vive para servir, no sirve para vivir». Y eso se reflejaba en su personalidad dulce, generosa y alentadora, que abracé todo lo que pude.

Te dedico este libro, Danka. Que tu memoria nunca sea olvidada.

*

Este libro puede contener desencadenantes relacionados con la violencia.

Lo construí desde el inicio como un cliché y decidí mantenerlo así hasta el final. Es una historia ligera (recomendada para mayores de 18, ¿vale?), pero está llena de emociones: puede que te rías, llores o incluso quieras matar a algún personaje mientras lees.

Espero que disfrutes de la historia de amor entre Massimo y Gabriela. Que suspires, sueñes y te deleites, como yo al escribirla. He puesto aquí todo mi amor por el arte.

Hace diez años, cuando empecé a publicar mis novelas en Amazon (sí, ya ha pasado un tiempo), escribía desde mis heridas, mis dolores y mis traumas. Y con cada lanzamiento sentía un poco de sanación, como si liberara mis sombras a través de las páginas.

Escribir este libro hoy me mostró que muchas cosas dentro de mí ya se han curado. Otras, aún duelen igual. Pero aprendí a vivir con más ligereza, con alegría y con paz… algo que en aquella época no me era posible.

Gracias por acompañarme hasta aquí y por demostrarme tu cariño hacia mi oficio y mi arte. Siempre soñé con ser leído, pero jamás imaginé que ese sueño me traería personas tan increíbles que no soltarían mi mano.

Espero poder mostrarte que he evolucionado, y que sigo escribiendo con la misma dedicación y entrega de siempre, como si fuera la primera vez.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

«La nieve y las tormentas matan las flores, pero nada pueden contra las semillas».

— Khalil Gibran.

Capítulo 1

Gabriela Sierra

—¿Qué quieres primero, la buena o la mala noticia?

Bianca me abordó en cuanto abrí la puerta del baño, se apoyó en la pared y me lanzó una mirada desafiante.

—La buena, por supuesto. —Fruncí el ceño.

Eran las cinco de la mañana. Estaba agotada por el día anterior. Lo último que quería era empezar el jueves con más caos del que podía soportar.

—La buena noticia es que ya no tendremos que compartir el piso con las otras chicas. —Bianca me guiñó un ojo, animada, de una forma casi caricaturesca.

—¿Qué quieres decir, Bia? —Pasé el peine por mi pelo mojado e intenté ir hacia el dormitorio, pero ella me lo impidió.

—Quiero decir que Érica, Letícia, Juliana y Steffany ya no van a vivir con nosotras. —Sonrió—. ¿No es una noticia estupenda?

—La mejor que he recibido en los últimos meses. —Suspiré.

Terminé de desenredarme el pelo y empecé a vestirme para ir al trabajo, allí mismo en el baño. Poco a poco, el espejo empañado por el vapor fue revelando mi reflejo: el rostro algo pálido, las cejas bien delineadas y expresivas, y los labios carnosos.

La noticia de Bianca empezó a hacer efecto.

Creo que aún estaba medio dormida cuando vino a contármelo, y por la forma en que me miraba, parecía que había algo más que quería decirme.

—Nunca me gustaron, desde el orfanato —saqué el tema.

Mi amiga asintió con la cabeza.

—Me hacían bullying a mí y a Raíssa. Si no fuera por ti, creo que hasta hoy no me tratarían con dignidad. —Le sonreí.

—A mí tampoco me caían bien. Pero ya sabes, no podíamos pagar el alquiler y los demás gastos solas, así que era más fácil vivir todas juntas. —Bianca me evaluó con la mirada.

Siempre fue como mi hermana mayor en el orfanato.

Siempre me sentí acogida, protegida y comprendida a su lado.

De repente, el corazón se me aceleró. Noté la mirada desesperada de Bianca y me quedé quieta, mirándola fijamente.

—No vamos a poder pagar el alquiler, ¿verdad? —Me llevé la mano al pecho.

—Creo que sí podremos.

—Uf... —Volví a mirarme en el espejo—. Entonces, ¿cuál es la mala noticia, Bia?

Con una sonrisa contenida, se apartó de la puerta del baño y fue hacia el pasillo que llevaba a los dos cuartos de las chicas: no quedaba nada. Cama, armario, tocador… nada.

Y como si dijera «aún no termina», Bianca me llamó con el dedo índice hasta el salón. Y ahí sentí el impacto de la mala noticia: sofá, televisor, estantería, cortinas… el salón había sido saqueado.

—¿Pensabas que eso era todo? —Se rió—. Ven…

—No… la cocina no…

—La cocina, sí.

La nevera que ayudé a pagar, los armarios con todos los utensilios, la vitro, el microondas… no quedaba ni rastro de que ayer, cuando llegué del trabajo, metí unas bandejas congeladas.

—No me digas que…

—Sí.

Bianca abrió la puerta del fondo.

—¿El perro? ¿Esas locas se llevaron hasta el perro? —Me llevé la mano a la cintura.

—¿Te ha gustado la noticia, amiga?

—Me ha encantado.

Nos miramos desesperanzadas, preocupadas y destrozadas. Pero al final, terminamos riéndonos… hasta que empezamos a llorar.

Ninguna de las dos había tenido nunca nada.

Y cuando cumplimos los dieciocho, nos despedimos del orfanato, la Casa de la Divina Providencia con una mano delante y otra detrás. Todo lo que yo tenía eran ropas viejas de segunda mano, el contacto de Bianca —con quien me fui a vivir— y la gracia de unas hermanas que me querían mucho y me recomendaron para un trabajo cuando vieron que no tenía perspectivas y estaba más perdida que cuando llegué al orfanato, siendo niña.

Y ahora, me sentía exactamente igual.

—Todo va a salir bien. —Bianca secó mis lágrimas y levantó mi rostro—. Vamos a lograrlo.

—Sí —fue lo que dijo mi boca, pero mi cabeza insistía en negar con fuerza.

—Eh. —Me dio un pellizco—. Las dos estamos trabajando, ganamos bien. Podemos cubrir los gastos y poco a poco recuperaremos todo.

—¿Cómo vamos a contarle todo esto a Raíssa? —Miré a mi alrededor, alarmada.

En todo el esplendor de sus veintidós años de madurez, Bianca dijo:

—No lo sé.

Yo tenía veinte. Y estaba muerta de miedo.

Raíssa tenía dieciocho. Acababa de salir del orfanato. No había conseguido trabajo y, para no quedarse sin rumbo, había empezado a hacer brownies y para vender por la noche en la playa.

¿Y ahora qué? ¿Dónde va a guardar sus dulces?

—¡Aaaaaaaah! —Un grito estridente vino del salón.

Bianca y yo corrimos hacia la habitación y vimos a Raíssa, con la cara hinchada de sueño y el pelo revuelto, mirando todo como si estuviera atrapada en una pesadilla.

—La buena noticia es que no necesitaremos contárselo —comentó la mayor con tono analítico.

—¿Qué ha pasado? —Raíssa recorrió la casa después de salir del shock.

—Las otras chicas se fueron y se lo llevaron todo —expliqué.

Se quedó parada en la cocina, mirando durante un minuto el vacío donde antes estaba la nevera. Luego dio media vuelta, la seguimos hasta el cuarto y se escondió debajo de la manta.

—La mala noticia es que vamos a tener que empezar desde cero... —añadió Bianca.

—Acababa de empezar desde cero —gimoteó Raíssa.

Me senté en la cama y acaricié su espalda, intentando consolarla.

—¿Y ahora, Gabriela? —me preguntó.

Siempre me sentí responsable de ella, porque era como una hermana menor, alguien a quien me aferré por no tener a nadie más. Y en los últimos dos años, desde que Bianca salió del orfanato, nuestro lazo se hizo aún más fuerte, porque solo nos teníamos la una a la otra.

—Ahora las dos tenemos que trabajar. —Bianca miró el reloj—. Y tú vas al cerrajero a cambiar todas las cerraduras. —Le entregó su tarjeta de crédito—. Luego te vienes a Copacabana con nosotras. Desde allí decidimos qué hacer.

—Es una buena idea. —Apoyé la cabeza en el brazo de Raíssa—. Todo va a estar bien, te lo prometo.

Ella salió de debajo de la manta y nos miró, con la cara empapada.

—Mis dulces... se llevaron mis dulces... —dijo, horrorizada.

—Los muebles, los dulces, el perro. Esas delincuentes se llevaron todo. —Bianca se encogió de hombros—. Y si no salimos ya mismo, Gabriela, también se van a llevar nuestros trabajos...

—Sí, no podemos llegar tarde. —Apreté la mano de Raíssa y le sonreí—. No te preocupes, lo resolveremos.

—¿Aún puedo volver al orfanato? —Nos miró, asustada.

—Claro. —Bianca asintió—. Solo tienes que hacerte monja.

Capítulo 2

Gabriela Sierra

El reloj de la cocina —ahora desaparecido— marcaría las 5:30 si aún estuviera allí. Pero no lo necesitaba para saber que ya íbamos tarde.

Dejé un beso rápido en la frente de Raíssa y salí con Bianca, con nuestras mochilas pesadas, cargando lo más valioso que teníamos: en mi caso, la cartera con el poco dinero que me quedaba para la segunda mitad del mes, mis vaqueros y la manta que llevaba desde que llegué a la Casa de la Divina Providencia.

—Qué día más bonito para empezar perdiendo la cabeza —Bianca respiró hondo y miró al cielo.

—O sea, un jueves cualquiera... —repuse.

La mañana seguía siendo noche cuando salimos de Madureira. El aire fresco del amanecer terminó de despejarme.

—¡Bia, corre, por Dios! —exclamé desesperada al ver que nuestro autobús estaba a punto de marcharse.

—Yo no corro ni detrás de un hombre, menos aún voy a correr detrás de un autobús —respondió.

—¡Pues más te vale correr si no quieres quedarte sin trabajo!

Después de una maratón, una dosis extra de desesperación y muchos gritos suplicando piedad, conseguimos subir al autobús abarrotado, apretándonos entre trabajadores medio dormidos y estudiantes con ojeras profundas.

Encontré un sitio junto a la ventana y me quedé mirando hacia fuera, viendo cómo Río de Janeiro empezaba a despertar.

—Se me ha ocurrido una idea —susurró Bianca con una mirada ansiosa y esperanzada—. ¿Te acuerdas de cuando ayudamos a Raíssa a vender los dulces en Copacabana?

—Sí.

—Creo que vamos a tener que repetirlo. Producir tres veces más y venderlo todo después del trabajo. Luego volvemos a casa y descansamos.

—Vale. ¿Y dónde vamos a producir? —Arqueé una ceja—. ¿Has olvidado que se llevaron nuestra cocina y nuestro horno?

—Vamos a tener que recurrir a...

—¿A Dios? —Sonreí.

—A las hermanas. —Bianca juntó las manos como si rezara—. Tú, que siempre fuiste su favorita, pide permiso.

—¿Yo? —Me sujeté con fuerza al respaldo del asiento mientras el autobús traqueteaba por las calles.

—Tú vas todas las semanas a cantar en el coro, ayudas a los huérfanos, te adoran. Hasta te consiguieron este trabajo —Bianca se agarró a mí cuando el autobús tomó una curva cerrada.

—Vale, llamaré...

—¡Eh, conductor! —gritó Bianca—. ¡Conduce recto, que no llevas ganado, eh!

El trayecto era largo, pero familiar.

Pasé el tiempo pensando en qué le diría a Raíssa cuando la viéramos y en cómo empezaríamos otra vez desde cero.

El viaje hasta la estación de metro Vicente de Carvalho se me hizo eterno. Y cuando por fin llegamos, bajamos corriendo como dos locas desesperadas, fuimos hasta el andén, pero el tren de la Línea 2 salió completamente lleno.

Tras gruñidos, empujones y resoplidos, conseguimos subir al siguiente tren, aunque de pie, porque en la estación Estácio tuvimos que cambiar a la Línea 1.

El tren serpenteaba por el subsuelo de la ciudad y mi mente se perdía entre preocupaciones y el traqueteo rítmico de las vías.

Cuando al fin llegamos a la estación Siqueira Campos, el sol ya empezaba a bañar las calles de Copacabana, que bullían de vida.

—Ya casi estamos... —dijo Bianca, intentando animarme.

—Creo que voy a empezar a ducharme en el trabajo, porque siempre llego jadeando... —Me limpié el sudor de la frente.

Solo logré respirar al ver la estructura moderna y lujosa de la Avenida Atlântica, justo frente a la playa de Copacabana.

Al cruzar las puertas giratorias, el aire acondicionado me envolvió de inmediato, en contraste con el calor húmedo del exterior. No importaba cuántas veces pasara por allí, el vestíbulo del hotel siempre me dejaba sin aliento por lo elegante y sofisticado que era.

El suelo de mármol pulido reflejaba la luz suave de las lámparas de cristal que colgaban del techo alto. Grandes arreglos florales con flores exóticas decoraban las mesas de vidrio, desprendiendo un aroma delicado que mezclaba lirios y orquídeas. Las paredes estaban revestidas con paneles de madera oscura y detalles dorados.

—Buenos días, Bia. Buenos días, Gabi —saludó Laura, la recepcionista, desde detrás del largo y sinuoso mostrador de granito negro.

—Buenos días, Laura. ¿Qué tal? —Me acerqué a ella.

—Bien. La señora Marta te está buscando. —Cogió el teléfono que sonaba—. Hotel 6 Continentes, habla Laura, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿A mí? —Señalé mi pecho con el dedo índice.

—Sí —murmuró, y me indicó con la mirada que debía ir en busca de mi superiora cuanto antes.

Aceleré el paso, pero no pude evitar fijarme en los sofás de cuero suave, en las obras de arte abstracto, en los televisores más grandes que había visto en mi vida, que hacían de aquel lugar un refugio de lujo y poder.

Quisiera que mi casa fuera así, pero en ese momento ni siquiera tenía casa, solo un piso vacío.

—¡Buenos días, Gabi! —Los empleados que pasaban me saludaban con amabilidad.

—¡Hola, chicos!

Las alfombras de seda amortiguaban mis pasos; las pesadas cortinas que enmarcaban los ventanales dejaban pasar una luz natural que bañaba todo con un resplandor dorado.

A diferencia del caos de mi vida y del vacío de mi casa, el hotel parecía crear una realidad paralela, una atmósfera donde los problemas del mundo exterior no tenían cabida.

Por eso, al acercarme al despacho de mi supervisora, reduje el paso y me dejé envolver por un poco de calma y refinamiento.

—Gabriela —la gerente vino hacia mí con pasos rápidos y decididos.

No me miraba con la seriedad habitual, sino con un aire de urgencia.

—Buenos días, señora Marta. ¿He hecho algo mal? —Tragué saliva, directa al grano, para librarme cuanto antes de la ansiedad.

—Por supuesto que no. —Su mirada se suavizó brevemente, aunque seguía siendo severa—. Has sido premiada seis veces el año pasado como empleada del mes, ¿correcto?

—Sí. —Sentí las mejillas arder, aliviada. Eso significaba que no me iban a despedir.

—Desde que entraste hiciste todos los cursos de hospitalidad y no hemos recibido ni una sola queja sobre tu comportamiento. —Me evaluó de arriba abajo y, al fin, sonrió durante medio segundo.

—Es cierto, señora Marta.

—Perfecto. Quiero informarte de que hoy llega un cliente muy importante. Se alojará en el ático de lujo. Así que, desde las siete de la mañana hasta el final de tu turno, será tu responsabilidad asegurarte de que todo esté perfecto para él. Su nombre es Massimo Zampieri. —Sus ojos se volvieron fríos y exigentes, esperando que entendiera la magnitud de la tarea.

—Por supuesto, señora Marta. Pero, ¿y si surge alguna otra urgencia?

—Creo que no me has entendido. —Ajustó sus gafas cat-eye—. El bienestar de ese hombre es tu prioridad. Las demás camareras

tendrán que reorganizarse sin ti, porque toda tu atención estará dedicada a él.

—Sí, señora.

—Puede que tengas que hacer horas extra... pero te garantizo que las propinas y el reconocimiento valdrán la pena.

—Está bien... —Mordí mi labio inferior.

—¿Crees que estás preparada, Gabriela?

—Lo estoy, claro que sí —asentí—. ¿Hay algo más que deba saber?

—Tiene un hijo. No te acerques al niño. Al parecer tiene alguna enfermedad contagiosa, no lo sé... —Se rascó la barbilla.

—Ajá...

—Solo sé que no le gusta que nadie se le acerque. Por lo demás, mantén el servicio al nivel más alto que exige nuestra cadena de hoteles.

—Sin duda —le guiñé un ojo—. ¿Puedo empezar ahora?

—Inmediatamente, Gabriela.

El peso de la responsabilidad cayó sobre mis hombros, pero estaba decidida. Sabía que podía hacerlo todo a la perfección. El día no había empezado bien, y necesitaba asegurarme de que todo volviera a su cauce, sobre todo con esta oportunidad.

Nunca había atendido a los huéspedes del ático, pero todos decían que, al ser tan ricos, solían dejar propinas generosas. Y eso era más que bienvenido ahora, justo cuando más lo necesitábamos.

Capítulo 3

Gabriela Sierra

Durante toda la mañana estuve ocupada limpiando el ático. No fue un trabajo fácil. El lugar era cuatro veces más grande que el piso donde vivíamos y la lista de exigencias del misterioso huésped me obligó a hacer varios viajes a la despensa en busca de almohadas extra, las mejores sábanas de algodón egipcio y todo lo necesario para dejarlo impecable antes de su llegada.

A la hora del almuerzo, me encontré con Raíssa frente al hotel. La pobre iba cargada de bolsas, así que cogí la mitad del peso para llevarlo hasta la Casa de la Divina Providencia.

—¿Y entonces, cómo fue tu día? —pregunté.

—Todas las cerraduras cambiadas. Y me gasté buena parte del dinero en comprar todo esto —suspiró.

—¿Pero por qué tantas cosas? No tenemos dónde guardarlas si sobra.

—Porque las hermanas nos dejaron usar la cocina del orfanato, pero con una condición: hacer dulces para los huérfanos y para ellas —bufó Raíssa, visiblemente molesta.

—Es un intercambio justo —le di un codazo con una sonrisa.

La Casa de la Divina Providencia estaba en Botafogo, cerca de Copacabana, así que el trayecto fue corto. Almorzamos allí con los niños y luego fuimos a la cocina a trabajar, bajo la atenta mirada de las hermanas Danka y Maia.

—Siempre detesté a esas chicas, que Dios me perdone —dijo la hermana Maia con tono ácido mientras organizaba las compras sobre la mesa.

—¡Maia, qué horror!

—Tú pensaste lo mismo, Danka, solo que eres demasiado dulce para decirlo —refunfuñó.

Las tres nos reímos mientras cocinábamos, nos ayudábamos mutuamente y compartíamos toda la información sobre los últimos cotilleos.

—Pero esta idea de vender dulces vino como anillo al dedo —dijo la mujer de aire gruñón, mirando a Raíssa—. Todavía no has encontrado trabajo, ¿verdad?

—No, hermana...

—Está en ello —interrumpí—. Siempre entrega currículums, está estudiando para el acceso a la universidad, y en vez de quedarse de brazos cruzados, empezó a hacer dulces para ganarse algo.

—Sí. Supongo que eso es lo que importa —la mujer probó un brownie como si fuera ácido.

—Chicas, por favor, no os distraigáis —pidió Danka—. Especialmente tú, Gabi, y Bianca.

—¿Por qué?

—Clara falleció hace poco —se mostró visiblemente afectada—. No os confiéis...

—¿Quién es Clara? —Raíssa metió la última tanda de brownies en el horno.

—Era una hermana... —explicó Danka, pero fue interrumpida con la mirada por Maia—. Que abandonó el celibato para casarse con un italiano.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotras? —Raíssa y yo empezamos a recoger los utensilios para lavarlos.

—Era la dueña del Hotel 6 Continentes, donde trabaja Gabi —respondió Danka—. Le pedimos una oportunidad para nuestra niña de oro y ella no dudó en ayudar.

—¿Ah, ha muerto? —Fruncí el ceño—. Que Dios la tenga en su gloria...

—Ahora que Clara ya no está con nosotros, no sabemos qué hará la familia con el hotel, así que, por favor, cuidad todo y no causéis

problemas.

—No se preocupe, hermana. En realidad, he sido empleada del mes tantas veces que no creo que haya ningún problema —dije, intentando tranquilizarla.

—Convencida —Raíssa me dio un codazo divertido.

—No es que sea convencida, es que es ejemplar —gruñó Maia—. Siempre hacía las camas de todas, ayudaba con la limpieza, organizaba todo… ¡una niña de oro!

Aunque me estaba llenando de elogios, la hermana Maia me miraba como si la hubiera ofendido personalmente.

—Está claro que, con tanto talento y un corazón tan grande, estaría mejor aprovechada en el convento, como monja —concluyó con tono solemne.

—Ah, pero Dios tiene un designio para cada uno, ¿no es así? —Danka sonrió con dulzura—. Y nuestra niña ahora hace felices a otras personas, y eso es lo que importa.

—Estaría mejor aprovechada en el convento.

Debo admitir que, cuando salí del orfanato, mi primera intención fue hacer votos y unirme a la congregación para cuidar de los niños, igual que las hermanas cuidaron de mí.

Estaba tan asustada que no salí de la habitación de Bianca durante una semana entera, porque me sentía acorralada, desprotegida, a merced de la vida... en una forma que hasta respirar parecía peligroso.

Pero también tenía sed de conocer el mundo, de probar cosas nuevas, de vivir emociones que, solo de imaginarlas, me hacían cosquillas en las manos y ardor en los pies.

Siempre tuve un fuego en el corazón, una ansia de vivir inexplicable, y con el tiempo entendí que quería seguir ayudando a las hermanas del orfanato, pero también construir una vida más allá de aquellos muros.

—¡Mira la hora! Tengo que volver al trabajo —empecé a lavar todo lo más rápido que pude.

—¿Puedes hacerme un favor? —Raíssa me miró con sus ojitos suplicantes.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes llevar esto al hotel? —Me mostró cuatro cajas organizadoras planas, llenas de brownies y cookies—. No voy a poder con todo sola...

—Y no te olvides de las huérfanas —murmuró la hermana Maia desde el fondo, sin perder su ironía habitual.

—Claro, yo las llevo —abracé a cada una de ellas como despedida —. Gracias por toda la ayuda, hermanas.

—Siempre que lo necesites, Gabi —Danka me estrechó las manos —. Nuestra cocina siempre estará abierta para vosotras...

—Siempre que ayudéis al orfanato —puntualizó la hermana Maia.

Salí de allí con las cuatro cajas y regresé al trabajo. En cuanto llegué, todos mis compañeros quisieron un dulce. A ellos siempre les hacía un descuento y los vendía a cinco reales.

Conseguí vender caja y media dentro del hotel.

—Será mejor que te lleves eso contigo, si no esas hormiguitas se lo van a comer todo —protestó Bianca.

—¡Gabriela! —me llamó doña Marta, y enseguida escondí las cajas detrás de mí—. Todos los productos de la lista de exigencias de nuestro huésped llegaron mientras estabas fuera. Por favor, colócalos en el ático.

—Sí, señora.

La mujer se fue y yo respiré aliviada. Tomé las cajas de dulces y las puse junto con las de las compras para el ático, y me dirigí al ascensor.

Puse las cajas de los dulces sobre la cama, para no olvidarme de cogerlas al salir.

Pasé el resto de la tarde descargando y organizando todo en los minibares, armarios y baños. Revisé las copas, vasos y tazas y, al ver que no estaban perfectamente relucientes, los lavé todos de nuevo.

Perdí completamente la noción del tiempo. Solo me di cuenta de que el sol se estaba poniendo cuando miré por la ventana, así que

fui a la parte exterior, me senté en una chaise longue blanca y redonda y contemplé la vista de la playa de Copacabana al final de otro día.

Y había sobrevivido.

—¿Gabriela?

El sonido de una voz femenina me recorrió el cuerpo como un latigazo. Me levanté de un salto, acomodé los cojines y fingí que estaba dando los últimos retoques al lugar.

—Ah, ahí estás —la gerente me miró—. Voy a inspeccionar el sitio, vamos a ver si haces honor a tu fama de meticulosa.

—Eso espero, señora —oculté mis manos sudorosas detrás del cuerpo.

Doña Marta marchó por el lugar como si fuera una general, atenta a cada detalle. No hizo ningún comentario, ni siquiera criticó mi organización; solo me lanzó una mirada que indicaba que había cumplido con sus expectativas.

—¿El cliente aún no ha llegado? —preguntó.

—Acaba de llegar, por eso vine a comprobar que todo estuviera impecable y no me ha decepcionado.

—Gracias.

—Tu casa debe ser una maravilla, Gabriela, felicidades.

—Eh... sí, lo es, doña Marta —tragué saliva, aterrorizada ante la idea de volver a Madureira y no encontrar ni mi cama por culpa de esas desgraciadas.

—Vamos.

Me escoltó fuera de la habitación y fuimos al ascensor de servicio.

Nuestro ascensor llegó junto con el otro.

Contuve la respiración al ver a un hombre alto, de casi dos metros, piel bronceada, el cabello perfectamente peinado en un atractivo tupé y unos ojos intensamente penetrantes, como si pudieran ver a través de mí.

Su traje, perfectamente entallado, exudaba elegancia y poder, y había un aura de autoridad en su porte.

No pude apartar la mirada, por más que quisiera.

Cuando la puerta de la habitación y del ascensor estaban a punto de cerrarse, nuestras miradas se cruzaron por un breve pero eterno instante. Él me observaba con una curiosidad serena, y un escalofrío recorrió mi espalda.

El aire a mi alrededor se volvió denso, cada latido de mi corazón retumbaba en el silencio del ascensor mientras me estremecía solo de recordar aquellos ojos azules subiendo por mi cuerpo, examinando mi uniforme y, finalmente, deteniéndose en los míos justo cuando las puertas se cerraron.

Me obligué a mirar hacia otro lado, como si aún me estuviera observando. ¿Quién era ese hombre que consiguió hacerme sentir tan pequeña y, al mismo tiempo, tan inexplicablemente atraída?

Mi corazón se aceleró y las palmas de mis manos comenzaron a sudar.

«Es un cliente», me dije. «Un huésped importante. Nunca se fijaría en mí en la vida real, solo me miró porque fui quien preparó su habitación.»

Pero la intensidad de ese breve encuentro me dejó inquieta, ansiosa por descubrir quién era y por qué, con una simple mirada, logró desestabilizarme de una forma que jamás había experimentado.

—¿Gabriela? —la voz de Marta me devolvió a la realidad.

—¿Sí? —respondí, algo aturdida.

—¿Algún problema? Parece que estás hiperventilando.

—No es nada, doña Marta. Creo que es solo por la prisa de dejar todo perfecto. Espero que el huésped disfrute del lugar.

—Lo hará. Todo estaba impecable —me dio unas palmaditas en la espalda—. Al salir, deja la tarjeta de acceso para la próxima camarera, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Doña Marta se dirigió a su despacho y yo fui hacia la zona de empleados, donde Bianca me esperaba.

—Por fin. Pensé que no ibas a salir nunca de ahí —cruzó los brazos—. ¿Qué te pasa?

—Y-yo... no lo sé...

—Amiga, pareces como si te hubieran dado un golpe en la cabeza, ¿estás bien?

—Creo que me lo han dado... —dije, todavía hipnotizada.

—¿Solo que no sabes si ha sido en la cabeza? —Bianca arqueó una ceja—. Olvídalo. Vamos, que estoy impaciente, inquieta, y aún nos quedan doce cajas de dulces por vender antes de volver a casa.

—Sí —parpadeé rápidamente.

—¿Amiga?

—¿Sí?

—¿Dónde están tus cajas de dulces? —Bianca miró mis manos vacías.

Inmediatamente, mi corazón se congeló y un sudor frío me empapó la espalda. Sentí un escalofrío en la columna y las piernas me temblaron. Mi cerebro, disfrutando de la escena, me mostró una y otra vez el momento en que dejé las cajas de dulces sobre la cama y el pensamiento vino a mí alto y claro: «Voy a dejarlas aquí para no olvidarlas al salir».

Agarré a Bianca del brazo y abrí los ojos de par en par, sintiendo que el corazón me iba a salir por la boca.

—¿Qué pasa?

—Los dulces se han quedado en el ático —respondí, angustiada.

Capítulo 4

Gabriela Sierra

Mi corazón martilleaba en el pecho mientras la culpa y el pánico me consumían. ¿Cómo pude olvidar los dulces en el ático? No era un simple descuido, era un error que podía costarme la reputación y mi pequeña fuente de ingresos extra.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —Bianca llamó mi atención.

—No lo sé.

Sabía que tenía que volver a buscarlos, pero ¿cómo hacerlo sin que nadie me viera?

—La camarera del turno de noche ya ha llegado, pero está ocupada reponiendo las bebidas y la comida importada en las demás habitaciones —avisó Marta mientras pasaba por el pasillo—. No te olvides de dejar la tarjeta de acceso antes de salir.

—No se preocupe.

—¡Chao, chicas! —se despidió y desapareció.

—¿Y ahora? —agarré a Bianca por los hombros.

—Ya está anocheciendo, hora punta. Yo distraigo a la camarera y tú vuelves a la habitación —propuso Bianca.

—¿Qué?

—Imagina que doña Marta descubre que su mejor empleada dejó objetos personales en la habitación del huésped más importante del hotel —me provocó—. ¡Dulces! ¿Y si el hombre es diabético?

Asustada y nerviosa, decidí esperar hasta que todo estuviera más tranquilo dentro de mí y más agitado en el hotel.

Al caer la noche, los ocho restaurantes del lugar se llenaban y el movimiento exigía la atención de todo el personal, lo que me daba

tiempo para cambiarme de ropa, organizar mis cosas e ir sigilosamente hasta el ático.

El ascensor de servicio emitió un leve sonido al abrir sus puertas, y contuve la respiración, esperando que nadie notara mi ausencia.

Caminé por los pasillos en silencio, cada paso sonaba como un trueno en mis oídos. Llegar al sitio más lujoso del hotel sin ser vista era casi una misión imposible, pero tenía que intentarlo, o Raíssa me mataría.

Acerqué el oído a la puerta para comprobar si venía algún sonido del interior, pero todo estaba en silencio. Entonces pasé la tarjeta de acceso y, de puntillas, entré al lugar.

La penumbra lo envolvía todo, pero aun así pude ver los contornos de los muebles lujosos y, más al fondo, la cama. La caja de dulces ya no estaba sobre el colchón, como la había dejado, sino sobre el cabecero.

Respiré hondo y conté los pasos, tratando de hacer el menor ruido posible. Fue entonces cuando me di cuenta: entre los dulces y yo había un hombre de casi dos metros de altura.

Mi corazón se desbocó como si estuviera en plena maratón.

Massimo estaba tumbado en la cama, la sábana de algodón egipcio cubría su cuerpo parcialmente, para ser sincera, solo hasta la zona de la ingle. Sus músculos estaban bien definidos, cada línea y curva parecían esculpidas por la perfección.

La luz suave de la lámpara junto a la cama realzaba su piel bronceada y su rostro sereno.

Parecía un dios griego dormido, inalcanzable y perfecto. Su pecho subía y bajaba con una respiración tranquila que creaba un ritmo hipnótico que casi me hizo olvidar a qué había venido.

Las gruesas piernas del hombre estaban al descubierto, y en una de ellas tenía tatuado el rostro de un dios griego, un anciano barbudo con expresión severa.

Su torso desnudo y sus brazos musculosos reposaban bajo su cabeza.

Incluso dormido, irradiaba una presencia imponente e irresistible, un aroma masculino que no era solo jabón o colonia, era algo más.

Mi corazón latía a mil por hora y cada pequeño movimiento que hacía sonaba como un estruendo.

Avancé con cuidado, intenté mantener la vista fija en las cajas, pero su pecho subiendo y bajando con esa respiración profunda me desconcertaba.

Concéntrate, Gabriela, por el amor de Dios. Solo tienes que ser rápida, coger las cajas y salir, sin que se dé cuenta —me reprendí mentalmente para centrarme en lo importante—.

Ya casi estaba allí. Solo unos pasos más.

Pero justo en el momento en que extendí la mano para agarrar la primera caja, una mano firme sujetó mi brazo y me arrastró hacia abajo.

Tragué en seco y mi cuerpo se congeló.

Levanté la mirada lentamente y encontré los ojos azules de Massimo, ahora abiertos y atentos, clavados en mí con una intensidad que me hizo olvidar cómo se respiraba.

El hombre no solo me sujetó, giró sobre la cama, haciendo que quedara de espaldas sobre el colchón mullido, y se colocó encima de mí, inmovilizando mis piernas con sus muslos fuertes y mis brazos con sus manos.

—Che cazzo stai facendo?[1] —su voz era grave y baja, un susurro que resonó en la habitación a oscuras.

Mi cuerpo tembló.

No fue solo un escalofrío o una simple sensación pasajera. Las placas tectónicas de mi cuerpo decidieron moverse todas a la vez, y sentí cada hueso, cada vena, el flujo de sangre recorriendo con tal intensidad que pensé que me partiría en dos.

—Yo... yo... —balbuceé, intentando encontrar las palabras, pero lo único que pude hacer fue quedarme mirando aquellos ojos que parecían hipnotizarme.

Los dedos de Massimo acariciaban suavemente mi piel.

Sus ojos descendieron por mi cuerpo, como si me estuviera desnudando con la mirada. Y cuando su rostro se acercó al mío, cerré los ojos, como si fuera a estrellarme contra una pared.

Me olió con tanta intensidad y profundidad que mi cuerpo dejó de temblar y empezó a deshacerse.

No sé por qué, si fue por nervios o simplemente un brote momentáneo, solté:

—No hablo francés.

El hombre frunció el ceño, y aquellas arrugas en su rostro fueron el toque final para que me desmayara —aunque solo por dentro— en sus brazos.

La presión se me bajó. Massimo mantuvo su mano sobre mi cuerpo, pero en lugar de sujetarme los brazos, me sostuvo por la cintura con firmeza.

Me tiró hacia delante, dejándome sentada frente a él. Sostuvo el peso de mi cuerpo como si no significara nada, y aun así no se alejó. Al contrario, se acercó más a mí.

Su nariz larga presionó la mía y sus labios rozaron suavemente los míos cuando gruñó:

—Ti ho chiesto: che cazzo pensi di fare?[2] —su aliento caliente tocó mi piel.

Y me derretí aún más.

—Si sigues hablándome así, creo que voy a tener un orgasmo —murmuré.

—No deberías estar aquí.

Cuando dijo eso en voz alta, me volví a estremecer y a temblar. Solo de imaginar que había entendido lo último que dije, me dieron ganas de meter la cabeza bajo tierra como un avestruz.

—Por favor, señor Massimo, por favor —abrí los ojos como platos, casi llorando—. Solo olvidé algo —por fin conseguí hablar—. Solo quería entrar, cogerlo e irme sin molestar.

El hombre simplemente alzó una ceja, sin soltarme ni alejarse.

—¿Y qué puede ser tan importante como para arriesgarte a entrar en la habitación de un huésped mientras duerme?

—Dulces.

—¿Drogas? —me fulminó con la mirada.

—¡Dulces! Brownies y cookies. Nada de droga. Necesito venderlos para recaudar fondos para el orfanato —terminé diciendo eso, aunque no fuera del todo cierto.

Y odiaba mentir, tanto como odiaba las mentiras.

Pero, por increíble que parezca, la expresión de su rostro se suavizó por un breve instante. Massimo me soltó despacio, sin apartar la vista de la mía.

—Va bene[3].

—Me voy, lo juro —uní las manos en forma de súplica.

—¿Qué?

—Tomo mis dulces y me voy —volvió a hablar en portugués, como si le resultara bastante natural.

Massimo se tumbó, se cubrió la entrepierna con la sábana y colocó ambos brazos bajo la cabeza.

—¿Todavía estás aquí?

Al darme cuenta de que había estado quieta todo ese tiempo, con la espalda apoyada en el cabecero, de rodillas sobre la cama y con la mirada perdida, me lancé fuera del colchón, rodeé la cama, agarré las cajas de dulces y salí corriendo de puntillas.

Cerré la puerta, entré en el ascensor de servicio y corrí como si me fuera la vida en ello hasta la zona del personal, donde encontré a Bianca entreteniendo a la chica del turno actual.

—¡Ya era hora de que volvieras! —se quejó, malhumorada—. ¿Dónde está la tarjeta de acceso? —Extendió la mano.

—Aquí. Perdón.

—Espero que esté todo en orden, ¡o se lo cuento a Marta! —Se marchó pisando fuerte.

—¿Y bien? ¿Están ahí los dulces? —preguntó Bianca.

—Sí. Ahora vámonos de aquí —le agarré del brazo y la arrastré para salir del hotel lo más rápido posible.

Capítulo 5

Gabriela Sierra

Salí del hotel como si estuviera huyendo de una escena del crimen.

Aún sentía el calor de las manos de Massimo sobre mi piel y el eco de su voz grave resonando en mis oídos. Mi corazón no desaceleraba, una falta de aire me invadió hasta obligarme a sentarme cerca de la playa, mientras Raíssa venía hacia nosotras.

El aire nocturno del paseo marítimo de Copacabana parecía más fresco, pero no era suficiente para enfriar el calor que corría por mis venas.

Bianca me acompañaba, su mirada llena de preguntas a las que no tenía, o no sabía si quería dar, respuestas.

—¿Vas a decirme qué pasó ahí arriba o no? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y preocupación en la voz—. Porque parece que viste un fantasma, Gabi.

Todavía estaba intentando procesarlo todo.

Massimo, su toque, la forma en que me inmovilizó, luego me sostuvo, me atrajo hacia él, como si tuviera derecho a hacer lo que quisiera con mi cuerpo.

Era aterrador y excitante al mismo tiempo.

Y eso me avergonzaba.

—Me... me pilló —admití, y mis manos empezaron a temblar al recordarlo.

—¿Quién te pilló? —se acercó, con los ojos brillando de curiosidad.

—El nuevo huésped. Massimo Zampieri, se llama.

—¿Pero te pilló dónde? —Bianca abrió los ojos—. ¿Te agarró del cuello como si fueras una gallina y te zarandeó?

—¿Qué? ¡No!

—Ah. —Pareció levemente decepcionada—. ¿Y estás bien?

—Me estoy recuperando. Fue solo... intenso.

—¿Intenso? —Bianca levantó las cejas de forma insinuante.

—No lo sé, fue como si ya nos conociéramos de antes. Y al mismo tiempo, como si fuéramos completos desconocidos —me pasé la mano por el brazo—. La manera en que ese hombre me tocó... nunca sentí nada así.

—Qué delicia —Bianca guiñó un ojo y se quedó observando a la gente jugando al vóley en la playa.

—¡Por fin! —Raíssa llegó jadeando, cargando seis cajas de dulces, solo dos llenas—. ¿Y los dulces?

Miró mis cajas como si fueran lo más valioso del mundo.

—Aquí están —le entregué una a una, sintiendo una mezcla de alivio y agotamiento.

Raíssa empezó a organizar todo rápidamente, nos dio las cajas vacías y se quedó con las tres restantes.

—Vendiste todas las cookies. ¡Guau! —me felicitó.

—No. No, ahí había una caja entera de cookies —arqueé una ceja.

Comprobé que los brownies estaban intactos, pero faltaban al menos veinte cookies. Y como vendíamos cada una a siete reales, eso significaba 140 reales, lo que ya cubría todos los gastos de materiales y transporte.

—¿Cómo? —me rasqué la nuca.

—Creo que el guapetón se comió todas las cookies —Bianca se echó a reír.

—¿Qué guapetón? —preguntamos Raíssa y yo al unísono.

—Massimo Zampieri.

—¿Quién es Massimo Zampieri? —Raíssa frunció el ceño.

Bianca nos mostró su móvil, donde había buscado el nombre del hombre en Google. No había fotos suyas sin camisa, claro, pero eso no era lo que me llamaba la atención.

El hombre tenía páginas y páginas asociadas a su nombre, parecía ser alguien muy importante.

—¿Es una celebridad? —Tomé el teléfono para comprobar.

—No, amiga. Peor.

—¿Peor? —Mi corazón se detuvo un segundo—. ¿Qué puede ser peor?

Y mis ojos leyeron rápidamente una pequeña biografía del huésped en la habitación más cara del hotel 6 Continentes: Massimo Zampieri, 37 años, CEO y heredero de la cadena internacional de hoteles 6 Continentes.

—Es tu jefe —Bianca se rió como si acabara de lanzarme una maldición.

—No —negué con la cabeza—. No, claro que no, debe de ser una broma... Marta es mi jefa.

—Sí, pero él es el jefe de Marta. Mejor aún: él es el dueño de todo eso —Bianca señaló el hotel con la cabeza, al otro lado de la calle.

—Voy a desmayarme —me agarré a mi amiga al sentir que las piernas me flaqueaban.

—¡Nada de desmayarte! —Raíssa me sacudió—. Vamos a terminar de vender los dulces, volver a casa y rezar para que todavía tengamos camas.

—Qué pesadilla, Dios mío —me masajeé las sienes—. Esto no puede empeorar...

—Claro que puede, amiga. Puede hacer que te despidan —Bianca se divertía.

—O intentar acostarse contigo —Raíssa hizo una mueca.

—¿Y eso es empeorar para ti? —Bianca parecía fascinada.

—¡Por supuesto! Es mi jefe, un hombre mayor, asquerosamente rico, seguro se siente el dueño del mundo. Querrá controlarme y

mandarme, y si no hago lo que quiere, me desechará —Raíssa compartió su visión, un tanto traumática.

—Amiga, eso fue muy específico. ¿Estás bien? —Bianca le ofreció sentarse con nosotras, pero Raíssa negó con la cabeza.

—¿Y por qué eso no te parece algo malo a ti? —le lanzó la pregunta a Bianca.

—Rai, mi amor, llega una edad en la que todo lo que una mujer quiere es un viejo rico, controlador y que le cubra todas las necesidades —Bianca se levantó y se dio unas palmaditas en el trasero para sacarse la arena—. Yo solo dejé que esa edad me alcanzara antes.

—Yo nunca querré eso —refunfuñó Raíssa.

—Yo tampoco —me levanté y seguí a mis amigas—. Me da un poco de miedo.

—¿Sabes qué da miedo, amiga?

—¿Qué?

—El hecho de que mañana vas a tener que cobrarle 140 reales a Massimo Zampieri —Raíssa parpadeó dulcemente.

—¿Qué? —Abrí los ojos como platos—. ¿Por qué?

—Porque yo no pienso quedarme en números rojos. Y él es demasiado rico, 140 reales no le hacen falta. ¡Para mí, son todas las cuentas del mes pagadas!

Raíssa se adelantó, cambiando de humor rápidamente para seguir vendiendo dulces. Y Bianca y yo la seguimos, cansadas, pero listas para ayudarla.

Capítulo 6

Massimo Zampieri

Río de Janeiro me recibió con una oleada de calor húmedo y un cielo despejado. La ciudad era exactamente como la recordaba de cuando estuve aquí de niño: Río palpitaba con una energía vibrante, todo parecía más colorido y envolvente, muy distinto al hotel en Londres, donde había estado el último mes.

—¿Estás mareado? —le pregunté a Giovanni, mi hijo de seis años.

Evitaba hablar; la enfermedad parecía estar ganándole la partida y se le veía débil. Como respuesta, solo asintió con la cabeza.

—Papá va a conseguirte medicina y algo rico para comer. ¿Tienes hambre?

Me indicó que sí.

Le acaricié la cabeza con ternura, hasta que Francesca, la hermana de mi esposa fallecida —que había muerto en el parto de Giovanni y desde entonces había dedicado su vida a cuidar de mi hijo como si fuera suyo—, me interrumpió.

—No te preocupes, Massimo, yo me encargo de él —dijo con una sonrisa suave.

—Ha sido un viaje largo, Francesca. Te sugiero que descanses y dejes al pequeño a mi cuidado —le tomé la mano.

—No, el que necesita descansar eres tú —me masajeó el dorso de la mano—. Acabas de perder a tu madre... tienes negocios que resolver en Brasil... deja que Giovanni esté en buenas manos.

—No, yo cuidaré de mi niño.

Entramos en el coche y Giovanni apoyó la cabeza en mi brazo. Su pequeña mano se posó sobre la mía y cerró los ojos.

—¿Crees que aguantas hasta...?

No terminé de hablar. Giovanni vomitó sobre mi traje.

—¡Pare! —ordené al conductor de inmediato.

Cogí a mi hijo en brazos y lo llevé a un rincón de la carretera. Le froté la espalda mientras terminaba de vomitar. Me quité el traje y lo metí en una bolsa.

—Papá, ¿me estoy muriendo? —preguntó Giovanni en voz baja, sin fuerzas, más pálido que nunca lo había visto.

—Tonterías. Solo es el mareo del viaje. Yo también me siento así, no te preocupes.

Saqué agua y una toalla, le limpié la boca y luego me quedé un momento contemplando la ciudad.

—Tu abuela nació aquí —le acaricié la cabeza—. Ella amaba este lugar.

—*Bonito* —asintió Giovanni.

—No te esfuerces, por favor —le besé la coronilla—. ¿Crees que puedes volver al coche? ¿O prefieres terminar aquí?

Sin responder, volvió al coche y yo lo seguí. Dejé la ventana abierta; el trayecto pareció eterno por mi preocupación por Giovanni, pero cuando llegamos, parecía como nuevo.

El Hotel 6 Continentes de Río de Janeiro, una de las joyas de nuestro imperio, brillaba imponente contra el horizonte de Copacabana. De los más de 7.000 hoteles repartidos por el mundo, este siempre me pareció el más bonito.

Era el favorito de mi madre.

Y al verlo justo antes del atardecer, entendí por qué.

En cuanto entré al vestíbulo, fui recibido con deferencia. La gerente quiso acompañarme hasta el ático, pero la interrumpí enseguida, aprovechando para desempolvar mi portugués.

—Giovanni y yo quisiéramos comer en el restaurante italiano —le tomé la mano al pequeño.

—Por supuesto. Mientras tanto, daremos los toques finales para que todo esté según sus exigencias —respondió la mujer, y se despidió.

Aunque había estado aquí de niño, me ubiqué rápidamente. Llevé a mi hijo al restaurante y noté que parecía tener mejor color. Respiré aliviado.

Debía de ser solo el efecto del viaje, como el sueño que ahora me vencía.

—¿Qué quieres comer, Gio?

Señaló enseguida en el menú la pizza frita y el gelato.

—¿Qué te parece si primero pedimos algo saludable? —le mostré el risotto, vitello con setas, pescado y varias pastas hechas con los mejores granos del mundo.

Giovanni volvió a señalar la pizza.

—Vale, pero sin gelato —asentí y llamé al camarero—. Una pizza frita para el pequeño y un risotto para mí.

Me quedé un rato observando a Giovanni, que parecía distraído contemplando el mundo a su alrededor. Era un niño naturalmente curioso y apasionado por descubrir cosas nuevas, eso lo había heredado de mí.

—Estoy muy cansado y necesito dormir, pero mañana iremos a la playa, te lo prometo. ¡Y te aseguro que nunca has visto una playa como esta! —intenté animarlo.

Pero parecía poco interesado en todo lo que le decía. Tal vez solo era el cansancio.

Trabajé un poco para mantener la cabeza ocupada, respondí algunos correos en el móvil y, cuando menos lo noté, ya teníamos la comida frente a nosotros. Giovanni y yo comimos despacio y, al terminar, el pequeño estaba completamente dormido, mientras afuera el atardecer era espectacular.

Me quedé un rato contemplando la belleza de la naturaleza y ese presente que la vida me ofrecía, que dormía sereno y sin dolor.

Cuando el momento pasó, me levanté y tomé a Giovanni en brazos. Lo llevé a la suite del ático, que parecía un verdadero

santuario. Algo que me resultaba familiar, pero que ahora, por alguna razón, me parecía vacío.

Dejé a mi hijo en la cama principal mientras deshacía las maletas, sintiendo cómo el peso de la responsabilidad volvía a caer sobre mis hombros.

Río me traía recuerdos de mi madre, y cada rincón de este lugar parecía susurrar fragmentos de su vida.

Fui a darme una ducha y estuve al menos media hora intentando quitarme la tensión, el cansancio del viaje y el olor del pequeño accidente. Pero fue inútil.

El corazón se me oprimía solo de imaginar que en cualquier momento podían apartarme de Giovanni. Y la exigencia de mi padre de deshacerme de este hotel lo antes posible también me dejaba exhausto.

Me sequé, me puse un bañador blanco y volví al dormitorio. Cogí a Giovanni en brazos y lo llevé a su habitación, cerré las cortinas, puse el aire acondicionado a 21 grados, lo arropé y le di un beso en la frente.

Al regresar a mi habitación, vi unas cajas de dulces abiertas sobre la cama. Las cerré, las dejé sobre el cabecero del otro lado y me quedé respondiendo correos hasta que los ojos comenzaron a pesarme.

Estaba a punto de dormirme cuando escuché un sonido leve.

Abrí los ojos, alerta, y vi una figura moviéndose en la penumbra. Mi cuerpo se tensó, listo para reaccionar ante cualquier amenaza. Y cuando se acercó a mí, no lo dudé ni un segundo: la agarré del brazo e inmovilicé debajo de mí.

Era una... *bella creatura*.

—Che cazzo stai facendo?[4] —mi voz sonó como un gruñido bajo, lo suficiente autoritario para imponer respeto, pero sin despertar a Giovanni.

Ella intentó responder, pero parecía perdida, su respiración era rápida e irregular. Había algo cautivador en la forma en que se

mostraba vulnerable, atrapada en mi presencia. Sus ojos estaban llenos de miedo… y algo más, algo que no alcanzaba a descifrar.

—Yo... yo... —balbuceó, buscando palabras.

Levanté una ceja, aún sujetando sus brazos con firmeza. Intentó explicarse, dijo algo sobre dulces y un orfanato. Su voz temblaba, pero había en ella una sinceridad imposible de fingir.

La solté lentamente, sin apartar mis ojos de los suyos.

—Va bene[5] —dije, intentando tranquilizarla.

Ella se recompuso, murmurando disculpas.

Había algo casi hipnótico en su forma de moverse, como si siempre estuviera a punto de escapar. Y debo admitir que lo más difícil fue soltarla y dejarla ir, porque de alguna manera, todos mis sentidos se encendieron en el momento en que la toqué.

Mis ojos brillaban como si estuvieran frente a algo valioso. Mis oídos se agudizaron con el sonido de su respiración y, en algún momento, noté que casi estábamos sincronizados. Mi nariz quería olerla, no solo el cuello, sino entera.

Tenía un aroma distinto a todo lo que había olido antes y eso me trastornó profundamente, hasta el punto de sentir que mi cuerpo no podía contener la intensidad con la que la sujetaba. Mis manos… no querían otra cosa que tocarla.

Y aunque habíamos intercambiado unas cuantas palabras, sin duda eso no era lo que mi boca quería hacer.

Volví a tumbarme, observando cómo recogía los dulces y salía apresurada.

Cerré los ojos de nuevo, pero el sueño no llegó fácilmente.

El recuerdo de su contacto, la suavidad de su piel y la intensidad de su mirada seguían conmigo. ¿Cuál era su nombre? Había algo en ella que necesitaba entender, algo que me atraía de una forma imposible de ignorar.

—Estoy a su disposición, señor Zampieri —fue así como el gerente nocturno me atendió, hablando en italiano.

—Quiero el nombre y la foto de todos los empleados del hotel. *Ahora*.

Capítulo 7

Gabriela Sierra

Me desperté al día siguiente con una sensación de inquietud que no conseguía quitarme de encima. El recuerdo del encuentro con Massimo seguía fresco en mi mente, y sabía que tendría que volver a verlo, sobre todo porque Raíssa exigía que le cobrara los 140 reales.

Cuando llegué al hotel, el ambiente familiar parecía distinto, como si estuviera cargado de una tensión invisible.

Entré al vestuario del personal, me cambié de ropa y me preparé para el día. Al pasar por el pasillo, vi a doña Marta conversando con algunos compañeros.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, me llamó:

—Gabriela, necesito hablar contigo.

Tragué saliva, intentando mantener la calma mientras me acercaba.

—¿Sí, señora?

—Me enteré de que tuviste un pequeño contratiempo anoche —dijo, analizándome de arriba abajo.

Asentí, esperando una reprimenda.

—El señor Massimo Zampieri me buscó esta mañana —continuó, y sus palabras hicieron que mi corazón volviera a acelerarse—. Me contó todo lo que pasó.

Estaba a punto de desmayarme, cuando añadió:

—Dijo que entraste en su ático por error y que le explicaste la situación. No se molestó, al contrario, pareció bastante comprensivo.

Sentí un alivio recorrerme todo el cuerpo.

—Y elogió mucho tu limpieza y organización. Exigió que seas la encargada del ático durante toda su estadía —doña Marta evaluó mi reacción.

Me quedé inmóvil. Apenas pestañeaba, ni siquiera estaba segura de estar respirando.

—¿Él... pidió por mí?

En ese momento, la gerente me entregó una tarjeta de acceso y, por el gesto que hizo con el rostro, parecía que no debía devolverla pronto.

—Sí, parece que causaste una buena impresión. Espero que mantengas el nivel del hotel, Gabriela. El señor Massimo es un huésped muy importante para nosotros —me lanzó una mirada severa.

Importante era una palabra interesante cuando uno quería decir: el dueño de este lugar.

Asentí con la cabeza.

—Haré lo mejor que pueda, señora.

—Y sin jueguecitos —antes de marcharse, me agarró del brazo y su voz sonó áspera.

Cuando se fue, me quedé quieta un instante, intentando procesarlo todo. Massimo había pedido por mí. ¿Qué significaba eso? ¿Había algo más detrás de aquella solicitud?

Fui a la zona del personal para hablar con Bianca, pero en cuanto llegué, ella me interrumpió:

—El ático está llamando —señaló hacia arriba con el dedo—. Aprovecha y cóbrale el dinero —me guiñó un ojo.

—No sé si soy capaz —me aferré a su brazo, rogando por ayuda.

—Raíssa no va a vender nada hoy, porque tiene una entrevista de trabajo. Y estamos sin nevera, así que lo que sobró de ayer se va a estropear... —suspiró, presionando los labios—. Esa plata nos va a hacer falta, Gabi.

Con el corazón encogido y la mente en un torbellino, me dirigí al ático con el carrito de limpieza. Vi que en la puerta colgaba el cartel

de *no molestar*, lo que indicaba que el lugar podía ser limpiado.

Abrí la puerta, aliviada al pensar que no había nadie allí. El ambiente estaba tranquilo, en silencio. No parecía haber ningún peligro.

Empecé a trabajar, intentando concentrarme en todo lo que estuviera fuera de lugar. La verdad es que había muy poco por hacer. Lo principal fue sacar la basura de los baños, hacer inventario de la nevera —donde encontré la prueba del crimen: las cookies escondidas al fondo— y arreglar las camas.

Con cada movimiento, cada sonido, esperaba que él apareciera.

Y cuando estaba frente a su amplia cama, dejando todo perfectamente alineado, Massimo apareció por el pasillo. Llevaba puesta una camisa blanca perfectamente planchada, pantalones azul marino de corte italiano y unos zapatos brillantes que parecían recién lustrados.

Su presencia llenaba el espacio de una forma avasalladora.

—Buenos días, Gabriela —levantó la taza de café.

Oír mi nombre salir de su boca provocó una oleada de emociones contradictorias: miedo, excitación, ansiedad. Apenas podía moverme y él parecía disfrutarlo.

—Buenos días, señor Zampieri —intenté mantener la compostura.

Él esbozó una sonrisa amplia, lo que hizo que mi corazón se acelerara aún más. Acercó la taza a sus labios y bebió lentamente.

—Massimo, per favore[6].

Sentí un escalofrío cuando mezcló portugués con italiano de esa forma tan encantadora. Pero traté de ignorarlo completamente para volver al trabajo, aunque el peso de su mirada seguía sobre mí.

Mientras terminaba de hacer la cama, ajustar las almohadas y ordenar la cabecera, no pude ignorar la tensión en el aire. Era palpable.

Su mirada me seguía, como si estudiara cada uno de mis movimientos. Y cada vez que levantaba los ojos, me encontraba con los suyos, intensos y penetrantes, observándome de una manera que hacía que todo mi cuerpo hormigueara.

Ni una palabra.

El silencio entre nosotros estaba cargado de una energía que parecía a punto de estallar. Cada vez que me acercaba a él para acomodar algo, sentía su calor, su presencia, su aroma llenándome los pulmones.

Olía a una mezcla irresistible de madera de cedro y especias ahumadas, dejando una estela embriagadora por donde pasaba.

Me di cuenta de que se movía por la habitación con una gracia depredadora, siempre a pocos pasos de mí, nunca lo suficientemente lejos, como si quisiera recordarme su cercanía.

De pronto, recordé que no había cambiado las toallas del baño y me apresuré a hacerlo. Él se acercó en silencio.

Sentí su presencia antes incluso de verlo, y eso hizo que mi corazón se desbocara. Cuando me giré, estaba allí, apoyado en el marco de la puerta, sus ojos grandes y brillantes analizándome desde detrás de la taza.

—¿Está todo a su gusto, señor Zampieri?

No respondió de inmediato.

En lugar de eso, bajó la taza y la dejó sobre una estantería. Dio un paso hacia adelante, acortando aún más la distancia entre nosotros.

Sus ojos no se apartaban de los míos, y la intensidad de esa mirada hacía que me temblaran las piernas.

—Hai fatto un ottimo lavoro, Gabriela[7] —susurró.

—¿Qué?

—No te preocupes tanto —dijo ahora en portugués—. Relájate.

Sabía que debía alejarme, marcar una distancia profesional y evitar cualquier problema, pero algo me mantenía allí, clavada en el sitio.

Su cercanía era embriagadora, y el aire parecía cargado de una electricidad que me erizaba la piel.

Ya había tratado con cientos de huéspedes así. Y en ninguno de esos casos me había sentido de esta manera.

Extendió la mano y, durante un instante que pareció eterno, rozó sus dedos por mi brazo. Un toque leve, casi imperceptible, pero que hizo que mi corazón latiera con tanta fuerza que sentí cómo mi cuerpo temblaba.

Era como una corriente pasando entre nosotros, conectándonos de una forma que no sabía explicar.

—Perdón si te asusté anoche —murmuró, con una voz tan baja que parecía un secreto compartido solo entre los dos—. No era mi intención.

Debería haber dicho algo. Agradecerle o disculparme, pero las palabras no salían. Lo único que podía hacer era mirarlo, sentir el calor de su toque y la intensidad de su presencia.

—No fue nada —murmuré de vuelta, con la voz apenas sostenida.

Sonrió otra vez, esa sonrisa que hacía que mi corazón se desbocara, como si me hubieran atrapado las hermanas del convento trasteando donde no debía.

Massimo retrocedió ligeramente, no lo suficiente como para romper la tensión entre nosotros.

—Te dejaré trabajar —dio un paso atrás, pero sus ojos seguían fijos en los míos.

—Gracias.

Cuando finalmente volvió al dormitorio principal, sentí que por fin podía respirar otra vez, pero la ausencia de su presencia dejó un vacío que no sabía cómo llenar. Y, de algún modo, su aroma parecía haberse quedado impregnado en mí.

Continué con mi trabajo en el ático, bajé a buscar lo que faltaba para reponer y, cuando terminé y estaba a punto de marcharme definitivamente, decidí que debía abordar el tema pendiente de una vez.

Reuní todo el valor que pude y me acerqué a Massimo, que estaba sentado frente al portátil, concentrado en algo importante.

—Señor Zampieri, me gustaría hablar de algo.

—Massimo —me corrigió, mirándome—. Claro, Gabriela. ¿Qué pasa? —cerró el portátil.

Respiré hondo e intenté reunir todo el coraje posible.

—Es sobre los dulces de anoche...

—Ajá.

—Los dejé en el ático por error. Y cuando bajé, noté que faltaban... —tragué saliva, sintiendo las palmas sudorosas—. Veinte cookies.

Massimo frunció el ceño y me observó con atención.

—¿Los dulces de las chicas del orfanato...? —se rascó la barbilla.

Asentí, tratando de no sentirme intimidada por su mirada penetrante.

—Sí. Faltan veinte cookies, y fue usted quien los cogió.

—¿Yo? —pareció divertirse—. No me gustan los dulces.

—Pero están en su nevera —respiré hondo.

Y al ver que no respondía, fui yo misma a por ellos, saqué algunos, en especial uno que estaba mordido, y lo mostré.

—Perdóneme, no lo haría si no necesitara el dinero...

Por un instante pareció sorprendido, pero luego una sonrisa lenta se dibujó en sus labios. Se levantó, fue hasta la terraza y regresó acompañado de un niño pequeño, con el cabello negro cayéndole sobre la frente, ojos azules profundos y vestido como un mini Massimo.

En realidad, el niño parecía una copia exacta de Massimo, en miniatura.

—Vuoi dire qualcosa a papà, Giovanni?[8]

—*Non lo so*[9] —respondió el niño rápidamente, negando con la cabeza y sin mirar al adulto.

—*Questo è?*[10] —Massimo vino hacia mí, tomó la cookie mordida y se la mostró al niño.

El pequeño me miró rápidamente y luego a su padre, con cara de haber sido pillado en plena travesura.

—*Biscotto ha fatto questo*[11] —respondió el pequeño, escondiendo sus manitas detrás del cuerpo.

—*Biscotto, eh?*[12] —dijo el padre con tono de regaño—. ¿Veinte cookies?

—Biscotto aveva fame[13] —asintió sutilmente.

No entendí casi nada de lo que dijeron, excepto la palabra *biscotto*, que además de sonar dulce y encantadora en boca de un mini italiano, sabía que era la palabra «*galleta*».

—Está todo bien, señor Zampieri... Massimo —intenté intervenir.

Él no estaba siendo duro con el niño, pero yo tenía el corazón blando y ver al pequeñín en esa situación me rompía el alma.

—Puedo pagarle a mi amiga... el dinero...

—Chiedi scusa a Gabriela[14] —le dijo Massimo a su hijo.

El pequeño infló el pecho, adoptó una postura seria y señaló con el dedo hacia el lado vacío de la cama. Su voz tenía un tono firme y autoritario.

—*Biscotto, si scusa con Gabriela!*[15] —ordenó—. *Pronto, papà*.

Massimo no pareció del todo satisfecho, pero antes de que dijera algo más, Giovanni tomó la cookie mordida de su mano y se marchó caminando con paso firme hacia la terraza.

—Mi hijo... —se frotó la frente—. Ha pedido disculpas. A su manera.

—Ajá... —me llevé la mano a la cintura—. ¿Por qué señaló la cama?

—Tiene un amigo imaginario que se llama «*Biscotto*». Según él, fue *Biscotto* quien robó sus cookies y las escondió en la nevera... —se rascó la nuca—. ¿140 reales?

Parpadeé rápidamente, sin saber qué decir.

Massimo sacó la cartera, tomó algunos billetes y se acercó. Cuando me entregó el dinero, sostuvo mis manos durante un instante que pareció eterno, sus ojos clavados en los míos.

El contacto de su piel con la mía era como una corriente eléctrica, enviando oleadas de calor por todo mi cuerpo. La tensión entre nosotros era palpable, y por un momento, el mundo alrededor desapareció.

Todo lo que sentía era el calor de su mano sobre la mía y la intensidad de esa mirada que compartíamos.

—Aquí tienes —me masajeó los dedos—. Perdón por el malentendido.

Asentí, intentando controlar mi respiración.

—Culpa de *Biscotto* —me encogí de hombros.

Massimo bajó el rostro para reírse y no soltó mi mano de inmediato. Se quedó allí, y después de masajear mis dedos, entrelazó los suyos con los míos por un breve instante. Sentí cómo el calor de su piel se mezclaba con el mío.

—Además de dedicada, eres muy comprensiva —murmuró, soltando por fin mi mano.

Cuando se alejó, sentí como si una parte de mí se separara. Ese breve contacto, esa tensión electrizante, todo quedó grabado en mi memoria.

Estaba a punto de decir algo, cuando una mujer alta, rubia, elegantemente vestida, apareció en el pasillo, viniendo desde la terraza.

El impacto fue tan fuerte que sentí el cerebro entumecido y el cuerpo paralizado al verla acercarse con paso firme. Le hizo una serie de preguntas a Massimo, todas en italiano, por lo que no entendí nada.

Y aunque Massimo seguía mirándome, ignorando buena parte de lo que ella decía, sentí que sobraba en ese lugar.

—Ya he terminado por aquí, tengo que irme —asentí con la cabeza—. Buenos días, señor Zampieri.

Tomé el carrito de limpieza y salí de allí lo más rápido que pude.

Capítulo 8

Gabriela Sierra

Salí del ático como si estuviera huyendo de una escena del crimen, con el corazón acelerado y la mente inundada de pensamientos confusos e intensos.

La presencia de Massimo, el roce de su mano con la mía, la forma en que me miraba... todo eso me dejó en un estado de nervios que jamás había sentido antes.

Necesitaba hablar con alguien sobre lo que había pasado, y Bianca era la persona perfecta.

Fui al área de empleados para mirar en el tablón dónde estaría hoy, y corrí hasta la habitación donde la encontré intentando desatascar un inodoro. Al verme, levantó la vista y enseguida se dio cuenta de que algo iba mal.

—¿Qué ha pasado, Gabi? Tienes una cara... —frunció el ceño, preocupada.

—Ha ocurrido algo horrible —intenté mantener la voz firme, pero me temblaba.

—¿Han atascado todos los váteres del ático? —abrió los ojos como platos, desesperada.

—No.

Dejó lo que estaba haciendo, se quitó los guantes, se lavó las manos y vino hacia mí. Nos sentamos juntas alrededor de una pequeña mesa de cristal, como si fuésemos las huéspedes del hotel.

—Cuenta, amiga. ¿Qué ha pasado?

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

—¿No te ha pagado? ¿Te ha tratado mal? ¿Ha atascado el váter delante de ti y te ha obligado a meter la mano dentro de la...?

—¡Por el amor de Dios! —la interrumpí antes de perder la cabeza —. Fui al ático a dejar todo limpio y a recoger el dinero de los dulces, como pidió Raíssa...

Bianca cruzó los brazos y asintió, animándome a continuar.

—Cuando llegué, pensé que la habitación estaba vacía. Empecé a organizar todo, pero entonces apareció él. Massimo. —Mi corazón se disparó solo con decir su nombre.

—¿Y...? —Bianca abrió los ojos, llena de curiosidad.

—Él... fue tan... —Tragué saliva, buscando las palabras adecuadas—. Intenso.

—¿Intenso?

—Me miraba de una forma que me hacía temblar las piernas. Cuando fue a pagarme, me cogió la mano... entrelazó nuestros dedos...

Bianca alzó una ceja, intrigada.

—¿Entrelazó los dedos? ¿Cómo?

—Así. —Le tomé la mano y se lo mostré—. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Crees que estoy enferma?

—Guau —murmuró Bianca, impresionada—. ¿Y qué más?

—Me miraba con tanta intensidad, ¿sabes? Y en un momento empezó a masajearme los dedos... —Mi voz se apagó al recordar la sensación—. Bianca, no consigo sacármelo de la cabeza. ¿Qué hago?

—Acuéstate con él.

—¿Qué?

—Quiero decir... ¿por qué quieres sacártelo de la cabeza?

—No lo sé. No sé si podré seguir trabajando así. Ahora, cada vez que tenga que subir al ático, me voy a poner nerviosa —expliqué.

—Parece una escena de película —Bianca se rió, pero su mirada era comprensiva—. ¿Cómo te sentiste?

—Asustada, por supuesto —respiré hondo—. Y... excitada.

—¿Excitada?

Me encogí de hombros.

—¿Se te hincharon los pechos?

—¡Bianca! —la reprendí—. No sabía si debía mantener las distancias, ser profesional, pero la forma en que me tocó... cómo me miró... no lo entiendo.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé —admití, pasándome la mano por el pelo, nerviosa—. Parte de mí quiere evitar cualquier contacto con él.

—¡No seas loca! —Bianca me apuntó con el dedo.

—Y otra parte quiere... volver allí.

—¿En bragas y sujetador?

—Para entender por qué me mira así —entrecerré los ojos, juzgándola—. Para sentir ese toque otra vez.

Bianca sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Quieres que te aconseje como Raíssa, la prudente, recatada y asustada, o como Bianca?

—Raíssa —le pedí, porque siempre era a quien pedía consejo primero.

—Ten cuidado, Gabi. Es tu jefe, eso puede complicar mucho las cosas —la imitó tan bien que me entraron ganas de reír.

—Ahora quiero a Bianca.

Se levantó de la silla, me agarró por los hombros y me sacudió.

—¡Acuéstate con él!

—¡No! —me levanté y corrí hacia la puerta, conteniendo la risa.

—Amiga...

—Es mi jefe.

—Acuéstate con él... y pídele un aumento. —Bianca me guiñó un ojo.

—Amiga, creo que tiene esposa.

—Acuéstate con él y... ¿cómo? —Bianca se detuvo en seco, ahora más alerta—. ¿Qué has dicho?

—Cuando estaba a punto de irme, apareció una mujer. Alta, rubia, elegantísima. Habló con él en italiano y no entendí nada... pero parecía importante. —Sentí un nudo en la garganta y el estómago me dio un vuelco.

—¿Y cómo reaccionó él? —preguntó con curiosidad.

—Siguió mirándome mientras ella hablaba. Parecía... desconectado de lo que ella decía. Pero yo sentí que sobraba ahí, así que me fui lo más rápido que pude.

—Quizá sea una compañera de trabajo o alguien de la familia.

—Tiene un hijo de seis años —murmuré, mordiéndome el labio—. El niño es idéntico a él. Y...

—¿Y...?

—Se parecía un poco a ella.

—Entiendo. ¿Tienes valor para preguntar?

—Le cobré 140 reales, creo que tengo valor para todo —suspiré.

—¿Todo? —me provocó Bianca.

—Voy a mantener la cabeza fría y a ser profesional —refunfuñé.

—Exacto. Y recuerda, Gabi, eres buenísima en lo que haces. No dejes que nadie te haga sentir menos que eso. —Bianca me agarró de las manos y me dio un pequeño zarandeo.

—Gracias, Bia —sonreí, sintiéndome un poco más tranquila—. Uff. Me ha venido tan bien desahogarme... Sentía que iba a explotar.

—Cuando lo necesites, aquí estaré —me devolvió la sonrisa—. ¿Crees que puedes ayudarme a desatascar el váter?

—Ah, eso... —respiré hondo—. Claro. ¿Tienes más guantes?

—Sí.

—Perfecto, vamos allá.

Capítulo 9

Massimo Zampieri

El día fue largo y lleno de tareas.

Río de Janeiro era una ciudad vibrante, pero yo empezaba a echar de menos la familiaridad y a sentir la necesidad de apoyo local.

Cuando llegó la noche, dejé a Giovanni y a Francesca en el ático, revisando algunas actividades escolares que mi hijo hacía en casa, y salí a caminar por el paseo marítimo de Copacabana con mi hermano, que había venido conmigo desde Italia, en busca de un restaurante donde pudiéramos tratar algunos asuntos que prefería mantener lejos del hotel.

La vista era deslumbrante: el mar estaba agitado y el atardecer pintaba el cielo de tonos anaranjados y rosados, creando una atmósfera casi mágica.

—Llega tarde —murmuré, mirando el reloj.

Santo, mi hermano menor, gruñó y se bebió la cerveza de un trago. Definitivamente no parecía más joven que yo: era algo más alto, musculoso, con cara de pocos amigos… quizás por la enorme cicatriz que le atravesaba el lado derecho del rostro.

—¿No puedes simplemente disfrutar de este paisaje precioso? —refunfuñó mientras señalaba que quería otra bebida.

—No. Sabes que no puedo —me rasqué la nuca.

—Pues deberías. Estás tan obsesionado con el trabajo que no entiendo cómo no te ha dado un colapso.

—Quizá sea precisamente el trabajo lo que me mantiene en pie —crucé las piernas y miré hacia el horizonte.

—Hasta que te dé un infarto y mueras —Santo seguía de mal humor—. Todo está perfecto, Massimo. He revisado el hotel y todo parece en orden. Hay tres compradores interesados. Es cerrar el trato y largarnos de aquí lo antes posible.

—Desde que llegué, no quiero irme. —Suspiré.

—Dios misericordioso... —se frotó entre las cejas con el pulgar y el índice.

—Estar aquí me ha hecho echarla de menos...

—Por supuesto —Santo tomó la nueva cerveza y bebió la mitad de un trago—. Mamá adoraba este lugar. Siempre insistía en gestionar personalmente el hotel de aquí. Pero ya no está, Massimo...

—Hum.

—Papá quiere que se venda el hotel. Y si no se vende, que lo derriben. Quiere borrar todo lo que le recuerde a ella.

—¿Cómo puede ser tan irracional? —suspiré.

—Es bastante racional. Lo que no quiere es seguir sintiendo dolor. Ella era su vida. Y ahora que se ha ido, papá está vacío. Igual que tú, que te refugias en el trabajo y no disfrutas de la vida.

Lo dejé terminar la bebida mientras seguía contemplando la playa y el mar. Mis pensamientos no paraban.

—Primero perdí a Letizia —me refería a la madre de Giovanni.

—Ni siquiera os conocíais. Te obligaron a casarte con ella —Santo puso los ojos en blanco—. Eran completos desconocidos.

—Y ahora perdí a mi madre.

Se quedó en silencio y no se atrevió a decir nada. Sabía que estaba sufriendo por la cantidad de alcohol que llevaba encima.

—Y los médicos dicen que, con suerte, Giovanni vivirá unos cinco meses más —tragué saliva, sintiendo que la garganta se me cerraba y que la cabeza me dolía solo de pensarlo.

—¿Y aun así haces que estudie? —Santo me lanzó una mirada de desprecio.

—Para mantenerlo ocupado, activo y con la mente despierta.

—¡Ese niño debería estar corriendo desnudo por la playa! —Santo golpeó la mesa con el vaso—. Lo único que hiciste bien fue viajar por el mundo con él, mostrarle todo...

Al notar que yo estaba más abatido de lo normal, dejó de comportarse como un imbécil, tragó un poco de civilidad y suavizó el tono.

—¿Qué dicen los médicos?

—La leucemia está ganando —bajé la cabeza.

Por más fama de duros que tuviésemos, especialmente Santo, él tomó mi brazo y lo apretó suavemente.

—Lo siento mucho, Max.

—Sí. Lo sé —le di unas palmadas en el brazo.

—Busca otro médico. Siempre hay esperanza.

—He ido a los mejores médicos del mundo, Santo —negué con la cabeza.

—¡Pero no a todos!

—Cuando Giovanni nació, dijeron que ni siquiera llegaría al año y que lo mejor era no encariñarse. Creció con tanta dificultad... parecía que no se iba a desarrollar jamás...

—Y luego dijeron que no pasaría de los cuatro. Ni de los cinco. ¡Y míralo ahora! El crío ya tiene seis.

—Gracias a mucho tratamiento, medicación y dolor. ¿Eso es vida? —gruñí yo esta vez—. ¿Crees que me gusta ver a mi hijo sin fuerzas para hablar, porque le duele? Apenas puede andar. Apenas come. Gime de dolor mientras duerme.

Mi hermano se quedó callado, bajó la cabeza y asintió.

—Solo quiero que... se sienta amado. Y bien. No sabemos cuándo será su último momento, así que cada día es...

—Como si fuera el último —Santo me apretó el hombro—. Gracias a Dios nos salvó la campana, porque menuda conversación...

Se levantó para saludar a nuestro primo, que acababa de llegar. Thiago era alto, su complexión y sus facciones dejaban claro que era un Zampieri. A diferencia de nosotros, tenía el pelo largo, lo cual

siempre llamaba la atención. Y otra cosa que lo hacía único era que había nacido aquí, en Brasil.

—¡Pero mirad nada más! ¡Si no son mis primos favoritos! —exclamó. Primero abrazó a Santo, luego a mí, con calidez—. ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo va esa estadía en Río?

—Intensa —admití.

—Mejor ahora que has llegado —Santo le ofreció una silla y le dio varias palmadas para que se sentara a su lado—. Ven, acompáñame. Que el otro está con una charla deprimente.

—Sí, lo estoy —asentí con una sonrisa.

En cuanto se sentó, hicimos nuestros pedidos. Noté lo animado que estaba el ambiente a nuestro alrededor, con música suave de fondo y el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

El olor a mar mezclado con el aroma de la comida deliciosa llenaba el aire.

—Dos cosas —dije, mirando a Thiago.

—¡Dispara! —respondió, animado.

—Hay tres posibles compradores para el hotel. Quiero que investigues todo sobre ellos. No voy a vender el amor de la vida de mi madre a cualquiera.

—Pásame los datos y saco todo lo que pueda —asintió.

—Y lo más importante: necesito un guía en la ciudad, Thiago. Alguien que conozca bien Río de Janeiro y pueda ayudarme durante la estancia.

Mi primo frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Massimo, me encantaría ayudarte, pero no puedo. Sigo encantado de ser el abogado de la familia aquí en Brasil y de encargarme de todo el papeleo, pero soy agente federal en São Paulo. Vine en cuanto terminé mi turno y me quedaré el fin de semana, pero tengo que volver.

Sentí una punzada de frustración.

—¿No tenemos a nadie de la familia en Río?

—No, solo en São Paulo y en Rio Grande do Sul —cuando llegó la bebida, se hizo un moño con el pelo y empezó a beber enseguida.

—No quiero pasar dos semanas encerrado en el hotel, aunque allí no falte nada —suspiré.

Santo, siempre observador, echó un vistazo alrededor del restaurante como si estuviera evaluando posibles candidatos. Pero él sabía perfectamente que no confiaría esa tarea a cualquiera.

—¿Has probado con una agencia de turismo? —sugirió Thiago.

—Quiere a alguien más discreto e imparcial, sin el enfoque de ganar dinero. Es que en cada viaje que Massimo hace con su hijo, quiere mostrarle el lugar al pequeño... —explicó Santo.

—En São Paulo prometo ser tu guía, pero en Río... —se quedó pensativo—. No conozco a nadie de confianza por aquí.

—¿Ni siquiera en la policía? —preguntó Santo.

La respuesta de Thiago fue una carcajada rápida y profunda, y con la mirada dejó claro que esa no era buena idea.

—Maldita sea.

Antes de que pudiéramos seguir discutiendo, noté que dos figuras entraban en el restaurante. Charlaban animadamente con los clientes y ofrecían sus dulces.

Reconocí a una de ellas: era Gabriela. La otra, no tenía idea de quién era.

—Compórtense como si fueran gente civilizada —les advertí a los dos.

Gabriela y su amiga se acercaron a nuestra mesa. Su expresión cambió de alegría a total sorpresa, incluso un poco de timidez, al verme.

—Buenas noches, señores —saludó la otra—. Me llamo Bianca. Y esta es mi amiga Gabriela. Estamos recaudando fondos para chicas huérfanas y vendemos estos dulces.

—No me gustan los dulces —Thiago me hizo un gesto, sabiendo que opinaba lo mismo.

Santo necesitaría todos los dulces del mundo para volverse tolerable. Digamos que era alérgico a cualquier cosa dulce, ya que no combinaba con su personalidad amarga.

—No, gracias —dijo Santo.

—¿No le gustan los dulces? —Bianca arqueó una ceja.

—Los detesto —gruñó mi hermano.

—¿Ni siquiera para ayudar a las huérfanas?

—Quiero que las huérfanas se va...

Le hice una señal con la mano para que se callara. ¿Además de gastar todo el portugués que sabía, también iba a ser maleducado? No delante de mí.

—Al final de la noche hay un sorteo con un premio increíble. Cómpralo —Bianca le mostró los brownies.

—¿Qué premio? —Santo miró los dulces con desprecio.

—Comerme a mí —dijo Bianca, y le guiñó un ojo.

Thiago bajó la cabeza para reír. Yo observé a Bianca con cierta curiosidad, admirando su franqueza. Santo metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y extrajo varios billetes.

—¿Puede ser en dólares?

—No, tiene que ser en moneda local —Bianca sonrió.

—¿Y si te doy mil euros? —agitó los billetes.

—Te dejo la caja entera de dulces —respondió ella enseguida, entregándole todo.

Thiago se estaba divirtiendo muchísimo y Santo parecía hipnotizado. Era mi oportunidad para hablar con Gabriela, que había estado mirando al mar todo ese tiempo.

—Tú y tus dulces...

—Sí, pero conmigo no hay sorteo —dijo con cierta firmeza.

—¿Acabas de salir del trabajo?

—Sí, señor Zam... Massimo. Siempre que termino mi turno, ayudo a mis amigas a vender y luego vuelvo a casa —explicó.

—¿Tienes hambre? —me levanté y señalé mi silla para que se sentara—. Pedimos algo delicioso.

—Ah, no quiero molestar.

—No molestas —fui a otra mesa, tomé una silla y la coloqué frente a ella para que se sentara.

Dudó por un segundo, pero aceptó la invitación y se sentó.

—¿Naciste aquí?

—Creo que sí —Gabriela se rió, algo incómoda—. Quiero decir, he vivido aquí toda mi vida...

—¿Conoces bien la ciudad?

—No toda, pero sí, me sé mover.

—Perfecto —asentí—. ¿Cuánto ganas como camarera, Gabriela?

Parecía intimidada al hablar de dinero, y lo entendía.

—Tres sueldos mínimos —bajó la cabeza.

—¿Eso cuánto es? —miré a Thiago.

—Un poco más de 3.600 reales —me informó.

—No parece mucho —comenté, observando a Thiago, que hizo un gesto de «más o menos» con la mano—. Gabriela, necesito una guía en la ciudad. Alguien que conozca bien Río y pueda acompañarme durante mi estancia.

Ella levantó la vista, sorprendida.

—Bueno, conozco la ciudad. Puedo ayudar en mi tiempo libre, si lo necesita.

—No, nada de tiempo libre —negué con la cabeza—. Quiero todo tu horario. Dime una cifra.

—¿Una cifra?

—Para dejar tu puesto de camarera y ser mi guía —le expliqué.

—Con todo respeto, señor... Massimo. Es que... me gusta ser camarera. Me costó mucho llegar al cargo que tengo ahora y hacerme responsable de todo lo que hago. Le agradezco, pero creo que...

—Considéralo una pausa en tus servicios de camarera, para ser mi guía. Luego volverás a tu puesto —miré a Santo, que parecía estar negociando algo con Bianca. Luego a Thiago, que asintió enseguida.

—Me parece una excelente solución, primo. Conoce la ciudad y es de confianza. ¿Trabaja en el hotel desde...?

—Dos años y medio —respondió Gabriela.

—¿Puedes darme tus datos luego? Revisaré tu ficha —sonrió Thiago.

—Es de la policía, no le hagas caso —volví a mirar a Gabriela—. ¿Diez mil te parece una cantidad adecuada?

—¿Diez? —Gabriela abrió los ojos, visiblemente desconcertada—. ¿Solo por... mostrar la ciudad?

—Seleccionar los mejores lugares, acompañarme, proponer actividades para mí y para mi hijo —expliqué—. ¿Quince?

—Ah, no, diez está perfecto —me interrumpió Gabriela—. Pero no sé... no sé si tengo la cualificación necesaria.

—Sí que la tienes —Thiago me miró con una pizca de admiración —. Pareces una buena persona.

—Gracias.

Gabriela sonrió tímidamente, pero sus ojos brillaban de entusiasmo. Fuimos interrumpidos por Bianca, que tiró de su amiga del brazo.

—Hasta mañana, señor Zampieri... —se despidió.

—Pero... nosotros... todavía... ¿no...? —me levanté sin entender por qué se iba.

Me senté y miré a Thiago, que estaba rojo de tanto reír. Y a Santo, que devoraba un brownie con furia.

—¿Qué demonios hiciste? —lo miré fijamente.

—No tenía reales, solo euros y dólares.

—*Dio mio*... —me pasé la mano por la cara, con lentitud.

—El sorteo será otro día —explicó Santo.

—Claro que sí —miré a Thiago con severidad, mientras él no paraba de reír.

—Bueno, problema resuelto —mi primo volvió a su bebida—. Ya tienes tu guía y yo investigaré a los compradores. ¿Algo más?

—Sí, me gustaría cenar —dije con mal humor.

—¿Cenar... a quién? —Thiago alzó una ceja y volvió a reír—. Pobrecita, se asustó tanto...

—¡Claro! ¡Con un animal como este... mira cómo se comporta! —señalé a Santo, que seguía comiéndose el brownie con odio y repulsión, pero con cierto fervor.

—¿No vas a decir nada, animal? —le lancé una mirada fulminante.

—Estos dulces... —murmuró con la boca llena—. Están realmente buenos.

—Por supuesto que lo están —puse los ojos en blanco.

—Pero yo quería participar en el sorteo.

Capítulo 10

Gabriela Sierra

Volví a casa con la cabeza tan aturdida que ni siquiera me importó el metro lleno. El aire sofocante y el sonido ensordecedor de las puertas abriéndose y cerrándose me parecían lejanos, como si estuviera en un mundo paralelo.

Permanecí en silencio todo el trayecto, analizando los pros y los contras de la oferta de Massimo.

Diez mil reales. Por guiarlo por Río de Janeiro.

Era una cantidad absurda, casi increíble.

¿Qué podría mostrarle que valiera tanto?

Cuando llegamos al apartamento que compartíamos, Bianca se desarmó en segundos: se quitó las zapatillas en medio del salón vacío —una fue a la izquierda, la otra a la derecha—, dejó la mochila en el suelo y, con un movimiento ágil, se sacó el sujetador por debajo de la camiseta, soltando un suspiro de alivio.

—Tengo una buena y una mala noticia. ¿Cuál queréis primero? —gritó Raíssa desde la cocina.

Me apresuré a ver qué había pasado, sintiendo una mezcla de alivio y consternación al comprobar que estaba entera.

—La mala —pedí, queriendo quitarme el problema de encima cuanto antes.

—No me contrataron. El dueño de la tienda empezó a tirarme los tejos, lo paré en seco y dijo que no encajaba con el perfil de la empresa —Raíssa puso los ojos en blanco con sarcasmo.

—¿Esa es la mala noticia? —ironizó Bianca.

—La buena noticia... —Raíssa se hizo a un lado y nos mostró un fogón negro de segunda mano, viejo y maltratado, junto con una bombona de gas—. ¡Tachán!

—¡Los días de gloria por fin han llegado! —Bianca alzó los brazos al cielo.

—Cuando bajé del autobús, después de la entrevista, vi que alguien había dejado este maravilloso fogón en la acera para deshacerse de él. Y yo, divina y estupenda, lo cogí y lo traje —contó Raíssa, con los ojos brillando de satisfacción.

La abracé, feliz de que por fin los astros parecían alinearse un poco a nuestro favor.

—¿Entonces ya no tendremos que ir al orfanato para hacer los dulces? —sonreí.

—Y esa es la pésima noticia: el horno no funciona —mi amiga apretó los labios y miró el fogón con cierta compasión—. Pero dos fuegos sí funcionan, así que podremos preparar café, comida y cena.

—O sea, había una razón para que alguien lo tirara —murmuró Bianca.

—¿Qué dices, amiga? A caballo regalado no se le mira el diente —Raíssa hizo un puchero.

—Rai tiene razón —la apoyé—. Nos vamos a quitar un peso de encima. En lugar de pasar hambre o comprar comida fuera, volveremos a preparar nuestras comidas. Yo pago la reparación del fogón.

—¿Está lloviendo dinero allá fuera? —bromeó la más joven.

—Es que... recibí una propuesta —mordí mi labio y miré a los lados.

Bianca me lanzó una mirada astuta y Raíssa arqueó una ceja, claramente interesada.

—Siéntate, que eso suena bien —propuso la mayor.

—Solo si es en la encimera —dijo Raíssa, y las tres miramos la cocina vacía, con excepción del fogón y la bombona de gas.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

—Primero, sobre los dulces... —saqué un fajo de billetes bien doblado del sujetador—. Vendimos todos los que sobraban. Y Massimo pagó por los que se comieron. —Se lo entregué y me pasé la mano por el pelo, nerviosa—. Pero esa no es la parte más importante.

—¿Tan intenso fue el día de ustedes? —bromeó Raíssa.

—¡Habla ya! —Bianca me dio un codazo.

—Massimo me hizo una oferta. Necesita una guía turística en Río de Janeiro. Ofreció diez mil reales.

La sorpresa fue evidente en el rostro de las dos. Bianca había oído partes de la conversación, pero parecía no haber captado todo. Raíssa procesaba la información.

—¿Diez mil? —preguntó, incrédula—. ¿Es en serio?

—Sí. Quiere a alguien de confianza que le muestre la ciudad a él y a su hijo —expliqué, intentando convencerme a mí misma—. También dijo que después puedo volver a mi trabajo de camarera.

—¿Y cuánto tiempo va a durar ese trabajo de guía turística?

—¿Un mes? ¿Dos? ¿Tres? Solo Dios sabe —me encogí de hombros.

—¿Pero tú quieres hacerlo? —Raíssa me tomó la mano, como siempre la voz de la razón entre nosotras—. ¿No sientes que te están presionando?

Asentí con la cabeza.

—¿Pero qué otra opción tengo? Mira cómo estamos —señalé a nuestro alrededor.

Suspiré, pensando un poco en la oferta y en sus consecuencias.

—Pero es una oportunidad increíble. Nunca volveré a ganar tanto dinero en mi vida... —cerré los ojos—. Pero él es mi jefe... y hay algo entre nosotros.

—¿Ese... algo...? —Raíssa apoyó la espalda en la pared.

—Parece que alguien causó una muy buena impresión —Bianca se rió y miró a Raíssa como si tuviera un cotilleo jugosísimo que contar—. Ellos... tuvieron un momento interesante allá arriba, en el ático.

Raíssa se tapó la boca, horrorizada.

Sonrojada, empecé a contar los detalles de cómo fue mi mañana en la cobertura con Massimo.

—¿Te agarró? —preguntó Raíssa, escandalizada.

Al empezar a hablar de Massimo con mis amigas, sentí una oleada de calor recorrerme el cuerpo. Mis manos sudaban. El ambiente a nuestro alrededor parecía encogerse, las paredes de la cocina cerrándose, mientras toda su atención estaba centrada en mí.

Cada mirada curiosa, cada gesto de asombro, hacía que mi corazón latiera con más fuerza.

—Él... me sostuvo las manos —empecé, con la voz algo temblorosa.

Pude sentir las miradas intensas de las chicas, sus ojos brillando de curiosidad. Bianca se inclinó un poco hacia adelante, mientras Raíssa apretaba los labios, conteniendo la respiración.

—Y... parecía que no quería soltarme.

En ese instante, el recuerdo de aquel toque volvió con una fuerza vívida, casi tangible. Recordé la textura de las manos de Massimo, firmes y cálidas, la presión delicada que ejercía sobre mi piel.

Un escalofrío me recorrió la espalda, una sensación paradójica de seguridad y vulnerabilidad.

—Entonces hiciste lo que nos enseñó la hermana Maia, ¿no? —Los ojos de Raíssa estaban dilatados, parecía realmente preocupada —. Le diste un puñetazo en la cara y saliste corriendo.

Me reí, una risa corta y nerviosa.

—Creo que quise hacerlo... por una milésima de segundo, tal vez —miré hacia arriba y respiré hondo—. Pero fue algo tan... diferente.

—¿Diferente?

Las risas de las chicas resonaron en la cocina.

Pero mis pensamientos seguían nublados, confusos.

Debería haberme asustado, sí, pero no fue así. Aquello se sintió...

—Fue algo natural...

—¿Natural? —repitió Raíssa, incrédula.

Intenté poner en palabras lo que ni siquiera yo entendía del todo.

—Sentí algo.

—¿Algo?

Bianca le dio un golpe en el hombro a Raíssa, que casi pierde el equilibrio.

—¿Estás rayada, tía? ¿Atascada? ¿Te tomaste un batido caliente sin agitar el envase? Pareces un loro en modo repetición...

Mientras las dos discutían, volví a mis pensamientos.

La verdad era que había algo inexplicable en aquel momento con Massimo. Su cercanía, el calor de su cuerpo junto al mío, la intensidad de su mirada, como si intentara descifrar cada secreto que yo escondía.

Sentí que el rostro me ardía, el calor subiendo por las mejillas, mientras intentaba transmitir aquella confusión de emociones a mis amigas.

—Voy a ser profesional —di el tema por cerrado—. Es mi jefe. Esto es trabajo.

—Eso suena a lo que diría una *escort de lujo* —provocó Bianca antes de salir corriendo.

Fui tras ella, lista para darle unos buenos azotes.

—¡Respétame! ¡No soy ese tipo de mujer! —protesté—. Y esta es una oportunidad para que empecemos de nuevo... mira esta casa —dije, observando lo vacía que estaba.

Suspiré, intentando calmar mi corazón acelerado.

—¿Alguien tiene una idea de adónde debería llevarlo primero? —pregunté.

—A la cama —respondió Bianca, y salió corriendo otra vez, sabiendo que la perseguiría para meterle juicio a base de tortas.

Raíssa se acercó a mí y me acarició la espalda.

—Una buena opción sería la Feria de São Cristóvão —sugirió—. Está la Biblioteca Nacional... todavía recuerdo el día que las monjas nos llevaron allí... —sonrió—. Y también está el Jardín Botánico...

Le agradecí con un guiño y la abracé por los hombros.

—Es verdad, opciones no faltan. Gracias, Ray —la miré con cierta preocupación—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí. Creo que voy a apostar al cien por cien por mis dulces y dejar de buscar trabajo. Solo tengo que perder la vergüenza de venderlos... ¿quién sabe si un día monto una pastelería aquí en Madureira? —Sus ojos brillaban al decirlo.

—Esa es una idea maravillosa. Y va a salir bien.

—Claro que sí, lo peor ya pasó...

Capítulo 11

Gabriela Sierra

Me desperté temprano al día siguiente, lista para mostrarle a Massimo alguna atracción famosa de Río de Janeiro.

Sinceramente, estaba muy nerviosa. Además de ser camarera en un hotel de lujo, no sabía si tenía la preparación necesaria para ser una buena guía turística, así que me sentía inquieta por presentar mi propuesta de paseo.

Como cada mañana, Bianca y yo hicimos todo el recorrido hasta llegar al hotel, y en cuanto puse un pie en el vestíbulo, encontré a Massimo vestido de forma casual: camisa blanca remangada hasta los antebrazos y un pantalón beige de vestir. El pequeño Giovanni, a su lado, era la viva imagen de su padre.

Massimo sonrió al verme, y esa sonrisa hizo que mi corazón latiera un poco más deprisa y que me pusiera aún más nerviosa.

—Buenos días, Gabriela —saludó con una voz suave y cálida.

—Buenos días, Massimo —respondí, intentando mantener la compostura—. ¿Listos para explorar la ciudad?

—Estamos ansiosos, ¿verdad, Giovanni? —Miró hacia abajo y el niño levantó los dos pulgares como respuesta—. ¿Qué lugar has elegido?

—Bueno, lo pensé mucho... imagino que conoce el Cristo Redentor...

—No personalmente, pero es un sitio muy famoso —asintió.

—Hace mucho calor hoy y no creo que sea buena idea para Giovanni —dije, mirando a su hijo—. Así que, ¿qué le parece si

vamos al Parque Lage? Es un lugar fresco, rodeado de naturaleza, ideal para hacer fotos...

—*Perfetto* —Massimo me guiñó un ojo y me indicó con la mano que fuera delante.

Al salir del hotel, vi tres coches negros esperándonos. En el primero, junto a unos guardaespaldas, iba sentada una mujer de rostro severo. Massimo indicó que iríamos en el del medio; los otros eran para los escoltas. Yo subí y me senté en el lado izquierdo, Giovanni quedó en el medio y Massimo a la derecha.

El camino hasta el Parque Lage fue tranquilo.

Massimo y Giovanni observaban la ciudad por la ventana, curiosos y encantados con el paisaje. Al llegar al parque, la atmósfera cambió de inmediato.

El canto de los pájaros y el frescor de los árboles nos envolvieron, creando un ambiente de paz y tranquilidad.

—Espero que sientas la energía de este lugar. Es mágico —comenté mientras caminábamos por la entrada, flanqueada por palmeras.

Massimo miró a su alrededor, admirado.

—Sí, es realmente impresionante —se inclinó para hablar con Giovanni—. *¿ Che ne dici, figlio?*[16]

Giovanni sonrió tímidamente y asintió con la cabeza, claramente fascinado con el lugar.

—Bello[17].

Mientras caminábamos, sentí una oleada de nostalgia y admiración. El parque siempre había sido un refugio para mí. Las palmeras a ambos lados formaban un pasillo majestuoso que conducía hasta el palacete. La construcción, tanto por dentro como por fuera, estaba rodeada de jardines exuberantes, donde flores coloridas daban vida al verde intenso de los árboles.

Ese siempre había sido mi lugar de paz.

El sonido de los pájaros llenaba el aire, mezclándose con el murmullo suave de las fuentes y los arroyos que recorrían los senderos sombreados.

Y al ver la reacción de Massimo y Giovanni, noté el asombro en sus ojos, y eso me calentó el corazón.

—De niña solía venir aquí para huir de la realidad —confesé, sintiéndome más cómoda con Massimo a mi lado—. Era como un refugio.

—Puedo entender por qué —se detuvo y giró sobre sí mismo—. Este lugar tiene una energía especial.

—La tiene, sí.

—¿Y de qué intentaba huir una niña como tú? —Massimo me miró con cierta preocupación.

En ese momento sentí mis mejillas arder.

—A veces el orfanato era demasiado ruidoso... algunas chicas, sobre todo las mayores, no me soportaban y me trataban bastante mal —hice un gesto hacia el lugar con las manos—. Aquí sentía que podía reconectarme.

—¿Entonces... creciste en un orfanato? —Alzó una ceja, con aire de investigador.

—Sí. Crecí en la Casa de la Divina Providencia.

Por su reacción, no supe decir si lo que le despertó interés fue que mencionara el lugar donde, según contaban las hermanas, su madre había sido monja al principio de su vida, o si simplemente Massimo tenía curiosidad por mi historia.

—¿Y cómo era?

—Lo amaba —respondí con una sonrisa sincera—. A veces pienso en volver, pero solo me aceptarían si fuera monja...

Su mirada bajó con suavidad por mi cuerpo, se detuvo un momento antes de volver a encontrarse con mis ojos.

—¿Y te gustaría... ser monja?

—A veces pienso que no es mala idea —intenté contener la sonrisa, pero no lo logré—. Allí me sentía segura, con un propósito, no a merced del azar o de personas malas...

—Dime quiénes fueron esas personas malas que te hicieron daño y me encargo —me lanzó una mirada seria.

Se me erizó la piel por la manera en que me miró y el tono firme de sus palabras.

—Ya pasó... —suspiré—. Evito quedarme atrapada en el pasado, porque a veces cuesta salir de allí. Así que simplemente... sigo adelante.

Esa fue la forma más segura que encontré para vivir. En algún momento de la adolescencia, dejé de preguntarme por qué mis padres me habían abandonado o cómo terminé en un orfanato, y empecé a enfrentar la vida real: las facturas, la ropa vieja que ya no me quedaba y las personas que solo querían aprovecharse de mí.

—Quiero nombres —exigió Massimo.

—Soy una buena cristiana y aprendí a perdonar —logré sonreír, y eso pareció desarmarlo.

Seguimos en silencio hasta acercarnos a una zona donde varios niños jugaban alrededor de un gran árbol.

Giovanni miró a su padre, buscando su aprobación, y al recibirla, corrió de inmediato para unirse a los demás niños. Massimo y yo nos sentamos en un banco cercano, observándolo con una sonrisa en el rostro.

—Parece feliz —comenté, viendo cómo Giovanni interactuaba con los otros niños.

—Sí, lo está —dijo Massimo, con una expresión de ternura en la cara—. Es raro verlo así. Mi madre era la única que conseguía hacerlo sonreír de esa manera.

Hubo un momento de silencio.

Sentí la tristeza en sus palabras, y algo me decía que había más preocupaciones detrás de ese gesto.

—¿Y su madre? —pregunté con cautela.

—Murió en el parto —Massimo bajó la cabeza y respiró hondo—. Giovanni... —su voz se quebró—. Tiene una enfermedad que podría llevárselo en cualquier momento. Los médicos le han dado seis meses de vida.

Me quedé paralizada, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

Miré al pequeño, que, aunque tímido, intentaba explicarse en italiano a los niños brasileños, y luego a su padre, que parecía no soportar la idea de otra pérdida en su vida.

—Lo siento mucho —reuní el valor para colocar mi mano sobre la de Massimo.

—No es el orden natural de las cosas, ¿entiendes?

—Hum...

—Que los hijos se vayan antes que los padres —aclaró—. Por eso intento asegurarme de que Giovanni pueda tener, vivir y experimentar todo lo que quiera. Para aprovechar cada segundo de vida.

Asentí en silencio.

—A veces es muy difícil —confesó—. Soy el encargado de los negocios de la familia, cuido de mi hijo y, cuando me queda algo de tiempo, pienso un poco en mí. Siento que siempre estoy tratando de mantener todo en equilibrio y no sé si lo estoy haciendo bien.

—Estás haciendo lo mejor que puedes, Massimo —afirmé con sinceridad, recordando las palabras de la hermana Danka—. Y eso es lo que importa.

Él me miró, con los ojos llenos de gratitud.

—Gracias, Gabriela. Tus palabras significan mucho para mí.

En ese momento noté que Massimo se acercaba a mí, físicamente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando su mano se posó con firmeza en mi cintura, sus dedos se cerraron sobre mi blusa y su rostro se acercó con cautela.

Su olor era más embriagador que el del propio parque. Y al sentir su aliento cálido contra mi rostro, me invadió una emoción extraña, como si cada parte de mí se adormeciera.

Justo cuando sentí que nuestros labios por fin se tocarían, una voz femenina nos interrumpió.

La reconocí como la mujer que cuidaba de Giovanni, aunque antes había estado a cierta distancia, y definitivamente no había venido en el mismo coche que nosotros.

—Su hijo se ha ensuciado. Tenemos que volver.

Abrí los ojos y vi a la misma mujer rubia del cuarto de hotel el día anterior. Hablaba un portugués arrastrado, con fuerte acento italiano, y tenía una mirada que parecía disfrutar de haber interrumpido ese momento.

Massimo suspiró, con frustración evidente en el rostro.

Miró a Giovanni, que estaba cubierto de tierra, con gesto algo decaído y la rodilla visiblemente herida, con mucha sangre.

Me sentí dividida entre la decepción por el momento interrumpido y la urgencia de ver al niño en ese estado.

Antes de que pudiera decir algo, la mujer empezó a hablar rápido en italiano, diciendo que Giovanni estaba cansado, mareado, que no debía esforzarse tanto y que era urgente llevarlo de vuelta.

La preocupación de Massimo por su hijo era evidente en su cara.

Se levantó enseguida, tomó al niño en brazos y se adelantó.

—Está bien, volvamos —dijo, intentando ocultar la frustración en su voz.

Los seguí, con un nudo en el estómago.

La mujer rubia me lanzó una mirada de advertencia mientras pasaba a mi lado y susurró:

—Si crees que vas a aprovecharte de él, estás muy equivocada.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo, pero me mantuve firme.

Massimo, sin embargo, al notar que me había quedado más atrás, se detuvo y nos miró.

—¿Está todo bien? —preguntó, con voz cargada de preocupación.

—Sí, estoy bien —respondí, intentando ocultar la angustia en mis ojos—. Ve delante con Giovanni.

La italiana fue tras ellos hasta alcanzarlos.

Y yo los seguí, a cierta distancia.

Cuando llegamos al hotel, la tensión entre nosotros era casi palpable. Me detuve en la entrada, lista para despedirme, pero Massimo no parecía dispuesto a dejar que el día terminara así.

Se acercó a mí, con los ojos fijos en los míos.

—Gabriela... —murmuró, con voz baja e intensa.

Antes de que pudiera responder, sentí su mano en mi cintura, atrayéndome hacia él. Nuestros cuerpos se rozaron y, en un movimiento impulsivo, nuestros labios casi se encontraron.

Massimo besó cada lado de mi rostro, y en ambas ocasiones, la comisura de sus labios rozó los míos, dejándome completamente sin aliento.

—Te agradezco que me hayas mostrado tu refugio —murmuró, aún sujetándome por la cintura—. Pero me ha entrado curiosidad por conocer el orfanato donde creciste. ¿Podrías llevarme?

—C-c-claro —me atraganté.

—Perfecto. ¿Mañana?

—P-pero... aún no es ni mediodía... —intenté explicar—. Mi turno termina a las cinco...

—Disfruta del resto del día y descansa —su mano buscó la mía y me apretó los dedos suavemente—. Voy a llevar a Giovanni al médico y tengo una reunión más tarde.

Nos despedimos con una última mirada significativa.

Y me quedé varios minutos allí, de pie, frente a la puerta del hotel, aún sintiendo el calor de su beso, como si hubiese rozado toda mi boca.

Y, lo peor... sin saber qué hacer para superar eso.

Capítulo 12

Massimo Zampieri

El día anterior había sido una mezcla de emociones.

Pasé el resto de la mañana cuidando de Giovanni, pero no pude acompañarlo al médico porque, por la tarde, tenía dos reuniones con posibles compradores del hotel.

Aunque eran reuniones importantes, mi mente no logró concentrarse en ningún momento, porque Gabriela había ocupado todos mis pensamientos.

A la mañana siguiente, me sorprendió una llamada.

—¿Papá? —pregunté, curioso—. ¿Está todo bien?

En lugar de la voz ronca y siempre regañona de mi padre, escuché la voz de mi abuela, que sonaba como un trueno.

—Hola, mi querido nieto. ¿Cómo van las cosas en Brasil?

—*¡Nonna!*[18] —respondí con entusiasmo—. Todo bajo control.

—¿De verdad? Porque si fuera así, ya habríais vuelto a Italia, ¿no crees?

Asentí suavemente con la cabeza, aunque ella no pudiera verme. Mi partida de Brasil sería en unos días, y ni siquiera había cumplido con la mayoría de mis tareas.

—Sí, las cosas van un poco más lentas aquí —admití—. No quiero apresurarme y cerrar un mal negocio para la familia.

—Es solo un hotel más entre los miles que tenemos, Massimo —rezongó—. Resuélvelo de una vez y vuelve. ¿Crees que tu padre quiere estar lejos de su nieto?

—Por su desaparición y reclusión, diría que quiere estar lejos de todo y de todos —suspiré—. Terminaré los asuntos en Brasil lo antes posible y volveré a casa.

—Muy bien. ¿Y Giovanni, pobrecito? ¿Ya se ha acostumbrado al clima? No me digas que estás haciendo que el niño salga bajo el sol abrasador de Brasil...

Empezó a apelar a su preocupación por mi hijo y me pidió que no tardara en regresar a nuestra tierra.

Al colgar, encontré a Santo en la puerta de mi habitación.

—¿Cuál es el problema esta vez? —lo miré con seriedad.

Me entregó un sobre, que aparentemente ya había abierto y leído. Lo hojeé rápidamente y vi que era un documento del ayuntamiento de Río de Janeiro, anunciando que en ocho meses se rendiría homenaje a mi madre por sus contribuciones a la ciudad. Tras una votación en la cámara, la calle donde ella nació llevaría su nombre.

—Quieren que la ceremonia sea en el Palacio Tiradentes, pero preguntaron si podemos ofrecer una recepción en el teatro del hotel —Santo estiró la mano para recuperar el sobre.

—Por supuesto.

—Qué bonito que mamá sea recordada así... —bajó la mirada y suspiró—. Parece que hizo muchas cosas buenas por esta ciudad.

—Siempre dejaba huella allá por donde pasaba —le apreté el hombro—. ¿Puedes encargarte tú de eso?

—Sí. Me alegró mucho la noticia. Se lo merece.

Le di unas palmadas en el hombro y seguí mi camino por el pasillo.

Al llegar al vestíbulo del hotel, Gabriela se levantó de un salto del sillón y me miró con los ojos muy abiertos.

—Buenos días, Gabriela.

—Buenos días, Massimo —sus ojos encontraron los míos y brillaron. Eso me dejó en silencio unos segundos.

—Perdón por hacerla esperar. La mañana comenzó algo agitada —sonreí.

Ella miró por encima de mi hombro y luego a mi espalda.

—¿Dónde está Giovanni?

—Se quedará aquí en el hotel. No se encuentra bien. Creo que hoy seremos solo tú y yo. ¿Algún problema?

—No, ningún problema —pareció sorprendida, pero enseguida recuperó una expresión más neutra.

—Perfecto. Empecemos nuestro día.

De camino al orfanato, intenté centrarme en la carretera, pero mis pensamientos estaban en ella. Cada vez que estaba cerca de Gabriela, sentía una mezcla de paz y caos. Su presencia me agitaba de una forma que no sabía explicar.

Había una fuerza en ella, una determinación que me atraía irresistiblemente. Hacía años que no me sentía así, por eso me costaba tanto controlarme o disimular mis emociones.

Mis ojos me traicionaban, mis manos deseaban volver a tocar su piel, y mi respiración necesitaba acompasarse con la suya. Era un deseo casi animal, voraz, que debía contener... aunque ya no sabía si tenía fuerzas.

—¡Llegamos! —exclamó Gabriela con alegría al bajar del coche.

La Casa de la Divina Providencia era un edificio antiguo, pero bien cuidado, situado en una zona tranquila del barrio de Botafogo. El orfanato era un lugar sencillo, sus paredes mostraban el paso del tiempo, pero aun así desprendía una sensación de acogida y amor.

—¿Vamos? —Gabriela me llamó suavemente, guiándome hacia la entrada.

Mientras caminábamos por los pasillos, observé cada detalle. Las fotos antiguas en las paredes, los juguetes usados pero bien conservados, y los pequeños grupos de niños jugando en el patio.

Todo parecía emanar un sentido de comunidad y cariño. Y, de algún modo, pensé en mi madre, que había estado aquí al principio de su vida.

Me detuve frente a una pequeña capilla dentro del orfanato. No fue la sencillez del lugar lo que me conmovió, sino los recuerdos de lo que mi madre contaba sobre él.

—Mi madre estuvo aquí un tiempo —observé las paredes desconchadas y el techo de madera envejecida.

—Lo sé —Gabriela dejó escapar un suspiro—. La hermana Danka me lo dijo. Era amiga de su madre. Y... solo trabajo en el hotel porque la hermana Danka se lo pidió a ella, y su madre aceptó sin dudar.

—Así era ella —asentí—. Siempre veía lo mejor en las personas y buscaba cómo ayudar.

—Si no fuera por ella, no sé qué habría sido de mí.

En ese momento sentí algo extraño. Era como si todas las piezas encajaran de una forma que jamás habría imaginado.

Aunque nunca hubiera estado allí antes, sentí que pertenecía a ese orfanato de alguna manera.

—Este lugar... —comencé, sin saber muy bien cómo poner en palabras lo que sentía— me hace pensar en mi madre como no lo hacía desde hace mucho tiempo.

Gabriela sonrió y apretó mi mano con suavidad. Ese gesto fue como un disparo eléctrico que recorrió todo mi cuerpo.

—¿Cómo así?

—Es como si... estuviera viva.

—Pero está viva, dentro de ti —dijo con una naturalidad y una ternura tales, que lo único que pasó por mi mente fue que cometer un pecado con Gabriela allí mismo sería la única respuesta lógica.

Aun así, me mantuve inmóvil, reuniendo una fuerza casi sobrehumana para no mover ni un músculo ni hacer ninguna locura.

—Creo que entender nuestro pasado nos ayuda a construir un futuro mejor —Gabriela contempló el lugar con nostalgia—. Me gustaría mucho entender el mío... saber de dónde vengo quizá explicaría... algunas cosas...

—¿Qué cosas?

—Por qué me siento tan sola... por qué siento que hay alguien buscándome... ¿por qué...?

Le tomé la mano con firmeza, y eso la hizo callar por un momento. Me di cuenta de que había sentido lo mismo que yo, por

un instante.

Ese contacto nos trajo de vuelta al presente, a un lugar donde el pasado no dolía y el futuro podía esperar. Su mano en la mía era cálida y reconfortante.

Y la intensidad de lo que sentía por ella era casi abrumadora. Estar cerca de Gabriela me hacía querer ser mejor persona, alguien digno de la fuerza y la bondad que ella irradiaba.

Entrelacé nuestros dedos, uniendo las palmas, y eso me dio valor. Con la otra mano, acaricié su rostro y la atraje hacia mí, lentamente. Entonces, el momento se rompió con un golpe de regla en mi brazo.

—Esto es un orfanato. De monjas. —La voz áspera y autoritaria retumbó con fuerza, y la mujer blandió la regla como si fuera un arma.

Cuando me giré para verla, la monja dio dos pasos atrás y se persignó.

—Jesús, María y José —llevó ambas manos al pecho—. Es como verla a ella...

—Massimo... —Gabriela dijo, desconcertada—. Esta es la hermana Maia. Hermana Maia, él es Massimo Zampieri, hijo de...

—Clara. Por supuesto —la mujer me observó con extrañeza, como si ya nos conociéramos—. Eres idéntico a ella.

—Sí, me lo han dicho muchas veces.

Siguió mirándome con esos ojos penetrantes, como si estuviera viendo un fantasma.

Su reacción me hizo sentir algo incómodo, pero al mismo tiempo, experimenté una extraña conexión con ella, como si el hecho de que mi madre hubiera pasado por esos pasillos también me perteneciera.

Gabriela, notando el ambiente tenso, intentó aliviar la situación.

—Hermana Maia, hemos venido a visitar el orfanato y a mostrarle a Massimo dónde crecí.

—Ah, claro —respondió la hermana Maia, suavizando un poco la expresión—. Pensé que estabas con Raíssa haciendo dulces en la cocina...

—¿Ya ha llegado? —preguntó Gabriela, sorprendida.

—Sí, está con la hermana Danka —dijo todo esto sin apartar la mirada de mí—. ¿No quieres unirte a ella?

—¿Qué opinas, Massimo?

—Me encantaría.

La mujer nos guió por algunos pasillos más, mostrándonos las distintas áreas del orfanato. Los niños nos miraban con curiosidad, algunos con sonrisas tímidas, otros más atrevidos nos saludaban con la mano. Gabriela hablaba con ellos con naturalidad, mostrando el cariño que les tenía.

Al llegar a la cocina, el olor a galletas horneadas llenó mis sentidos.

La amiga de Gabriela y una monja bajita y de curvas redondeadas estaban cada una en su olla, mezclando ingredientes, rodeadas por un grupo de niños que probablemente esperaban chupar la cuchara con los restos de masa.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Gabriela a Raíssa.

—La que debería preguntar soy yo. ¿Qué haces tú aquí? —se detuvo al verme y luego miró a su amiga—. Creo que ya entendí.

La hermana Danka me miró del mismo modo que lo hizo Maia. Se quedó inmóvil, pálida, los ojos entrecerrados, intentando convencerse de que estaba viendo a alguien real.

—Hola —saludó tímidamente, acercándose con el delantal todo manchado—. Debes de ser Massimo Zampieri.

—Sí, yo...

Antes de que pudiera terminar la frase, me abrazó. Un abrazo fuerte, afectuoso, y aunque no nos conociéramos, pude sentir el profundo amor que tenía por mi madre.

—Lo siento mucho —dijo.

—Gracias. Significa mucho para mí saber que ella era tan querida.

—Fui yo quien la convenció de dejar el orfanato —susurró, apartándome a un rincón más privado—. Se merecía ser feliz.

—Y lo fue, te lo aseguro.

—Tu madre era una persona tan especial, llena de luz y de amor. Qué pena que nos dejara...

—Sí, era única —comenté, notando su emoción—. Mi madre solía hablar de la importancia de ayudar a los demás y hacer el bien. Y al ver este lugar, entendí mejor lo que quería decir.

—Ay, querido, ¡me alegra tanto oír eso!

—Hermana Danka —la miré con seriedad, dejando claro que lo que iba a pedir no era negociable—. ¿Puedo ver los registros de Gabriela?

—¿Cómo dices?

—Quiero saber quién la dejó aquí, cómo llegó al orfanato, cualquier información...

La mujer apretó los labios y arqueó las cejas.

—Bueno... yo solo me encargo de la cocina. Quien lleva la parte burocrática es la madre Soraia. Tendrás que hablar con ella.

—¿Puedes hacerlo por mí?

—Poder, puedo. Pero sería mejor que tú lo pidieras. Esos asuntos son confidenciales y deben tratarse directamente con ella.

—Está bien. ¿Crees que podrías hacer una lista de lo que el orfanato necesita? —miré a mi alrededor—. Materiales, electrodomésticos, reformas...

La mujer se limpió las manos en el delantal y asintió.

—Ay, querido, eres tan generoso...

—Voy a honrar la memoria de mi madre como corresponde. Y... en el mundo de los negocios tenemos un dicho: un favor por un favor, así que piensa bien en lo que te pedí —le apreté la mano y regresé junto a Gabriela.

La charla animada entre las amigas se interrumpió apenas me acerqué, y fui abordado por Raíssa.

—¿Así que tu hijo es el ladrón de cookies? —me apuntó con la cuchara de madera.

—No fue él, fue Biscotto, su amigo imaginario.

—Ah, el Biscotto... —Raíssa asintió—. ¿Qué te parece si hacemos algunas galletas para ese tal Biscotto?

—¿Hacer? —arqueé una ceja.

—Gabriela te ayuda —Raíssa me guiñó un ojo—. Ella fue quien me enseñó.

Miré a Gabriela, que tenía las mejillas sonrojadas y lanzaba a su amiga una mirada de reproche.

—¿Tan hábil eres? ¿Sabes arreglar habitaciones de hoteles de lujo, vender y hacer dulces?

—En el lugar del que venimos, hay que aprender mil cosas para salir adelante —Gabriela sonrió con dulzura—. Entonces, ¿quieres hacer unas galletas?

Le extendí la mano para que me diera un delantal, una forma de mostrar que aceptaba el reto.

—¿De verdad crees que diría que no a pasar más tiempo contigo? —respondí.

Capítulo 13

Gabriela Sierra

Le tendí el delantal a Massimo, intentando ocultar el rubor en mis mejillas. Cuando lo tomó con una sonrisa, acarició mis dedos. Duró solo un instante, pero pareció que el tiempo se detenía entre nosotros.

Sentí una oleada de calor recorrer mi cuerpo y aparté la mirada, intentando concentrarme en cualquier otra cosa que no fuera esa sensación, que era aterradora y maravillosa al mismo tiempo.

—Entonces, *¡andiamo!*[19] —me animó Massimo, dando unas palmadas.

Mientras intentaba recomponerme, él se puso el delantal y se acercó a la mesa, donde estaban dispuestos todos los ingredientes.

Raíssa nos observaba a lo lejos, con una sonrisa traviesa, claramente divirtiéndose con la situación.

—¿Por dónde empezamos, chef? —preguntó Massimo, con tono de buen humor.

—Primero vas a mezclar la mantequilla con el azúcar —expliqué, tomando un bol grande y colocándolo frente a él—. Haz eso mientras separo el resto de los ingredientes.

—¿O sea que yo me ensucio y tú organizas?

—Hoy sí —miré la mezcla, indicándole que debía comenzar.

Massimo arremangó aún más la camisa hasta descubrir sus antebrazos, tomó la cuchara de madera y comenzó a mezclar, concentrado. Lo observé un momento, admirando cómo podía adaptarse a un entorno tan distinto al del mundo empresarial.

—Parece que tienes talento para esto —comenté, colocando el resto de los ingredientes a su alcance.

—No es tan diferente a cerrar un trato —bromeó—. Solo se necesita algo de paciencia y atención a los detalles. Pero en vez de tratar con personas, estoy tratando con...

—Azúcar, mantequilla, harina, chocolate, vainilla...

—Y a veces cocino para Giovanni.

Escuchar eso me hizo interesarme aún más por Massimo. ¿Un hombre como él cocinando para su hijo? Podía tener todos los chefs del mundo si quisiera.

—¿De verdad?

—Te sorprendería la cantidad de veces que se despierta de madrugada con hambre... y *anche io*.

—¿Qué significa eso?

—Y yo también, porque a veces me levanto con hambre en mitad de la noche.

Siempre me fue difícil esconder lo que sentía, y cuando él hablaba en italiano cerca de mí, me sentía aún más atrapada, recordando aquel casi beso.

¿Solo estaba siendo amable o había algo más?

—¿Qué le gusta comer a Giovanni?

—Pasta, con mucha salsa. Pollo asado...

—Y su amigo imaginario, Biscotto —sonreí con ternura.

—Puedes apostar a que sí.

Trabajamos en silencio durante algunos minutos. Él mezclaba los ingredientes con la cuchara de madera mientras yo organizaba la mesa.

—Vale, ahora es hora de meter las manos en la masa —dije, quitándole la cuchara.

—¿Estás segura de que estoy listo para eso? —me miró con una sonrisa pícara.

—Confío en tu potencial. Y en tu capacidad para no tener miedo a ensuciarte.

Massimo me observó en silencio, como si evaluara el desafío. Y sin apartar los ojos de mí, hundió las manos en la masa, empezando a mezclarlo todo de forma lenta e intensa.

¿Por qué todo lo que hacía parecía sexual?

Tenía esa aura, esa energía de alguien que está en control y que puede convertir cualquier cosa en algo hipnótico.

—Realmente se te da muy bien.

—¿Por qué suenas tan sorprendida, Gabriela?

No sabía la respuesta.

En las cocinas del hotel del que él era dueño, había muchos hombres trabajando. Ninguno tan impresionante como él.

Intenté ignorar sus palabras y seguí con la receta.

—¿Ves cómo ya no se pega a las manos? Ahora solo hay que formar bolitas. Así, no muy pequeñas... —tomé su mano para enseñarle y, al darme cuenta de lo que había hecho, sucedieron dos cosas.

Algunos niños que estaban cerca agarraron el bol con los restos de la masa y salieron corriendo por la cocina, mientras la hermana Danka los perseguía para intentar recuperar el recipiente y evitar que todos en el orfanato se pusieran a probar la masa cruda.

Y, una vez solos en la cocina —salvo Raíssa, que fingía estar ocupadísima con el horno—, Massimo me tomó de la cintura, me sacó de donde estaba y me empujó suavemente contra la encimera. Su nariz rozó la mía casi al instante.

Respiró tan intensamente que mi rostro se encendió de vergüenza, y su aroma empezó a envolverme, más fuerte incluso que el olor de las galletas en el ambiente.

—Pronto me iré de Brasil. Tengo que resolver asuntos de la cadena hotelera en Europa.

—Ajá.

—Quiero que vengas conmigo.

Pestañeé lentamente, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

—No voy a soportar estar lejos de ti.

—Massimo, pero... yo nunca he salido de Río de Janeiro —intenté explicar, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—No importa. Quiero llevarte conmigo para que conozcas el mundo entero.

—Sabes que no puedo ser tu guía en sitios que ni siquiera conozco, ¿no?

—Yo quiero ser tu guía —sus manos subieron por mi cintura, sujetándome con fuerza y dulzura al mismo tiempo. Todo el aire en mis pulmones desapareció—. Prometo que voy a cuidar muy bien de ti.

—N-no sé qué decir...

—Di que sí.

—¿Y mis amigas? ¿Y mi casa? ¿Y... el orfanato?

Las preguntas estallaban en mi mente como bombas. Podía encontrar mil razones para no dejar el lugar donde estaba. Al fin y al cabo, lo que él proponía era una locura.

Y aun así, todo lo que quería decir... era sí.

—Yo me ocuparé de todo, te lo prometo.

Antes de que pudiera responder, él inclinó la cabeza y, sin más dudas, sus labios encontraron los míos.

Mi corazón, que ya iba rápido, se aceleró tanto que me sentí aturdida. Las mariposas en mi estómago empezaron a revolotear y mi cuerpo entero se estremeció. Al sentir el calor, el sabor y la intensidad de su boca sobre la mía, toda la resistencia que tenía se esfumó.

El beso fue suave, como si Massimo estuviera descubriendo mi boca, explorando mis sentidos, despertando en mí una pasión como si estuviéramos conectados por una energía inexplicable.

Sus manos grandes y firmes rodearon mi cintura, atrayéndome aún más hacia él. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío y no pude evitar soltar un suspiro de placer.

Cuando Massimo tomó mi nuca y presionó ligeramente, guiando el beso y haciendo que nuestros cuerpos se movieran en una fricción

suave, perdí toda noción de la realidad.

Olvidé dónde estaba.

Quién era.

Nada importaba.

Un fuego ardió dentro de mí, tan intenso y potente, esparcido por ese beso, que por un instante sentí que ya no dominaba mi cuerpo ni mis sentidos. Todo se había rendido a él.

¿Cómo decir que no?

Cada parte de mí quería rendirse, estar en sus manos, sentirlo ir mucho más allá del beso y tomarme por completo. Mis miedos y las consecuencias no importaban.

Y en ese instante, escuché a la hermana Danka regresar, jadeando, y eso me arrancó de golpe del momento, como cuando el despertador te arranca del sueño y del calor de las sábanas.

Nuestros cuerpos se separaron, casi de forma brusca, pero seguimos mirándonos en silencio.

—Ahora lo ponemos en el horno y esperamos... —dije sin aliento, intentando recordar en qué parte de la receta habíamos quedado.

—Todavía no has respondido —murmuró.

Estaba tan aturdida que tardé unos segundos en comprender a qué se refería.

El beso me había dejado sin aliento y con la mente nublada.

—Yo... —intenté hablar, pero mi voz se quebró. Lo intenté de nuevo, después de apartar un par de mechones de cabello detrás de las orejas—. Necesito algo de tiempo para pensar.

—Está bien.

—Quiero —traté de acercarme, porque no quería decepcionarlo y también porque deseaba sentir un poco más de ese calor—. Pero... esto es mucho... es demasiado para procesar de golpe. ¿Lo entiendes?

—Te quiero —su dedo índice recorrió el dorso de mi mano—. ¿Lo entiendes tú?

Sentí cómo mi corazón se derretía aún más.

—No quiero presionarte. Pero... imagino que no tienes pasaporte.

—No, no tengo.

—Vas a necesitar uno, por si decides venir conmigo. Así que, por si acaso, sácatelo —me guiñó un ojo—. Prometo devolverte entera a tus amigas. Aunque... seguramente intente arrancarte algún pedacito por el camino —sus ojos bajaron lentamente por mi cuerpo —. Pero en seis meses... o un año... te devuelvo entera.

Massimo era irresistible.

Y ese lado suyo tan intenso y decidido me asustaba tanto como me dejaba en blanco.

Era transparente y sincero, y eso me hacía sentir segura.

Sin embargo, yo recién estaba comenzando mi vida fuera del orfanato, en un buen empleo, con responsabilidades y personas que dependían de mí.

¿Y sin mí? ¿Cómo se las arreglarían las chicas?

—¿Cuánto tiempo tengo para darte una respuesta?

—Tres semanas. Tengo contactos que pueden ayudarte a acelerar el proceso del pasaporte, pero para eso tendrías que empezar cuanto antes.

—Voy a... pensarlo —murmuré, intentando sonreír—. Gracias por entenderme. Vamos a... eh... concentrarnos en las galletas, ¿sí?

—Galletas —repitió Massimo, como si la palabra no significara mucho para él.

Asintió, y juntos metimos las últimas tandas de galletas al horno. Nos quedamos allí, uno al lado del otro, observándolo todo como si fuera lo más interesante del mundo.

—La hermana Danka pidió que os pregunte si queréis repartir las galletas entre los huérfanos... las primeras tandas ya se han enfriado —Raíssa se acercó a nosotros, mirándome como si exigiera saber absolutamente todo lo que había pasado.

—Claro —asintió Massimo.

Él tomó la delantera y ayudó a la hermana Danka a colocar los dulces en bandejas metálicas para llevarlas al jardín. Los niños se agruparon a su alrededor, corriendo, gritando, atraídos por el delicioso aroma.

Massimo y la hermana Danka sirvieron a cada uno con mucho esmero, mientras yo me quedé apartada, junto a Raíssa, en un silencio incómodo.

—¿Qué ha sido eso? —me dio un pellizco.

—No lo sé. No lo sé. Voy a tener que rezar tanto para pedir perdón a Dios... —cerré los ojos y empecé a implorar por misericordia.

—¿Fue bueno? —me miró de reojo.

—Fue increíble.

—¿Crees que va a pasar otra vez?

—Ojalá.

—Bianca me dijo una vez que hacerlo sin ropa es mucho mejor...

—¡Raíssa! —la reprendí.

Aunque estuviéramos lejos de los demás, seguíamos en un orfanato católico, el lugar donde habíamos crecido.

—¿Vas a decir que no quieres? —me dio un codazo.

Me mordí el labio inferior y gemí en voz baja, entre rabia, tensión, deseo y frustración.

—Mentir es pecado.

—Pues un pecado a la vez —terminó riéndose y me arrastró a su buen humor.

—Necesito hablar con vosotras, contigo y con Bianca. Es urgente.

—¿Qué pasa?

—Necesito hablar con las dos al mismo tiempo —suspiré y me rasqué la nuca.

Me sentí inquieta cuando Massimo regresó a la cocina y pasó a mi lado. La hermana Danka parecía haberle dado su aprobación.

—Me ha ofrecido algo —murmuré.

—¿No te acaba de ofrecer algo ya?

—Esto es más grande.

—¿Más grande que diez mil reales? —Raíssa abrió los ojos, sorprendida.

—Más grande que todo lo que jamás soñé en la vida.

Comenzamos a comunicarnos solo con miradas, porque no le di más detalles. Y justo en ese momento, Massimo regresó a mi lado.

—¿Lavamos todo ahora?

—No os preocupéis, yo me encargo —la hermana Danka se acercó a nosotros—. Gracias por la ayuda, ¡habéis estado increíbles! Y vuestras galletas están listas...

—Voy a separar las de Giovanni y las traigo ahora mismo. El resto dejádmelo a mí, yo me encargo —dijo Raíssa, entrando en la cocina.

—Bueno... creo que eso es todo... ahora tienes el resto del día libre para pensar con calma en mi propuesta —comentó Massimo.

Asentí, sintiendo el peso de la decisión que tenía que tomar. Y esa sensación se mezclaba con una emoción palpitante dentro de mí, algo que no sabía cómo explicar.

—Prometo darte una respuesta pronto, para no alterar tus planes... —evité mirarlo, porque si lo hacía, diría que sí sin consultar a mis amigas—. ¿Te ha gustado nuestro paseo de hoy?

—Me ha encantado. Y estoy seguro de que Giovanni va a adorar las galletas.

—¿Tienes alguna sugerencia para el paseo de mañana? —me rasqué la barbilla, intentando cambiar de tema.

—No. Me gusta que me sorprendas tú.

Massimo se las arregló para entrar en mi campo de visión y, cuando lo hizo, me guiñó un ojo y se marchó caminando por delante.

—Te espero en el coche.

Capítulo 14

Gabriela Sierra

Estaba aturdida cuando dejé a Massimo en el coche.

Aún sentía el calor de su beso y el peso de su propuesta. Nunca había sentido una necesidad tan urgente de desahogarme y contárselo todo a Bianca, pero ella seguía trabajando, así que caminé un rato por la playa de Copacabana hasta que llegara su hora de almuerzo.

Raíssa llegó primero, con sus recipientes llenos de dulces, y Bianca con su uniforme y su fiambrera. Nos sentamos en un quiosco y me quedé mirándolas sin saber cómo empezar.

—¿Qué ha pasado, amiga? —Bianca me miró, preocupada.

—Estás pálida —Raíssa me ofreció algo para subir el azúcar.

—Tenemos que hablar —mi voz salió temblorosa—. Massimo... me hizo una propuesta.

—¿Lo de ser su guía? Ya hablamos de eso, loca —Bianca abrió su fiambrera de obrera y empezó a comer.

—Otra propuesta —dije.

—¿Cómo que otra?

—Una más grande. Mucho más grande que la anterior.

—¿Y de cuántos centímetros estamos hablando? —me lanzó una mirada maliciosa.

Raíssa soltó una carcajada y, sin poder resistirse, mordió un brownie y se quedó mirándome, llena de expectativas.

Pedí una agua de coco para calmar los nervios. Incluso horas después de escuchar a Massimo, las manos me seguían temblando

tanto que casi derramé el coco.

—Quiere que me vaya con él a Europa —conté finalmente.

Las palabras cayeron pesadas en el aire. Al fondo, el sonido del mar y sus olas llamaban la atención, el ruido del paseo marítimo parecía más alto, hasta que el silencio entre nosotras se volvió ensordecedor.

—¿Qué? —Raíssa casi gritó—. Pero... ¿cómo así? ¿Dejarlo todo y marcharte con él?

—Sí. Por unos meses, claro... quizás un año.

Raíssa y Bianca se miraron, y Bianca fue la primera en hablar:

—Guau... quiero decir, es una propuesta fuerte.

—Una locura total —apuntó Raíssa.

—Pero solo se vive una vez —Bianca me tomó de la mano—. No vamos a poder pagar el alquiler solas...

Las dos se miraron con preocupación, y eso me apretó el corazón.

—Pero creo que deberías ir —concluyó.

—¿Qué? —Raíssa la fulminó con la mirada, irritada.

—Es joven, guapa, nada la ata aquí. Él está forrado, va a llevarla a Europa, no va a tener que limpiar más váteres, Raíssa —Bianca intentó apelar a la lógica—. Gabriela es libre, nada la retiene.

—Os tengo a vosotras.

La forma en que nos miramos fue señal de que estábamos a punto de llorar. Porque esa era la verdad: éramos todo lo que teníamos.

Y no podía imaginar la vida sin ellas.

—¿Qué te dijo exactamente? —Raíssa preguntó, entre molesta y curiosa.

—Que no podía soportar la idea de estar lejos de mí. Que quiere mostrarme el mundo...

—Maldita suertuda —Bianca rió—. Vete.

—¿Estás pensando en serio en esa propuesta? Gabi, es un completo desconocido... —Raíssa intentó ser racional, porque sabía que esa era su mejor carta conmigo.

—No lo sé —admití, sintiéndome más perdida que nunca—. La idea de conocer el mundo es muy tentadora, pero... ¿y vosotras? ¿Y el orfanato? ¿Y mi trabajo?

Raíssa se quedó en silencio un minuto. Luego se inclinó hacia delante, me tomó las manos y me miró a los ojos.

—¿Y si empieza a hacer más propuestas locas?

—¿Tipo qué, Raíssa? ¿Meterle bebés? —Bianca soltó una carcajada—. Un sueño, capaz que le regala ese hotel a Gabi.

—Nunca me sentí así con nadie... es inexplicable, va más allá de todo lo que conozco... —intenté explicarme.

Raíssa suspiró.

—Gabi, siempre voy a apoyarte. Si decides irte, estaremos bien. Te vamos a echar mucho de menos, claro. Estaremos esperando que vuelvas, por supuesto. Pero tengo que coincidir con Bianca... es una oportunidad única.

—¿Y quién va a ayudar en el orfanato? —pregunté, con la voz rota—. Los niños, la hermana Danka... todos cuentan conmigo. ¿Y vosotras?

—Siempre he admirado eso en ti —Raíssa se secó una lágrima—. Siempre piensas en los demás antes que en ti. Pero... no puedes vivir toda la vida por los demás.

—Nos las arreglaremos —Bianca apoyó sus manos sobre las nuestras—. Lo importante es que tú estés bien y seas feliz.

Me quedé en silencio un momento, absorbiendo sus palabras. Tenían razón en todo lo que decían.

Pero la idea de dejarlo todo atrás me aterraba.

—¿Estás segura de que estaríais bien sin mí?

—No —Bianca me apretó la mano—, pero vamos a hacer lo posible por estarlo. ¿Verdad, Raíssa?

—Vamos a estar animándote, estés donde estés —la más joven sonrió—. Y te vamos a llamar todos los días.

—Todos los días. ¿Quién sabe? Igual puedes buscarnos trabajo de camareras en Reino Unido... en París... cobrar en euros... —Bianca suspiró, abanicándose.

—Yo quiero —Raíssa abrió los ojos.

Las tres reímos, pero sentí las lágrimas correr por mi rostro. Las dos me abrazaron con fuerza.

Su amor y su apoyo eran todo lo que tenía.

Eran todo lo que necesitaba en ese momento.

—Gracias, chicas —susurré—. No sé qué haría sin vosotras.

—Tomarías decisiones sensatas —bromeó Bianca—. ¿Irte a recorrer Europa con un millonario desconocido? ¡Pues claro!

Nos quedamos allí un rato, simplemente disfrutando de la brisa del mar y de la vista de la playa. Aún no había tomado una decisión, pero me sentía más segura.

Con su apoyo, quizá podría empezar a considerar de verdad la propuesta de Massimo.

Cuando Bianca terminó su comida y Raíssa parecía haber asimilado toda la conversación, surgió un nuevo tema sobre la mesa.

—¿Y ese beso? —preguntó Raíssa.

—¿Beso? ¿Te besó? —Bianca casi armó un escándalo.

—Cosa de telenovela. Me puso la piel de gallina —rió la más joven.

—Fue... maravilloso —suspiré—. Cuando veía los besos en las novelas, suspiraba imaginando cómo sería.

—¿Y cómo fue?

—Mágico. No estaba preparada para un beso que encendiera todo mi cuerpo.

—¿Y aún dudas si te vas? —preguntó Bianca—. ¡Vete a vivir ese sueño, mujer! Yo ya habría hecho las maletas.

Nos divertimos un rato juntas y el recuerdo de aquel beso me invadió, haciéndome estremecer y sentir más calor que el sol del mediodía en Río de Janeiro.

De algo estaba segura: me sacaría el pasaporte, por si acaso.

Y el resto... lo decidiría antes de que Massimo se marchara.

Massimo Zampieri

No podía sacarme a Gabriela de la cabeza.

Su olor estaba grabado en mi piel como un tatuaje, y aquel beso me había dejado completamente ciego.

Siempre había sido un hombre de pasiones y obsesiones, todas relacionadas con los negocios, el dinero y el bienestar de la familia Zampieri. Y por primera vez en mi vida, todo parecía haberse volcado hacia ella.

En cuanto llegué al hotel, fui directo al despacho donde sabía que encontraría a Santo y Thiago.

No quería decir nada y, al mismo tiempo, necesitaba compartir con alguien la locura que acababa de cometer. Nunca había sido un hombre impulsivo, pero Gabriela alteraba mi mente de una forma que nada lo había hecho antes.

Mi hermano estaba sentado frente a su portátil, y Thiago revisaba unos documentos y tomaba notas.

Cerré la puerta, coloqué una pequeña caja de regalo con unas galletas sobre la mesa y los miré.

—Tenemos que hablar.

Santo alzó la mirada, con expresión indiferente. Thiago pareció más receptivo; dejó los papeles a un lado y asintió.

—¿Problemas con el ayuntamiento? —mi primo cruzó los brazos.

—No.

—¿Vendiste el hotel? ¿Nos vamos ya? —Santo frunció el ceño.

—Gabriela.

—¿La mujer que es tu guía turística? —Thiago mostró interés—. ¿El paseo no fue bien?

—Cuando me marche, me la llevaré conmigo a Europa —dije directamente, sin rodeos.

Me senté en la silla frente a la mesa de Santo y esperé sus reacciones.

Thiago soltó un leve silbido, mientras mi hermano cerraba el portátil, claramente sorprendido.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Santo, incrédulo.

Thiago sonrió, descruzó los brazos y se rascó la nuca con lentitud.

—Esto es... inesperado, al menos viniendo de ti —dijo—. Cuando nuestro abuelo te eligió para dirigir los negocios de la familia, fue porque eras el único nieto racional, el que nunca actuaría por impulso.

—Extraño —fue todo lo que dijo Santo.

—Pero... no me sorprende. Vi cómo la mirabas aquel día —Thiago meneó la cabeza—. ¿Y cómo reaccionó ella?

—Está confundida —admití—. Es una decisión muy grande para ella.

—Tiene una vida aquí, no será fácil dejarlo todo —analizó mi hermano.

—La quiero —afirmé.

Eso era lo único que importaba.

—Dos tareas para ti —señalé a Thiago—. ¿Podrías acelerar su proceso de obtención del pasaporte?

—Haré lo posible. Te sugiero hacerle un contrato de trabajo a nombre de uno de los hoteles de la familia, fuera de Brasil. Eso agiliza el trámite de inmigración. Intentaré hablar con la gente del pasaporte...

—Bien. Y...

—Y...

—Quiero que investigues quién fue su familia.

—Hum... además de abogado, ahora soy el detective privado de la familia —Thiago frotó las manos, animado—. Lo has planeado todo, ¿eh, Massimo?

—Hasta en su locura intenta encontrar un punto de sensatez —Santo alzó las cejas.

—Ella significa mucho para mí. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que se sienta segura y amada —declaré.

—¿Amada? ¿Entonces no se trata solo de deseo...?

—Estoy enamorado —admití sin dudar—. Es diferente a cualquier persona que haya conocido. Y sé que puede parecer una locura, pero es lo que quiero.

Thiago se inclinó hacia adelante, su mirada más seria.

—¿Y estás preparado para afrontar las consecuencias de eso?

Mi hermano frunció el ceño y apartó la vista, pero asintió a cada afirmación de nuestro primo.

—No se trata solo de sacarla de Brasil y llevarla a Europa. Se trata de integrarla en nuestra vida, una vida agitada, llena de privilegios... y de problemas.

—Lo sé —suspiré solo de pensarlo.

—Nuestra abuela la odiará —dijo Thiago al final—. Odia a los brasileños. Detestó a tu madre y la trató con desprecio toda su vida. ¿Mi parte de la familia? Finge que no existimos. Nunca llamó a mi padre en todos estos años...

—Sé que no será fácil —dije con firmeza—. Pero la quiero. Y asumiré las consecuencias, lucharé por ella si es necesario.

—Esa chica va a llevarse un buen choque de realidad —Santo me lanzó una mirada de advertencia, pero al final, asintió lentamente.

—Vamos paso a paso —propuso Thiago—. Si esto es realmente lo que quieres, Max, eliminemos los obstáculos. Yo me encargo de la parte burocrática. ¿Qué más la retendría?

—El orfanato. Sus amigas. Su trabajo aquí.

—¿Y ya pensaste en posibles soluciones?

—Sí. Voy a reformar el orfanato y modernizarlo. Recibirá una suma generosa por estar conmigo... en cuanto a sus amigas...

—Déjamelo a mí —dijo Santo, interesado—. Me ocuparé de eso.

—Lo haremos funcionar —concluyó Thiago—. Necesito volver a São Paulo, pero te mantendré informado.

—Gracias.

—Estoy feliz por ti y te admiro por tu valentía —Santo me miró de reojo—. Cuenta conmigo. Mi misión es proteger a la familia, así que protegeré a Gabriela.

—Confío en eso —me levanté y le apreté el hombro. Luego tomé la caja con las galletas y se las mostré—. Ahora tengo que entregárselas a mi chico y hacer unas llamadas. Tenemos problemas en un hotel de Berlín.

—Perfecto. Te acabo de enviar un informe —dijo Santo.

Salí del despacho y fui a la cobertura.

Giovanni estaba en la mesa, resolviendo ejercicios de matemáticas en su cuaderno. Me acerqué en silencio y lo dejé terminar. Cuando lo hizo, coloqué la cajita delante de él.

El niño no dijo nada, solo levantó la cabeza y me miró con cara de gran interrogación.

—Es un regalo mío.

Curioso, abrió la caja y sus orejas se movieron de emoción al ver las galletas.

—Las hice yo.

Giovanni tamborileó con los deditos en la mesa, ansioso por comer. Pero simplemente volvió a su tarea.

—¿No vas a decirle nada a papá?

—Biscotto dijo: gracias, papá.

—De nada, *Biscotto* —le acaricié la cabeza con ternura—. Después *Biscotto* tiene que decirme si están buenas, quién sabe, igual las hago otra vez.

—*Biscotto* dice que huelen bien —concluyó Giovanni y volvió a sus estudios.

Me senté en otra mesa, abrí el portátil y empecé a trabajar. Sin embargo, mi mente no podía concentrarse en nada que no fueran los labios de Gabriela deshaciéndose en los míos mientras yo intentaba saciar, apenas un poco, el deseo de tenerla.

Santo tenía razón. Todo esto era irracional por mi parte.

Ni yo mismo me reconocía; parecía otra persona.

Y, definitivamente, esa transformación era algo que estaba dispuesto a abrazar, sin importar el precio.

Capítulo 15

Gabriela Sierra

Habían pasado algunos días desde la propuesta de Massimo.

Como tuvo que viajar al sur durante ese período, me dieron un día libre entero para ocuparme del tema del pasaporte, y en los demás, estuve ayudando a Raíssa, que estaba silenciosamente disgustada con la idea de que me marchara.

A mitad de semana, la mañana estaba preciosa y el sol no parecía tan fuerte, perfecta para la salida que había planeado. Estaba ansiosa por reencontrarme con Massimo.

Sin embargo, cuando llegué al vestíbulo del hotel, él me esperaba con una expresión seria en el rostro.

—Gabriela, necesito hablar contigo —dijo, tomando mi hombro y llevándome a un rincón más apartado del lobby—. Lamentablemente ha surgido una reunión urgente con uno de los posibles compradores del hotel. Hoy no podré ir con vosotros.

Mi corazón se hundió un poco.

Tenía muchas ganas de verlo y pasar tiempo con él, y no se me daba bien ocultar mis emociones.

—Lo siento mucho —me dijo, sujetándome la mano y llevándola a sus labios—. No hay nada que desee más que estar cerca de ti, pero...

—Está bien, Massimo —lo interrumpí, intentando sonreír—. Es tu trabajo, y yo nunca me interpondría entre él y tú.

—Gracias por ser tan comprensiva.

—¿Puedo llevarme a Giovanni?

—Por supuesto. Sé que estará en buenas manos. En unos minutos llegará, debe de estar terminando de arreglarse —miró su reloj—. ¿Y el pasaporte?

—Ya hice mi parte —bajé la cabeza con una sonrisa tímida.

—Perfecto.

Me miró con gratitud y se dirigió al restaurante del hotel.

Me quedé unos minutos sola, esperando a que llegara el hijo de Massimo. Cuando apareció, el niño traía su habitual expresión seria y distante, mientras que Francesca me lanzó una mirada gélida, claramente molesta con la situación.

—*Dai, non abbiamo tutto il giorno*[20] —dijo Francesca con un tono cortante, sujetando a Giovanni de la mano.

Doña Marta, la gerente del hotel, me había enseñado un truco muy útil para atender a los clientes extranjeros: una aplicación que captaba el sonido de su voz y escribía en pantalla la traducción.

Como no entendía italiano y tenía la sensación de que ambos solo hablarían en su idioma nativo, dejándome fuera de todas las conversaciones, tenía el móvil preparado para interpretar todo lo que dijeran.

Salimos del hotel y nos dirigimos al Parque Lage, un sitio que a Giovanni le había gustado en nuestra primera visita.

El trayecto fue relativamente silencioso, con apenas unas palabras entre Francesca y el conductor. Giovanni seguía callado, observando la ciudad por la ventana con una expresión casi robótica.

Al llegar al parque, el verde exuberante y el canto de los pájaros nos dieron la bienvenida. Mientras caminábamos por los senderos sombreados, intenté animar a Giovanni a conversar.

—Tu abuela era brasileña, ¿verdad? —pregunté.

El niño giró la cabeza hacia mí, parpadeó y luego siguió caminando.

—¿No hablaba contigo en portugués? ¿Sabes alguna palabra?

El niño mostró que no entendía lo que decía, así que usé la aplicación para traducir mis palabras.

La respuesta fue la misma: cierta indiferencia. Y, a diferencia de la vez anterior, Giovanni estaba rígido, caminaba como un pingüino y no pasó desapercibido que cada diez segundos miraba a Francesca, buscando su aprobación.

—¿Sabías que yo venía aquí cuando tenía tu edad? —le pregunté, intentando sonar animada—. A veces salía de la escuela, incluso escapaba del orfanato para venir aquí y sentirme conectada... Siempre me encantaron las aventuras, los descubrimientos... ¿Hay algún lugar que te gustaría conocer?

Él solo negó con la cabeza, sin decir nada.

Francesca me lanzó una mirada de desaprobación, como si me culpara por el silencio del niño.

Encontramos un lugar tranquilo cerca de un pequeño lago y nos sentamos. Saqué unos bocadillos integrales de la mochila y se los ofrecí a Giovanni, que los rechazó.

Entonces saqué mi arma secreta: una galleta con muchas pepitas de chocolate.

El niño la miró de reojo, pero mantuvo el rostro orientado hacia el lago.

Escribí en la aplicación y luego leí la traducción en italiano:

—*Biscotto* me dijo que trajera un regalo.

Eso captó su atención de una forma que no esperaba. Por dentro, grité de alegría, porque sentí que había ganado esa batalla, por fin tenía toda la atención de Giovanni.

—¿*Biscotto*? —preguntó, intrigado.

—*Biscotto* —afirmé.

Partí la galleta en tres partes. Me quedé con una, le entregué dos a él, una en cada mano.

—Una para mí, una para *Biscotto*, una para ti.

—No me gusta —Giovanni negó con la cabeza después de mirar a Francesca, que estaba al otro lado del lago.

—Entonces, mejor para *Biscotto* y para mí —sonreí y empecé a mordisquear mi parte—. Me pregunto...

—Hum... —El niño siempre daba un mordisco leve cuando creía que nadie lo veía y tragaba rápido.

—¿Cómo es *Biscotto*? ¿Puedes contármelo?

Él indicó que no.

—¿Y dibujar? ¿Te gusta dibujar? ¡A mí me encantaba cuando era niña!

—Me gusta dibujar.

Por fin me miró, sus ojos de un azul profundo reflejando una mezcla de curiosidad y vulnerabilidad.

Mi corazón dio un vuelco de pura alegría.

Era la primera vez que descubría algo sobre Giovanni, dicho por él mismo.

—¿Por qué no dibujas a *Biscotto* para mí?

El niño parecía asustado y emocionado a la vez.

Creo que nadie había tomado en serio a su amigo imaginario, ni mucho menos le había hecho preguntas sobre él. Y Giovanni parecía muy ilusionado por compartirlo.

Salí de la aplicación de traducción y busqué una aplicación de dibujo para descargar. En cuanto se instaló, le entregué el móvil.

Giovanni me devolvió los dos trozos de galleta que ya estaban mordisqueados, se limpió las manos y empezó a dibujar un conejo con orejas muy largas, una levantada, otra caída. Sus ojos eran grandes, hechos de galletas, y llevaba una bufanda roja.

—¡Un conejo! —mis ojos brillaron—. ¿Entonces es un conejo?

—*Coniglietto*[21].

—Ah... —mis ojos brillaron aún más—. *Coniglietto Biscotto*.

Al oírme intentar hablar en italiano, Giovanni sonrió.

Y eso me derritió el corazón por completo.

—¿Y le gusta el pastel de zanahoria?

—¿*Pattel de zanajolia*? —Giovanni intentó hablar en portugués—. ¿*Cos'è questo*[22]*?*

Le mostré en el móvil que los conejos comían zanahorias. Mi duda era si Biscotto, el conejo —que claramente era el propio Giovanni—, también comía pastel de zanahoria.

Le enseñé una foto para ilustrarlo.

—Nunca ha comido.

—Ah, pues entonces lo haré yo —dije emocionada—. Con cobertura de chocolate por encima.

—*Cioccolato*[23].

En ese momento me di cuenta de tres cosas: primero, que Giovanni estaba dispuesto a comunicarse; segundo, que él y *Biscotto* eran claramente la misma persona, aunque yo no entendía por qué usaba un amigo imaginario para hablar de sí mismo si podía decir directamente lo que le gustaba; y tercero, que parecía querer enseñarme italiano, y solo se me ocurría una razón lógica para eso: quería hablar conmigo, solo que tenía vergüenza o algo parecido.

—¿*Cioccolato*? —repetí la palabra para comprobar si la había dicho bien.

Giovanni volvió a sonreír con dulzura.

—*Coniglietto Biscotto*... —me atraganté porque tuve que buscar el resto de la frase en el móvil para hablar en italiano con él—. *Mangia la torta al cioccolato*[24].

—*Brava*[25] —respondió.

Todavía no estaba segura de qué estábamos hablando exactamente, pero el simple hecho de estar teniendo esa conversación ya era un gran paso.

Francesca vino hacia nosotros marchando, bufó, claramente impaciente con la conversación.

—Giovanni, *andiamo*. Tenemos mucho que hacer aún, no podemos perder el tiempo.

El niño se encogió de hombros, como si no pudiera comprenderla... o simplemente no quisiera. Y yo, imitando al hijo de Massimo, decidí ignorar la actitud de Francesca y seguí interactuando con Giovanni.

Pasamos el resto de la mañana explorando el parque.

Giovanni parecía relajarse un poco más a cada momento que pasaba conmigo. Definitivamente, era otra persona, completamente distinta al niño que había visto al principio del día.

Mientras el pequeño exploraba una cueva del parque para ver los peces, Francesca se acercó con una expresión de desprecio.

Preparé la aplicación de traducción para entender lo que quería decir.

—¿De verdad crees que se está divirtiendo? —entrecerró los ojos, con desdén—. Solo está fingiendo para agradarte. Giovanni es un niño tan bueno que es incapaz de poner a alguien como tú en su lugar.

Respiré hondo, intentando mantener la calma.

Quise creer que la traducción estaba equivocada, pero por el tono de su voz y la forma en que me miraba, no había margen de error.

—Se estaba abriendo...

—No sabes nada sobre él —replicó Francesca, dando un paso atrás—. Y nunca lo sabrás. No es uno de tus huérfanos para que juegues a la samaritana o intentes manipularlo para impresionar a Massimo.

Sus palabras dolieron. Intenté ignorarlas, pero sentí que mi día se había arruinado.

Observé a Giovanni desde lejos, que ahora estaba más animado observando a las aves, pero yo me sentía sin fuerzas al releer una y otra vez lo que Francesca me había dicho.

Cuando por fin volvimos al hotel, Giovanni estaba visiblemente más a gusto.

Incluso me tomó de la mano un momento mientras señalaba hacia la playa, y eso hizo que mi corazón se derritiera.

Sin embargo, yo no tenía fuerzas para reaccionar o decir nada.

Al despedirnos en el vestíbulo, Francesca lo arrastró hacia el ascensor sin ni siquiera mirarme.

La frustración y la tristeza crecieron dentro de mi pecho.

Aquel pequeño triunfo en el parque ya no parecía nada, porque entendí que la próxima vez que viera al niño, volvería a estar cerrado. Y tendría que empezar de cero.

No sabía si era lo suficientemente fuerte.

Y lo peor: la idea de dejar el lugar que conocía para viajar a otro donde Francesca podía tener aún más control me llenaba de miedo.

Capítulo 16

Gabriela Sierra

Pasé todo el día pensando en la propuesta de Massimo.

Después de llevar a Giovanni de paseo y sentir el rechazo y las palabras de Francesca, mi mente era un torbellino.

Me había encantado el niño y sería un placer estar cerca de él más tiempo, pero no podía decir lo mismo de Francesca, y eso hacía que mis dudas pesaran aún más.

Dejar Brasil, sin tener a casi nadie aquí y absolutamente a nadie allí fuera, me hacía dudar de si estaba preparada para dar ese salto en mi vida.

Las palabras de Massimo resonaban en mi mente. Su mirada intensa y el calor de su tacto aún me perseguían.

Pero el miedo a que resultara ser otra persona —alguien parecido a Francesca— y acabara controlando mí, maltratándome u obligándome a algo que no quería, era algo que no podía ignorar.

Pasé la noche en vela, revolviéndome en la cama, intentando encontrar una solución a ese dilema.

A la mañana siguiente, desperté decidida.

No podía aceptar aquella propuesta.

Pedí una reunión con Massimo después de nuestro paseo, y él dijo que la noche siguiente tenía tiempo libre, lo que me dio más margen para reflexionar y reafirmar mi decisión.

Esta vez, no compartí nada con mis amigas, porque veía en sus rostros que les perturbaba la idea de que me fuera, y eso también me pesaba mucho.

Cuando llegó la hora acordada, estaba inquieta.

El corazón me martilleaba en el pecho mientras el ascensor alcanzaba el penúltimo piso del edificio que llevaba a su lujoso despacho.

Al llegar, Massimo estaba sentado ante la mesa, concentrado en unos documentos.

Se levantó, se acercó a mí y esbozó una sonrisa cálida, pero su expresión cambió al notar mi agitación.

—Gabriela, ¿todo bien?

—Gracias por recibirme, Massimo. Sé que eres un hombre ocupado, pero necesitamos hablar del viaje —comencé, vacilante.

—Por supuesto. —Señaló con la mano la silla frente a su mesa y se sentó en el borde, frente a mí.

—Yo… tengo miedo, Massimo.

—¿Miedo? —Arqueó las cejas, sorprendido.

—De ir a un lugar que no conozco. Ni siquiera sé qué haré allí. Algo me dice que no me tratarán bien, y… —Un suspiro lento escapó de mis labios—. ¿De qué trata este viaje, Massimo?

—Ya te lo dije. —Me miró de pies a cabeza—. Te necesito.

—¿Para qué?

Me observó de nuevo. Llevaba zapatillas blancas, impecables, un precioso vestido floreado y holgado que me hacía sentir cómoda, y el pelo recogido hacia atrás.

No podía ser más distinta a él, con su traje caro, sus relucientes zapatos italianos, el pelo peinado hacia delante en un copete y su aroma a perfume de un millón de dólares.

—No sé cómo hacerte entender, Gabriela. —Massimo bajó la mirada hacia su muslo—. Siento que me lo están arrebatando todo… y al encontrarte, me sentí completo.

—Pero ¿qué garantía tengo de que al final no…?

—¿Y…?

—Temo acabar yendo y que me obligues a algo que no quiero, que me maltrates o incluso que me controles.

Él rio.

Con una ligereza y una inocencia que hicieron que mi corazón se acelerara al tiempo que se llenaba de esperanza.

—Cuando te vi por primera vez, quise secuestrarte y huir. —Contuvo la risa mordiéndose el labio—. Ir a un mundo donde solo existieras tú y yo. Quizá así la vida tendría sentido.

Massimo se levantó y se plantó frente a mí.

Sus ojos azules se clavaron en los míos, indicándome que tomara sus manos.

—Pero eso te robaría la alegría, y justo eso es lo que me hace sentir vivo. —Me atrajo poco a poco, hasta que mi cuerpo rozó el suyo—. Quiero que te sientas libre a mi lado.

—Pero ¿qué haré allí? ¿Cuál será mi trabajo?

—Satisfacerme.

Sentí un calor reconfortante emanar de él, pero mi cuerpo reaccionó erizándose de los dedos de los pies hasta las puntas del cabello.

Dentro de mi pecho, las dudas resistían en mi corazón.

Y antes de que pudiera responder, me atrajo suavemente hacia él, sus labios a milímetros de los míos.

Sin decir una palabra, su mano rodeó mi cuello, ascendió con cuidado hasta mi rostro y sus dedos se cerraron en mi nuca.

Me besó con tanta pasión que mi cuerpo ardió.

Intenté resistirme, al menos por una milésima de segundo, pero la atracción entre nosotros era incontrolable.

No podía ocultar que sentía lo mismo.

Y todas aquellas nuevas sensaciones en mi cuerpo me hacían sentir viva como nunca antes.

Massimo invirtió nuestras posiciones, dejándome de espaldas a la mesa.

Con la mano libre, rodeó mi cintura con firmeza y me atrajo hacia sí, como si nuestras ropas pudieran deshacerse por la fricción.

El beso, profundo e intenso, saboreando mi lengua y mordisqueando mis labios, despertó en mí un deseo abrumador.

—¡Massimo! —gemí su nombre al sentir su mano tras mi muslo.

Me levantó con facilidad, haciéndome sentir su calor incluso a través de su traje formal.

Me depositó sobre la mesa y abrió mis piernas, colocándose entre ellas mientras me atraía hacia él.

Al principio, dudé, pero la intensidad de su tacto y la pasión en sus ojos me hicieron ceder.

La tensión y el miedo que sentía fueron reemplazados por una ola de deseo.

—No tienes que temerme, Gabriela —murmuró contra mis labios, interrumpiendo el beso un instante.

Sus ojos azules brillaron ante los míos, con un fulgor de fuego y pasión que me dejó sin aliento.

—Vas a empezar a temerte a ti misma, porque haré que lo desees.

No creas que te obligaré; al contrario, te dejaré sedienta de más, y verás que nunca será suficiente.

Me pellizcó la barbilla y acercó sus labios a los míos mientras hablaba, haciéndome sentir su aliento en mi boca.

—Quiero que te sientas segura conmigo, no importa dónde estemos. Y tu trabajo será vivir la mejor vida que puedas imaginar mientras cuentas las horas para volver a verme.

Sus palabras resonaban en mi mente mientras su mano se deslizaba entre mis muslos, acercándome aún más.

Su tacto era una mezcla de fuerza y delicadeza, un contraste que me erizaba la piel.

Sentí su aliento caliente contra mi cuerpo, y respondí con una urgencia que nunca antes había experimentado.

Massimo encontró el borde de mis bragas y las bajó lentamente, deslizándolas por mis piernas. Las guardó en el bolsillo interno de su chaqueta y se arrodilló ante mí.

Me sentí incapaz de resistir.

—Massimo… —susurré, con la voz cargada de deseo y confusión.

—Solo confía en mí.

Ahogó mis dudas con un beso en el muslo. Luego deslizó su lengua abierta por mi piel y se adentró bajo mi vestido.

El calor fue instantáneo. Húmedo, envolvente, indescriptible.

Su boca me devoró de tal forma que contuve un grito en la garganta y me aferré al borde de la mesa mientras su lengua encontraba un punto sensible que me excitó tanto que, incluso con los pies en el aire, sentí cómo temblaba bajo mí.

Por primera vez en mi vida, no quise huir.

Gran parte de mí siempre había soñado con un refugio, un lugar secreto y silencioso, escapar y encontrar algo.

En ese momento, sentí que lo había encontrado.

Un hombre de casi dos metros, arrodillado ante mí, bajo mi vestido, besándome con tanta intensidad que mi cuerpo parecía arder.

Me sostenía con firmeza, pero con una ternura que derretía mis últimas defensas.

—¡Massimo! —Gemí su nombre en voz alta, al sentir que perdía el control de mi cuerpo, convulsionando por un deseo que nunca había imaginado dentro de mí.

—Confía en mí, Gabriela —murmuró al salir de bajo mi vestido, con el rostro empapado—. Solo quiero que sientas cuánto te deseo, lo que significas para mí… hasta que entiendas que no podrás pasar ni un día más de tu vida lejos de mí.

Su voz era un susurro ronco, cargado de emociones que iban más allá del simple deseo. Sentí una conexión profunda, una entrega mutua que me hizo rendirme por completo.

Mis manos se enredaron en su pelo, tirando de él hacia mí otra vez.

Lo hizo con tanta pasión, tanta intensidad, que mi presión arterial cayó.

La vista se me nubló por segundos mientras su lengua me estimulaba en un ritmo rápido y sus dedos índice y medio masajeaban mi entrada, mojándose antes de penetrarme lentamente.

Lo sujeté con tanta fuerza que temí lastimarlo.

En ese momento, sentí que la pasión entre nosotros era tangible, un lazo que nos unía como nunca imaginé posible entre un hombre y una mujer.

Cada beso, cada caricia, cada gesto suyo me demostró que no solo podía confiar, sino que lo mejor era entregarme a él.

Massimo no necesitaba controlarme, porque yo me rendía por voluntad propia. Porque él me hacía sentir viva, y eso era todo lo que siempre había soñado.

En el clímax, con el corazón acelerado y la mente nublada, todas mis dudas y miedos se desvanecieron, reemplazados por una certeza inquebrantable: quería estar con él, sin importar adónde nos llevara.

Y en ese instante, entendí que no había lugar en el mundo donde me sintiera más segura y deseada que en los brazos de Massimo Zampieri.

—Massimo, voy a… siento que… no sé…

Me sostuvo con firmeza y me miró con severidad al salir de bajo el vestido.

—No, no lo harás.

Se levantó frente a mí, imponente como un monumento. No sabía si yo me había encogido o si él era realmente tan enorme. Tomó mis pechos y ascendió por mi cuello con besos húmedos que hacían arder mi piel.

—Lo harás cuando esté dentro de ti.

Asentí en silencio, mirándolo con súplica.

Con manos temblorosas, desabroché su camisa, sintiendo la suavidad de su piel y la dureza de sus músculos bajo mis dedos.

Quise inhalar su esencia, no pude contenerme y lo besé, lo lamí, deseando que su perfume se impregnara en mí para siempre.

Massimo se quitó el traje, luego apartó la camisa, revelando un torso esculpido. Mi respiración se volvió pesada mientras lo admiraba.

Tenía el cuerpo perfecto. Y no podía creer que todo aquello pudiera ser mío.

Massimo levantó mi vestido y lo arrancó sin ceremonias. Luego, abrió mi sujetador. Nunca había sentido mis pechos tan pesados e hinchados, y sus dedos ágiles, pellizcándome y acariciándome mientras me miraba como si fuera la cosa más hermosa del mundo, me avergonzaron.

—¿Qué pasa?

—*Bambina mia*[26] —murmuró, acercando su rostro a mi piel —. *Donna mia*[27].

Al principio no entendí sus palabras. Pero la excitación creció cuando se movió contra mí, su tacto se volvió más intenso y su boca tomó uno de mis pechos, mordisqueándolo, chupándolo con lentitud mientras sus ojos me suplicaban algo.

No sabía qué era, pero estaba dispuesta a dárselo todo.

Incliné la cabeza hacia atrás al sentir que, con su otra mano, Massimo volvió a estimular mi clítoris. La combinación de su boca en mi pecho y su mano tan hábil en mi piel era como si estuviera flotando; las mariposas ya no se limitaban a mi estómago, sino que recorrían cada rincón de mi cuerpo.

Cuando sintió que estaba a punto de explotar, Massimo detuvo lo que hacía y me miró como si estuviera prohibido.

Se quitó el cinturón, desabotonó el pantalón y, al bajar sus bóxers negros, me mareé al ver su miembro. Era más grueso que tres de sus dedos y tan largo que, al acercarlo a mi piel y dejar que cayera sobre mí, superaba por mucho mi ombligo.

Me levantó de la mesa con facilidad, apoyándome contra la pared. Mis piernas rodearon su cintura, y la excitación creció mientras él se movía contra mí.

Sus labios encontraron los míos de nuevo, en un beso intenso que parecía consumir todo a nuestro alrededor.

—Eres todo lo que quiero, Gabriela —murmuró entre besos—. Voy a hacerte entender lo que es sentirse deseada, amada, como nunca antes.

Sus palabras avivaron el fuego dentro de mí. Me aferré a su cuello para equilibrarme, y él apretó mis nalgas con fuerza, separó

mi cuerpo para permitir la entrada y, cuando penetró, todo mi cuerpo se tensó.

—Massimo… —dije sin aliento—. No entrará todo. Ni la mitad…

—Solo necesita entrar lo suficiente para darte placer. —Esbozó una sonrisa pícara y me atrajo hacia él.

Cerré los ojos y sentí cómo me llenaba. Fue tanta presión e intensidad que mi cabeza dio vueltas, como si me hubieran golpeado.

Él notó mi estado y se detuvo un instante.

Sus manos exploraron mi cuerpo, ascendieron hasta mis pechos, acariciaron mi piel con provocación y luego me arañaron, dejándome con ganas de más.

Lo necesitaba.

Lo deseaba, incluso si eso me llevaba al límite.

—Te lo dije, *bambina mia*: voy a hacer que lo quieras.

Massimo se apoyó en las puntas de los pies y avanzó un poco más dentro de mí. Alcanzó un límite imposible de superar, porque, más allá del deseo ciego, era mi primera vez.

Retrocedió lentamente, y la idea de perder esa sensación me desesperó. Me aferré a sus brazos, tirando de él hacia mí, y cuando volvió a hundirse en mi cuerpo, lo besé con desesperación para contener el dolor.

Así continuó hasta convertirse en placer.

Entonces entendí por qué, cuando nos tocábamos, una corriente eléctrica me recorría.

La pasión y la unión de nuestros cuerpos me hicieron sentir como si generáramos una energía que solo nos pertenecía a nosotros.

—Massimo, por favor —gemí contra sus labios, los ojos cerrados en éxtasis.

—No necesitas pedir nada, *donna mia* —dijo, su voz un susurro cargado de deseo—. Te daré todo lo que quieras.

Además de mantener el ritmo de nuestros cuerpos y reclamar más espacio dentro de mí, Massimo sostuvo mi espalda con una mano mientras la otra, hábil, encontró mi clítoris, acariciándolo y

provocándolo, mientras bailábamos inmóviles, dejándome en un estado de pura excitación.

—¿Lo sientes? —murmuró contra mi boca, su aliento caliente en mi piel—. Deja de resistirte, Gabriela. Quiero que te entregues a mí, completamente, ahora.

Estaba perdida en el momento. Totalmente rendida al deseo que ardía dentro de mí.

La intensidad de su penetración y la rapidez con que sus dedos trabajaban no me dejaron opción.

Massimo me miró a los ojos. Y el deseo en su mirada me devoró por dentro, en todas las formas posibles.

—Correte para mí, Gabriela —ordenó, su voz autoritaria me erizó la piel—. Quiero sentir tu placer.

Mi cuerpo le obedeció al instante. Sentí que explotaba; todo mi cuerpo se entumeció y luego se electrizó.

No tenía aliento, ni control, estaba a su merced. La ola de placer que estalló dentro de mí pareció no tener fin; el orgasmo no solo fue intenso, sino que duró mucho tiempo, especialmente porque Massimo no dejó de moverse dentro de mí.

Me llevó de vuelta a la mesa, sus ojos brillando de satisfacción.

Al salir de mí, sentí cómo la realidad me golpeaba: las luces se volvieron intensas, el aire frío, los colores menos vivos.

Massimo pasó sus dedos por mi entrada y luego se los llevó a la boca, chupándolos mientras me miraba.

—¿Puedes decirme que vivirás sin sentir esto otra vez?

No pude responder. No tenía voz.

Pero mi cuerpo aún lo anhelaba. En ese instante, lo quería entero, fuerte e intenso, hasta sentirle explotar dentro de mí.

—Lo haré —fue todo lo que dije.

—Es una elección sabia. —Acarició mi rostro con la mano limpia —. Créeme, quiero hacerte feliz, quiero que sientas esto siempre. Y si alguien intenta hacerte daño, Gabriela, te lo juro: destruiré a esa persona. No importa quién sea.

Mientras Massimo me envolvía en sus brazos, sentí que todas mis dudas y miedos habían desaparecido. Ahora lo entendía a un nivel profundo, y necesitaba admitir dos cosas:

Ya no podía vivir sin él.

Era demasiado cruel siquiera pensarlo.

Capítulo 17

Gabriela Sierra

«Donna mia».

Así fue como Massimo me llamó, y esa expresión no dejó de retumbar en mi mente hasta que la busqué en el traductor.

«Mi mujer».

Aquello lo cambió todo.

Después de haber vivido ese momento tan intenso con Massimo, sentí que ya no era la misma.

Era como si se hubiera levantado un velo, como si un nuevo mundo de sensaciones y emociones hubiese estallado en mi cuerpo. Sensaciones que nunca antes había experimentado. Y sabía que no podía vivir sin volver a sentir aquello.

Sobre todo, sin él.

Pasé toda la vida intentando encontrarme, descubrir quién era, tratando de llenar el vacío que dejó el abandono, la ausencia de identidad. Y, en el instante en que Massimo me tocó, todas esas dudas desaparecieron.

Sentí la vida recorriéndome las venas con tanta fuerza que creí ser capaz de correr, enfrentar a cualquier bestia y seguir adelante, sin importar el dolor que llevara conmigo.

Y la idea de estar con Massimo, de ser deseada y amada por él, llenaba los huecos vacíos que tenía dentro, hasta el punto de pensar que, sin él, volvería a una vida que hasta ayer parecía normal, pero que ahora carecía de sentido.

Pasé los días siguientes entre la euforia y los nervios.

Todavía no podía creer lo que había sucedido. La intensidad de nuestra conexión me mareaba, me llenaba de ansiedad... pero también de una felicidad inmensa.

Massimo conseguía que me sintiera especial, única.

Por primera vez en mi vida, sentía que pertenecía a alguien, y que alguien me pertenecía a mí.

Fue entonces cuando tomé la decisión de irme a Italia.

Massimo me había prometido que estaría a salvo y sería libre a su lado, y yo le creía.

Había mostrado una faceta tierna, protectora, y yo sabía que quería estar con él, sin importar el lugar.

La mañana del viaje desperté con una mezcla de emociones.

Raíssa ya estaba despierta en la cama de abajo de la litera, con el rostro cubierto de lágrimas, aunque me dedicó una sonrisa de apoyo.

Me senté a su lado, la rodeé con el brazo y le susurré:

—En unos meses estaré de vuelta. No tienes que ponerte así...

—Tú eres toda la familia que tengo y siento que lo estoy perdiendo todo... —Raíssa apoyó la cabeza en mi hombro y lloró un poco más—. Pero estoy muy feliz por ti. Espero que me eches de menos y vuelvas a visitarme.

—¡Por supuesto que lo haré! —acaricié su cabello—. Voy a dejar aquí todas mis cosas, solo llevaré algo de ropa. Claro que voy a volver.

Cuando nos repusimos de la emoción, Raíssa me ayudó a hacer la maleta.

Todo lo que tenía cabía en una grande de viaje... y aún sobraba espacio.

Saqué mi collar dorado, que solía esconder debajo de la ropa por miedo a que alguna de las chicas que habían vivido con nosotras lo robara o simplemente lo perdiera.

Colgaban de él una llave gruesa, tres colgantes rectangulares con grabados incomprensibles, como si hubieran sido hechos con láser, y una cruz que yo misma añadí cuando tuve dinero.

Al ponérmelo, me sentí fuerte, protegida. Tuve la sensación de que no estaba sola, de que llevaba conmigo un pedacito de Brasil que me recordaría de dónde vengo.

Bianca y Raíssa me acompañaron al orfanato para despedirme de las niñas, de las monjas... y de ellas también.

Cuando crucé esas puertas, sentí miedo de no volver a verlas nunca más. Una mezcla de nostalgia y tristeza me apretó el corazón por unos segundos.

La hermana Danka lloró y me apretó contra su pecho, mientras las niñas corrían a mi alrededor, riendo y jugando, sin entender del todo lo que estaba ocurriendo.

—Nos harás mucha falta, Gabriela —dijo la hermana Danka con dificultad, entre jadeos.

—Yo también os echaré de menos —respondí, con los ojos llenos de lágrimas—. A todas vosotras. Pero en seis meses estaré de regreso.

Las monjas me abrazaron, una por una. Después, fuimos a la capilla a rezar.

Bianca, Raíssa y yo nos dirigimos al Hotel 6 Continentes en silencio.

Sabíamos que si una de nosotras hablaba, acabaríamos llorando las tres.

Fue muy duro despedirme de ellas.

Eran mi familia, y dejarlas atrás era como arrancarme una parte del alma.

Al llegar al vestíbulo del hotel, nos abrazamos formando un pequeño círculo y permanecimos así varios minutos.

—Prométeme que te cuidarás —dijo Bianca, apretando mis manos.

—Lo prometo.

—Recuerda esto: siempre estaremos aquí para ti. Tienes un lugar al que volver, un sitio donde quedarte. Nunca estarás sola en este mundo. —Me llenó de besos, como si yo fuera una niña y ella, la hermana mayor.

—Lo sé —dije con la voz entrecortada—. Prometo que me cuidaré y que estaré bien.

Raíssa, que ya había llorado todo lo que tenía que llorar, me abrazó por el cuello.

—No es como si me fuera a morir, estaré de vuelta en nada... —intenté reír para ocultar la tristeza—. Seguiré pagando mi parte del alquiler, compartiendo los gastos... ¡cuidad bien de mis cosas!

—¡Diviértete! ¡Mucho! —Raíssa me dio unas palmaditas en la espalda y se apartó, con el rostro triste.

—Y quiero actualizaciones diarias, ¿me oyes, señora Gabriela? —gruñó Bianca.

—Cuenta con ello.

Después de muchas lágrimas y abrazos, me dirigí al coche que me llevaría al aeropuerto.

Mi corazón estaba pesado, pero al mismo tiempo lleno de esperanza.

Miré hacia atrás una última vez, viendo los rostros de las personas que amaba saludándome con la mano.

El conductor colocó mi equipaje en el maletero y yo revisé el bolso para asegurarme de que llevaba todos mis documentos —algo que había comprobado, al menos, diez veces esa misma mañana.

Durante el trayecto al aeropuerto, me quedé en silencio, mirando por la ventana.

Las calles familiares de la Ciudad Maravillosa pasaban como un borrón, y me permití sentir un poco más de nostalgia por cada rincón recorrido, por cada recuerdo guardado.

El peso de la realidad cayó sobre mí: me estaba despidiendo de una parte importante de quien era, pero al mismo tiempo, estaba abierta a vivir algo completamente nuevo.

El conductor me dejó en la terminal privada del aeropuerto, un espacio exclusivo y mucho menos concurrido. Massimo ya me estaba esperando, y al verlo, mi corazón se aceleró.

Estaba impecablemente vestido, como siempre, y su sonrisa cálida logró tranquilizarme.

—Pensé que habías cambiado de idea.

—Tardé un poco más de lo que imaginaba en las despedidas —bajé la mirada y sonreí—. Pero ya estoy aquí.

—Es un viaje largo, pero te aseguro que valdrá cada minuto —dijo Massimo—. Espero que estés preparada para vivir algunas aventuras.

—¿Qué tienes en mente? —Lo miré de reojo cuando extendió la mano para que la tomara.

—Voy a ser tu guía turístico por Europa, como agradecimiento por tu trabajo aquí en Río.

—No voy a tener dinero para pagarte, Massimo...

—No estoy interesado en tu dinero —rió—. Tengo otras cosas en mente.

Massimo me condujo hasta la zona de seguridad, donde el proceso fue rápido y discreto. La revisión de mis documentos y del equipaje en el detector de metales fue ágil, sin el bullicio de las terminales comerciales.

Luego, nos llevaron a una sala cómoda para esperar hasta el momento del embarque.

Allí vi a Francesca, que parecía irritada por algo; a Giovanni, dormido en un sofá de cuero; a Santo, el hermano de Massimo, y a todo su equipo de seguridad.

Observé las plantas exóticas del lugar y, a través de la pared de cristal, una vista privilegiada de la pista de despegue, donde estaban preparando el jet privado de Massimo.

—Durante los próximos dos días estaré ausente para resolver algunos asuntos, pero luego tendremos todo el tiempo libre para disfrutar —Massimo apretó mi mano.

—¿Ya sabes dónde me voy a quedar? ¿En un hotel...?

—En mi casa, por supuesto —respondió con tanta firmeza que hizo que cualquier otra opción pareciera una locura—. Aprovecha para acomodarte, descansar y recuperarte del viaje.

—Pero... ¿nos veremos en esos dos días, verdad?

—Claro que sí —Massimo me sujetó la barbilla con los dedos—. Y si tienes cualquier dificultad, Francesca te ayudará.

—¿Ella vive en tu casa?

Intenté modular la voz para que no sonara tan indignada o sorprendida, pero la emoción me traicionó y la frase salió con más fuerza de la que planeaba.

—Es una casa bastante grande —rió—. Sí, cuida de Giovanni todo el tiempo, así que prácticamente vive con nosotros.

—Ah...

—Pero si tienes un problema, cualquiera que sea, que sepas que lo dejo todo para solucionarlo.

Escuchar eso me daba la certeza de que estaba tomando la decisión correcta.

Santo se levantó y habló con su hermano en italiano. Intenté entender lo que decían, pero no lo conseguí. Poco después, Massimo me dijo:

—Ya vamos a embarcar. No te preocupes por nada: hay internet a bordo, comida, baño, cama...

—¿Cama? ¿Hay una cama dentro de tu avión? —levanté las cejas.

—Y una sala de cine, un bar, entre otras cosas...

Me quedé en shock con esa información y se la compartí a mis amigas con un mensaje rápido, avisando que estaba bien y que pronto embarcaría.

Después de unos minutos, Massimo cargó a Giovanni en brazos y me ofreció la mano.

—¿Vamos?

Esos pequeños gestos hacían que mi corazón diera saltos.

No había nada oficial entre nosotros dos, pero Massimo me trataba con tanto cariño y cuidado que era imposible no enamorarse de él.

—¿Puedo sacar una foto? —pregunté.

—Adelante —se colocó a mi lado, esperando—. ¿Quieres que te tome una frente al avión?

—Sí... ¡mira el tamaño que tiene!

Ese jet no tenía nada de «pequeño»; en realidad, era impresionante, empezando por el brillo de su fuselaje y el logotipo discreto de la empresa familiar de Massimo.

Revisé la foto que me tomó y me encantó.

—Creo que también vas a ser mi fotógrafo oficial —reí un poco.

—Tengo talentos que ni te imaginas —Massimo hizo un gesto con la mano, indicándome que subiera las escaleras.

El interior del jet era aún más lujoso de lo que imaginaba. Asientos de cuero, un área de estar, habitaciones privadas y todas las comodidades que podía desear.

Apenas subí, me trataron como a una reina: tomaron mi bolso, me ofrecieron champán y galletas finas. Me acomodé, y Massimo me enseñó cómo colocar el cinturón de seguridad, luego hizo lo mismo con su hijo, que seguía medio dormido.

Mientras el avión despegaba, miré por la ventana, viendo cómo Río de Janeiro se hacía cada vez más pequeño hasta desaparecer bajo las nubes.

En cuanto la aeronave se estabilizó, Massimo tomó a Giovanni en brazos y se levantó.

—Voy a acostarlo. Te aconsejo que descanses, el viaje es largo.

—No, me quedaré escuchando música y mirando el paisaje... es tan bonito y... azul...

—Puedes usar la sala de cine y elegir la película que quieras. Pero ya te advierto que vas a llegar cansada si no duermes...

—Estarás ocupado, así que supongo que no hará mucha diferencia —sonreí.

—Prometo compensarte por eso —Massimo se inclinó hacia mí y rozó mis labios con los suyos—. El personal estará pendiente de lo que necesites. Si tienes hambre o necesitas algo, solo aprieta este botón.

—Está bien, gracias. ¿Vas a trabajar?

—Sí. Quiero adelantar todo lo posible para pasar todo el tiempo contigo.

Se despidió y se fue con Giovanni.

El viaje fue realmente largo, pero mi mente estaba ocupada escuchando un poco de Marisa Monte y respondiendo a Bianca y Raíssa, que ya decían que me echaban de menos.

Después de un almuerzo que parecía un banquete, me quedé dormida. Y horas después de despertar, el jet finalmente aterrizó en Milán.

Sentí una oleada de emoción recorrerme por dentro. Bajé del avión y, al entrar en el aeropuerto privado, me recibió un olor distinto, el sonido de una lengua extranjera y un paisaje que no se parecía en nada a Río de Janeiro.

Todo era nuevo y emocionante.

—¿Qué te parece? —me preguntó Massimo.

—Es tan... bonito. Parece que estoy en otro planeta.

—Bienvenida a Italia, bella —acarició mi nuca—. Después de pasar por inmigración, acompañarás a Giovanni hasta nuestra casa, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

—A partir de ahora tienes chófer privado, dos guardaespaldas y pronto conocerás a tu traductora, para que no te pierdas —Massimo sacó una tarjeta de crédito de su chaqueta y me la entregó—. Diviértete.

Capítulo 18

Massimo Zampieri

Volver a Milán siempre traía una mezcla de sentimientos.

Era la ciudad donde nací, donde crecí y donde se encontraba la sede del imperio de mi familia, el Grupo Zampieri.

Tras desembarcar de mi jet, me recibió nuestro chófer particular, que me llevó directamente al Hotel 6 Continentes original, donde el consejo me esperaba —básicamente una reunión familiar, solo que todos iban vestidos de forma formal, de mal humor y sedientos por más dinero.

Durante el trayecto, aproveché para hacer una pequeña lista de atracciones y lugares a los que podría llevar a Gabriela. Aún no podía creer que hubiera aceptado mi invitación y que ahora la tendría solo para mí.

Al llegar al hotel y dirigirme a la sala de reuniones en la penúltima planta, fui recibido calurosamente por mi abuela, la matriarca de la familia.

Nonna Rosa se levantó de su sillón de terciopelo, y todos la imitaron. Mientras que mi abuelo, ya fallecido, había sido el líder de nuestros negocios, ella era la líder de la familia desde hacía décadas, y por eso todos la respetaban.

—*¡Massimo, tesoro mio!*[28] —exclamó, abriendo los brazos para darme un fuerte abrazo, mientras sus besos resonaban en mis mejillas—. ¿Cómo fue el viaje?

—Tranquilo, *Nonna* —respondí, sonriendo mientras me inclinaba para llenarla de besos.

—Pareces muy feliz...

—Lo estoy.

A nuestro alrededor, mis tíos y primos se levantaron y fueron acercándose, uno por uno. Mi tío Victorio, vicepresidente de los Hoteles 6 Continentes, estaba allí con su habitual mirada crítica. Fue el último en estrecharme la mano.

Tras los saludos iniciales y algunas cortesías, la atmósfera familiar se transformó rápidamente en una reunión de negocios.

Nos sentamos alrededor de la gran mesa de caoba de la sala de reuniones, yo en la silla presidencial, mi abuela a mi derecha y mi tío a la izquierda.

Observé las paredes decoradas con retratos familiares, imágenes de nuestros edificios por el mundo y, por último, la silla de mi padre, vacía.

—¿Todavía no ha regresado? —pregunté.

—No. Y nadie sabe dónde está tu padre —respondió mi abuela, suspirando mientras miraba al resto con gran preocupación.

—Sí, todos estamos muy preocupados por tu padre —comenzó Victorio, con voz cargada de autoridad—. Pero esta reunión fue convocada para hablar de tu última misión en Brasil, Massimo.

—De acuerdo.

—El asunto fue debatido hasta el cansancio, votado y debía ejecutarse. Este consejo te encomendó vender el hotel de Copacabana, en Brasil. Pero, hasta donde tengo entendido, eso no ha sucedido, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Podrías explicarnos por qué? —dijo el hombre incorporándose un poco en la silla, juntando las manos sobre la barriga.

Sentí todas las miradas puestas en mí.

Respiré hondo antes de responder.

—No era un buen negocio —contesté.

—¿«No era un buen negocio»? —repitió él, intentando imitarme en un tono casi infantil.

—Hay cuestiones legales y emocionales en juego —comencé, manteniendo la voz firme—. La ubicación es icónica y representa una parte significativa de nuestra historia en Brasil. Además, ninguno de los compradores ofreció una cifra razonable por el hotel.

Victorio no pareció satisfecho con mi respuesta.

Se inclinó hacia delante, entornando los ojos.

—¿Ningún comprador ofreció una cifra razonable? —preguntó con voz fría y cortante, mientras manipulaba una pila de documentos—. ¡Uno ofreció 250 millones de dólares!

—Es poco.

—¿Poco? —rió—. Empiezo a pensar que solo estás dando excusas para no cumplir una decisión del consejo.

—Tenemos plazos que cumplir, Massimo —intervino mi primo Marco—. Y contábamos con ese dinero para una nueva inversión.

—Sinceramente, empiezo a dudar de tu capacidad para liderar esta empresa si no puedes ejecutar una simple venta —mi tío echó los hombros hacia atrás, disfrutando de la situación.

El ambiente se volvió tenso.

Sentí cómo la presión aumentaba mientras Victorio seguía acosándome, inflando los ánimos del resto.

—Soy plenamente consciente de las expectativas del consejo sobre mí y de la responsabilidad que tengo con esta familia —dije, manteniendo la calma—. Sin embargo, el hotel tiene un gran valor.

—¿Para quién?

—Para mí —cerré el puño—. Para esta familia. Para mi familia. Y si el consejo duda de mi gestión, quiero recordarles que tomé las riendas de esta empresa hace ocho años y hoy vale cinco veces más.

Uno a uno empezaron a desinflarse, sus rostros se volvieron neutros, algunos incluso bajaron la cabeza.

—Cuando esta empresa empezó a desvalorizarse, mi padre y yo compramos más de la mitad de las acciones de todos ustedes y reconstruimos este imperio. El consejo me asesora, pero no manda

sobre mí —les recordé—. No soy solo el hombre que trajo los Hoteles al siglo XXI. Tengo el 75% de esto.

—Tienes el 50% —gruñó Victorio—. Tu padre tiene el 25%.

—En su ausencia, decido yo —repliqué.

—Antes de su desaparición, tu padre votó a favor de vender el hotel —el hombre se atrevió a responder.

—Lo que Victorio quiere decir... —mi abuela aclaró la garganta, intentando adoptar su voz más conciliadora—. Es que supimos de la oferta de 250 millones de dólares. Y tú viajaste a Brasil con la intención de vender el hotel, eso ya estaba decidido.

Al final, me sonrió, respiró hondo y me hizo la gran pregunta:

—¿Qué cambió?

La verdad es que cambiaron muchas cosas.

Desde el momento en que pisé Brasil, me sentí otra persona. Y después de todo lo que viví, no me sentía con derecho, no tuve el valor de acabar con el legado de mi madre.

—Ese hombre quiere desmontar el hotel para construir un centro empresarial —expliqué por encima.

—¡Por 250 millones puede demoler toda la construcción y hacer una pocilga en ese país tercermundista, ¿a quién le importa?! —se exaltó Victorio.

Mi abuela intervino una vez más, su voz firme cortó la tensión como un cuchillo:

—Victorio, sabemos que Massimo siempre ha tenido en mente el mejor interés de la familia. Escuchemos lo que tiene que decir.

Mi tío retrocedió un poco, aunque seguía visiblemente molesto. Aproveché la oportunidad para exponer mi perspectiva.

—Mi madre gestionó ese hotel. Era su pasión. Y dentro de ocho meses será homenajeada por la alcaldía de Río de Janeiro —expliqué —. No puedo deshacerme de su legado.

Mi abuela, que siempre había detestado a mi madre, no logró esconder en su rostro que esa no era una buena respuesta.

—Ese lugar no nos da ningún beneficio real, Max —dijo mi primo Marco—. El real no vale nada. Nos interesan euros o dólares.

—La venta del hotel no es solo una transacción financiera —argumenté, con el rostro serio, pero manteniendo un tono sereno—. Es una decisión estratégica. Estamos hablando de un activo valioso, y quiero asegurarme de obtener el mayor beneficio posible.

—O sea, ¿quieres vender el hotel por 400 millones?

Era difícil explicar el verdadero valor de ese hotel a personas que solo querían hablar de cifras.

Mi padre también estuvo inclinado a venderlo y yo estuve a punto de hacerlo, pero al saber que mi madre sería homenajeada y al pisar ese lugar mágico... cambié de idea.

Y sabía que el precio de esa decisión sería un dolor de cabeza con mi familia.

El consejo escuchó atentamente, pero podía ver que Victorio no estaba convencido. Siempre quiso recuperar el cargo, sobre todo después de que los números mejoraran. Y cualquier error mío significaba una oportunidad para él.

—Massimo, el consejo se ha reunido y ha tomado una decisión, y esperamos que la entiendas —dijo mi tío, con voz firme—. Doscientos cincuenta millones de dólares es una cifra adecuada para ese lugar.

Mis otros tíos y primos comenzaron a murmurar en señal de acuerdo. No era su historia ni su legado lo que estaba en juego. Era el de mi familia.

Sabía que necesitaba presentar algo concreto para ganarme su apoyo. O al menos tiempo, hasta encontrar a mi padre y cambiar su postura.

—Entiendo la preocupación de todos —dije, mirando a cada uno de ellos—. Y estoy dispuesto a seguir las directrices del consejo, pero creo que el hotel vale más. Por eso pido un poco más de tiempo para explorar otras oportunidades.

Mi *nonna* me miró con una mezcla de orgullo y preocupación. Sabía que confiaba en mí, pero también sabía que en este tema, estábamos en bandos opuestos.

—Massimo... —comenzó, con voz suave pero con autoridad—. Tú eres el presidente de esta empresa. Confiamos en ti porque tu especialidad es traer resultados. Demuéstranos que tu estrategia es la mejor para la familia y lo aceptaremos.

Asentí, sintiendo el peso de la responsabilidad.

—Lo haré, *Nonna*. Y prometo que no los decepcionaré.

La reunión terminó con un aire de escepticismo. Parecía que todos estaban esperando que fracasara en mi posición.

Mientras todos se dispersaban, Victorio me lanzó una última mirada de advertencia.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Massimo.

Todos salieron, uno a uno, excepto mi *Nonna*. Tomó mi mano y me llevó hacia el ventanal para contemplar la ciudad iluminada a nuestros pies.

—¿Cómo está Giovanni?

—Cansado del viaje, pero bien.

—No es bueno que tu hijo esté lejos de los médicos que saben cómo cuidarlo, tesoro mio... el pequeño tiene pocos meses de vida, no puedes exponerlo así. Es demasiado cruel.

Cada vez que alguien me recordaba el estado de mi hijo, era como recibir una puñalada directa al corazón.

Bajé la cabeza y respiré en silencio, mientras el tic-tac de un reloj resonaba de fondo, recordándome que mi tiempo con Giovanni se estaba acabando.

—¿Francesca ha cuidado bien de él?

—Sí, lo ha hecho.

—Si no fuera por esa chica, tu hijo ya estaría muerto —se llevó la mano al pecho y suspiró—. Pobrecita... renunció a todo en la vida solo para cuidar de su sobrino, como si fuera su propio hijo.

—Sí...

—Massimo, ¿no crees que...? —me miró en silencio durante un largo momento, y luego negó con la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Solo pensé que... un hombre tan joven, fuerte y sano como tú debería estar teniendo más hijos.

—Lo estoy intentando —respondí con seriedad, aunque acabé soltando una sonrisa de lado.

Ella me golpeó con su bolso y me reprendió con la mirada.

—¿Pero con la mujer adecuada?

—Es difícil encontrar una, ¿no crees, *Nonna*?

—¿No crees que sería más fácil... atravesar toda esta tribulación con Giovanni si tuvieras más hijos en camino? Mira, yo tuve siete. Tu padre, cuatro. ¿No es hora de traer al menos uno o dos más al mundo, Massimo?

Me froté entre los ojos mientras la imagen de Gabriela venía a mi mente. Ella era una de las razones por las que quería hacerlo todo bien, quería mostrarle que yo podía ser el hombre que necesitaba y que cuidaría del legado de mi familia.

Así, entendería que formar parte de mi familia era lo correcto.

—Sí, *Nonna*... Pero quiero aprovechar cada segundo de vida con mi hijo.

—Pero piensa en el futuro —dijo, dándome unas palmaditas en la mano. Tras el consejo, decidió marcharse—. Querrás tener muchos hijos que te cuiden cuando seas viejo.

—Los tendré, *Nonna*. Confía en mí.

—Confío. Creo que ha llegado el momento de que empieces a confiar tú también en el destino.

Y con esas palabras, se fue, dejándome pensativo mientras contemplaba Milán desde lo alto.

Capítulo 19

Gabriela Sierra

Llegar a la casa de Massimo en Milán fue algo que me dejó sin aliento.

Después del largo viaje y el *jet lag*, estaba exhausta. Habría actuado como un robot sin notar nada a mi alrededor, pero lo que vi me dejó hipnotizada.

Al bajar del coche, me recibió una imponente mansión: frente a mí, una escalinata ancha conducía a una entrada majestuosa, flanqueada por columnas robustas. Las paredes blancas de la casa, con sus grandes ventanales y elegantes arcos, no dejaban lugar a dudas: estaba en un lugar que parecía sacado de un cuento de hadas.

A ambos lados, dos alas simétricas se extendían, cada una con balcones adornados con detalles majestuosos y una vegetación exuberante. Los árboles que rodeaban la propiedad se mecían suavemente con la brisa, y el camino de piedras perfectamente alineadas me guiaba hasta la entrada principal.

Parpadeé varias veces y me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando.

Desde las flores en las macetas que bordeaban la escalinata hasta las luces cálidas que comenzaban a encenderse en las ventanas, todo me impresionaba. Aunque había trabajado en el lujoso hotel de Copacabana, por primera vez en mi vida me sentí pequeña ante tanta grandeza y la energía que aquel lugar transmitía.

—Buenas noches, señora Gabriela —me saludó una mujer de mi edad—. Me llamo Rebeca y seré su traductora.

—Hola, Rebeca —asentí con la cabeza—. Es tan hermoso...

—El personal del señor Zampieri está a su entera disposición. ¿Le gustaría conocer la residencia?

—Sí, claro.

Al entrar en la mansión, me recibió un equipo de empleados que parecía sacado de una película. Había al menos una docena, todos uniformados y listos para atender cualquier necesidad que pudiera tener.

Rebeca me presentó a cada uno por su nombre. Al final conocí a doña Elena, la ama de llaves, que parecía una monja salida de la Casa de la Divina Providencia.

—La mansión tiene todo lo que pueda necesitar, señora...

—¿Señora? —Abrí los ojos y levanté las cejas, sorprendida de que alguien de mi edad me tratara así—. Pero si ni siquiera soy... vieja...

—Es como todos la tratarán a partir de ahora —Rebeca sonrió con amabilidad.

—*Signora*[29] —dijo Elena, que tenía al menos tres veces mi edad, con una breve reverencia de cabeza antes de inclinarse.

—Esta es la sala principal, señora Gabriela —dijo Rebeca. Aunque hablaba un portugués perfecto, su acento italiano le daba un toque encantador—. En la planta baja también tenemos el comedor, la cocina, la piscina cubierta, el gimnasio, el salón de fiestas...

Cada estancia era más impresionante que la anterior.

Todos los espacios tenían techos altos con lámparas de cristal, paredes impecablemente blancas y muebles modernos que rompían la seriedad del entorno.

El comedor era espacioso; unas cincuenta personas podrían cenar cómodamente alrededor de la mesa de madera maciza, que parecía tener siglos de historia.

Y la cocina... ah, la cocina... era un sueño.

Moderna, equipada y cálida, como debe ser un verdadero hogar.

Mientras Rebeca me mostraba la casa, sentí la mirada de Francesca sobre mí. Siempre estaba al fondo, observándonos, vigilando cada uno de mis movimientos.

Sus ojos brillaban con una mezcla de celos y desconfianza, y por un momento, me sentí como una intrusa.

Había tratado con huéspedes así en el Hotel 6 Continentes de Copacabana. Me enseñaron a mantener la sonrisa, la cabeza erguida y a guardar silencio.

—Por la mañana podré mostrarle el invernadero, el bosque, la piscina exterior, los jardines... —dijo, llevándome hasta el último piso del edificio principal—. Y esta es su habitación, señora —abrió una puerta que reveló un espacio enorme y lujoso.

La habitación parecía sacada de una revista de decoración.

Una cama *king-size* en la que cabrían fácilmente cinco como yo, cubierta con sábanas de seda, una lámpara de cristal colgando del techo y grandes ventanales con una vista deslumbrante del bosque que rodeaba la propiedad y de la ciudad de Milán.

—El señor Massimo pidió que le informara que estará ausente los próximos dos días para resolver algunos asuntos urgentes de la empresa, pero que volverá lo antes posible —explicó, observando mi expresión.

—Él ya me lo había dicho.

—Ha pedido que aproveche el espacio, conozca el lugar y que mañana vendrán algunos modistas a presentarle unas colecciones. Puede quedarse con todo lo que desee.

—¿Colecciones?

—De ropa, señora.

—Ah, no, traje mi ropa —respondí con una sonrisa amable—. ¿Puedo ver a Giovanni?

Rebeca consultó con Elena en italiano. La anciana me respondió mirándome fijamente a los ojos, gesticulando con las manos.

—Dice que el señor Giovanni Zampieri llegó exhausto del viaje y está al cuidado de la señora Francesca. La señora Francesca no permite que nos entrometamos en su trabajo.

—Entiendo. ¿Puedo ir a la cocina a beber agua?

Doña Elena gritó con una voz atronadora que me hizo temblar. Un minuto después, apareció un empleado con una bandeja plateada que traía una jarra de cristal llena de agua, una copa al lado, rodeada de cuencos con fresas, pepinos, piña, limón, manzana, uvas...

Doña Elena le dio unos golpecitos al empleado, y Rebeca me susurró:

—Es que olvidaron el hielo...

—No se preocupen, parece todo muy bueno... —intenté calmar a la mujer.

Tomé una rodaja de piña y la mordí; no pude esconder lo delicioso que estaba.

—Son para aromatizar el agua —comentó Rebeca—. Si la señora tiene hambre, uno de nuestros chefs puede prepararle lo que desee.

—Puedo preparar mi propia comida.

—Mejor no diga eso en italiano o doña Elena le dará unos buenos golpes —Rebeca sonrió—. Quiere impresionarla.

—¿Impresionarme?

—Bueno, es que...

—Puedes decirlo, Rebeca. Te prometo que no le contaré a nadie.

En una tierra donde todos hablaban italiano y me hacían sentir sola y perdida en sus propias conversaciones, me parecía divertido tener una aliada que hablara portugués.

—El señor Massimo nunca ha traído a una mujer a esta casa desde la muerte de la madre de Giovanni.

—Ah...

—De hecho, hasta donde sabemos, no se ha interesado por ninguna mujer desde el fallecimiento de su esposa. Por eso todos estamos curiosos y, por supuesto, haremos todo lo posible para que se sienta bienvenida y como en casa.

—Yo me siento acogida cuando hago cosas. Me gusta ayudar.

—Creo que eso no será posible aquí —Rebeca sonrió a doña Elena para hacerle saber que todo estaba bien—. Pero la señora se

acostumbrará pronto a todo.

—Eso espero... —Me senté en la cama y observé aquel lugar que era casi del tamaño de mi antiguo apartamento—. ¿Eres brasileña?

—Italiana. Pero trabajé muchos años con la señora Clara Zampieri.

—¿La madre de Massimo? —Alcé las cejas.

—Exactamente. Yo era su empleada de confianza. Me encargaba de todo aquí cuando ella estaba en Brasil.

—Qué bueno saberlo... —Sonreí—. ¿Será que ya trajeron mi maleta? —Miré a mi alrededor.

—Sí, está en el vestidor.

Rebeca me mostró la entrada del vestidor, inmenso. El lugar estaba completamente vacío, salvo por un perchero con mis prendas, que parecían recién planchadas y perfumadas, sin una sola arruga.

—¿Está todo a su gusto, señora?

—Sí... —Mi voz se apagó mientras observaba aquel lugar.

Me sentía una extraterrestre. Siempre fui yo quien se servía su propia agua, quien planchaba su ropa y cocinaba su comida. De verdad, era como estar en otro mundo.

—¿Podemos ayudarla con algo más?

—Creo que necesito una ducha para quitarme el cansancio del viaje...

—¿Quiere que le preparemos la bañera con sales? ¿El SPA? ¿Le gustaría ir a la piscina? Si desea, podemos calentarla...

—Una ducha es suficiente —reí con nerviosismo—. ¿Puedo?

—La señora puede hacer lo que quiera —Rebeca sonrió.

—Gracias. Pueden descansar. Creo que después de la ducha me iré a la cama. Todavía me siento un poco mareada por el viaje...

—Muy bien. Dejaremos uno de los chefs en alerta por si le entra hambre.

—Solo dejen esa jarra de agua con frutas ahí... —Señalé la tocador al lado de la cama—. Me las arreglo. Gracias, Rebeca.

—Nosotras le agradecemos a usted.

—*Grazie mille, signora Elena*[30] —dije a la mujer mayor.

Sus ojos brillaron. Se quedó inmóvil durante cinco segundos y luego sonrió, asintió con la cabeza y salió del cuarto apresuradamente, con las mejillas enrojecidas.

Después de que ambas se marcharan, me senté en la cama y miré a mi alrededor. Todo era tan distinto a lo que estaba acostumbrada. Me sentí pequeña ante tanto lujo y volví a preguntarme qué hacía allí.

Massimo y yo no teníamos nada que ver. Él pertenecía a otro mundo, uno completamente alejado del mío, entonces... ¿por qué?

Y entonces recordé aquel momento en el que mi corazón casi se salió del pecho. Aquel instante en que mi cuerpo y el suyo se convirtieron en uno solo, y él me hizo sentir completa, como si el mundo desapareciera y solo existiéramos nosotros dos.

Él veía en mí algo que nadie más había visto.

Y eso me dio fuerzas para terminar aquel día.

Capítulo 20

Gabriela Sierra

La ducha caliente en aquel potente rociador me curó del viaje, pero dormir en aquella cama de los dioses fue lo que verdaderamente me renovó.

Me desperté temprano al día siguiente y decidí explorar la mansión por mi cuenta.

Bajé para respirar el aire puro del jardín, y aquel lugar era un paraíso, con flores de todos los colores y una fuente central que le daba un toque mágico al entorno.

Vi el invernadero desde fuera, el SPA, el garaje cubierto con una docena de coches impresionantes, pero lo que realmente me dejó hipnotizada fue cuando puse un pie en la primera planta de la propiedad y me topé con una biblioteca cuyas estanterías estaban repletas de libros desde el suelo hasta el techo. Parecía un refugio perfecto para mí.

Había una sección de libros para cada idioma, y en la de portugués encontré mapas turísticos, libros de administración, economía y algunas novelas.

—Este es uno de los lugares favoritos del señor Massimo —dijo Rebeca.

Di un salto y llevé las manos al pecho. Casi grité. La miré, jadeando, como si me hubieran pillado cometiendo un delito.

—Yo solo... no quería molestarla.

—No se preocupe, señora Gabriela. Es deseo del señor Massimo que explore la casa y disfrute de ella.

Asentí con la cabeza.

—¿Así que este es uno de sus lugares favoritos?

—Sí.

—Puedo imaginar por qué. Es maravilloso —comenté, deslizando los dedos por los lomos de los libros de tapa dura—. ¿Él lee novelas?

—Fueron regalos de su madre.

—Ah...

—El señor Zampieri se volvió muy hermético tras la muerte de su esposa. Se convirtió en un hombre recluso, obsesionado con el trabajo y buscando una cura para su hijo... La señora Clara solía decir que lo que él necesitaba era un poco de romance.

—¿Romance?

—Leer una buena novela siempre endulza la vida.

Asentí en silencio y seguí explorando la estantería.

—Ayer dijiste que nunca había traído a una mujer aquí...

—Así es, señora.

—¿Y Francesca? —arqueé una ceja.

—¿La hermana de la madre de Giovanni? —Rebeca parpadeó lentamente, intentando procesar la información—. Ya pasaba mucho tiempo aquí con su hermana durante el embarazo... cuando la antigua señora Zampieri falleció, ella decidió quedarse y cuidar de Giovanni.

—Entiendo. ¿Ellos...? —Intenté hacer gestos con el rostro para completar la pregunta, pero Rebeca tardó en entender.

—Ah, no. El señor Massimo nunca la ha visto de otra manera.

—Hum.

—Fue obligado por su abuela a casarse con la señora Letizia. Apenas la conocía. Era una unión entre dos familias muy adineradas.

—Entiendo.

—Cumplió el acuerdo, se casó con Letizia y tuvieron a Giovanni. Él...

—¿Él?

—Creo que estaba empezando a amarla, pero luego la perdió. Y eso lo destrozó, señora Gabriela. Se cerró por completo al amor.

Bueno, eso es lo que creíamos.

Me miró con cierta admiración.

—Pensábamos que estaría solo para siempre. Doña Elena prácticamente lo crió, estaba verdaderamente desesperada, porque el señor Massimo es un buen hombre.

—Lo es, sí.

—Y espero que la haga feliz.

—Gracias, Rebeca.

Hablando de doña Elena, apareció jadeante, gesticulando y hablando alto con Rebeca, explicándole algo muy importante.

—El desayuno está listo —explicó Rebeca—. Y ya han llegado.

—¿Llegado? ¿Quiénes?

—Los modistas.

Bajamos al comedor, donde un banquete estaba servido en la mesa. Había tantos tipos de panes, embutidos, frutas, carnes, zumos y dulces que podría haber pasado la semana entera comiendo aquello y aún sobraría mucho.

Regresé al salón principal acompañada de Rebeca y doña Elena, y observé varios maniquíes, baúles y costureros que me esperaban.

—Primero tenemos la ropa de gala... a las 9 vendrá la ropa casual, a las 10 la lencería, zapatos, bolsos y joyas a las 11.

Solo comprendí la magnitud de todo aquello al caminar por la sala y darme cuenta de que, en lugar de ir a una tienda, la tienda había venido a mí.

Nunca había visto algo así en Brasil.

Aquellas prendas —vestidos, piezas de sastrería, blazers— eran escandalosamente hermosas. Y cada vez que me detenía en una pieza por más de unos segundos, los modistas decían, y Rebeca traducía:

—Puede tener este modelo en el color que desee. Solo necesita tomarle las medidas y la prenda estará lista de inmediato.

No voy a mentir: lo quería todo.

Sin embargo, no tenía idea de dónde podría usarlas. Incluso las casuales y la lencería me parecían sin sentido. ¿Pagar casi cinco mil

euros por unas braguitas y un sujetador? ¿Por qué fabricaban ropa interior con oro, perlas y diamantes?

Deslicé los dedos por aquellas telas finas, admirando la delicadeza y la calidad de las prendas. Y las opciones no dejaban de aparecer. Los modistas sacaban nuevas piezas de los baúles y me las mostraban mientras intentaban explicarme, en un italiano refinado, por qué necesitaba todo aquello.

—¿No le ha gustado nada, señora? —Rebeca se acercó a hablar conmigo al notar que me había quedado un poco al margen.

—Me ha encantado. Todo. Pero... siento que no está hecho para mí.

—Entonces, ¿por qué no les muestra qué tipo de ropa le gusta? Así pueden conseguirla o coserla exclusivamente para usted.

—Rebeca... —le tomé del brazo, intentando traerla de vuelta a la realidad—. Todo esto es carísimo.

—Creo que por eso el señor Massimo le dejó una tarjeta sin límite.

Me sentí tan aturdida que no supe qué responder. Probé algunas prendas, dejé que me tomaran las medidas, pero no mostré que estaba incómoda.

Mucho menos porque Francesca pasó justo en el momento en que me estaba probando un vestido ceñido al cuerpo y comenzó a hacer gestos, llevándose la mano a la boca mientras se reía de mí.

—Dijo que este vestido sería perfecto para un evento de gala, señora. El color combina con el tono de su piel y los detalles de encaje están hechos a mano —Rebeca comentó con una sonrisa orgullosa.

Miré el vestido con admiración. Realmente era precioso, pero la idea de llevar algo tan extravagante me ponía un poco nerviosa. Y tener a Francesca rondando con esa mirada suya solo me hacía sentir más fuera de lugar.

—Dijeron que, si lo desea, pueden dejar todas las prendas aquí. Usted puede probárselas con calma, usarlas y decidir si las quiere.

—¿En serio? —No oculté mi incredulidad.

—Sí. Así podrá combinarlas con distintos zapatos, bolsos, joyas, y decidir lo que quiera quedarse. Luego ellos volverán a recoger el resto.

—Parece una gran idea —sonreí con nerviosismo, aún algo incrédula ante tanta atención.

Esa mañana me hizo pensar en la diferencia entre mi vida de antes y la de ahora. Hasta hace poco, no era más que una camarera en un hotel, luchando por sobrevivir. Y ahora, estaba en una mansión lujosa en Italia, siendo tratada como una princesa.

Me costaba creer que todo esto era real.

Cuando terminé, almorcé y regresé a mi habitación. No había hecho prácticamente nada en todo el día y, sin embargo, estaba agotada.

Subí a mi cuarto intentando procesar todo lo que había sucedido aquella mañana. Aún me sentía sobrepasada por los cambios en mi vida y por el hecho de tener a Francesca rondando como un espíritu sin luz.

Me recosté en la cama mullida, sintiendo cómo el cansancio se apoderaba de mí. Me dormí casi al instante, arrullada por el calor y el confort de las mantas.

Cuando desperté, ya era de noche.

La luz suave de las lámparas creaba un ambiente acogedor en la habitación. Me senté en la cama, frotándome los ojos, aún medio adormecida.

Fue entonces cuando noté una sombra familiar frente a la puerta del balcón. Massimo estaba allí, observando la propiedad. Inclinó ligeramente la cabeza y me miró con una sonrisa sutil en los labios.

—Buenas noches, Gabriela —dijo suavemente, acercándose a mí.

—Buenas noches, Massimo. ¿Qué haces aquí? —pregunté, sorprendida por su presencia.

Me alisé el cabello y me froté los ojos para espantar cualquier rastro de sueño.

Él se sentó al borde de la cama, con los ojos fijos en los míos.

—Un pajarito me dijo que te está costando adaptarte... me preocupé por ti —acarició mi rostro con el dorso de su dedo índice—. Vine a saber por qué.

Suspiré, tratando de encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que sentía.

—Massimo, esta no es mi vida...

—Ahora lo es —me interrumpió con una voz suave, escudriñando mis expresiones.

—Pero un día se acabará. Me iré. Nunca podré vivir algo así otra vez. No le veo sentido...

—¿Por qué tiene que acabar? —tomó mi mano y la apretó con delicadeza—. ¿Por qué quieres irte?

Esta vez, su mano fue más atrevida. Sujetó mi nuca, sus dedos se enredaron en mi cabello, y me atrajo cuidadosamente hasta tenerme casi sentada en su regazo, sintiendo el calor de su cuerpo, incluso bajo tanta ropa.

—¿Apenas has llegado y ya estás pensando en dejarme? —sus ojos azules parpadearon, su otra mano rodeó mi cintura.

Eso me dejó sin reacción.

—Massimo, no me malinterpretes, yo... me encantó toda esa ropa. Es preciosa, de verdad. Pero me sentí un poco... fuera de lugar...

—Explícate.

—Nunca he tenido nada parecido. Siento que no está hecho para mí. Y, siendo sincera, me pareció todo demasiado caro —respiré aliviada después de decir la verdad—. No sé si podré acostumbrarme a este estilo de vida.

Al admitir todo eso, sentí cómo mi rostro se ruborizaba.

Él, sin embargo, sonrió con calidez y comprensión.

—¿Te avergüenzas de mí?

—¿Qué? —frunció el ceño.

—¿Te avergüenzas de cómo me visto? ¿De mi ropa? ¿Quieres cambiarme?

Sus ojos brillaron con una sinceridad que me dejó sin palabras. Su mano en mi nuca se volvió más firme y me atrajo para un beso suave, sus labios rozaron los míos y su respiración cálida me acarició el rostro.

—No quiero que tengas esas cosas solo por apariencia —explicó —. Quiero que te sientas especial, porque para mí eres única.

Me quedé hipnotizada, mirándolo desde tan cerca.

Me costaba concentrarme en sus palabras, porque su mirada, su olor, la cercanía de nuestras bocas... todo parecía urgente y absorbía mi atención por completo.

—Quiero que te veas como yo te veo: una mujer fuerte, hermosa y capaz de todo. El lujo no es ostentación. Es apreciar las cosas buenas de la vida, valorarte y reconocer que mereces lo mejor —selló nuestros labios con un beso lento—. Yo quiero darte lo mejor.

Sentí un calor extenderse por todo mi cuerpo con sus palabras.

—¿Y cuál es la explicación para una lencería de quinientos mil euros? —arqueé una ceja, nerviosa e irritada.

—La explicación es que quiero llevarte a cenar a mi sitio favorito... y luego hacerte el postre.

Abrí los ojos de par en par, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba.

—Quitar cada prenda de tu cuerpo, como si fuera un envoltorio de regalo. Y después, disfrutar de algo valioso, inestimable... lo más caro de conseguir y que el dinero no puede comprar.

—¿El qué?

—Tu placer —su mano, que estaba en mi cintura, empezó a subir hasta alcanzar mis pechos—. Tu rostro retorciéndose de deseo mientras arranco cada uno de esos diamantes como si no valieran nada, comparado con el momento en que haces esa expresión.

Al sentirlo acariciar y apretar mi pecho mientras me observaba tan de cerca, eché la cabeza hacia atrás y entreabrí los labios.

Dejé escapar un suspiro y un gemido suaves. Debajo de mí, Massimo comenzó a moverme sobre su erección, y antes de que

pudiera darme cuenta, ya estaba tumbada en la cama, con él encima, entre mis piernas, aún vestido.

Sus labios encontraron los míos en un beso suave y tierno que rápidamente se volvió más intenso y apasionado. Sentí mi corazón acelerarse, mis dedos enredándose en su cabello, atrayéndolo aún más cerca.

Massimo deslizó las manos por mi espalda, empujándome hacia él, como si quisiera fundir nuestros cuerpos. Y el calor que eso generaba era reconfortante y excitante al mismo tiempo.

Interrumpió el beso solo lo justo para susurrar en mi oído:

—Quiero que me prometas que vas a aceptar todo lo que tengo para darte. Que vas a disfrutar cada momento, sin preocuparte por el precio o lo que puedan pensar los demás. Porque tú eres mi mujer. Te elegí para estar a mi lado, y mereces lo mejor.

—Repite eso de «mi mujer» —supliqué.

—*Mi mujer*.

—En italiano.

—*Donna mia*.

Aquello hizo que mi corazón explotara.

Aunque no me tocara, sentí que mi vientre se calentaba, que todo mi cuerpo ardía, quedando rendido bajo su control.

Massimo sonrió y volvió a besarme, sus manos exploraron cada centímetro de mi cuerpo con una delicadeza que me hacía sentir deseada y amada.

Y cuando estaba a punto de desabrocharle la camisa, Massimo se levantó, con un bulto evidente en los pantalones y el pecho subiendo y bajando, jadeante.

—¿Lo has entendido?

—Sí, lo entendí.

—Mañana te llevaré a mi lugar favorito. Y quiero verte con el vestido más bonito, la lencería más cara y las joyas más brillantes —me señaló con el dedo, con su típica autoridad—. ¿Sabes por qué?

—Porque quieres quitarme cada prenda del cuerpo —repetí.

—Chica lista.

Me acarició el pie lentamente mientras me observaba, demostrando que estaba usando todo su autocontrol para mantenerse lejos de mí.

—¿Aún tienes trabajo que hacer? —pregunté.

—Sí. Y debo irme ahora. Pero a partir de mañana, serás completamente mía.

Solo Massimo lograba hacerme sentir así, como si nuestras almas estuvieran entrelazadas de una manera que iba más allá de lo físico.

Y cuando se iba, dejaba un vacío, una sensación de abandono que superaba todo lo que había sentido en mi vida.

Me levanté, tomé una ducha caliente para darme algo de energía y bajé al salón principal, que apenas tenía espacio entre tantas piezas que habían llegado durante el día.

—¿Se siente mejor, señora? —Rebeca me recibió con una gran sonrisa.

—Sí, me siento bien. Voy a mirar todo con más calma ahora.

—Perfecto. ¿Por dónde le gustaría comenzar?

—Por la lencería —respondí.

Capítulo 21

Massimo Zampieri

El sol apenas había salido cuando llegué a la sede de 6 Continentes en Milán. La imponente fachada del edificio acristalado reflejaba la suave luz de la mañana, aportando un aire moderno y majestuoso a la capital del diseño.

Entré en el edificio y me dirigí a mi despacho en la última planta. Al abrir la puerta, me recibió mi hermano menor, Santo. Estaba apoyado en mi mesa, hojeando algunos documentos con una sonrisa sarcástica en el rostro.

—Buenos días, hermano —dijo Santo, sin levantar la vista de los papeles—. Decidí empezar temprano hoy, ya que tú insististe en que tenías prisa por marcharte pronto.

—Santo —lo saludé, intentando mantener la seriedad—. ¿Todo en orden?

—Todo normal, salvo por el número de guardias que tuve que cuadruplicar en tu propiedad, porque de repente todos los artículos de lujo de Italia terminaron dentro de tu casa —provocó.

—Felicidades por el trabajo fenomenal.

—Hago lo que puedo.

Me senté en la silla presidencial y abrí mi portátil, mostrando gráficos y tablas que había estado revisando la noche anterior.

—¿Cómo lleva ella tu mal humor matutino? —mi hermano empezó a pasearse por el despacho mientras observaba los objetos de decoración.

—No lo lleva.

—¿Ya se ha quejado de tu obsesión por el trabajo?

—Justamente es lo que pretendo resolver, terminando unos análisis y tomando la semana libre para disfrutar con ella —lo seguí con la mirada mientras levantaba objetos y tocaba los cuadros.

—Esa mujer solo te aguantará si le das muchas joyas —rió.

—Deja de fastidiarme y siéntate —dije con seriedad—. Estoy revisando el rendimiento financiero de nuestros hoteles en Europa. Las últimas proyecciones muestran un descenso en las reservas de lujo lejos de las capitales.

—¿Mi consejo? Vende todos esos edificios y conserva solo los de las capitales.

—O podemos entender el motivo y aplicar estrategias para maximizar nuestras ganancias —rebatí.

—Ah, la vieja maximización de beneficios —murmuró Santo con una sonrisa irónica mientras se sentaba frente a mí—. Siempre me encantó esa parte. ¿Puedo hacer una sugerencia?

—Dale.

—La mayoría de nuestros huéspedes son hombres.

—Cierto.

—Entonces deberíamos invertir en explosivos, mujeres y aguardiente —concluyó, y encima se indignó cuando fruncí el ceño con desaprobación—. No hay nada que un hombre disfrute más que hacer estallar cosas, acostarse con mujeres y emborracharse. Es el propósito de nuestra existencia.

—Santo...

—Vale, casinos clandestinos en los sótanos de los hoteles, ¿qué tal?

Cerré el portátil y di el tema por zanjado.

Mi hermano siempre se había encargado de la seguridad de toda la familia, pero me gustaba usarlo como cerebro externo: compartía mis ideas en voz alta y medía si eran buenas o malas.

Santo siempre tenía las más extravagantes y jamás parecía tomarse en serio mi trabajo.

—¿Todavía no has localizado a nuestro padre? —me devolvió al tema con algo imposible de ignorar.

—No.

—Ese viejo terco, debe haberse escondido bajo tierra —maldijo.

—O debe de estar por ahí haciendo explotar cosas, con mujeres y bebiendo aguardiente —lo juzgué con la mirada y abrí de nuevo el portátil.

—Hablando de familia... ¿cómo está tu hijo? ¿Ha mejorado?

—No. Los últimos trasplantes de médula no han dado resultado. Los médicos ya me han dicho que me prepare para lo peor —tamborileé los dedos sobre la mesa, intentando huir de ese asunto. No quería pensar en ello.

—¿Pero está bien? Me dijeron que desde que volvió de Brasil está muy replegado...

—Está cansado. Francesca lo está cuidando.

—Ajá —Santo me examinó en silencio, cruzando los brazos y quedándose así unos minutos.

Yo me concentré en los informes impresos y empecé a evaluar de dónde venían nuestros mayores beneficios en los hoteles fuera de las capitales europeas.

Tomé algunas notas rápidas y me mantuve enfocado en las cifras semestrales de ingresos presentadas por todos los hoteles en esas zonas hasta identificar dónde actuar para evitar cerrarlos.

El hotel de París, por ejemplo, generaba quince veces más beneficio que nuestros siete hoteles en Francia.

—Ya te he visto trabajar rápido, pero hoy pareces una máquina —Santo rió—. Déjame adivinar, estás tan entregado porque no ves la hora de volver con tu nueva pasión, ¿verdad?

Le lancé una mirada severa, pero Santo solo sonrió, sabiendo que había tocado una fibra sensible.

—Gabriela no es solo una pasión.

—¿Ah no? ¿Entonces qué es?

—Es importante para mí. Especial. Y sí, tengo prisa.

Pasé las horas siguientes sumergido en informes financieros. Las cifras, los datos y los ingresos que siempre me habían entretenido, ahora hacían que cada minuto pareciera eterno.

No importaba cuántos temas analizara, Gabriela era lo único que se cruzaba por mi mente. Quería saber qué estaba haciendo, si estaba bien, si había seguido mi consejo y logrado soltarse un poco más.

Cuando ya era media tarde, concluí mis análisis y se los entregué a Santo para que los revisara con el consejo. También le pedí que preguntara a Thiago si tenía novedades sobre la investigación que le había encargado.

—Buen trabajo por hoy —me dijo con su tono burlón habitual—. Ahora puedes ir corriendo con tu chica.

Ignoré su comentario, tomé mi portátil y salí de allí.

—Gracias por la ayuda, Santo —le dije al salir del despacho presidencial—. Hasta la próxima. Y si alguien pregunta por mí, di que estaré indisponible hasta la próxima semana.

—Sigue así y tu familia aparecerá con antorchas frente a tu casa. Como si no supieras la familia que tienes...

Fui a la suite privada de la sede de 6 Continentes y me di una ducha larga. Me cambié de ropa y me preparé para volver a casa.

Conduje hasta la mansión con una mezcla de ansiedad y curiosidad por encontrarme con Gabriela. Cuando finalmente llegué, el corazón me dio un vuelco al verla esperándome en la entrada.

Estaba deslumbrante con un vestido azul con pedrería.

—Guau —fue todo lo que logré decir durante un minuto—. Simplemente... guau.

Ella dio una vuelta para mostrar cada detalle.

—¿Lista para irnos? —pregunté, sonriendo mientras la abrazaba y aspiraba su aroma.

—Sí, lo estoy —respondió, con los ojos brillando—. ¿Puedo saber ahora adónde vamos?

—A París.

Subimos al coche y nos dirigimos al aeropuerto, donde mi jet privado ya nos esperaba. Durante el vuelo, no pude apartar los ojos de ella. Seguía siendo Gabriela, pero aquel vestido realzaba todo lo bueno que había en ella.

—Pensé que tu lugar favorito sería algo más accesible... no sé, un bar en Milán —rió.

—Entonces prepárate para viajar. Me gustan muchos rincones del mundo y suelo visitarlos con frecuencia —tomé su mano—. Aunque esta vez será única y especial.

—¿Por qué?

—Porque estaré con mi persona favorita, en mi lugar favorito. Será mágico.

—¿Soy tu persona favorita? —preguntó, sonrojándose.

Y eso me dio ganas de besarla de la cabeza a los pies, hasta que se pusiera completamente roja.

—Desde el momento en que te vi por primera vez.

Al aterrizar en París, la ciudad de las luces nos recibió con una vista deslumbrante. Gabriela sacó muchas fotos desde la ventana del avión, maravillada con la belleza aérea de la ciudad.

Fuimos directamente al Hotel 6 Continentes, donde había preparado una sorpresa especial para ella. Subimos hasta el ático, donde una mesa elegantemente dispuesta nos ofrecía una vista directa de la Torre Eiffel, iluminada contra el cielo nocturno.

—Guau, Massimo. Esto es... increíble... —dijo Gabriela, maravillada.

—Solo lo mejor para ti, *donna mia* —le acerqué una silla para que se sentara.

El chef brasileño que nos atendió sirvió como entrante camarones salteados en aceite de oliva y ajo; como plato principal, pasta carbonara con una mezcla de pimientas que dejó a Gabriela eufórica. Terminamos la cena disfrutando de la vista mientras sumergíamos uvas, fresas y kiwis en fondue de chocolate.

Después de la cena, llevé a Gabriela hasta la terraza del ático. La Torre Eiffel parecía aún más majestuosa desde cerca, sus luces

parpadeando como un millón de estrellas.

—Massimo, esto es tan... mágico —susurró.

—Es precioso, ¿verdad? —le pregunté, rodeándola con mis brazos —. ¿Ahora puedes imaginar lo que veo cuando te miro?

Ella inclinó el rostro hacia atrás y lo apoyó contra mi pecho.

—Mi madre siempre decía que mirar algo nuevo o desde otro ángulo puede cambiarlo todo para siempre.

—¿Cómo así?

—Piensa en el hombre que pisó la Luna y miró la Tierra. O en quien construyó esa torre y luego contempló la ciudad... O incluso en mí, cuando puse los ojos en ti.

Sonrió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Has transformado mi vida de formas que nunca imaginé, Massimo. Nunca pensé que podría estar aquí...

—Aún no he hecho nada... —mi mano recorrió su cintura con lentitud.

—No sabes lo mucho que consigues conmoverme. Especialmente...

—¿Cuando te traigo a mi lugar favorito? —reí.

—Cuando me llamas *donna mia*.

—Porque eres mi mujer —tomé su cuello y acaricié su piel suave con los dedos.

Gabriela se giró hacia mí y la estreché entre mis brazos. Nuestros labios se encontraron en un beso profundo que empezó siendo tierno y se volvió apasionado.

Sentí mi cuerpo responder al suyo. Mis caricias se volvieron intensas y mi corazón se llenaba de deseo. Las manos de Gabriela subieron por mi pecho, desabrochando mi camisa mientras yo exploraba sus curvas con una urgencia casi desesperada.

—Te quiero... aquí y ahora —susurré contra sus labios, sintiendo su respiración entrecortada.

Gabriela me miró, con los ojos grandes y brillantes, rogando por mí. Aquello era más fuerte que todo lo que había vivido, y hacía que mi mundo diera vueltas.

Para un hombre racional como yo, entregarse a los instintos y al deseo ciego era el colmo de la estupidez. Así me sentía. Y nunca había sido tan feliz. Haría pedazos a cualquiera que se atreviera a interrumpir esa sensación.

—Es todo lo que quiero, Massimo. Que me hagas sentir tu mujer —rogó Gabriela.

Capítulo 22

Massimo Zampieri

Decir que me sentía como si el mundo entero fuera mío se quedaba corto frente a la abrumadora sensación de tener a Gabriela entre mis brazos después de un momento tan especial que habíamos compartido.

Había preparado esa sorpresa para ella, llevándola a un lugar que tanto me gustaba con la intención de complacerla, de hacerla sentir especial. Pero la verdad era que, en el fondo, era un regalo para mí mismo el tenerla allí. Ante aquella vista tan hermosa que tanto amaba, era como si me estuviera dando un presente sin siquiera darme cuenta.

Mi deseo por ella se manifestó en el beso ardiente que dejé en sus labios, sintiéndome completamente impotente e incapaz de apartar mis manos y mi boca de su cuerpo, loco y necesitado de más. La sensación que invadía mi pecho era la certeza de que nunca tendría suficiente de Gabriela; siempre la desearía, sin importar cuántas veces la hiciera mía.

Me esforzaba por que se sintiera mi mujer, completamente mía. No solo cuando la llamaba *Donna Mia*, sino también en mis actos, en la forma posesiva en que me empeñaba en mantenerla cerca. Su placer se convirtió en mi mayor prioridad, y dejé eso claro cuando me aparté un instante para liberarla de su bonito vestido, ansioso por acceder a su cuerpo sin que ningún tejido nos estorbara.

Sabía perfectamente que Gabriela era capaz de estar deslumbrante con cualquier prenda que eligiera, pero nada se

comparaba a su cuerpo desnudo, un cuerpo que parecía creado exclusivamente para mi deleite. Cada centímetro de ella tenía el poder de volverme loco de deseo.

Los ojos de Gabriela seguían mis movimientos con una clara angustia por ser satisfecha, algo que no tenía intención de negarle, porque lo único que quería era sumergirme en su satisfacción. Aun así, me permití el lujo de tomarme mi tiempo, repartiendo besos por su cuello y su pecho con una lentitud calculada mientras le desabrochaba el sujetador.

En cuanto sus senos quedaron al descubierto, no tardé ni un segundo en hundirme en ellos, frotando mi rostro contra su suavidad antes de comenzar a besarlos con la boca abierta, repartiendo mi atención entre ambos mientras chupaba sus pezones.

El gemido que escapó de Gabriela resonó dentro de mí como una pulsación ardiente en mi polla. Seguía siendo difícil asimilar cómo esa mujer podía llevarme al límite del placer con solo ponerse a mi disposición.

Sus sonidos quejumbrosos y desesperados solo me incitaban a continuar, sin importarme si mis besos voraces dejaban marcas en su piel. Gabriela era mi mujer, y no había nada más justo que llevar mis huellas en su cuerpo, una prueba física de que me pertenecía por completo.

Dejé descansar sus senos cuando su sensibilidad fue evidente, agachándome para seguir besando su vientre. Sus manos delicadas pero firmes apretaron mi nuca conforme mi boca se acercaba a su bajo vientre, presagiando la explosión de placer que estaba a punto de provocarle.

Me detuve a rozar mi rostro contra sus muslos gruesos y no pude contener una sonrisa de pura admiración al ver lo empapada que estaba su delicada braguita blanca. Apreté mi nariz contra el tejido húmedo solo por el placer de inhalar su excitación, un acto que bastó para arrancarle otro gemido ansioso.

—*Massimo, por favor…* —suplicó con voz ahogada, frotando su clítoris contra mí en un tímido intento de buscar alivio.

—*Dime qué quieres, donna mia* —la provocué con voz ronca, lamiéndola suavemente a través de la tela ya arruinada.

—*Tu… Tu mujer te necesita, ¡te necesita ahora!* —Su tono era una mezcla de orden y súplica que me encantó escuchar. Me volvía adicto a provocarle esas reacciones.

Podría haberla torturado un poco más, prolongar su agonía, pero su aroma y su sabor me dejaron sin fuerzas para resistirme a mi propia necesidad. Así que, de un tirón, bajé sus bragas por esas piernas deliciosas, dejando al fin su coño expuesto ante mí.

Mi boca se llenó de saliva solo de imaginarme su sabor, y no perdí tiempo en lamer desde su entrada hasta el clítoris, gimiendo al sentir cómo su esencia dominaba mis papilas gustativas. Gabriela era exquisita, completamente exquisita, y no había parte de su cuerpo que no lo demostrara.

Sus gemidos se volvieron más intensos, alimentando mi sed por seguir saboreándola. Chupé su clítoris mientras alternaba lengüetazos por todo su coño, cada vez más ávido conforme sentía sus jugos correr con más fuerza.

Sus piernas temblaban de placer, y ella parecía no saber si debía moverse contra mi lengua o tratar de mantenerse en pie, confundida y entregada a las sensaciones que le provocaba.

La certeza de que era capaz de satisfacer a mi mujer llenaba mi pecho de orgullo y vanidad, una sensación que actuaba como un estímulo directo a mi excitación, dándome el verdadero sabor de lo que era ser dueño del mundo.

Quizá algún día pudiera explicarse por qué Gabriela me transmitía esa emoción de fuerza, imponencia y seguridad. Pero, por ahora, lo único que quería era compartir con ella todo lo bueno que sabía que podía ofrecerle. Quería lo mejor, lo más placentero para los dos.

Aparté mi boca de su coño solo para observar con detenimiento cómo sus ojos se cerraban con fuerza al introducir mi dedo medio en su vagina, notando de inmediato cómo Gabriela se esforzaba por apretarme.

Ahí, completamente desnuda y entregada, moviéndose contra mi dedo —o mejor dicho, contra cualquier cosa que yo le diera—, admiré lo perfectamente hecha que estaba mi mujer para mí. Al mismo tiempo, me abrazó la certeza de que ni una vida entera a su lado saciaría el deseo que sentía por ella.

Coloqué mi dedo anular junto al medio dentro de ella para abrirla un poco más, sin poder resistirme y volviendo a chuparla al ver cómo su lubricación resbalaba por mis dedos. Gabriela estaba tan mojada, tan sedienta de mí, que no tuve más remedio que retirar mis dedos de su interior —no sin antes dejar un succionón expresivo en su clítoris que casi le hizo perder la fuerza en las piernas— y levantarme, angustiado por tener mi polla aprisionada dentro de la ropa.

Necesitaba estar dentro de ella lo antes posible, necesitaba sentir su coño apretándome con desesperación, ansioso por ser saciado. Por eso, mientras besaba con avidez la boca de Gabriela, solté el cinturón del pantalón, abriéndolo de un tirón para sacar mi polla al fin.

—¿Es esto lo que quieres, *donna mia*? —pregunté sin contener mi tono malicioso, dejando que Gabriela admirara mi polla completamente dura, con el glande hinchado por el deseo que latía con fuerza por ella.

Su boca entreabierta y su respiración entrecortada eran respuesta suficiente. Fui rápido en girarla de espaldas hacia mí —y de frente a la barandilla del balcón, que nos ofrecía una vista privilegiada de la Torre Eiffel— antes de tirar de sus caderas para empinarla bien, sin resistirme a darle unos buenos pellizcos a su culito delicioso.

—Voy a hacerte mía otra vez —susurré, usando mi rodilla para separar más sus piernas, sonriendo por la forma casi desesperada en que se aferraba a la barandilla para mantener el equilibrio—. Voy a hacerte mía para siempre.

Nada más terminar de hablar, empuñé mi polla para encajarla justo en su entrada y, con un empujón firme, me deslicé dentro,

soltando un gemido tanto por el placer de estar en su interior como por el suyo, mezcla de dolor y éxtasis que escapó de sus labios.

No tardé en marcar el ritmo, sin saber si fijarme más en su culito, que rebotaba con cada embestida, o en la hipnótica visión de entrar y salir de su coño, viendo cómo mi polla se empapaba más con cada nueva arremetida.

Gabriela estaba fuera de sí, consumida por el placer, y yo no era diferente, incapaz de dejar de moverme dentro de ella, deseando enterrarme en su coño y no salir nunca, adicto a la sensación delirante de poseerla.

Me sentí rendido, entregado, fuera de mí por ella, sin ningún reparo en reclamarla como mía. Esta mujer estaba hecha para mí, eso era más que obvio; mi cuerpo nunca reaccionaría así si no fuera cierto. Nuestro encaje era único, merecedor de una vida entera entregados a este mar de deseo que alimentábamos mutuamente.

Mordí con fuerza mi labio inferior cuando Gabriela miró por encima del hombro, su rostro contraído por el placer voraz de nuestro encuentro, demostrándome cuánto lo estaba disfrutando.

Su mirada bastaba para saber que su orgasmo estaba cerca, pero la forma en que su coño empezó a apretar con más avidez mi polla fue la señal definitiva: no aguantaría mucho más.

—Ven por mí, *donna mia* —ordené con firmeza, llevando mi mano derecha a su pelo y tirando con fuerza, intensificando mis embestidas—. Córrete en la polla de tu hombre.

Apenas terminé de hablar cuando Gabriela se retorció violentamente en mis brazos, alcanzando el clímax, los ojos vidriosos por el placer que inundó su cuerpo.

Mi intención era seguir moviéndome, tanto para alargar su éxtasis como para alcanzar el mío, pero, para mi sorpresa, Gabriela se liberó de mi agarre para sacarme de su interior y girarse hacia mí, temblorosa.

Antes de que pudiera preguntar nada, la vi —dominada por el deseo— arrodillarse ante mí, mirándome con tal entrega que me provocó unas ganas brutales de gritar lo loco que estaba por ella.

Pero en lugar de gritar, gemí cuando, sin previo aviso, Gabriela engulló mi polla como pudo, esforzándose por lamer y chupar de la mejor manera.

Lo que ella no sabía era que no necesitaba mucho para llevarme al límite. No hacían falta técnicas profesionales ni nada por el estilo; ella, por sí sola, ya era mi tormenta de placer, más que suficiente para volverme loco.

Y fue la combinación peligrosa de su boca caliente, húmeda y suave esforzándose al máximo por acomodarme —creando una deliciosa mezcla de saliva, líquido preseminal y sus propios jugos, que antes habían bañado mi polla— lo que me hizo correrme con fuerza directamente en su garganta. Me quedé prendado de la expresión extasiada de Gabriela al sentir mi semen invadir su boca. Fue tan repentino que temí asustarla, pero lo único que mostró fue satisfacción por tener su boca dominada por mi sabor, dedicándose a tragar hasta la última gota y limpiar mi polla con lengüetazos lentos, decidida a no dejar rastro.

La escena fue tan increíble que juraría que por poco no vuelvo a correrme solo con verlo, recordándome una vez más que esta mujer vino para tenerme en sus manos.

La verdad era que, aunque la llamara *donna mia*, sabía que era completamente suyo. Lo que le dije en su clímax no era solo para avivar el placer: Gabriela estaba hecha para mí, y yo, con todo el corazón y el alma, esperaba estar hecho para ella también.

Capítulo 23

Gabriela Sierra

Desperté poco a poco, envuelta por el calor suave de Massimo detrás de mí. Sus manos rodeaban mi cintura y mi cuerpo encajaba tan perfectamente con el suyo que me quedé inmóvil durante unos minutos, simplemente disfrutando de esa sensación.

Todavía me sentía adormecida por la noche anterior. Todo había sido tan intenso y mágico que deseaba volver a ese momento y quedarme en él para siempre.

No pude ignorar la luz del sol filtrándose en la habitación, tiñéndolo todo con tonos dorados y rosados. Mucho menos su respiración cálida contra mi cuello.

Intenté levantarme con cuidado para no despertarlo, pero en respuesta sentí cómo sus manos me sujetaban con fuerza, atrayéndome hacia su cuerpo, impidiéndome mover un solo músculo.

—¿Ya estás despierta? —su voz ronca fue como música para mis oídos.

—Sí. ¿Entonces estabas despierto todo el tiempo?

—Por supuesto. Nunca perdería la oportunidad de verte dormir.

—¿Sin moverte?

—No sería tan tonto como para no aprovechar cada segundo —besó mi nuca y acarició mi piel con sus manos—. ¿Cómo fue tu noche?

—Indescriptible —escondí el rostro en la almohada para sonreír.

—Perfecto. Espero que te acostumbres, porque así será de ahora en adelante.

Massimo siguió besando mi nuca durante un rato más, luego bajó hasta mi espalda, donde dejó un pequeño mordisco.

Mientras el mundo a nuestro alrededor despertaba, Massimo y yo seguíamos enredados el uno con el otro. No había prisa, ni compromisos, solo ese instante.

—¿Volvemos a Milán?

—¿Cuál es la prisa?

—Ni siquiera tengo ropa para pasear por París, Massimo. Solo traje ese vestido de gala para nuestra cena...

—Tampoco es un problema —sujetó mi barbilla y me giró hacia él.

Su mirada se posó sobre mí con tanto deseo que contuve la respiración. Me giró completamente y me envolvió con sus brazos, apretándome contra su piel, oliéndome y llenando cada centímetro de mi cuerpo con besos antes de volver a mirarme en silencio.

—¿Qué pasa?

—Vamos a ducharnos, después te prestaré uno de mis abrigos y saldremos a comprar algo para que estés cómoda. Y luego, desayuno.

—Desayuno en París —susurré, incrédula—. Literalmente no tengo ropa para eso.

—Todavía no la tienes.

Massimo sonrió.

Una de esas sonrisas que siempre me desarmaban por completo y me atrajo para sellar nuestros labios.

Me tomó en brazos, envuelta en la manta, y me llevó hasta el baño espacioso. La luz de la mañana ya lo había invadido, llenándolo de un brillo suave.

Me dejó sentada sobre el lavabo de mármol blanco y fue a llenar la bañera con agua caliente. El burbujeo comenzó lentamente mientras Massimo añadía sales perfumadas que se esparcieron por el aire, creando una atmósfera casi etérea.

Ambos nos cepillamos los dientes mientras esperábamos.

—Es raro despertarme temprano y no ir a trabajar.

—¿De verdad? —frunció el ceño, repentinamente interesado.

—Me hace sentir un poco fuera de lugar, rara...

—A partir de hoy, te daré trabajo cada mañana. Veremos si sigues sintiéndote así —guiñó un ojo.

—Massimo... —lo reprendí con la mirada.

Terminamos de cepillarnos y él me despojó de la manta. Me volvió a tomar en brazos y me llevó hasta la bañera.

El agua caliente disipó el frío de la mañana parisina. Las sales perfumadas nos envolvieron y Massimo se colocó detrás de mí.

Sus brazos me rodearon de tal forma que cada parte de mi cuerpo tocaba el suyo.

Sus dedos comenzaron a trazar caminos suaves por mi piel, explorando cada curva con delicadeza. Mi cuerpo se relajó tanto que cerré los ojos y me entregué a la sensación.

—¿Estás bien? —murmuró, su voz vibrando contra la piel de mi cuello.

—Mejor de lo que jamás imaginé —confesé.

—Esta es tu nueva realidad —su mano abierta acarició mi bajo vientre y fue bajando lentamente—. Soy tu hombre, haré que todo sea posible.

El agua cálida y los movimientos rítmicos de Massimo me dejaban completamente rendida en sus brazos.

Me encantaba estar con él, entregarme por completo a sus caricias.

Amaba cada uno de sus toques, que despertaban partes de mí que ni sabía que ansiaban ser descubiertas.

—Quiero que te entregues a mí.

—¿Más?

—Completamente, Gabriela.

—¿Tú estás entregado a mí? —le pregunté.

—Soy tu hombre —repitió Massimo, su voz era un susurro ronco.

El vapor del agua caliente llenó el espacio, envolviéndonos en una niebla suave mientras él me guiaba. Apoyé la cabeza en su pecho y sentí su erección bajo mí.

Incluso después de la noche anterior, todavía me sentía sedienta de más.

¿Cómo lograba despertar eso en mí?

Sus manos comenzaron a recorrer mi cuerpo con más intensidad ahora. Deslizándose sobre mi piel mojada en un ritmo que era tan reconfortante como excitante.

—Quiero que todas nuestras mañanas sean así.

—Massimo... —solo pude gemir su nombre.

Sus manos eran firmes pero gentiles, dibujaban caminos como si conociera cada rincón de mi cuerpo, cómo reaccionaba mi piel y cómo dejarme sin aliento.

El contacto de sus dedos en mi clítoris fue a la vez un choque y un alivio, y un suspiro escapó de mis labios.

—Quiero que seas mi mujer, para siempre —susurró, su boca cerca de mi oído. Y con cada palabra, un calor profundo se impregnaba en mi piel.

Su mano empezó a moverse con un ritmo deliberado, hasta que superó el ritmo de la respiración que apenas lograba mantener.

El placer crecía de forma exponencial. Cada segundo se volvía más intenso que el anterior, hasta que me sentí al borde de un abismo delicioso.

—Soy tu mujer.

—Para siempre, Gabriela.

—Seré tuya, para siempre —repetí.

Me aferré al borde de la bañera, mis manos resbalando sobre el mármol mojado mientras Massimo seguía decidido a mantener el control y estimularme hasta que mi cuerpo temblara sin control.

Mi respiración se volvió pesada. Cerré los ojos ante la cascada de sensaciones que amenazaban con devorarme por completo.

—Massimo... —supliqué.

Era lo único que podía decir. Mi voz era un susurro entre algo que explotaba dentro de mí.

—Ábreme los ojos.

Y lo hice.

—Mírame.

Levanté el rostro y lo miré. Sus labios entreabiertos y su respiración caliente no me dejaron otra salida más que rendirme al placer.

—Quédate conmigo. Para siempre.

No sé si fueron sus ojos azules, sus palabras roncas o su mano decidida e intensa, pero todo mi cuerpo colapsó bajo una oleada de placer.

El orgasmo me golpeó como una ola poderosa, arrolladora, que apagó mi mente y me dejó ciega y sorda durante varios segundos.

Todo mi cuerpo temblaba, cada fibra vibraba en una sinfonía de puro éxtasis, mientras Massimo me sostenía con firmeza.

Cuando la ola finalmente retrocedió, dejándome exhausta y profundamente saciada, Massimo se incorporó, me dejó sentada en la bañera y hundió la cabeza entre mis piernas, su boca devorándome con tanta intensidad que casi me desmayé de placer.

De vez en cuando levantaba la vista hacia mí, y veía en sus ojos una mezcla de adoración y satisfacción que encendía aún más mi deseo.

—Aún no me has respondido.

—¿Qué?

—Si te quedarás conmigo para siempre —repitió.

—¿Como en un noviazgo?

—Como mi esposa.

Su voz era una mezcla de orden autoritaria y súplica.

Una sensación extraña se apoderó de mí. Como si toda mi vida hubiera sido solo un preludio para este momento. Me temblaban las piernas.

O tal vez había tenido otro orgasmo, esta vez con su lengua dentro de mí.

—Sí —respondí, jadeando.

El agua caliente y los movimientos rítmicos de Massimo me relajaban, pero al mismo tiempo, una oleada de emociones me invadía. Estar allí, con él, me hacía preguntarme cómo sería volver a la realidad, lejos de la burbuja perfecta que parecía ser París. El miedo de que todo aquello no fuera más que un hermoso interludio en una vida menos extraordinaria me rondaba en silencio.

Despertar así por la mañana y vivir un momento como este… definitivamente era señal de que ese día sería maravilloso.

Capítulo 24

Gabriela Sierra

—Adivina dónde estoy —dije en cuanto Raíssa contestó la videollamada.

Por la cámara, vi que estaba en el orfanato haciendo algunos dulces. Mi amiga entrecerró los ojos y examinó cada detalle del probador en el que yo me encontraba, formando un pequeño puchero con los labios.

—Ni idea.

—En París.

Raíssa parpadeó varias veces y volvió a analizar el entorno en el que estaba. En ese momento, Bianca entró en la videollamada; por lo visto, iba caminando rápido por los pasillos del hotel.

—Sigo en el trabajo, si doña Marta me pilla, estoy muerta —tardó un poco en ponerse los auriculares—. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien? ¿Esa víbora de Francesca sigue molestándote?

—Tengo algo que contarles... —Mi voz se quebró un poco, arrastrando consigo una avalancha de emociones que necesitaba soltar.

—Espera, ¿estás llorando? —Bianca acercó el móvil a la cara—. ¿Qué ha pasado?

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos y emociones antes de continuar.

—No estoy llorando, es que... ni siquiera sé. Han pasado tantas cosas —hice una pausa, aún asimilando cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo.

—¡Gabriela Sierra, habla ya! ¡Me estás poniendo nerviosa! —soltó Bianca.

—Massimo ha dicho que quiere estar conmigo para siempre.

Hubo un breve silencio entre las dos. Se miraron por la pantalla como si estuvieran una frente a la otra. La voz de Raíssa apenas se oyó cuando respondió:

—¿Como en casarse?

—Creo que ese es el siguiente paso. Es que no teníamos nada definido, yo solo estaba aquí sin saber qué significaba todo para él, y entonces...

—Dios mío, qué hombre tan rápido —Raíssa se pasó los dedos por el pelo.

—Demasiado rápido. Al principio me asustó, pero... es increíble. Intenso. Me trata de maravilla y estoy enamorada —confesé, sintiendo una oleada de felicidad y alivio por verbalizar lo que sentía.

—Creo que deberían conocerse más antes de decidir dar un paso tan grande —dijo Raíssa.

—Sí. Lo haré. Pero es imposible resistirse, Raíssa, es tan mágico...

Nos quedamos en silencio, y entonces noté que Bianca no decía nada.

—¿Bianca? —la llamé, para comprobar si seguía en la videollamada, porque estaba paralizada.

—Aquí estoy. En shock, pero aquí. Qué suerte la tuya, ¿eh? —rió.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Que me parece genial. Cásate ya, pídele que ponga todo a tu nombre y ¡a vivir!

Bianca se echó a reír descontroladamente, y Raíssa intentó mantenerse seria, pero pronto se unió a la risa.

—¿Te hace bien?

—Mucho.

—¿Cómo te hace sentir?

—Pues... —en ese momento me quedé sin palabras.

Busqué adjetivos o explicaciones, pero mi corazón no encontraba las palabras correctas.

—Es como si él viera en mí algo que ni yo misma alcanzo a ver...

Raíssa suspiró y se limpió una lágrima del ojo.

Bianca asintió, dejando a un lado su papel de amiga graciosa para adoptar el de hermana mayor, más sensata.

—El noviazgo está bien. Es el momento de conocerse, ver si encajan, cómo enfrentan los problemas... pero el matrimonio es un paso muy serio. Venís de mundos opuestos, culturas, pensamientos y visiones completamente distintas...

Raíssa asintió también.

—No queremos verte sufrir —concluyó la más joven.

Mis amigas y yo, por venir del mismo lugar y crecer sin respuestas sobre nuestros padres, siempre nos preguntábamos cómo habíamos acabado en un orfanato.

¿Qué había pasado?

¿Nuestros padres se amaron? ¿Fuimos un accidente? ¿Un amor prohibido?

Y el miedo de revivir cualquiera de esas posibilidades era paralizante. No quería vivir algo parecido.

—Vive tu sueño, un día a la vez —aconsejó Bianca—. No corras.

—¿Has conocido a su familia? —preguntó Raíssa.

—Todavía no. De hecho, ni siquiera he visto a Giovanni en los últimos días...

—Dicen que los italianos son muy apegados a la familia, y con Massimo no debe ser distinto. Intenta conocerlos...

—Y no se trata solo de conocer, sino de entender cómo encajas tú en su vida a largo plazo —añadió Bianca—. Estás en París, viviendo un sueño precioso, pero la vida real no es una luna de miel constante.

Su voz, aunque seria, estaba llena de cariño.

Bianca siempre me apoyó en todo, pero nunca se abstuvo de decirme las verdades que yo necesitaba oír.

—Es verdad.

—¿Crees que fui impulsiva al venir? —mi voz sonó pequeña, casi insegura.

—Jamás —interrumpió Bianca.

Incluso Raíssa estuvo de acuerdo.

—Hija mía, estás viviendo un sueño. Disfrútalo, conócete a ti misma, recorre toda Europa y tráenos regalos.

—Ay, yo quiero... —murmuró Raíssa.

—Pero antes de dar pasos más serios, asegúrate de que sus sentimientos son sólidos y de que él es realmente el hombre que tú crees que es.

—Y de que te valora por lo que eres, no solo por los momentos de placer —añadió Raíssa con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo. Solo no quiero... perder esto, ¿sabéis? No quiero perder la oportunidad de ser feliz.

—Y no la vas a perder, Gabi.

—Amiga, tú me conoces —dijo Bianca—. Solo lánzate de cabeza si sabes dónde vas a caer. Y recuerda, siempre estaré aquí.

—Gracias, Bia. Te quiero.

—Siempre estaré... menos ahora. Creo que vi a doña Marta. ¡Adiós! —colgó de inmediato.

—Te echo mucho de menos. Manténme informada, ¿vale? —Raíssa hizo un gesto con la mano.

—Gracias, Rai. Te quiero —dije, sintiendo gratitud por saber que seguía ahí, sin importar la distancia.

—Yo también te quiero, tonta. Manténme al tanto. ¡Quiero ser la primera en ver ese anillo!

—Cuenta con ello.

Colgué la llamada y volví a mirarme en el espejo con el vestido que estaba probándome. Era mucho más sencillo que el del banquete, pero igual de caro.

Cuando salí del probador en la planta superior y me acerqué a Massimo, que estaba ocupado en una llamada, bajó el móvil, también las gafas de sol, y me miró de arriba abajo.

—Bella. ¿Ahora estás cómoda?

—Mucho.

Massimo se acercó, con la mirada fija en la mía. Besó mi hombro y se alejó lentamente, sin dejar de mirarme. Pagó el vestido y pidió que subieran su abrigo y mi vestido de gala.

—¿Podemos desayunar ya?

—Lo que quieras, *donna mia.*

Capítulo 25

Massimo Zampieri

La mañana estaba clara y fresca, el sol aún tímido en el cielo mientras caminábamos hacia el muelle para nuestro paseo en barco por el Sena.

Gabriela se veía radiante con su nuevo vestido, y cada vez que la miraba, el corazón se me aceleraba.

—¿No íbamos a desayunar? —preguntó en cuanto vio el barco.

—*Oui, m'dame*[31] —le tomé la mano para ayudarla a subir a la embarcación privada, elegante y reservada solo para nosotros.

El capitán nos saludó y, con una señal, comenzó nuestro recorrido. La ciudad aún despertaba, y el silencio del río solo acentuaba la belleza que nos rodeaba.

—¿Vamos a comer mientras atravesamos todo París? —sus ojos brillaban—. ¡Qué forma más inteligente de conocer la ciudad!

—Gracias —hice un gesto como si me quitara un sombrero imaginario.

Gabriela cogió el menú y enseguida pidió un café cargado, croissants con mantequilla rellenos de jamón de Parma y queso brie. Yo pedí huevos revueltos y un espresso.

—¿Por qué cada momento contigo parece una aventura?

—Porque lo es.

Gabriela se quedó observando con atención las orillas del Sena mientras el crucero deslizaba suavemente por el agua.

—Este lugar es mágico.

—No me había dado cuenta... hasta que tuve tu compañía —miré a mi alrededor, sintiendo una oleada de felicidad invadirme.

Empezamos a disfrutar del desayuno mientras el barco seguía su curso tranquilo.

—¿Tu familia viene mucho por aquí?

—A grandes eventos, como los de moda o arte, sí —tomé la taza de café y aproveché para beber y hacer algunas pausas para que ella disfrutara de su comida—. Pero en general, no salen mucho de Italia.

—¿No? ¿Y de quién fue la idea de tener hoteles por todo el mundo?

—De mi abuelo. Le encantaba viajar, conocer otras culturas, gente nueva...

—¿Así que de ahí viene tu pasión? —cruzó los brazos.

—Y también de mi madre —suspiré—. Crecí en un entorno muy tradicional, donde las apariencias lo eran todo.

—¿Cómo así?

—El apellido, el dinero, la ropa... eso era lo que importaba. Mi abuelo no era así, él fue un hombre bastante sencillo. Pero mi padre era muy estricto y tenía expectativas altísimas sobre mí.

—¿Tu madre era como su equilibrio?

—Sí. Y cuando ella falleció... él se perdió por completo.

Ella me miró con expresión de empatía, apretando mi mano en señal de apoyo.

—Debe de haber sido muy duro, Massimo —bajó la mirada—. ¿Fue entonces cuando asumiste los negocios de la familia?

—No, siempre estuve involucrado, desde joven. Asumí todo hace unos siete u ocho años.

—¿Cuando nació Giovanni?

—Sí. Fue un torbellino de cosas ocurriendo en mi vida...

—¿Y cómo lo lograste?

—Fue un reto enorme. Siempre sentí que debía demostrar mi valor, no solo a mi padre, sino a mí mismo. Y quería enseñarle a Giovanni que el trabajo duro lo recompensa todo.

—Puedo ver cuánto te admira. Te ve como alguien fuerte.

—Sí, aprendí a ser fuerte, pero también me cerré a muchas cosas. Especialmente al amor. El único amor que conocía era el trabajo.

—¿Y ahora? ¿Cómo te sientes respecto a todo eso? —su voz era suave, pero llena de curiosidad.

—Vas a pensar que estoy loco, pero cuando puse un pie en Río de Janeiro, estaba listo para vender aquel hotel...

—Ajá.

—Entonces algo pasó. Me reconecté con mi madre, y sentí que no era lo correcto. Era su legado, su historia. No podía borrarlo.

Gabriela asintió, parecía orgullosa de eso.

—Sentí lo mismo aquella noche en que invadiste la suite.

—¡No la invadí! —protestó riendo—. Solo fui a buscar lo que había dejado allí...

Apreté su mano con sutileza para que me mirara. Eso bastaba para silenciar a todos mis demonios internos y dar voz a otros que ni sabía que tenía.

—Cuando te conocí, algo dentro de mí sintió que el amor por el trabajo ya no era suficiente. Necesitaba una nueva obsesión.

—¿Eso es lo que soy? ¿Tu nueva obsesión? —se echó a reír.

—Consideré secuestrarte si no aceptabas venir conmigo —entrecerré los ojos—. Sentí un miedo tan irracional de perderte... y eso que ni siquiera sabía quién eras.

Gabriela suspiró, parecía reflexionar sobre mis palabras mientras miraba el agua calma del río.

—Yo también tengo mis reservas y miedos —apoyó el rostro en el puño cerrado—. Crecer en un orfanato me dejó muchas preguntas sobre quién soy y de dónde vengo. Siempre temí entregarme por completo a alguien, por miedo a ser abandonada otra vez.

—No puedo prometerte que encontraré a tu familia, pero puedo ofrecerte una.

Sonrió de una forma que aceleró mi corazón. Sus ojos brillaban, y antes de que las lágrimas rodaran por su rostro, le ofrecí un

pañuelo.

—Cuando era niña, mi sueño siempre fue encontrar un lugar al que realmente perteneciera, donde me sintiera segura y amada... —suspiró—. No sentí eso en Milán. Tampoco en París.

Contuve la respiración al oírlo.

La idea de que se sintiera tan fuera de lugar me preocupaba.

—Pero cuando estoy contigo, Massimo, lo siento.

—¿De verdad?

—Sí, lo digo con todo mi corazón. Y me pregunto...

Negó con la cabeza.

—¿Qué?

—¿Por qué siento esto, sabes?

—Mi madre decía que el corazón siempre lo sabe. La razón es la verdad del cerebro, pero los sentidos son la verdad del alma.

Gabriela se secó las lágrimas y volvió a comer.

Le dejé disfrutar un poco más del paseo antes de retomar la conversación.

—En este momento, ¿qué es lo que más deseas?

—Ser monja.

Fue tan repentino e inesperado que casi escupo el café.

Me limpié los labios y fruncí el ceño, intentando entenderla.

—No, no es eso —negó suavemente con la cabeza—. Esa siempre fue mi respuesta, porque... si no encontraba mi lugar en el mundo, tal vez estaba allí dentro, con las hermanas, cuidando de niños huérfanos.

—Ajá.

—Pero ahora, sobre todo después de pisar tu mansión, tan grande y tan vacía, entendí que lo que más quiero es una familia, Massimo.

—Puedo ser tu familia.

—Quiero hijos, quiero construir un hogar lleno de amor y risas. Pero también quiero seguir descubriendo el mundo, encontrarme a mí misma a través de nuevas experiencias. Claro que quiero

descubrir mi origen, saber sobre mi familia biológica, pero... parece imposible.

Asentí en silencio, saboreando la gama de sentimientos complejos que ella despertaba en mí.

No era solo deseo. Era una mezcla de alegría, euforia y tristeza. Ganas de protegerla, de secuestrarla y huir con ella a un rincón del mundo solo para nosotros, de ponerla en un pedestal y adorarla.

Gabriela era todo lo que siempre había soñado, y estaba justo frente a mí.

—¿Y tú, Massimo? ¿Qué es lo que más deseas en este mundo?

—A ti.

Gabriela se quedó muda, así que tuve que completar la frase.

—Quiero todo eso... contigo.

—Pero entiendes que... —suspiró y bajó los hombros— esto es un cuento de hadas.

—Sí.

—La vida no es un cuento de hadas. La realidad a veces es cruel, y la vida me enseñó que uno solo descubre quién lo ama de verdad cuando llegan los problemas.

—Estoy de acuerdo.

—¿De verdad crees que seguirás sintiendo todo esto por mí cuando lleguen los desafíos?

Por la forma en que me miraba y la tensión evidente en su rostro, supe que ese tema era muy importante para ella.

Entonces apreté sus dedos y busqué las palabras adecuadas.

—No quiero solo placer, si es eso lo que estás pensando.

Gabriela bajó los hombros y respiró suavemente.

—Claro que quiero darte placer, más que nada... pero no es solo eso. Me gusta que seas divertida sin siquiera intentarlo.

Frunció el ceño, sorprendida y atenta.

—Pero lo que más admiro de ti es tu fortaleza. Lo sé, vi que tu vida no fue fácil. Y aun así, frente a todos esos problemas, no perdiste la dulzura, la gracia, la ligereza.

Gabriela asintió.

Se notaba que le costaba recibir elogios, tal vez le resultaba difícil aceptarlos. Y eso era otro encanto más en su personalidad: su modestia, que la hacía aún más hermosa.

—¿Sabes a qué me recuerdas, Gabriela?

—¿A qué me parezco? —hizo una mueca—. ¿A una carioca de barrio?

—A un puerto seguro.

Sus ojos volvieron a brillar con tanta intensidad que las lágrimas simplemente cayeron, y no las limpió.

—Es todo lo que necesito. Es todo lo que quiero. Para mí y para mis hijos. Un refugio alejado de las apariencias, de los apellidos, de lo superficial. Un lugar donde descansar, incluso en medio de la tormenta.

—Eso es exactamente lo que yo quiero —reunió todas sus fuerzas para decirlo.

—Entonces, ¿por qué no lo buscamos juntos? —entrelacé nuestros dedos y apreté su mano, atrayéndola hacia mí hasta que se sentó sobre mis piernas.

La rodeé con mis brazos y la apreté contra mi cuerpo, sintiendo cómo el calor entre nosotros se intensificaba.

Gabriela se acomodó en mi regazo, y mientras el barco deslizaba suavemente por el Sena, cada latido de mi corazón parecía sincronizarse con el suyo.

El mundo a nuestro alrededor desapareció. París, la ciudad de la luz, con sus edificios históricos y su arquitectura impresionante, dejó de tener sentido. Nada importaba mientras la tuviera entre mis brazos.

Gabriela se acomodó, rodeó mi cuello con sus brazos y nuestras miradas se encontraron.

Sonrió, y aquello fue más fuerte que el sol del mediodía tocando la piel.

—Siempre soñé con tener una familia, niños corriendo por la casa, un hogar lleno de amor y seguridad... pero siempre tuve

miedo de no ser capaz de dar eso, de no encontrar a alguien que compartiera esos mismos valores.

—Definitivamente comparto esos valores, Gabriela. Y quiero todo eso contigo.

Acaricié su cintura y besé sus labios con lentitud.

—¿Alguna vez has sentido miedo, Massimo?

—Por supuesto —respondí, y ella pareció no creerme—. Mi mayor miedo es no ser capaz de proteger a las personas que amo. Vi cómo cambió mi padre después de la muerte de mi madre. Se convirtió en un hombre duro, cerrado, solitario.

—Tú nunca serás ese hombre.

—Y no importa lo que haga, ni todo el dinero del mundo que pueda conseguir... no soy capaz de salvar a mi hijo. Eso me destroza por dentro cada noche.

Nunca había llorado.

Nunca me había permitido ese tipo de debilidad. Y ese momento, al abrir mi corazón, fue quizá lo más cerca que estuve de sentir mis labios temblar y el pecho apretarse hasta dejarme sin aliento.

Gabriela se inclinó hacia mí y nuestras narices se tocaron.

Cerré los ojos y sentí cómo su respiración me tranquilizaba.

Ella no hizo desaparecer el dolor, pero sentí que era lo suficientemente fuerte como para soportarlo.

Nuestros labios se encontraron en un beso lento y cuidadoso, que pronto se volvió profundo y lleno de intensidad.

Después de ese momento, sentí su cuerpo relajarse sobre el mío, como si todas las barreras entre nosotros hubieran caído.

—Debo admitir, Massimo, que cuando estoy contigo... siento que por fin encontré mi lugar en el mundo.

Le respondí con otro beso.

Luego, disfrutamos del desayuno en un silencio cómodo, solo interrumpido por el suave sonido del río.

París era conocida como la ciudad del amor, pero en ese momento, sentí que podría estar en cualquier lugar del mundo con Gabriela y el sentimiento sería el mismo.

—Cuando volvamos a Milán, quiero que conozcas a mi familia.

—¿De verdad? —sonrió—. ¿Y cuándo exactamente piensas que será esa vuelta?

—Dentro de unos diez o quince días. Tengo algunos asuntos en el Reino Unido que debo resolver...

—Ah...

—¿Qué pasa?

—Me da pena que vayamos a estar un tiempo sin vernos —puso un puchero.

—No vamos a estar ni un solo día sin vernos. Vienes conmigo —le apreté la cintura.

—¡Pero si no he traído equipaje! ¡Nada! ¡Ni siquiera me avisaste que viajaríamos a otros lugares!

—Voy a encargarme de todo lo que necesites —afirmé.

—Perfecto, entonces... ¿puedo pedir hilo y agujas de ganchillo? —tenía una sonrisa traviesa en los ojos.

—Claro. ¿Pero qué planeas hacer con eso?

—Es una sorpresa.

Capítulo 26

Massimo Zampieri

Los días que siguieron a nuestro paseo por el Sena fueron esenciales para estrechar el lazo que Gabriela y yo queríamos construir.

Cada vez estábamos más unidos; nuestras conversaciones y la conexión entre nosotros se profundizaban a medida que compartíamos más cosas, y yo me daba cuenta de que ella era la mujer perfecta para mí.

Cuando llegó el momento de viajar al Reino Unido, donde tenía asuntos que resolver, Gabriela vino conmigo.

Se estaba convirtiendo en una parte indispensable de mis días, porque después de largas reuniones y nuevos contratos para los hoteles del Reino Unido, podía sentirme en casa al llegar al ático y disfrutar de tiempo de calidad con la mujer de la que me estaba enamorando.

Pasamos veinte días así.

Hubo un momento en el que, tras solo unos minutos en la sala de reuniones, lo único que deseaba era volver a nuestra habitación y ver una película, tumbarme en la bañera, darle un masaje o simplemente cenar en uno de los restaurantes del hotel.

—Cuéntame cómo fue tu día —me pedía, entusiasmada, cada vez que llegaba.

—Nada tan interesante como estar contigo.

La forma en que se sonrojaba al oírme era un encanto aparte.

—¿Y el tuyo?

—Fui al *Sky Garden*. Las vistas son increíbles, sobre todo al atardecer —contó, entusiasmada—. Pero nada se compara con Río de Janeiro.

—¿Echas de menos tu hogar?

—Más de lo que pensé que echaría —bajó la mirada y sonrió suavemente—. Pero mis amigas están bien, y me han dicho que el orfanato está en reformas.

—¿En serio?

—No finjas que no tiene que ver contigo. La hermana Danka me dijo que tú pagaste todo.

—¿Sorpresa? —levanté las cejas, un poco incómodo, intentando mostrarle que en unos meses podría comprobarlo por sí misma.

—No sé cómo agradecerte, Massimo. Has hecho tanto por mí últimamente...

—Créeme, Gabriela, aún no he empezado —tomé su mano y besé el dorso—. Pero como forma de agradecimiento, ¿aceptas cenar conmigo aquí en el hotel?

—Claro que sí.

—Bajamos en diez minutos. Estáte lista.

Cuando terminé de vestirme, llevé a Gabriela al restaurante japonés del hotel. El ambiente era acogedor, con luces tenues y una decoración clásica de la cultura asiática.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, que ofrecía una vista espectacular de las luces de la ciudad.

—Hay algo que he notado: todos los hoteles son milimétricamente iguales —comentó, observando a su alrededor.

Asentí, feliz de que lo hubiera notado.

—La idea es dar una sensación de familiaridad a los huéspedes. No importa en qué parte del mundo estén, cuando entran en un 6 Continentes, deben sentir que están a salvo, en un lugar que no cambia.

—Creo que eso también es lo que me hace sentir nostalgia. Siempre que vuelvo de un paseo, me pregunto si he entrado en el hotel de Copacabana...

—Pronto te llevaré de nuevo a Río de Janeiro, pero solo por un tiempo, porque te necesito cerca de mí —le apreté la mano por encima de la mesa.

—Después de veinte días juntos, ¿aún no te has cansado de mí?

—Puedes apostar que no —entrecerré los ojos—. Podría pasar una o dos vidas contigo y no me cansaría.

—Paso el día entero ansiosa, esperando que llegues. Creo que me he acostumbrado.

—Pues acostúmbrate, porque así serán las cosas a partir de ahora.

Cuando llegaron nuestros platos, me tomé un momento para enseñarle a Gabriela cómo sujetar los palillos, y me divertí viéndola probar algunos platos por primera vez. A veces los rechazaba, otras veces era como si descubriera un mundo nuevo, y eso me hacía admirarla.

Después de la cena, paseamos por las calles iluminadas de Londres, disfrutando de la noche fría, pero reconfortante.

—¿Cuándo te tomas vacaciones?

—La verdad es que nunca me las tomo.

—¿En serio? —Gabriela abrió los ojos con sorpresa.

—Ya te dije que soy un adicto al trabajo, ¿no?

—Sí...

—Y como parte de mi trabajo es viajar todo el tiempo, a veces paso las noches en vela adelantando cosas para tener algunos días libres y hacer de turista.

—Entiendo... tiene sentido.

Al notar que tenía frío, la acerqué a mí y entrelacé sus dedos con los míos.

—¿Y qué es lo que más te gusta hacer cuando no estás trabajando?

—Me gusta entrenar, hacer deporte, sobre todo jugar al fútbol.

—¿Jugar al fútbol? —No ocultó su sorpresa.

—Sí, mi abuelo era fanático del fútbol. Muy fan de Pelé.

—Vaya...

—Y me gusta pasar tiempo con Giovanni, por supuesto. Él es la parte más importante de mi vida.

Asintió en silencio. Parecía feliz de oír esa respuesta.

—Antes de ti, era él quien me esperaba despierto.

—¿Y cómo estás llevando estar lejos de él ahora?

—Me ahoga.

—La próxima vez, lo traeremos. A veces me siento sola y me imagino que, con Giovanni y *Biscotto*, estaré muy bien acompañada.

Sentí un gran alivio al oírla decir eso.

Saber que quería a mi hijo era una razón más para sentir cómo mi amor por Gabriela se intensificaba.

—¿Cuándo quieres tener hijos? —La pregunta fue directa, pero no pude ocultar mi curiosidad.

—¿Cuándo? —Gabriela rió, nerviosa—. Cuando esté estable económicamente, cuando tenga mis propias cosas y pueda asegurarles una vida digna.

—Puedo darte toda la estabilidad económica que necesites.

—Eres siempre tan práctico y directo... eso me gusta de ti —rió.

—¿No te sientes segura conmigo?

—Nunca me he sentido tan segura en la vida, Massimo. Es solo que... quiero asegurarme por mí misma, ¿sabes?

—Ya no eres una huérfana perdida, Gabriela. No estás sola. Yo te encontré.

Podría decir que uno de mis deportes favoritos, sin lugar a dudas, era dejarla sin palabras. Ese aire soñador y tímido que despertaba en Gabriela parecía darme aliento de vida.

—¿Y tú? ¿Qué te gusta hacer cuando no estás trabajando? —le pregunté, al notar que estaba demasiado avergonzada.

—Me encantaba ir al orfanato después del trabajo... asistir a misa los domingos... Me encanta cocinar, leer... y ahora sé que me encanta viajar.

—Es bonito descubrir el mundo, ¿verdad?

—Pero algo que me gustaba mucho era trabajar. Sentirme independiente. Era buena en lo que hacía, ¿sabes?

—Lo sé —asentí—. Y te pido perdón por haberte arrancado de tu mundo así.

—¿No tienes algún puesto, algo en lo que pueda ayudarte? Créeme, me encanta que mis días se basen en pasear, descubrir lugares nuevos, comprar ropa... —señaló el abrigo que llevaba—. Pero, ¿sabes esa sensación de que falta un propósito?

Gabriela era aún más sorprendente de lo que imaginaba.

Por supuesto que estaba tratando de seducirla con esta vida y mostrarle que conmigo podría tener todo lo que siempre soñó. Pero ese deseo suyo de querer lograr las cosas por sí misma la hacía aún más admirable.

—Pensaré en algo para ti.

Sonrió como si se quitara un enorme peso de encima. Esa expresión iluminó todo su rostro.

—Si descubres algo en lo que pueda ayudarte, avísame. Lo único que quiero es que te sientas bien. Y si eso te hará bien, estaré a tu lado para ayudarte a lograrlo.

Gabriela vino hacia mí casi dando saltitos y me abrazó con fuerza. Nuestros labios se encontraron en lo que debía ser un beso rápido, pero cuando se trataba de ella, no sabía contenerme.

La atraje por la cintura y la besé como se merecía.

Ambos hicimos retroceder el frío de Londres cuando nuestros cuerpos se calentaron. Y habríamos seguido así mucho más tiempo si mi móvil no hubiera empezado a vibrar.

—Será mejor que contestes —dijo ella.

En cuanto vi que era una llamada de Francesca, el aire se me cortó. Al contestar y oír su tono de voz, sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué ha pasado? ¿Está todo bien? —pregunté en italiano.

—Massimo, será mejor que vuelvas cuanto antes.

—¿Giovanni?

—Lo han hospitalizado. Está muy mal. Por favor, vuelve lo antes posible.

Aunque insistí, no quiso darme más detalles.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriela, asustada por mi expresión.
—Tenemos que volver a Milán. Ahora.
—¿Tu hijo está bien?
—Justo eso es lo que necesito averiguar.

Capítulo 27

Massimo Zampieri

El vuelo de regreso a Milán pareció durar una eternidad… o dos.

Mi mente estaba nublada, y la tensión y el miedo por no recibir respuestas de Santo, de la ama de llaves o de Francesca me estaban consumiendo por dentro.

Gabriela estaba a mi lado, no soltó mi mano en ningún momento. Y tal vez eso era justo lo que necesitaba, porque mi corazón estaba encogido, mi estómago hecho un nudo que no me dejaba ni respirar con normalidad.

Con cada minuto que pasaba, la ansiedad aumentaba, y yo revisaba nuestro trayecto aéreo para calcular cuántos minutos faltaban para llegar a casa.

Cuando por fin aterrizamos, un coche ya nos esperaba en el aeropuerto. El trayecto hasta la mansión fue rápido, pero aun así, el tiempo parecía arrastrarse.

Mis manos sudaban y la respiración me pesaba.

Solo pensar que Giovanni estaba sufriendo o contemplar el peor de los escenarios me atormentaba a tal punto que sentí que iba a perder la cabeza.

Al llegar, Francesca me recibió con una mirada preocupada.

—¡Gracias a Dios que has llegado!

—¿Dónde está mi hijo?

—En la última planta. Hemos improvisado la habitación de invitados como sala hospitalaria —informó—. El equipo médico está con él, puedes respirar.

—¿Y cómo está? ¿Qué ha pasado, Francesca?

No esperé sus respuestas.

Subí las escaleras a toda prisa, con Gabriela justo detrás de mí.

Al entrar en la habitación que había destinado a Gabriela, vi el lugar transformado en una lujosa unidad médica, y mi corazón se llenó de alivio al mismo tiempo que se rompía.

Giovanni estaba acostado en la cama, rodeado de máquinas y equipos médicos. Su rostro estaba pálido y parecía tan frágil como cuando nació prematuro.

Ver a mi hijo, que cuando lo dejé estaba lleno de vida y energía, ahora reducido a un estado tan vulnerable, me golpeó como un puñetazo en el estómago.

Mis piernas casi cedieron, y por un instante, sentí que el mundo a mi alrededor se desmoronaba.

Me arrodillé junto a la cama y observé su estado.

Giovanni dormía plácidamente, cuando pareció notar mi presencia y abrió uno de sus ojos.

—Papá... —susurró con debilidad.

Mi corazón se encogió aún más.

Le tomé la mano, pequeña y fría, sintiendo un nudo en la garganta que parecía imposible de deshacer.

—Estoy aquí, mi príncipe —dije, con la voz rota por la emoción—. Estoy contigo.

Giovanni intentó sonreír, pero el esfuerzo parecía drenarlo por completo. Su piel, que siempre había tenido un tono vibrante y sonrosado, estaba ahora pálida, casi translúcida.

Ese contraste brutal me provocó un dolor profundo, una impotencia que jamás había sentido antes.

—Papá, no quiero irme... —susurró, con lágrimas llenando sus ojos.

—No te irás. Haré todo lo posible para que te quedes conmigo —besé su frente—. Recuerda lo que siempre te digo: tú eres mi héroe. Y los héroes nunca se rinden.

Asintió con lentitud.

—Papá, me duele...

—Voy a arreglar eso ahora mismo.

Él asintió débilmente, cerrando los ojos por el cansancio. Su respiración era superficial e irregular, y cada sonido de las máquinas a su alrededor parecía un recordatorio cruel de su lucha constante.

Sentí una oleada de desesperación, pero también una determinación feroz de hacer lo que fuera para salvar a mi hijo.

—¿Dr. Rossi? —llamé al médico responsable.

El hombre calvo, de nariz puntiaguda, se plantó enseguida frente a mí.

—Está sintiendo dolor. Ocúpese de eso ya.

—Sí, señor Zampieri, por supuesto.

—¿Puede explicarme qué ha pasado, doctor?

El hombre mayor suspiró, miró a mi hijo con cierta compasión y luego me tomó por el hombro.

—Los trasplantes de médula ósea no surtieron efecto. Ya le había dicho que tenía más o menos seis meses de vida…

—Quiero otros seis meses.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, señor Zampieri. Le garantizo que mi equipo está completamente dedicado al cuidado de Giovanni —dijo con firmeza.

Sus palabras no bastaban para aliviar la angustia que me oprimía el corazón. Cada segundo que pasaba era una eternidad, y ver a Giovanni en ese estado era casi insoportable.

—El estado de Giovanni esta vez parece crítico… —continuó el médico con pesar—. La leucemia parece estar avanzando con rapidez, y necesitamos intensificar el tratamiento. Estamos haciendo todo lo posible aquí, pero puede ser necesario trasladarlo a un hospital especializado si su condición empeora.

Me dolía el corazón al escuchar esas palabras, pero sabía que debía mantenerme fuerte por mi hijo.

—Haga lo que sea necesario, doctor Rossi. No escatime en nada. Si hay que convertir esta mansión en su hospital particular, hágalo.

—Entendido.

—Papá... ¿te quedas conmigo? —murmuró Giovanni, usando todas sus fuerzas, aunque su voz seguía siendo débil.

—No me moveré de tu lado, ni un segundo —volví a acercarme a él y le tomé la mano.

Noté que su expresión se volvió serena en cuanto me quedé a su lado, así que me mantuve allí. Unos minutos después, sentí la presencia de alguien detrás de mí.

Levanté la vista y vi a mi abuela. Su mirada era severa, llena de desaprobación, especialmente cuando se posó en Gabriela, que estaba a mi lado.

—Massimo, tenemos que hablar —dijo con un tono frío.

Sentí una oleada de rabia y frustración crecer dentro de mí.

—Ahora no. Giovanni me necesita.

—No puede esperar.

—Yo me quedo con él, Massimo —Gabriela apoyó una mano en mi hombro—. Yo cuidaré de él, confía en mí.

Después de dudar unos segundos, apreté la mano de Giovanni como señal de que volvería pronto y seguí a mi abuela fuera de la habitación. En cuanto cerré la puerta detrás de mí, comenzó:

—¿Quién es esa, Massimo?

—Gabriela.

—Ah, entonces ella es la famosa Gabriela de la que habló la ama de llaves —frunció los labios y miró alrededor—. ¿Y por qué está aquí en un momento como este?

—Gabriela y yo estamos juntos. Esta es su casa ahora.

Mi abuela bufó, visiblemente disgustada.

—¿Y quién es su familia?

Negué con la cabeza, dejando claro que eso no importaba.

—Yo soy su familia ahora.

—Tu familia está ahora mismo moribunda en una cama rodeado de aparatos —replicó con aspereza—. Este no es momento para distracciones, Massimo. Concéntrate en tu hijo.

—Ella no es una distracción. Es parte de la familia.

—¿Cómo puede ser parte de la familia si ni siquiera sabe de dónde viene? Una mujer como esa no es más importante que una empleada.

—Usted no va a venir a mi casa a decir esas cosas. No lo permito —usé el mismo tono áspero con ella.

De repente, pareció entender la situación. Asintió en silencio y se arregló el cabello.

—Lo siento. Estoy aterrada por lo que pueda pasarle a mi bisnieto.

La tensión se disipó poco a poco, aunque ella mantuvo una postura firme.

—Si no fuera por Francesca, que se dio cuenta enseguida de lo que le pasaba al pobrecito, podría estar muerto.

—Sí.

—Gracias a Dios, ella ha dedicado toda su vida a cuidar del niño, como si fuera suyo.

—Estoy agradecido por eso, *Nonna*, y Francesca lo sabe.

—¿Y entonces no crees que es una falta de respeto traer a otra mujer a esta casa? Una que no es nadie, que solo está interesada en tu dinero, en recibir regalos, y que ni te miraría si no fueras un Zampieri.

—He dicho que basta —di el asunto por cerrado—. No permitiré que hables así de ella en esta casa. Si no estás a gusto, puedes marcharte —señalé el camino con la mano.

Mi abuela se quedó sorprendida, porque nunca nadie la había desafiado. Sus palabras siempre habían sido ley en la familia, y ni en sus peores pesadillas habría imaginado que yo, su nieto favorito, me enfrentaría a ella.

—Has estado tanto tiempo lejos de casa que apenas te reconozco, Massimo... —suspiró—. Ya te dije que pasar tiempo en

Brasil te haría daño.

—Si no te importa, voy a volver con Giovanni.

—Massimo —me detuvo, sujetándome del brazo—. Soy una mujer con experiencia, he conocido a muchas personas. Sé reconocer a una oportunista cuando la veo.

—Gracias por tu preocupación, *Nonna*. Pero ahora necesito irme. Y te pido que vayas a casa a descansar.

—De acuerdo.

Se dirigió hacia las escaleras y bajó.

Yo regresé a la habitación, me acerqué a mi hijo y me senté a su lado. Le acaricié el cabello, sintiendo la suavidad bajo mis dedos, y me prometí a mí mismo que haría todo lo que estuviera a mi alcance para verlo bien de nuevo.

—¿Cómo estás? Pareces nervioso... —Gabriela tomó mi brazo.

—Están pasando muchas cosas, así que estoy un poco agotado —intenté sonreír, pero no lo logré—. ¿Por qué no te das una ducha caliente y descansas? El viaje fue repentino y ya es tarde. Ni siquiera has descansado.

—Prefiero quedarme aquí con vosotros, aunque sea en silencio.

Gabriela lograba ser una bendición incluso sin proponérselo. Yo realmente quería que se fuera a descansar, no tenía ninguna obligación de estar allí.

Aun así, arrastró una silla y se quedó a mi lado.

No había nada que pudiéramos hacer por Giovanni, salvo rezar.

Y eso fue exactamente lo que hicimos.

Capítulo 28

Gabriela Sierra

La noche fue larga y no dormimos.

Massimo y yo nos quedamos al lado de Giovanni, ofreciéndole todo el apoyo y amor que podíamos. A pesar del agotamiento, ninguno de los dos estaba dispuesto a marcharse de allí.

Tanto Massimo como yo queríamos asegurarnos de que Giovanni sintiera todo el cariño y la seguridad que éramos capaces de darle.

Él sostenía con firmeza la mano de su hijo, su mirada permanecía fija en Giovanni, y yo podía ver el dolor y la preocupación en sus ojos. Había momentos en los que parecía al borde de las lágrimas, pero se mantenía firme, decidido a ser la roca que su hijo necesitaba.

Yo estaba sentada a su lado, y aproveché para sacar mi material de ganchillo y terminar la costura del regalo que iba a darle a Giovanni.

La habitación estaba en silencio, salvo por el sonido de las máquinas que monitoreaban el estado del pequeño y los suspiros ocasionales de Massimo.

Cuando el sol comenzó a asomar, el Dr. Rossi entró en la habitación con su equipo para realizar nuevos exámenes a Giovanni.

Massimo y yo nos apartamos un poco, dejando espacio para que los médicos pudieran trabajar.

—Giovanni está estable por ahora, pero no podemos bajar la guardia con el tratamiento. La leucemia sigue avanzando —dijo el hombre con su voz tranquila, pero seria.

—¿Entonces el traslado al hospital se pospondrá?

—Sí, por ahora. Si continúa estable, creo que es mejor que permanezca en casa —explicó.

Massimo asintió, y su mandíbula pareció relajarse un poco.

—Habrá dos enfermeras por turno. Si ocurre cualquier cosa, todo el equipo vendrá inmediatamente —el médico estrechó la mano de Massimo—. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos, señor Zampieri. Le aseguro que mi equipo está cien por cien volcado en el cuidado de su hijo.

—Gracias, doctor.

Las palabras del médico no parecieron aliviar a Massimo. Se lo veía más cansado, más exhausto que nunca, pero también profundamente determinado.

Después de que el Dr. Rossi se marchó, Massimo volvió al lado de Giovanni, tomando nuevamente su mano.

Me acerqué a él y puse una mano en su hombro.

—¿Cómo estás? —pregunté con suavidad, sabiendo que estaba luchando por mantener la calma.

—Sigo preocupado —admitió—. He pasado toda la madrugada pensando en lo que sería perderlo. No sé qué haría sin él.

Se me encogió el corazón al oírle decir eso, y me incliné hacia él, envolviéndolo en un abrazo apretado.

—No lo vas a perder. Giovanni es fuerte y saldrá adelante —pronuncié cada palabra como una plegaria—. No estás solo. No tienes que pasar por esto solo.

Él asintió, abrazándome con fuerza, como si temiera soltarme.

Nos quedamos así un momento, compartiendo nuestra esperanza, antes de separarnos y volver nuestra atención hacia Giovanni.

Mientras Massimo y yo estábamos juntos, Francesca entró en la habitación. Su expresión simulaba preocupación y ternura, pero yo sabía que no eran reales.

—¿Has pasado toda la noche en vela? —Su voz sonó dulce y sumisa al dirigirse a Massimo.

—Sí, la he pasado.

—No puedes descuidarte así, Max —le tomó la mano.

Y eso me provocó una sensación extraña. Un deseo repentino de agarrarla del pelo y arrastrarla por la habitación hasta que cada mechón se soltara del cuero cabelludo.

Inmediatamente pedí perdón a Dios en silencio y juré que no volvería a pensar algo así, al menos no mientras estuviera consciente.

Entonces sonreí, intentando parecer simpática.

—Tu café está listo, pedí que lo prepararan como te gusta —le masajeó los hombros—. También deberías darte una ducha caliente y larga.

—Estoy bien, Francesca.

—¿Quieres que cancele las reuniones de esta semana? El balance financiero de los hoteles en Europa llega mañana, y el de América la semana que viene...

Admiré el hecho de que conociera tan bien su agenda.

Parecía una empleada extremadamente dedicada.

—No puedo dejar eso en manos de Victorio.

Massimo se frotó la frente y se levantó.

—¿Puedes cuidar de Giovanni mientras yo no estoy?

—Siempre, Massimo. Sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Llámame si hay cualquier novedad —le indicó.

—Por supuesto.

Massimo acarició mi nuca y besó la parte superior de mi cabeza. Sentí que me tiró suavemente para que lo acompañara, pero me quedé inmóvil donde estaba.

—Tienes que dormir —me extendió la mano.

—Lo sé, pero voy a quedarme aquí, cuidando de Giovanni.

—No hace falta, yo estaré aquí —Francesca sonrió.

Siempre que hablaban en italiano me sentía excluida. Pero me volví rápida para agarrar el móvil y traducir lo que decían, así podía entender y mantenerme al tanto.

—Quiero quedarme —la miré con seriedad y le sonreí a Massimo.

—La señorita necesita descansar, Massimo. Como su habitación está ocupada, ¿no sería mejor hospedarla en el hotel de la familia? —sugirió Francesca.

Pude sentir cómo aumentaba la tensión, y mi corazón empezó a latir con más fuerza. Sabía que Francesca no me quería allí, y eso estaba generando un conflicto adicional en un momento ya de por sí difícil.

—Tonterías, se queda en mi habitación —respondió Massimo.

Francesca asintió, a regañadientes.

Me miró con unos ojos llenos de desconfianza y juicio. Y cuando volvió a mirar a Massimo, parecía un perrito mimado dispuesto a hacer cualquier truco con tal de recibir una caricia.

—Que tengas un buen día. Llámame si necesitas algo —Massimo selló nuestros labios—. Vuelvo lo antes posible. Intenta descansar.

—Vale.

Cuando se fue, el ambiente se volvió una guerra fría.

Francesca se quedó al otro lado de la cama observando al niño, y yo seguí sentada, tejiendo en silencio.

Gracias a Dios, una tercera persona apareció: mi traductora.

Hasta se me había olvidado que esa querida existía, sonreí y le saludé como si estuviera viendo a una amiga de la infancia.

Las dos empezamos a hablar en portugués:

—¿Cómo fue el viaje, señora? —Rebeca se colocó a mi lado.

—Genial. Casi ni me di cuenta del tiempo...

—Mientras estuvo fuera, los empleados guardaron la ropa que usted había seleccionado. Ah, y esto llegó esta mañana —me entregó un sobre.

Lo abrí y noté la caligrafía fina, todo escrito en italiano.

—¿Es algún tipo de cobro? —hice una mueca y se lo pasé para que lo leyera, porque no entendí nada.

—Una invitación. La abuela del señor Zampieri la invita a un almuerzo este fin de semana.

—Ah... —Abrí mucho los ojos, sorprendida.

Por la forma en que me había mirado ayer, deduje que no le había caído nada bien.

—Tal vez este momento delicado le haya ablandado el corazón... —Rebeca frunció los labios.

—¿Y esa de allí? —señalé a Francesca con los ojos—. ¿Entiende portugués?

—Creo que no.

—Hum...

Creo que Francesca se dio cuenta de que sobraba y salió de la habitación, dejándonos a nosotras dos.

—¿Cómo ocurrió todo? ¿Sabes decírmelo?

—Lamentablemente no, señora —Rebeca bajó la cabeza—. Pero el niño Giovanni suele tener estas recaídas...

—¿Hum...?

—¿Son frecuentes?

—Todas las últimas fueron cuando el señor Massimo Zampieri estaba de viaje fuera del país.

—Huuuuum... —arqueé una ceja y la miré con desconfianza.

—Es que es raro que no se lleve al hijo, al menos en los últimos meses. Pero antes, era más habitual que viajara unos días y volviera con prisas por una recaída del señor Giovanni —explicó.

—Entiendo.

—Y desde que recibió el último diagnóstico, de que a su hijo le quedaban pocos meses de vida, no se ha separado más de él. Hasta... ahora.

No solté otro «hum» prolongado porque no quería levantar sospechas o comentarios innecesarios.

El día fue pasando y cada hora entraban las enfermeras y Francesca en la habitación. En uno de esos momentos noté que Giovanni estaba despierto, aunque fingía dormir.

Y no pasó desapercibido que todas me miraban como si fuera una especie de intrusa, como si aquel no fuera mi lugar. Era angustiante ver esas miradas y actitudes.

Tuve ganas de marcharme.

En Brasil, al menos, tenía mi trabajo, mi apartamento vacío con pocas cosas, y una familia, que eran mis amigas.

Nada en aquel lugar, salvo Massimo —que estaba fuera— y Giovanni —que parecía un pequeño robot oxidado— me transmitía la sensación de hogar.

Más tarde, cuando Massimo volvió, hicimos el cambio: él se quedó vigilando a Giovanni y yo me di una ducha larga, comí un poco solo para calmar el estómago, y me acosté en su cama gigantesca.

Antes de dormir, me vino un pensamiento furtivo y entendí por qué Giovanni me llamaba tanto la atención, sobre todo en momentos como ese: yo era exactamente como él cuando sufría acoso de las chicas mayores en el orfanato.

Y ese pensamiento me robó el sueño y me dejó eléctrica sobre la cama.

Capítulo 29

Gabriela Sierra

Cuando el cansancio me venció, dormí un día entero.

Los días que siguieron fueron iguales. Massimo y yo estábamos siempre al lado de Giovanni. El niño parecía sereno y en paz con su padre presente, pero cuando él se iba y Francesca llegaba, todo cambiaba.

Así que usé todo mi tiempo para terminar el regalo para Giovanni. Quería darle algo que le aportara consuelo y alegría durante esta batalla, pero más que eso.

Desde Brasil me había dado cuenta de que se abría más cuando hablábamos de su amigo imaginario, así que fue él a quien hice a ganchillo: un conejito blanco con ojos en forma de galletas. También confeccioné varias ropitas, como trajes, sudaderas deportivas y ropa casual, iguales a las que solía llevar Giovanni.

Algunos días después, por fin terminé la costura.

Biscotto estaba perfecto.

También preparé cookies, el dulce favorito de Giovanni, para completar la sorpresa.

Antes de llevarle las galletas, fui a hablar con el equipo médico para confirmar si podía comerlas.

—Doctor Rossi... —Rebeca me tradujo simultáneamente—. He preparado un dulce para Giovanni. ¿Puede comer un poco?

Le mostré la bandeja con decenas de ellos.

—Por supuesto —respondió el hombre, mirándome con curiosidad —. Mientras no se exceda, uno o dos no le harán daño.

—¿Quiere uno? —le ofrecí.

—Ah... qué amabilidad la suya —el hombre cogió uno y lo probó.

La expresión de su rostro me lo dijo todo: estaban deliciosos.

Le di las gracias y volví a la cocina, donde coloqué las galletas en una caja de regalo junto con el peluche de ganchillo. Y para asegurarme de que Francesca no interrumpiera mi momento especial, hablé con Rebeca.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Claro, señora. ¿Qué necesita?

—Necesito que entretengas a Francesca el mayor tiempo posible.

Frunció el ceño y pareció preocupada. Estaba claro que no la soportaba, y me encantaba tener eso en común con ella.

—Quiero pasar un tiempo con Giovanni, sin interrupciones.

Rebeca asintió, comprendiendo la importancia de mi petición.

—Déjelo en mis manos, señora. La mantendré ocupada —sonrió, pero antes de irse, dudó—. Pero ¿cómo se va a comunicar con el señor Giovanni sin mí?

—Me las arreglaré —le guiñé un ojo.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción.

Cogí el paquete y fui hasta la habitación convertida en sala hospitalaria. Al entrar, vi que él estaba despierto. Suspiró aliviado al ver que era yo, aunque siguió mirando al techo, como distante.

—Hola, Giovanni —saludé mientras me acercaba—. ¿Cómo te sientes?

—*Più o meno*[32].

Tomé el móvil y escribí lo que quería decir, lo traduje al italiano. Pronuncié casi todo con dificultad, pero me arriesgué.

Giovanni parecía comprensivo y nunca me juzgaría por hablar mal, así que me sentí cómoda.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Sorpresa? —su voz era débil, pero curiosa.

—Sí —respondí, sonriendo, y le entregué el paquete.

Se sentó en la cama y lo abrió con cuidado, algo inseguro sobre lo que encontraría dentro. Al ver que el dibujo que había hecho para

mí aquel día en el parque estaba ahora hecho realidad, alzó el conejito frente a sus ojos y lo observó durante unos segundos, luego lo abrazó.

—¡*Biscotto*! —dijo emocionado.

—¿Te gusta?

Parecía otro niño.

La expresión de su rostro cambió al instante. Sus ojos brillaban de alegría y una gran sonrisa apareció en sus labios.

—¡Es *Biscotto*! —exclamó, mostrándomelo.

—Sí, ¿verdad? Y le hice ropitas. Mira...

Giovanni estaba maravillado e incrédulo. Abrazó a su amigo imaginario con fuerza, apretándolo contra el pecho como si fuera el tesoro más valioso del mundo.

Y me emocioné mucho al ver su reacción.

—¡Es perfecto!

No tenía cómo discutir con el niño.

Claro que tenía algún que otro defecto que intenté disimular; hacía años que no tejía, pero después de días dedicándome al conejito, estaba satisfecha con el resultado.

Sobre todo al ver su reacción.

—Estoy tan feliz de que te haya gustado, Giovanni. Te mereces toda la felicidad del mundo —dije, emocionada.

Debajo de todo, Giovanni encontró las galletas. Cogió una enseguida y empezó a morderla; de vez en cuando, le ofrecía al conejo.

—El doctor Rossi dijo que puedes comer una o dos. Hay más abajo, te traeré en los próximos días.

La sonrisa de satisfacción que se extendía en su rostro delataba que era otro niño. Mucho más relajado, sintiéndose seguro y bien.

—Deliciosa.

—Me alegra que te haya gustado.

Nos quedamos en silencio un momento, simplemente disfrutando de la tranquilidad y la nueva energía del lugar. Antes, todo tenía un aire lúgubre y sin vida. Ahora, el niño irradiaba luz.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ajá —respondió mientras comía.

—¿Qué ocurrió antes de que te pusieras mal? Quiero decir, ¿recuerdas algo?

Negó rápidamente con la cabeza y frunció el ceño.

—Cuando vinimos de Brasil, estabas un poco mareado, pero no parecía nada grave. Y durante los días que pasaron, no pude verte, pero por lo que sé, estabas mejorando...

Me miró con curiosidad y luego observó a su amigo imaginario, ahora materializado en forma de conejo.

—¿Comiste algo raro?

De nuevo, negó con un gesto y evitó hablar en voz alta. Era evidente que se sentía incómodo y volvió a cerrarse.

Sentí una oleada de tristeza al ver que no quería compartirlo conmigo. Sabía que había algo, pero no quería contarlo.

—¿Francesca... te hace daño?

Giovanni giró el rostro hacia la puerta y siguió comiendo.

—L-lo siento —le tomé la mano—. No quiero ser invasiva. Solo estoy preocupada. Estoy aquí, ¿vale? Tu padre y yo estamos aquí para protegerte. Y si está pasando algo malo, puedes contármelo.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y Francesca entró en la habitación, con una expresión furiosa en el rostro.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó, su voz llena de rabia.

Sentí un escalofrío al ver su expresión.

Sabía que no estaba contenta con mi presencia, pero la intensidad de su furia me pilló completamente por sorpresa.

—Preparé unas galletas para Giovanni.

—¿Galletas? ¿Quieres envenenar al niño con esa comida? —gritó Francesca, avanzando hacia mí.

Estaba tan nerviosa que apenas podía traducir y hablar al mismo tiempo. Gracias a Dios, Rebeca llegó lo más rápido que pudo y empezó a interpretar toda la situación.

—Francesca, jamás haría nada que perjudicara a Giovanni. El médico dijo que estaba bien —respondí, con la voz temblorosa.

Giovanni miró a Francesca con miedo en los ojos, apretando a *Biscotto* contra el pecho.

—¡Esto no se va a tolerar! El niño está al borde de la muerte y tú quieres empeorar aún más su estado de salud.

No solo le quitó las galletas que quedaban, sino que también le arrancó el regalo de las manos.

—¡*Biscotto*! —gritó Giovanni, exaltado, casi se bajó de la cama, pero lo contuve.

—Yo me encargo de esto.

—¡El señor Massimo se enterará de esto! ¡De que estás intentando envenenar a su hijo!

La mujer salió marchando del cuarto y yo tuve que sujetar a Giovanni mientras lloraba y las máquinas a su alrededor no paraban de pitar.

Fue una auténtica pesadilla, que terminó con todo el equipo médico dentro de la habitación y con la prohibición de que yo lo viera hasta que Massimo regresara a casa.

Mientras tanto, me encerré en la habitación y llamé a Bianca. Estaba decidida a volverme a Brasil. Era insoportable pasar por todo aquello. Mis intenciones eran las mejores, pero me trataban como si quisiera empeorar la salud del niño.

Mi amiga no contestó, así que llamé a Raíssa, que aceptó la videollamada al instante. Sentí una mezcla de alivio y envidia al verla en la cocina del orfanato, preparando dulces.

—¿Qué cara es esa, Gabi?

—Yo... no sé qué hacer...

—¿Qué ha pasado? —Oí la voz de la hermana Danka de fondo, y eso me tranquilizó.

—¿Está la hermana Danka? ¿Puedo hablar con ella?

Raíssa le pasó el teléfono a la monja. Solo con ver su rostro redondo, sus ojos verdosos y su enorme sonrisa, respiré.

—¿Estabas llorando? ¿Qué ha pasado, querida?

—No lo sé. Estoy tan confundida...

—¿Confundida con qué? Cuéntame.

—Ay, hermana... tantas cosas —me tumbé en la cama, mirando el techo, pero mantuve la cámara del móvil enfocando mi rostro.

—Pues cuéntame al menos una.

—Hay una vagabunda aquí... —empecé así.

—Cuidado con el lenguaje, Gabriela —me reprendió Danka—. No seas tan dura, también es hija de Dios. Sé amable.

—Vale. Hay una criatura aquí que me saca de quicio. Y algo me dice que le está haciendo daño a un niño, pero no sé cómo probarlo...

—¡Ráscale la cabeza con un cuchillo de trinchar carne! —gritó Raíssa, recibiendo una mirada de reproche de la hermana Danka—. Y luego vas y te confiesas, y le pides perdón a Dios.

—¿Y eso se puede, hermana?

La hermana Danka se quedó algo cortada, tardó unos segundos, pero finalmente dijo:

—Pero hay que arrepentirse.

—Ah, de eso no tengo duda. Después de arrastrarla por el asfalto y darle unas diez bofetadas bien dadas. ¿Cuántas Avemarías tendría que rezar para que Dios me perdone?

—Un montón.

La conversación era tensa, pero acabamos riéndonos.

Reí y lloré al mismo tiempo. Con el tiempo, me fui calmando y logré organizar mis pensamientos.

—Hay un niño. El hijo de Massimo. Se cierra por completo cuando está cerca de esa... criatura —corregí la palabra—. Cuando está conmigo, se abre un poco más, pero hay temas que... que nunca menciona.

—Es normal, querida. Los niños tienen un instinto natural de autoprotección —Danka sonrió con dulzura, y con solo una mirada me recordó cómo oculté durante años que sufría acoso hasta casi marcharme del orfanato.

—Sí, es verdad. Pero ¿cómo hago para que él hable? Para que cuente lo que ocurre, a mí o a su padre...

—Es difícil, querida.

—Lo sé...

—¿Pero habías mencionado un amigo imaginario?

—Sí.

—Sabes, es muy común que los niños tengan amigos imaginarios —explicó la hermana Danka—. Y a veces, son capaces de confesar cosas a través de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, hay una niña nueva en el orfanato, se llama Sara.

—Ajá —me senté en la cama y presté atención.

—Ella no dice directamente lo que le ocurre, pero... a veces viene a la cocina y se abre. Su amiga imaginaria se llama Bubu.

—¿Bubu?

—Sí. Y a veces Bubu se hace pis encima cuando las otras niñas la persiguen en la escuela... a veces Bubu finge estar enferma para no ir a misa y quedarse lejos de las otras niñas... Nunca es Sara, ¿sabes? Siempre es Bubu.

—Creo que lo entiendo —asentí.

—Y si en lugar de preguntarle directamente al niño, ¿por qué no le preguntas por su amigo imaginario?

—¡Hermana Danka, es usted brillante!

Tuve ganas de besar la pantalla del móvil, pero me prometí que, cuando la viera, le apretaría las mejillas y la llenaría de besos.

—Tratar con niños te enseña una o dos cosas... —rió—. ¿Estás más tranquila?

—Sí, lo estoy.

Señaló con el dedo índice, en modo de advertencia.

—No dejes que esa desalmada te saque de tus casillas, Gabriela —me advirtió—. A veces tenemos razón, pero si perdemos el control, parecemos las equivocadas.

—Ajá.

—No dejes que domine tus emociones. Contrólate. Y trata de hacer todo de la manera correcta.

—Está bien... pero y si yo, hipotéticamente, tuviera que darle con una fregona en la cabeza, unas diez veces. Hasta que se rompiera. ¿Dios me perdonaría?

—Si hay arrepentimiento.

—Ah, yo me voy a arrepentir —asentí—. Por si acaso, unas 70 Avemarías bastan, ¿no?

—¿Si le rompes la fregona en la cabeza?

—Sí. O algo más contundente, como un rodillo de amasar...

—Prueba con unos 50 Padrenuestros y unas 100 Avemarías. Y arrepiéntete.

—Pero solo se puede arrepentir del pecado después de cometerlo, ¿verdad, hermana?

La monja intentó contener la risa y me guiñó un ojo.

—¡Juicio, hija mía!

—Lo encontraré, hermana. Lo encontraré... aunque tenga que abrirle la cabeza a alguien a palos —solté.

Capítulo 30

Gabriela Sierra

Las horas que siguieron al incidente con Francesca fueron las más largas y solitarias de mi vida.

Me quedé encerrada en la habitación, reflexionando sobre todo lo que había pasado y preguntándome si realmente era posible que Massimo y yo funcionáramos en medio de tantas diferencias y obstáculos.

Cuando vi desde la terraza de la habitación que Massimo por fin había regresado del trabajo, el corazón me dio un vuelco.

Sentía una necesidad enorme de hablar con él y aclararlo todo. Salí del cuarto y bajé las escaleras lo más rápido que pude, pero antes de poder acercarme, vi a Francesca recibiéndolo en la entrada de la casa.

Me escondí detrás de una columna y la observé. La italiana tenía una expresión falsa de preocupación, moviendo las manos con dramatismo mientras hablaba.

Mi traductor del móvil no funcionó bien al principio, así que intenté acercarme con cautela, sin que me vieran.

—Massimo, tienes que saber lo que está ocurriendo en esta casa —su voz era dulce, llena de aprensión.

—¿Qué ha pasado, Francesca?

Massimo frunció el ceño, visiblemente preocupado.

—Esa mujer que trajiste a casa... ¡está loca, Massimo! ¡Es peligrosa!

Sentí el ácido burbujear en mi estómago.

Fijé la vista en lo más cercano que tenía a mano: un jarrón que probablemente costaba todo lo que yo tenía en la vida. Y me contuve para no agarrarlo y estrellárselo en la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—¡Intentó envenenar a tu hijo con galletas! No podía creer lo que veía cuando entré en la habitación... —hizo una pausa dramática, como si estuviera a punto de llorar.

Decidí que era el momento de salir de mi escondite improvisado y caminar hacia ellos. La tensión en el aire me ponía nerviosa, pero no tenía otra opción. Tenía que defender mi honra.

—Mentira... —solté entre dientes, casi mordiéndome la lengua del odio que sentía.

—Gabriela, ¿puedes explicarme qué ha pasado? —Massimo me llamó con la mano.

Tragué saliva, intentando mantener la calma.

Rebeca, que parecía estar esperando justo ese momento, se colocó rápidamente a mi lado, lista para traducir todo lo que se dijera en italiano.

—Massimo, jamás haría nada que pudiera hacerle daño a Giovanni.

—Lo sé.

—Hice esas galletas, ¿recuerdas? Las que ya preparamos juntos. Las hice con todo mi amor y cariño, porque quería verlo feliz.

Él asintió enseguida y esbozó una leve sonrisa.

—Consulté al médico. El doctor Rossi dijo que no había problema si comía una o dos, así que... —mi voz temblaba.

Solo me tranquilicé cuando él tomó mi mano y acarició el dorso con los dedos.

—Está bien.

La mirada amable que me dedicó no fue la misma que dirigió a Francesca. Massimo la miró con severidad y confusión.

—¿Por qué pensaste que intentaba envenenar a Giovanni?

La mujer le puso las manos en los hombros, con expresión de inocencia y súplica.

—Massimo, sabes que solo quiero proteger a tu hijo. Su salud es tan delicada... Pensé que estaba siendo imprudente.

Massimo respiró hondo, visiblemente exasperado.

—Sabes que no tengo malas intenciones, ¿verdad? He cuidado del niño toda su vida, Massimo. Jamás permitiría que algo le pasara.

—Y le quitó el conejito de ganchillo que le hice —dije justo después—. Le arrebató al señor *Biscotto* de las manos. Pregunta a tu hijo, lloró muchísimo y se desesperó.

Massimo parpadeó lentamente mientras la observaba. Y Francesca, sin entender muy bien lo que había dicho, empezó a enredarse.

—No tiene idea de lo que hace, Massimo. No sabe por lo que está pasando tu hijo, ni los cuidados...

—¿Dónde está el conejito? —extendió la mano, exigiendo que lo devolviera.

—Eso estaba lleno de ácaros. El niño ya está rodeado de aparatos, no queremos complicar aún más su estado...

—Me aseguraré de higienizarlo correctamente. Devuélveme el conejo.

A Francesca no le gustó nada esa respuesta.

Entrecerró los ojos y me miró con expresión desafiante. Salió de la sala apresurada y volvió enseguida con el señor *Biscotto* de ganchillo, que me había costurado con tanto cuidado. Lo puso en manos de Massimo.

—Lo hice basándome en un dibujo que el propio Giovanni me hizo —expliqué, y le mostré el dibujo en mi móvil.

—Está precioso —sonrió—. ¿Esto es lo que has estado haciendo durante semanas?

—Sí —mis mejillas ardieron de vergüenza al ver su expresión de aprobación.

—Eres muy talentosa...

—Giovanni se lo merece. Tenías que ver la sonrisa que puso, ni parecía estar enfermo...

Massimo asintió.

—¿Podrías devolvérselo después de higienizarlo?

—Consultaré con el médico, pero creo que sí.

—Pregúntale qué le ha parecido. Verás que le encantó, Massimo.

—No tengo la menor duda.

Mi conexión con Massimo era algo indescriptible.

Incluso en un momento tenso como aquel, en medio de una discusión acalorada, todo parecía desvanecerse cuando Massimo y yo hablábamos entre nosotros.

Y, por supuesto, Francesca no perdería la oportunidad de entrometerse.

—No podemos bajar la guardia, Massimo. ¿Y si tu hijo empeora?

Su expresión cambió de inmediato.

Al apelar a la salud de su hijo, Massimo pareció tensarse.

—¿Vamos a ponerlo en riesgo por un capricho de ella? —Francesca me señaló—. No importa si tu hijo se sintió feliz con algo que puede haber empeorado su estado. Fue una irresponsabilidad darle al niño un objeto que puede haber recogido bacterias en mil sitios.

El dolor y la indignación en sus palabras me hicieron dudar.

Al final, me sentí una estúpida.

Realmente no había pensado en eso y podría haber puesto en riesgo a Giovanni, algo que jamás querría.

—Estoy seguro de que Gabriela no lo hizo con mala intención —dijo Massimo, tomando mi cintura con suavidad.

—No lo hice —bajé la mirada.

—Los cuidados con Giovanni siempre son extremos, porque está débil y con las defensas muy bajas. No podemos correr riesgos.

Francesca sonrió como si hubiera ganado una batalla, y eso dolió más que una bofetada.

—Quiero aprender a cuidar de él.

—¿Qué? —Francesca intentó interrumpir al notar que la expresión de Massimo cambiaba por completo y su atención se centraba en mí.

—Algún día tendremos nuestra familia, ¿no?

—Sí —sus ojos brillaron.

—Creo que necesito entrenar entonces. Voy a cuidar de Giovanni como si fuera mi propio hijo.

Se quedó sin palabras. Su mano se cerró con firmeza en mi cintura y me atrajo hacia su pecho. Me besó la frente, luego la mejilla, y finalmente encontró mis labios, donde depositó un beso largo y sentido.

—Sabes que mis intenciones son buenas, ¿verdad?

—Sí —asintió, haciendo que las puntas de nuestras narices se tocaran.

—Entonces... déjame cuidar de él.

La expresión de Francesca se endureció aún más y tiró del brazo de Massimo, apelando a su lado emocional.

—Sabes cuánto amo a mi sobrino, Massimo. Siempre lo he cuidado como si fuera mi propio hijo. Llevo siete años a tu lado, atenta a todas sus necesidades, renunciando a mi propia vida para criarlo...

Aquello pareció afectarle.

Massimo asintió y me miró con cierta compasión, como si Francesca tuviera razón.

—Creo que le vendría bien a Francesca tomarse unas vacaciones —sonreí dulcemente—. ¿Han sido siete años, verdad? Cuidando del niño, día y noche. Renunciando a su vida... una época en la que podría haber estado saliendo, estudiando, viajando...

Massimo asintió.

—¿Yo soy la madre de tus futuros hijos?

—Sí —respondió sin dudar.

—Entonces dejemos que Francesca descanse, y déjame empezar a entrenar ahora con Giovanni.

Francesca bufó, visiblemente molesta.

—¿Y por qué no dejamos que Giovanni decida, entonces? —sus ojos mostraban determinación.

—Buena idea —le respondí.

—Veamos si prefiere a alguien que lo conoce y se ha dedicado a él o a alguien con buenas intenciones, pero que no tiene idea de lo

que está haciendo.

Massimo soltó mi cintura y miró por un instante al Sr. *Biscotto*, que aún sostenía en la otra mano.

—De acuerdo, hablaré con Giovanni y me aseguraré de que se sienta cómodo con la situación.

Mantuve la sonrisa en el rostro mientras Massimo salía del vestíbulo rumbo al piso de arriba para hablar con su hijo.

La expresión de Francesca cambió de inmediato. Su tono dulce y tranquilo se transformó en desprecio.

—No vas a quitármelos —masculló—. Soy como una madre para ese niño. Él me elegirá. Y cuando lo haga, me aseguraré de que tus días aquí estén contados.

Respiré hondo, sintiendo la rabia burbujando dentro de mí, pero mantuve la calma.

—Nunca fuiste como una madre para ese niño. Nunca le diste amor, ni cariño, ni la atención que necesitaba.

—¿Cómo te atreves? No eres más que una pobre desesperada por una vida fácil...

Francesca rodó los ojos, pero no dijo nada más.

Unos minutos después, Massimo regresó con una expresión mucho más serena.

—Giovanni me dijo que se sentiría muy cómodo si Gabriela cuidara de él —se acercó y me envolvió en un fuerte abrazo—. Así que, Francesca, quiero que prepares a Gabriela.

Con un leve asentimiento y sin nada más que decir, la mujer salió de la sala.

Massimo tomó mi rostro entre sus manos y me miró profundamente a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Me acurruqué en sus brazos, sintiendo una oleada de determinación nacer dentro de mí.

—Es lo que más quiero. Te voy a demostrar que puedo cuidarlo.

—No lo dudo ni por un segundo.

Subimos juntos hasta su habitación y tomamos un baño relajante para quitarnos el estrés del día. Luego fuimos al cuarto para estar con Giovanni.

Capítulo 31

Gabriela Sierra

En los días que siguieron a la decisión de Massimo, mi principal objetivo fue desarrollar un vínculo más profundo con Giovanni. Sabía que no sería fácil ganarme por completo su confianza, pero estaba decidida a hacer todo lo que estuviera en mis manos para ayudarlo.

Al principio, me costó porque Francesca estaba encima como un buitre, y para mí era evidente que Giovanni era uno cuando ella estaba delante y otro cuando no lo estaba.

Pedí a doña Elena que mantuviera a Francesca ocupada con alguna tarea, y dejé a Rebeca alerta para impedir o al menos retrasar al máximo que la tía de Giovanni entrara en la habitación mientras yo conversaba con él.

Todo ocurrió el día en que *Biscotto*, el conejito de ganchillo, regresó tras la higienización. Después de hablar con la hermana Danka, comprendí que él era una pieza clave en todo este proceso.

—Ciao, Giovanni[33] —saludé, entrando en la habitación con una sonrisa suave—. ¿Cómo te sientes hoy?

El niño me miró con sus grandes ojos azules, aún un poco receloso, pero con un brillo de curiosidad. Saqué de la bolsa el conejito de ganchillo, que venía sellado al vacío.

—¡*Biscotto*!

Le entregué el conejo y dejé que lo admirara y se reconectara con él. Eso tomó su tiempo.

Y reforzó mi teoría cuando vi cómo lo apretaba con fuerza, como si fuera su escudo contra el mundo.

Abrí el traductor y me lancé al italiano.

A veces, eso hacía que la conversación fuera lenta, pero me sentía aliviada porque Giovanni nunca me juzgaba.

—Tendrá que ser higienizado dos veces por semana, ¿vale? Para asegurarnos de que está limpio para ti.

—Está bien —dijo, abrazando al conejo.

Me senté a su lado en la cama y acaricié su cabello lentamente mientras él examinaba los detalles del muñeco.

—¿Lo hiciste tú?

—Sí, fui yo. ¿Lo crees?

—Es tan bonito...

—Sí... *Biscotto* es tan brillante y animado... que a veces me pregunto...

Hablar de su amigo imaginario despertó la curiosidad de Giovanni, que me miró atento, absorbiendo cada palabra.

—¿Por qué *Biscotto* a veces parece tan callado? —me rasqué la barbilla con el dedo.

Giovanni bajó la mirada y reflexionó un momento.

—Es que él es tan inteligente, alegre y curioso. ¿Cómo puede, de repente, volverse robótico, rígido y preocupado?

—Tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Y qué le da miedo a *Biscotto*?

Giovanni encogió los hombros y tocó los ojitos del conejito.

—¿Será que alguien le hace daño?

Giovanni asintió muy levemente con la cabeza, pero enseguida negó.

—El día del parque, en Río de Janeiro, por ejemplo. ¿Te acuerdas de ese día?

—Sí.

—Yo estaba sentada, viendo a *Biscotto* correr por el césped, jugar con otros niños... y de repente, se volvió rígido, como un robot, preocupado. ¿Por qué sería?

—*Biscotto* tiene miedo.

—¿Y a qué le teme exactamente? —insistí.

Giovanni no dio más detalles en ese momento. Se tumbó y se quedó mirando el techo, mientras yo permanecía en silencio a su lado.

Quería que confiara en mí. Que me contara sus secretos, para poder ayudarlo.

—Yo también tengo miedos, ¿sabes?

Giovanni me miró, curioso.

—Sí. Los adultos también tienen miedos. Antes de conocerte, las chicas con las que vivía simplemente se fueron del piso donde vivíamos y se llevaron todo.

—¿Cómo así?

—Todos los muebles. Un día desperté y ya no había nada allí.

Giovanni abrió los ojos con asombro.

—Tuve tanto miedo de quedarme sola... y de ver cómo todo lo que había conseguido se desmoronaba. No tenía adónde volver, ¿entiendes? Si algo salía mal... estaba perdida...

—*Biscotto* tiene miedo de quedarse solo.

—Yo también —asentí con la cabeza.

—*Biscotto* cree que nadie lo quiere. Solo yo —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Solo yo lo quiero, solo yo creo en él.

—¡Se me ha ocurrido una idea! —exclamé con entusiasmo.

Giovanni me miró con interés.

—Yo creo en *Biscotto*. ¿Y si me quedo con él? Así, ni él ni yo estaríamos solos...

El niño esbozó una sonrisa y abrazó al conejito contra su rostro.

—Yo nunca lo voy a dejar solo.

—¿*Biscotto* es una carga?

—¿Una carga? ¿Sabes lo que significa esa palabra?

—Sí —Giovanni me lanzó una mirada que me hizo sentir que era todo menos un niño de siete años—. Una carga es algo difícil de llevar.

—Pero él es tan ligerito... y pequeñito... —señalé al conejito.

—*Biscotto* es una carga —repitió—. Es malo. Pero solo yo puedo cuidarlo.

—¿Por qué es malo, Giovanni?

—*Biscotto* mató a su mamá —dijo con los ojos llenos de lágrimas. Aunque la voz le temblaba y las lágrimas resbalaban por sus mejillas, no se derrumbó.

A diferencia de mí, que ya estaba al borde del llanto.

—Él es una carga, no trae alegría, siempre está enfermo. Demasiado pesado para cargar, y papá tiene que llevarlo por todo el mundo, porque *Biscotto* no tiene a nadie.

—¿Y quién te dijo eso, Giovanni? —pregunté tragando saliva.

—*Biscotto* lo escuchó.

—¿Y de quién lo oyó?

—*Biscotto* oyó que, allá donde va, deja tristeza. Y que un día todos se sentirán aliviados porque *Biscotto* ya no estará aquí.

La verdad es que no importaba quién le había dicho eso, no en ese momento.

Lo que importaba era que *Biscotto* necesitaba un abrazo. De esos que te aprietan tanto que casi te falta el aire, y te preguntas cuándo te van a soltar. Y cuando por fin te sueltan, te preguntas si puedes volver a ese abrazo, porque allí te sientes a salvo.

Giovanni no lloró, pero yo lloré por él.

En realidad, al principio parecía confuso, rígido, pero se fue acostumbrando al abrazo. Sus manitas tocaron mis brazos y me devolvió el gesto.

—Papá no quiere a *Biscotto*.

—Sí que lo quiere, Giovanni.

—No. Solo lo soporta, hasta que se vaya.

—No, Giovanni, tu padre ama a *Biscotto*.

—No le gusta la risa, ni los juegos, y menos cuando *Biscotto* da trabajo.

—Créeme, esa es la mejor parte de *Biscotto*.

—*Biscotto* tiene que fingir que no existe para no ser abandonado.

¿Quién diría que dentro de un ser tan pequeño podían habitar convicciones tan equivocadas? Y con cada palabra que salía de su

boca, que para él parecían normales, yo me sentía atacada personalmente.

Porque muchas de esas frases también las escuché de niña, por parte de las chicas mayores. Escuché que no tenía padres porque se habían cansado de mí. Que nunca tendría a nadie porque era demasiado problemática. Y que las monjas solo me aguantaban porque era un estorbo en el orfanato.

—*Biscotto* —mi voz salió débil mientras miraba al conejito—. Te han mentido toda la vida. Tu presencia trae alegría. Cuando la gente te ve, siente esperanza. Y no importa si te ensucias en el barro, si gritas muy fuerte o si eres travieso, el amor de quienes te quieren no va a disminuir por eso.

—Pero *Biscotto* es malo. Cuando nació, mató a su mamá.

—Escucha, *Biscotto* —apreté las manos de Giovanni mientras miraba al conejito de ganchillo entre sus brazos—. Yo no conocí a tu mamá. Pero estoy segura de que te amaba tanto, que habría dado su vida por ti.

—No... No es así...

—Tu mamá te deseó con todas sus fuerzas, *Biscotto*. Te esperó con tanta ilusión que, en el momento en que naciste, todo lo que ella había vivido cobró sentido. Y sí, por desgracia algo ocurrió y ahora ya no está, pero te aseguro, *Biscotto*, que dio su vida por ti.

—Mamá no está aquí por culpa de él.

—Sí que está aquí —llevé mi mano hasta su pecho—. Aquí dentro, justo aquí. Mamá está viva en cada célula, en la sangre que corre por tus venas, en los impulsos eléctricos de tu mente — acaricié su cabello.

—*Biscotto* está enfadado.

—¿Y por qué está enfadado?

—Porque no puede ver a su mamá.

—Cierra los ojos, *Biscotto*. Puede que no puedas verla, pero puedes sentirla. Sentir el sonido de su corazón cuando estabas dentro de su barriga... Escucha —apreté a Giovanni contra mi pecho.

Mi corazón latía tan fuerte que temí asustarlo, pero en realidad, se tranquilizó.

—*Biscotto* es inocente. No ha hecho nada. No puede vivir con culpa. La culpa es de los adultos que no supieron salvar a su madre. *Biscotto* es solo... un conejito.

Giovanni asintió con un leve movimiento de cabeza.

—*Biscotto* dice que a veces se siente solo cuando papá está trabajando.

—Lo entiendo —le acaricié el cabello—. Pero ¿sabes? *Biscotto* nunca está realmente solo. Siempre te tiene a ti. Y ahora también me tiene a mí.

—¿Prometes que te vas a quedar aquí? —levantó los ojos para mirarme.

—¿Crees que soy buena compañía?

—La mejor.

—Entonces te prometo que me quedaré —tomé su manita y sonreí—. Estaré aquí para siempre, para ti y para *Biscotto*. Así, ninguno de nosotros tendrá miedo de quedarse solo.

—*Biscotto* también va a quedarse contigo. Ah, ¡y yo! ¡Yo también!

—Entonces nunca más estaremos solos —lo abracé.

Como de costumbre, nuestros momentos de calma tarde o temprano eran interrumpidos por Francesca. Esta vez había tardado, pero finalmente entró en la habitación como un halcón.

—Giovanni, deberías estar descansando —dijo con un tono autoritario—. ¡Y aléjate de ella! Podrías coger un virus, una bacteria... ¡y morir!

El niño se tensó visiblemente. Soltó mis manos, pero abrazó con más fuerza a *Biscotto*, como buscando protección.

—Francesca, el doctor Rossi dijo que las actividades ligeras son buenas para Giovanni —respondí, intentando mantener la calma—. Hablar no le hace daño.

Ella puso los ojos en blanco y soltó un suspiro de desprecio.

Se acercó a la cama y me miró de arriba abajo.

—Aprende a hablar bien mi idioma antes de dirigirte a mí, maloliente.

La mujer empezó a rebuscar en la habitación, solo para fingir que hacía algo. Cuando se alejó de nosotros, Giovanni pareció ligeramente aliviado.

—*Biscotto* no la quiere —dijo en voz baja, como si temiera ser oído.

Y yo le acaricié la espalda, intentando calmarlo.

—Nadie en su sano juicio quiere a esa bruja, *Biscotto* —afirmé.

Capítulo 32

Gabriela Sierra

4 meses después.

Los meses pasaron como una montaña rusa de emociones.

La idea de cuidar de Giovanni no fue bien recibida al principio, especialmente por Francesca, que intentó por todos los medios seguir controlando al niño, pero también por otros miembros de la familia Zampieri, en especial la abuela de Massimo.

La ignoré todo lo que pude. No respondí a sus invitaciones para conocerla y, cuando venía a la mansión, encontraba siempre una manera de evitarla.

Durante esos meses, mi vínculo con Giovanni creció.

Usando a *Biscotto* como medio de comunicación, logré que se abriera más sobre sus sentimientos y miedos.

Descubrí que Giovanni era un niño sensible e inteligente, que solo necesitaba un entorno seguro y lleno de amor para florecer.

Y eso fue exactamente lo que ocurrió: se fue recuperando poco a poco. Al principio parecía imposible y el pronóstico médico no era favorable, pero yo creía en los milagros. Recé cada noche para que Dios lo ayudara, y en cuatro meses no quedaba ni rastro de que aquel niño había estado encamado.

Como pasábamos todos los días juntos, fue confiando cada vez más en mí, y nuestros momentos se volvieron invaluables.

Francesca, sin embargo, no dejó de intentar apartarme. Estaba encima de todo, convertía cada pequeño error mío en un

espectáculo de acusaciones, pero yo me mantuve firme y seguí haciendo mi trabajo.

Al final, se convirtió en una simple visitante de la casa de Massimo, y perdió toda su influencia sobre Giovanni y sobre el padre del niño. Justo cuando la abuela de Massimo empezó a mostrarse cada vez más amable e interesada en contactarme —sin éxito.

Hoy, sin embargo, era un día especial.

Seis meses atrás, los médicos habían dicho que Giovanni viviría solo ese tiempo, pero ahora el niño parecía más fuerte y saludable que nunca.

Sophia, la hermana de Massimo, decidió organizar una fiesta para su sobrino e invitó a toda la familia. Sentí que era el momento adecuado para presentarme oficialmente ante los Zampieri.

Estaba nerviosa, pero sabía que era una oportunidad para demostrar todo el amor y la dedicación que sentía por Massimo y Giovanni.

Mientras me preparaba, escogí cuidadosamente un vestido blanco elegante pero discreto. Quería causar una buena impresión sin parecer que lo estaba intentando demasiado.

Massimo entró en la habitación, vestido con un traje azul marino. Se acercó por detrás y acarició mi nuca.

—Estás preciosa —besó mi hombro.

—¿Y si no logro impresionarlos? —suspiré.

Él sonrió, me rodeó la cintura y me apretó con suavidad.

—Tú ya me has impresionado, y eso es lo que importa. No te preocupes, mi familia te va a adorar.

—¿De verdad?

—Sí. Verán lo mismo que yo veo en ti: una mujer fuerte, entregada y llena de amor.

Asentí, intentando absorber sus palabras de ánimo, como si pudiera convertirlas en realidad.

Al llegar a la mansión de Sophia, quedé impresionada con la grandiosidad del lugar. La fachada imponente, los jardines cuidados

con esmero, la decoración lujosa que hablaba de riqueza y tradición familiar.

Un mayordomo nos recibió y nos condujo hasta los jardines traseros, donde una enorme mesa de madera ocupaba el centro del lugar, con más de cincuenta sillas a su alrededor.

—Ah, entonces tú eres Gabriela —dijo su hermana en un portugués cargado de acento italiano—. ¡Por fin coincidieron nuestras agendas! ¡Qué alegría conocerte!

Me abrazó con fuerza y reposó la mano sobre su vientre de embarazada.

—Gracias por recibirnos.

—Bienvenida a una reunión de los Zampieri. No te asustes por el tono elevado de las voces, ni por la forma directa y tajante de algunos —sonrió, y fue a mimar a su sobrino y a su hermano.

Todos me miraban con cierta indiferencia.

Sonreí con amabilidad para saludarles y me quedé de pie, esperando a que Massimo decidiera dónde sentarnos.

—¡Bienvenidos! —exclamó la abuela de Massimo, acercándose. En su voz había una mezcla de calidez y tensión—. Por fin podremos conocer formalmente a la mujer que ha encantado a mi nieto.

Rebeca, que estaba con los otros empleados de la casa, se acercó para traducirme todo.

—Un placer, señora Zampieri.

—El placer es todo nuestro, querida. Estamos muy felices de que al fin hayas decidido conocer a la familia.

Aún no sabía interpretar si ese era realmente su carácter o si estaba siendo falsa conmigo.

Meses atrás, cuando nos vimos, dijo barbaridades sobre mí. Pero ahora parecía otra mujer, una persona completamente distinta.

—*Nonna* —Massimo la abrazó—. Familia —saludó al resto.

Me tomó de la mano y me condujo hasta una silla a su lado. Giovanni se sentó al otro lado, aferrando a *Biscotto* con fuerza.

Mientras los camareros servían zumos a los niños y cócteles a los adultos, no pude evitar notar que todos —desde los más jóvenes

hasta los mayores— miraban a la matriarca, como si esperaran su reacción para decidir si les gustaba o no.

—Entonces, Gabriela, ¿cómo ha sido tu experiencia cuidando de Giovanni? —la mujer sonrió, y eso pareció calmar a todos, incluso a mí.

—Ha sido una experiencia muy gratificante. Giovanni es un niño increíble, no da ningún trabajo, y su estado de salud ha mejorado muchísimo.

—Interesante... —murmuró, mirando a Rebeca con cierto desprecio. Parecía molestarle tener que tratar conmigo a través de una intérprete—. ¿Y cómo manejas la responsabilidad de cuidar a un niño tan frágil? No es algo que pueda hacer cualquiera.

—He pasado los últimos meses estudiando y preparándome para conocer todo sobre Giovanni. Estoy 100 % dedicada a él. Ahora ya es más fácil...

—¿Y has conseguido estudiar y prepararte sin saber hablar italiano?

—Giovanni me está enseñando un poco de italiano —sonreí.

—¿Un niño que nunca ha ido a la escuela te está enseñando? —arqueó una ceja y esbozó una sonrisa delgada—. Interesante.

—Nunca ha ido a la escuela, pero tiene tutores particulares. Estudia por las mañanas y tardes en casa, con horarios flexibles —expliqué.

—¿Y qué te preparó para esto en la vida? Tu antiguo trabajo era...?

—Creo que nada en la vida nos prepara para cuidar de un niño. Vamos aprendiendo junto a ellos. Lo importante es tener amor, entrega y ofrecerles un entorno seguro.

—Formidable —la mujer sonrió a toda la familia, lanzando una mirada significativa a Massimo—. Y tú, Francesca, ¿qué opinas sobre cómo se está desenvolviendo nuestra invitada?

Francesca, que estaba sentada al otro extremo de la mesa, lejos de nosotros, me dirigió una mirada de desprecio antes de responder:

—Bueno, creo que Gabriela aún tiene mucho que aprender sobre las necesidades de Giovanni. Pero, claro, sería un reto para cualquiera que no esté acostumbrado a este nivel de cuidado.

Massimo intervino, su voz firme:

—Gabriela está haciendo un trabajo excelente. Mi hijo está feliz y se está recuperando bien, gracias a sus cuidados.

—Y gracias al equipo médico que trabaja las veinticuatro horas en tu casa —apuntó Francesca.

La abuela de Massimo entrecerró los ojos, claramente insatisfecha con la respuesta de su nieto. Pero al final, sonrió y el ambiente tenso se disipó.

—La familia es lo más importante para todos nosotros, Gabriela —la mujer me tomó las manos—. Aunque seamos muchos y tengamos ideas diferentes, al final somos familia y debemos apoyarnos. ¿Verdad, Massimo?

—Sí, la familia es lo más importante para mí —respondió él.

—No exigiremos demasiado, pero ese valor es innegociable, Gabriela.

—Lo entiendo, señora Zampieri. Y estoy de acuerdo.

—Perfecto. Ya que estamos todos de acuerdo, ¡vamos a almorzar!

Aunque estábamos en la casa de Sophia, era la abuela de Massimo quien mandaba allí. Todos parecían preocupados por agradarla. Era como si ella fuera el sol del sistema solar y todos los demás girasen a su alrededor.

Con una sola mirada de reproche, lograba que una mujer embarazada dejara su copa de postre. Y con un simple gruñido, los niños dejaban de jugar y guardaban silencio.

Todos en la mesa hablaban alto y con entusiasmo, pero cuando ella abría la boca, todos callaban y la escuchaban.

Era evidente quién era la abeja reina de aquella colmena, y ninguno de los Zampieri parecía cuestionar su autoridad.

Me levanté para llevar a Giovanni al baño y me encontré con Sophia, que comía un postre a escondidas... en su propia casa.

—Todo está perfecto.

—¿Te parece? —sus ojos brillaron—. No conseguí flores rosas para los arreglos. Las blancas, *Nonna* dijo que no eran adecuadas, que esto no era un funeral, y odia las amarillas, así que solo encontré rosas rojas.

—Están preciosas —sonreí, intentando tranquilizarla—. Y la comida también... madre mía, me sentí de vuelta en el hotel. Incluso los empleados comían bien, ¿lo sabías?

—Lo sé. Yo soy la diseñadora de interiores del hotel. Diseñé la sala de descanso y el comedor del personal.

—¡Qué bien!

—Lamentablemente no tengo talento administrativo, así que lo que hago no es gran cosa —Sophia bajó la cabeza y volvió a comer compulsivamente.

Parpadeé despacio, procesando la información.

—¿De cuántos meses estás?

—Ocho. Pronto cumplo nueve.

—¡Tienes una barriga preciosa! ¡Y estás radiante! —Le extendí la mano hacia el vientre.

Sophia parecía una escultura, una diosa. Pero sus hombros estaban caídos y su postura encogida, como si quisiera esconderse.

—Hasta los seis meses mi barriga era pequeña, apenas se notaba. Pero cuando creció, fue de golpe... y... bueno, no le digas a nadie que me viste comiendo, por favor.

—Estás en tu casa, Sophia —intenté calmarla.

—No quiero que anden diciendo que como demasiado, nada más —terminó su segunda copa y la dejó en el fregadero.

Giovanni salió del baño y lo observé lavarse las manos. Le di a *Biscotto* y lo seguí con la mirada mientras volvía al almuerzo.

—Todos adoran a tu abuela, ¿verdad? —observé la mesa familiar.

Todas las miradas parecían girar siempre hacia ella.

—Massimo es el jefe de los negocios de la familia, pero *Nonna* es la familia. Ella es la cabeza —explicó Sophia—. Si quieres que todos te acepten, tienes que agradarle a ella.

—Ajá...

—Pero tengo que confesar que estoy sorprendida.

—¿Sorprendida? —crucé los brazos.

—No tuvo una buena primera impresión de ti. Y el hecho de que la hayas estado ignorando durante meses solo la enfadó más...

—Es que... estaba ocupada cuidando de Giovanni.

—Lo sé. Pero pensé que iba a destrozarte. De algún modo, pusiste en duda su autoridad... aunque sin querer.

—¿Debería disculparme?

—No. Se está comportando bien. Parece que aprendió de errores pasados.

—¿Qué errores pasados?

Me acerqué a Sophia, curiosa. Casi susurrábamos y vigilábamos a nuestro alrededor, para que nadie nos oyera.

—La única persona que alguna vez se atrevió a cuestionarla y no trató de agradarla fue mi madre.

Asentí al instante y recordé lo que decían las monjas: la abuela de Massimo odiaba a Clara. Entonces lo entendí todo.

—Ya veo.

—Debe estar usando otra estrategia. Mejor para ti —me guiñó un ojo—. ¿Puedes entretener a Marco, que está viniendo por el pasillo, mientras me como otra copa de tiramisú?

—Por supuesto. Adelante.

Dejé a Sophia devorando su postre en la cocina y fui al pasillo para detener a uno de los parientes. Le hice preguntas en portugués, él respondió en italiano, yo improvisé palabras sueltas en su idioma, lo que lo dejó aún más confundido.

Minutos después, despejé el camino y volví a la mesa.

—¿Estás bien? —Massimo acarició mi espalda.

—Estoy genial. Sophia tiene una casa preciosa.

—No es muy buena decoradora —intervino la abuela de Massimo.

Las personas alrededor, incluido el marido de Sophia, rápidamente estuvieron de acuerdo con ella.

—Le permitimos decorar el 6 Continentes para que tuviera un propósito, pero lo arruinó todo —lamentó la señora Zampieri—. Es

una pena que no tenga talento administrativo y un gusto aún peor para la decoración...

Ver que incluso su esposo y sus hijos asentían encendió una alarma en mí, además de provocarme un nudo en el estómago.

—En su momento de ser útil para la familia, lo estropeó todo... —siguió la mujer.

—Creo que necesito ir al baño —me levanté, con una sonrisa débil.

—¿Estás bien? —Massimo se puso de pie.

—Sí, no te preocupes. Quédate, ya vuelvo.

Capítulo 33

Gabriela Sierra

Salí de la mesa sintiendo el peso de cada mirada y cada palabra de la abuela de Massimo sobre mí.

La mansión de Sophia era magnífica, la reunión familiar parecía alegre y el ambiente, de hecho, era agradable, pero yo me sentía pequeña y fuera de lugar.

Ellos eran una familia, sí, pero estaban lejos de ser la familia que yo había idealizado para mí. Y eso me preocupaba, porque no quería tener que encajar a la fuerza ni hacerme pequeña para caber en el concepto de familia de la abuela de Massimo.

Decidí dar un paseo por el jardín para respirar y ordenar mis pensamientos.

Mientras caminaba por los senderos cuidados al detalle, intenté absorber la belleza del lugar y alejar las inseguridades que me atormentaban. Las flores coloridas, el perfume suave de las rosas y el sonido lejano del agua de la fuente ayudaban a calmar mi mente, pero la tensión de la mesa seguía pesando sobre mis hombros.

Me senté en un banco de piedra bajo un árbol frondoso y cerré los ojos, respirando hondo varias veces.

Cuando parte de mí se tranquilizó, llamé a Bianca.

—Hola, preciosa.

—Hola. Te echo de menos, Bia.

—¡Lo dirás tú! ¡Me prometiste llamar todos los días! Pero lo entiendo, desde que Giovanni enfermó, has estado volcada en cuidarlo...

—Sí —me masajeé las sienes.

—¿Qué pasa?

—No sé... creo que quiero volver a casa.

—¿Ha pasado algo? ¿Massimo te está tratando bien?

—Es todo un caballero italiano. Me trata mucho más que bien...

—Excepto cuando te trata como a una chica mala, ¿no? —bromeó.

Eso alivió parte de mi tensión, disipó algo del estrés y la rabia, y me hizo pensar con más claridad sobre cómo me sentía.

—Echo de menos casa. El orfanato... las niñas, las hermanas.

—¡El orfanato ha quedado precioso! La reforma transformó el lugar —me contó con entusiasmo—. Pero, ¿por qué crees que te sientes así?

—No lo sé. Creo que cuanto más cerca estoy de lo que quiero, más siento que me estoy perdiendo. ¿Sabes? Mi esencia.

—¿Tu esencia?

—Massimo tiene una familia hermosa, unida, feliz. Todo lo que siempre soñé. Pero... creo que el precio para entrar es demasiado alto.

—Entiendo. ¿Hay una bruja?

—Puede ser —miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me escuchaba—. O tal vez solo estoy agotada... Llevo noches sin dormir bien.

—Hum.

—Me duelen los pies, tengo unos cólicos horribles... un maldito mareo que a veces no me deja comer, y luego me como todo lo que encuentro.

—¿Has ido al médico, Gabriela?

—En esa casa lo que sobran son médicos —suspiré—. Y sinceramente, no sé si me fío de ellos.

—Ya... Bueno, aprovecha el almuerzo y luego vete a dormir. Necesitas descansar. Pídele a tu hombre que te cuide.

—Vale. Gracias. Solo hablar contigo ya me quitó un peso de encima.

—No tienes que agradecer, mi amor. ¡Disfruta!

Después de esa llamada, me sentí reconectada.

Tenía que ser fuerte y mantenerme firme, sobre todo delante de la familia de Massimo. Él y su hijo me necesitaban, y yo estaba decidida a no fallarles.

Después de unos minutos, sentí que había recuperado la energía y regresé al almuerzo.

Al acercarme a la mesa, noté que la abuela de Massimo volvía a estar en el centro de atención, como siempre. Parecía estar contando una historia familiar y todos reían y aplaudían con cada frase entusiasta que decía.

Massimo me miró con preocupación y señaló el asiento a su lado para que me sentara.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja, posando su mano en mi muslo.

—Sí, estoy genial, solo necesitaba un poco de aire fresco —sonreí, intentando tranquilizarlo.

Sin embargo, la abuela de Massimo no perdió la oportunidad de incluirme en la conversación con un comentario que parecía inocente, pero que venía cargado de juicio.

—Estábamos contando las tonterías que hemos hecho los unos por los otros... —dijo, y Rebeca me lo tradujo enseguida—. ¿Tienes algo que compartir, querida?

—¿Yo? —puse la mano sobre el pecho—. No... yo, no.

—¿Qué tal la historia de ese conejo de ganchillo espantoso que le hiciste a Giovanni? —preguntó Francesca con tono venenoso.

Algunos primos de Massimo rieron. La abuela me observaba atenta.

Sonreí a ambas, intentando no mostrar mi incomodidad.

—Ah, ¿*Biscotto*? El amigo imaginario de Giovanni. Él mismo lo dibujó, y yo lo tejí en ganchillo. Le encanta el conejito. Le ayudó mucho durante su recuperación —expliqué.

—Un tanto... rudimentario —la señora Zampieri forzó algo parecido a una sonrisa y mantuvo la vista fija en el objeto que tenía

su bisnieto entre las manos—. ¿No habría sido mejor encargarlo a una profesional? Para que quedara más... ¿cómo decirlo?

—¿Bonito? —se burló Francesca.

Respiré hondo antes de responder:

—Fue un regalo mío para él. Sé lo importante que es *Biscotto* para Giovanni, así que quise ser fiel a lo que él sintió al dibujarlo y hacer algo con mis propias manos.

—Hum... —murmuró, lanzándome una mirada de reojo—. ¿No crees que es un poco infantil?

—Pero... Giovanni es un niño —respondí con amabilidad.

No importaba lo dulces que sonaran mis palabras. Por las miradas, entendí que simplemente responderle a la matriarca ya era, en sí, una falta de respeto.

—Sí, un niño, pero está creciendo. Necesita estímulos más apropiados para su edad —concluyó la mujer, recibiendo la aprobación silenciosa de los que la rodeaban.

—Pero los niños también necesitan cariño y consuelo —respondí, y vi cómo se le borraba el color del rostro—. *Biscotto* ha sido una gran fuente de alegría para Giovanni.

—Yo amo a *Biscotto* —declaró el niño, sin que tuviera que pedírselo.

—Sí, claro —dijo ella, aunque había condescendencia en su tono —. Pero infantilizar a los niños puede ser peligroso. Y más aún Giovanni, que es un niño. Debe aprender desde pronto cuál es su lugar, enfrentarse a la realidad. La vida no siempre es dulce y tierna como un conejito de... ¿de qué demonios es eso?

—Ganchillo.

Tragué saliva, sintiendo cómo la tensión aumentaba.

Antes de que pudiera decir nada más, Massimo apretó mi muslo.

—*Nonna*, lo que importa es cómo se siente Giovanni. Y el conejo fue un regalo de Gabriela, hecho por ella. Los regalos no se juzgan, ¿verdad? Vienen del corazón.

La matriarca lanzó una mirada de reproche a Massimo, aunque mantuvo la sonrisa en el rostro.

—Sí, claro. Pero tenemos que pensar en el futuro de tu hijo, no solo en el presente —dijo mientras comenzaba a cortar el salmón en su plato, aunque no lo probó.

Y todas las demás mujeres la imitaron.

La conversación se volvió más ligera, pero cada vez que tenía ocasión, la abuela de Massimo me miraba y sonreía con esa expresión petrificada. No se le daba muy bien eso de sonreír; de hecho, resultaba casi inquietante.

Mantuve la calma e intenté comer lo mínimo posible, a pesar de tener hambre. Daba la impresión de que la comida era decorativa: las mujeres bebían más de lo que comían.

Cuando estaba a punto de levantarme para ir a la cocina y comer algo a escondidas, la abuela de Massimo se dirigió a él.

—He oído que has tenido noticias sobre el paradero de tu padre.

—Sí, *Nonna* —respondió Santo, que estaba sentado junto a Massimo—. Mis hombres finalmente lograron encontrarlo.

—Vaya, solo les llevó seis meses —dijo la mujer, frotándose las manos—. ¿Y dónde está?

—En Australia —respondió Massimo.

—¿Australia? —la mujer frunció la nariz—. ¿Se ha vuelto loco?

—Necesitaba un tiempo solo para él —dijo Santo en tono conciliador.

—Bueno, al menos así pondremos fin a ese asunto... el del hotel en Río de Janeiro, que había que vender —se limpió los labios con la servilleta que antes reposaba sobre su regazo—. Al fin y al cabo, aceptará vender la cadena hotelera en Brasil.

—Ya veremos —respondió Massimo con buen humor.

—¿Tendré que enviar a alguien de confianza para recordarle su compromiso con esta familia? —preguntó la mujer, dando una palmadita en el muslo.

—*Nonna*... déjame hablar con él.

—¿Y piensas llevar contigo a Gabriela y Giovanni? —preguntó, mirándome como si quisiera involucrarme en un problema que no me correspondía.

Massimo dudó un instante, mirándome antes de responder:

—Sí, pensé en llevarlos. Quiero pasar todo el tiempo posible con ellos, incluso en viajes de negocios...

—¿Pero...?

La abuela alzó una ceja, desaprobando claramente la idea.

—El Dr. Rossi aún no ha autorizado a Giovanni para viajar —concluyó.

—Hum. Entonces tendrás más tiempo para disfrutar de tu... luna de... quiero decir, más momentos provechosos con Gabriela —la mujer asintió con una sonrisa.

—Preferí quedarme —respondí—. Amo a Massimo, quiero pasar todo el tiempo con él, pero los dos estamos de acuerdo en que Giovanni es nuestra prioridad.

La matriarca Zampieri tenía una forma extraña de sonreír: sus ojos se mantenían fríos, sin el más mínimo brillo.

—Una decisión sabia. Así no ponéis a mi bisnieto en un riesgo innecesario y tú tendrás más tiempo para... ¿cómo se dice...?

—Infantilizarlo —completó Francesca desde el otro lado de la mesa.

—Quizá sería útil que acompañaras a Massimo, Francesca —sugirió la mujer—. Siempre has viajado con él y cuidado de sus necesidades.

Massimo apretó mi mano bajo la mesa, un gesto de apoyo que me dio fuerzas para continuar.

—No será necesario, sabré arreglármelas solo.

La abuela de Massimo suspiró, como si finalmente cediera.

—Parece que lo tienes todo resuelto, entonces. Gabriela podría aprovechar para venir a otras reuniones familiares mientras Massimo esté fuera —bebió un sorbo y tardó en retomar la conversación—. Al fin y al cabo, ya pasaron demasiado tiempo alejados de la familia mientras Giovanni se recuperaba. Es hora de reconectarse.

—Me parece una excelente idea, señora Zampieri —agradecí.

El resto del almuerzo fue una mezcla de conversaciones educadas y una tensión latente. Me mantuve firme, pero cada comentario de

la abuela de Massimo me dejaba más alerta.

Al final, me quedé preguntándome si estaba siendo paranoica o si la mujer realmente se volvía más flexible a cada charla.

Después del almuerzo, mientras todos se dispersaban por el jardín, Massimo y yo nos alejamos hacia un rincón más tranquilo. Me atrajo hacia un abrazo apretado y besó mi frente.

—Has estado increíble —susurró.

—Fui un completo desastre —admití, sintiendo cómo se acumulaba el cansancio emocional—. Debería haberme callado...

—No. Lo hiciste bien. Fuiste tú misma, y eso lo admiro —besó mi hombro—. Te has ganado una recompensa.

—¿Sí? —Lo abracé con más fuerza, agradecida por su apoyo—. ¿Pero estás seguro de que les he gustado?

—Te invitó a otra reunión familiar. Créeme, conozco a mi abuela. Haría cualquier cosa... menos invitarte a otro almuerzo.

—Ojalá tengas razón —cerré los ojos.

—Vamos a disfrutar lo que queda del día y relajarnos un poco. Dejamos a Giovanni en casa, tomamos un baño relajante y escapamos a algún lugar romántico.

—¿Y tu trabajo?

—Volveremos por la mañana temprano. Nadie se dará cuenta de que desaparecimos —rió al decir «desaparecimos».

—Vale, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero que Santo se quede cuidando de Giovanni y no deje que nadie se le acerque.

—¿Santo?

—Sí. Él es el encargado de la seguridad de la familia, ¿no? Confío en él.

—Ok... lo que tú digas, *donna mia* —besó el dorso de mi mano y me rodeó con los brazos, abrazándome de nuevo con fuerza.

Mientras caminábamos por el jardín, vi a Francesca hablando con algunos familiares, lanzando miradas furtivas en nuestra dirección.

La abuela de Massimo también nos observaba desde lejos, con una sonrisa cuidadosamente calculada.

Giovanni corrió hacia nosotros con *Biscotto* en brazos y se agarró a la pierna de Massimo.

—Papá, estoy cansado. ¿Podemos irnos?

—Claro, príncipe. Vamos ahora mismo. Solo tengo que hablar con tu tío Santo. Quédate con Gabriela, ¿vale?

—Vale.

Le hice un largo mimo en el cabello y sonreí cuando levantó la cabeza.

—¿Cómo crees que lo hice, *Biscotto*? ¿Estuve bien?

—*Biscotto* cree que fuiste valiente —Giovanni frunció los labios.

Me agaché con dificultad y toqué la punta de su nariz con el dedo.

—La hermana Danka me decía que solo sabemos si de verdad somos valientes cuando sentimos miedo. Eso sentí hoy, así que no tuve opción más que descubrirlo.

—*Biscotto* cree que sí lo eres.

—Menos mal.

Massimo regresó con su hermano y desde allí volvimos a la mansión. Nos dimos un baño largo, nos reímos de los acontecimientos de la tarde y luego Massimo nos llevó a un lugar especial.

Capítulo 34

Gabriela Sierra

Cuando Massimo dijo que me llevaría a un lugar especial, no imaginé que sería a su bodega de vinos privada, ni que escogería uno de los más raros, según él, para que lo probara en un jardín de invierno que parecía sacado de un cuento de hadas.

Era amplio, con paredes y techo de cristal que permitían ver el cielo estrellado y los árboles y flores que rodeaban el lugar. Una mesa repleta de quesos y frutas nos esperaba para acompañar la bebida.

Aunque todo era hermoso y cautivador, toda mi atención estaba puesta en Massimo y en su empeño por regalarme momentos especiales. Ni la mejor bebida, comida o lugar se comparaba con simplemente estar en su compañía, porque era imposible ignorar lo mucho que parecía disfrutar agradándome.

No sabía si, a estas alturas, debía tener cuidado para no salir lastimada con él, pero incluso si lo tuviera, dudaba que fuera capaz. Mi necesidad y deseo de estar con ese hombre superaban cualquier atisbo de prudencia.

—Este lugar es realmente precioso —dije mientras tomaba un sorbo de vino de mi copa, bebiendo despacio porque no estaba acostumbrada a ese tipo de bebida.

Sentía mi rostro algo más caliente, pero nada alarmante: mis pensamientos no estaban confusos, solo saboreaba el vino y la felicidad de compartir un momento tan especial con Massimo.

—Pero no se compara a tu belleza, *donna mia* —respondió él, deteniéndose detrás de mí y dejándome completamente estremecida, tanto por sus palabras como por su presencia imponente, que sabía muy bien cómo afectarme.

Respiré hondo al apoyarme contra su pecho firme, admirando el lugar pero totalmente consciente de su mano grande y segura posada sobre mi vientre. Su pulgar acariciaba suavemente mi vestido—no sabía si era intencional, pero contribuía al calor que recorría mi cuerpo. Y, sin duda, ninguna bebida del mundo podría calentarme como lo hacía Massimo con solo respirar cerca de mí.

Me estremecí inesperadamente cuando él inclinó la cabeza para rozar su nariz contra mi cuello, inhalando mi aroma y atrayéndome con más fuerza contra su cuerpo, como si quisiera moldearme a su antojo. Y lo logró a la perfección.

Hasta pensé si valdría la pena resistir un poco más, quizá para disfrutar del ambiente, pero cuando Massimo me giró hacia él para mirarnos frente a frente, supe que nada en el mundo podría distraerme de ese hombre. La intensidad de su mirada me dejó lista para entregarme por completo.

No intenté articular palabra cuando me quitó la copa y la dejó sobre la mesa junto a la suya. Aliviada, sentí su boca cubrir la mía en un beso ansioso y decidido, como si hubiera estado deseando hacerlo.

Massimo dominó mi lengua mientras sus manos recorrían mi cuerpo con posesividad, despertando en mí un deseo visceral de ser suya de inmediato.

Nunca en mi vida imaginé sentir algo así; ni siquiera sabía que existía un placer tan intenso. Pero siempre le estaría agradecida a Massimo por mostrarme ese mundo delicioso, al mismo tiempo que lo culparía por haberme vuelto adicta a ese deseo.

—No puedo mantener mis manos lejos de ti —confesó entre besos, sujetándome con firmeza por los muslos y alzándome en su regazo—. Necesito tenerte todo el tiempo, Gabriela.

Sabía que Massimo hablaba en serio, pero al mismo tiempo, no estaba segura de si era plenamente consciente de sus palabras. Parecía tan absorto en llevarme hacia uno de los amplios sofás del jardín—más parecido a una cama—que me pregunté si solo estaba verbalizando sus pensamientos.

Pero no me preocupé por responder. Al ser tumbada en el sofá, me sentí más que lista para recibir su cuerpo sobre el mío, suspirando de satisfacción al notar su peso. Su boca alternaba entre mis labios y mi cuello, como si no pudiera decidir qué parte devorar primero, mientras su mano izquierda ascendía por mi muslo sin pudor.

Finalmente, supo lo que quería cuando mi escote captó su atención: tomó mis pechos sin dudarlo.

Mordí mi labio, intentando en vano contener un gemido, mientras el placer ardía en mí. Massimo se apartó solo para despojarme del vestido y volvió a mis pechos, satisfecho al verme sin sujetador—el vestido tenía almohadillas.

Quería expresar con palabras lo que me hacía sentir, cómo su tacto me volvía loca, pero solo era capaz de gemir su nombre, rogando por más, deseando entregarme por completo.

No sé si el deseo nos conectó mentalmente o si lo dije en voz alta sin darme cuenta, como él antes, pero Massimo no solo entendió mi anhelo, sino que lo cumplió, sabiendo mejor que yo lo que necesitaba—y, lo más importante, dispuesto a dárselo todo.

Lo comprobé cuando su boca descendió por mi cuerpo hasta mi coño, esta vez sin la delicadeza de antes, rompiendo mis bragas para acceder de una vez por todas a lo que tanto ansiaba.

Su ágil lengua encontró directamente mis puntos más sensibles, y mis piernas se abrieron para él en una petición silenciosa de más, rogando que no dejara de hacerme derretir de placer.

Estaba segura de que eso era exactamente lo que me pasaría cuando comenzó a chupar mi clítoris con maestría, volviéndome tan loca que me sorprendí moviéndome sin pudor sobre su boca, agarrando su nuca para animarlo a continuar, mientras mis gemidos

resonaban por todo el jardín de invierno. Pero todo se volvió aún más intenso cuando, sin previo aviso, Massimo deslizó su boca por todo mi coño hasta llegar a mi culo, haciendo que mis ojos se abrieran de par en par al sentir el primer contacto de su lengua en una zona tan delicada.

El placer de ese nuevo estímulo me dejó aturdida y desesperada por más, sin importarme las consecuencias.

Quería sentirlo de todas las formas posibles, ser suya por completo, sin miedo, entregada y ansiosa por pertenecerle. Y era precisamente esa emoción de pertenencia la que me dominaba cada vez que su lengua penetraba más profundamente, una sensación que se intensificó cuando su pulgar comenzó a masajear mi clítoris.

Tuve la fugaz impresión de que quizá no sobreviviría a tanto placer, pero estaba dispuesta a morir si eso significaba seguir sintiéndolo.

—*Donna mia*… qué deliciosa estás —susurró él al separar su boca de mí, mirándome con un hambre que me erizó la piel—. Podría comerte todo el tiempo.

Sus palabras obscenas solo lograron excitarme más, dejándome aún más húmeda. Me limité a observar, completamente entregada, cuando introdujo un dedo en mi coño para empaparlo de mis fluidos antes de llevarlo a mi culo, abriéndome con paciencia.

—Si no te gusta, solo dime y paro —me advirtió Massimo, demostrando una vez más su preocupación.

Pero jamás le pediría que se detuviera. No cuando la sensación de su dedo abriéndose paso dentro de mí me volvía loca, y más aún cuando usó su pulgar para penetrar mi coño al mismo tiempo.

Me estimulaba de tantas maneras que solo podía gemir por él, moviéndome contra sus dedos sin saber si quería más o si debía parar para asegurarme de aguantar.

Massimo sabía exactamente lo que me hacía, y se enorgullecía de ello.

Un segundo dedo se unió en ese espacio apenas explorado, y probablemente no me corrí porque él redujo el ritmo, demostrando

una vez más su atención a mis reacciones.

—No seguiré torturándote —dijo al retirar sus dedos, sonriendo mientras sacaba un condón del bolsillo de su pantalón.

Por un instante, deseé que se quitara toda la ropa de una vez, pero habría sido hipócrita negar lo excitante que era verme completamente desnuda frente a él, impecablemente vestido.

Sin embargo, tuve el privilegio de presenciar cómo Massimo se despojaba de sus prendas, una a una, hasta quedar tan desnudo como yo, arrojando su ropa y zapatos junto a lo que quedaba de mi vestido, mis bragas destrozadas y mis sandalias.

Sin apartar sus ojos de mí, Massimo abrió el envoltorio del condón y lo deslizó lentamente por su erección, devorándome con la mirada antes de reclamar mi cuerpo.

Y me sentí aliviada cuando su glande rozó mi entrada, aunque no estaba segura de poder soportar todo su tamaño, considerando que hasta entonces solo había tenido su lengua y dos dedos. Pero lo animé con un movimiento de caderas, dispuesta a experimentar esa novedad hasta el final.

Massimo fue cuidadoso al penetrarme, avanzando despacio y concentrándose en mi clítoris para distraerme del ardor y el leve dolor que provocaba esa invasión, algo inevitable, supuse.

Aun así, no era insoportable. De hecho, había algo placentero en esa molestia, acentuada por la estimulación que Massimo seguía provocando en mi coño, decidido a darme placer.

Y dar placer parecía serle natural, porque, antes de darme cuenta, me movía sobre su polla, aliviada de tenerla por fin dentro de mí, llegando incluso a gemir un *"gracias"* cuando comenzó a moverse.

La sensación era tan buena como cuando penetraba mi coño, pero acompañada de una angustia que me hacía dudar de mi resistencia. Era adictivo y, al mismo tiempo, abrumador, confundiéndome entre tantas sensiones, dejándome sin opción más que entregarme y sucumbir al orgasmo que se avecinaba.

Y no tardó en llegar, en parte por los estímulos exquisitos y en parte por el placer mental de saber que me estaba entregando por completo a Massimo, sin reservas.

Era suya. No había duda, y enfrentar esa realidad era tan gratificante que el orgasmo me arrasó, contrayéndome alrededor de su polla, completamente fuera de mí.

Aún perdida en las sensaciones que recorrían mi piel, vi cómo Massimo se retiraba para quitarse el condón y hundirse de nuevo en mi coño, embistiendo con fuerza hasta correrse dentro de mí, regalándome, además de su semen, el peso de su cuerpo sobre el mío, su rostro enterrado en mi cuello.

Si pudiera detener el tiempo, lo haría en ese instante, viviendo la deliciosa sensación de ser uno solo. Pero como era imposible, me limité a disfrutar de esa intimidad, sintiéndome verdaderamente completa.

Capítulo 35

Gabriela Sierra

Los días previos al viaje de Massimo a Australia fueron angustiantes. Intenté disfrutar de su compañía, pero la simple idea de separarnos, más aún con Giovanni en proceso de recuperación, me ponía nerviosa.

Deseaba con todo mi corazón ir con él, pero el pequeño aún no tenía permiso para viajar y, además, yo también estaba sintiendo unos mareos extraños.

La mañana de su partida, me levanté temprano y preparé un desayuno especial. Coloqué una bandeja con frutas, panecillos y zumo, y la llevé al dormitorio.

Massimo estaba sentado al borde de la cama, pensativo, mientras terminaba de abotonarse la camisa.

—Mira lo que te he traído —sonreí, intentando ocultar mi preocupación.

Él me miró con calidez.

—¿Qué he hecho para merecer todo esto? —acarició mi rostro cuando me acerqué—. Tiene una pinta deliciosa.

—Pruébalo.

Massimo parecía confundido, acostumbrado a una gran plantilla de empleados, desde cocineros hasta los encargados de servir las bandejas.

—Solo quería hacer algo especial antes de que te fueras —dejé la bandeja en la mesita junto a la cama y me senté en su regazo—. También preparé unas galletas, el personal de cocina las va a empaquetar en cuanto se enfríen.

—No tenías que molestarte con todo esto...

—Me encanta cocinar. Y solo quería hacer algo especial para ti.

—¿Sabes qué es realmente especial? —entrelazó sus dedos con los míos—. Tenerte en mi vida. Eso es más que suficiente.

—Voy a echarte de menos —lo abracé y acaricié su espalda con las uñas.

—Yo también. A ti y a Giovanni.

—Voy a cuidar bien de él, ¿vale?

—No tengo ninguna duda, mi amor.

Unos minutos después, Giovanni entró en la habitación con *Biscotto* en brazos. Se acercó con esa ternura suya, con los ojitos brillantes. Después de nuestras charlas y de mi insistencia para que se abriera más con su padre, había empezado a ser más transparente con sus emociones.

—¿Papá, tienes que irte de verdad? —preguntó con una expresión triste.

Massimo se agachó hasta quedar a su altura y lo abrazó con fuerza.

—Tengo que irme, príncipe. Pero volveré pronto, te lo prometo. Mientras tanto, cuida de Gabriela, ¿vale?

—Vale —asintió, colocando el conejito entre los dos para que también formara parte del abrazo.

Massimo tomó a su hijo en brazos y lo sentó a la mesa, frente a la terraza del dormitorio. Luego se sentó frente a él y me llamó para desayunar con ellos.

Tuvimos nuestra última comida juntos como familia.

—Cuidaos mucho el uno al otro. ¡Y llamadme si necesitáis algo!

—Te llamaré todos los días —sonreí, intentando disimular la nostalgia que ya me invadía.

Después de un último beso, Massimo se despidió y salió con su maleta, dejando un vacío inmediato en la casa.



Los primeros días tras la partida de Massimo fueron desafiantes.

De repente, el personal de la mansión empezó a tratarme de forma diferente, ignorándome o comportándose como si yo fuera una intrusa allí dentro. Ni Rebeca ni doña Elena supieron explicarme qué estaba ocurriendo.

Aun así, mantuve la rutina de cuidados con Giovanni, que parecía mejorar día a día.

Sin embargo, un incidente reciente me dejó profundamente inquieta.

Con la mejora de Giovanni, la habitación médica fue desmantelada y el equipo médico se marchó.

Francesca se encargó de administrarle la medicación, alegando que siempre lo había hecho desde que era un bebé. Y fue justo en ese momento, tras haberle dado los medicamentos, que Giovanni empezó a mostrar signos de empeoramiento.

Se puso pálido, le costaba respirar, estaba somnoliento, rígido... y parecía mucho más débil de lo habitual.

La gobernanta y mi traductora dijeron que el niño siempre había sido así, pero una luz de alarma se encendió en mi cabeza: después de tantos meses con Giovanni, y al notar que los peores episodios de su enfermedad coincidían con los momentos en que Francesca le daba la medicación, me resultaba imposible seguir ignorándolo.

Busqué al miembro más cercano de la familia: Santo. Como el hombre aparecía al menos dos veces al día para revisar cómo actuaba su equipo de seguridad, lo encontré temprano por la mañana.

Puso mala cara al verme acercarme, y se mostró aún más desconcertado cuando le hablé.

—Santo, ¿puedo robarte un minuto?

—Claro —se enredó un poco con el portugués, pero se esforzó por hablar conmigo—. ¿Pasó algo? ¿Cómo está Giovanni?

—Justamente de eso quiero hablar contigo —lo llevé a un rincón apartado de la casa y me senté—. Giovanni estaba mejorando, ¿verdad?

—Sí. Nunca lo había visto con tanta energía y vitalidad. Estaba corriendo por el bosque anteayer —se pasó la mano por la barba.

—Anoche tuvo una recaída muy fuerte, ni siquiera pudo levantarse de la cama.

—¿De verdad? ¿Y qué pasó de diferente?

—Francesca —apreté los labios al pronunciar su maldito nombre.

—¿Francesca?

—Santo, tú siempre has viajado con Massimo y Giovanni, ¿no es cierto? —pregunté, con el corazón en la garganta.

Cada una de sus respuestas parecía confirmar mis sospechas.

—Sí. Solo no fui esta vez porque él quería privacidad para convencer a nuestro padre de que no vendiera la cadena hotelera en Brasil...

—Y en todos esos viajes, ¿era Francesca quien le administraba los medicamentos al niño?

—Sí.

Frunció el ceño, como preguntando en silencio: ¿Adónde quieres llegar?

—Anoche ella le dio la medicación, y él empeoró de inmediato. Estoy preocupada, Santo.

El hombre se tensó visiblemente, claramente afectado.

—¿Pero hizo algo diferente?

—No lo sé. La observé, pero... no sé decir si le dio una dosis mayor...

—Hum...

—¿No te parece extraño que siempre que es ella quien le da la medicación, Giovanni empeore drásticamente? Como aquella vez que volvimos de Brasil... o cuando Massimo y yo fuimos a París... y ahora, otra vez, cuando Massimo se fue...

Santo se quedó en silencio unos segundos, reflexionando.

—Sí. Dicho así, suena bastante raro.

—No quiero acusarla de nada. Solo quiero lo mejor para el niño.

—Por supuesto.

—¿Y si lo llevamos a otro médico?

Por su expresión, quedaba claro que Santo no se esperaba esa propuesta ni por asomo.

—¿Otro médico?

—Sí, una segunda opinión sobre el estado de Giovanni.

—Su médico es uno de los mejores del país, lo atiende desde que nació —reflexionó.

—¿El mismo médico que dijo que Giovanni no viviría más allá del primer año y que fue retrasando su «fecha de muerte» una y otra vez? —reí de los nervios—. Tal vez haya algún tratamiento más moderno. Menos agresivo...

—Entiendo lo que quieres decir. Y creo que es una preocupación válida, pero... algunas enfermedades generan desgaste con el tratamiento, como la quimioterapia, la hemodiálisis o incluso los medicamentos que le aplican a Giovanni.

—Lo sé. Pero, ¿y si existiera otra opción? Otro enfoque, otros medicamentos, algo que no lo dejara así. ¿Crees que es pedir demasiado querer una segunda opinión? —parpadeé varias veces, tratando de no parecer una loca, aunque por dentro estaba acelerada y angustiada.

—¿Hay algo que quieras contarme?

El hombre miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie nos escuchaba.

—No...

Me mordí la lengua.

—No lo sé.

—Dímelo —ordenó con firmeza—. Yo me encargo de la seguridad de esta familia. Necesito saberlo todo.

—Santo, prometí que no lo contaría... no sé... no quiero romper mi promesa.

—¿Y a quién le hiciste esa promesa?

Bajé la cabeza y respiré hondo.

—¿Te has dado cuenta de cómo ha cambiado Giovanni últimamente?

—Sí. Lo he notado.

—No era apático por naturaleza.

—¿No?

—Le enseñaron a comportarse así. Le decían que si no lo hacía, su padre lo abandonaría o dejaría de quererlo.

Santo pareció entenderlo todo al instante.

—Por eso quiero una segunda opinión. O, al menos, asegurarme de que otra persona le administre la medicación. No tengo que ser yo. Solo quiero saber que está en buenas manos.

—Es una actitud admirable. Cuenta conmigo.

Me estrechó la mano antes de marcharse.

—Observa bien a Giovanni. Si notas cualquier cambio, avísame de inmediato —suspiró—. Para llevarlo al médico, necesitamos la autorización de su padre. Imagino que, si me has llamado a mí, es porque Massimo no sabe nada de esto.

—No...

—Vale. Entonces conseguiré una firma —me guiñó un ojo.

Asentí, sintiendo que se me quitaba un enorme peso de encima.

—Gracias, Santo. Seguiré haciendo todo lo posible por Giovanni.

Lo acompañé hasta la salida y, cuando ya estaba a punto de volver a la habitación, doña Elena y Rebeca vinieron tras de mí.

—Tiene una visita —me informó la gobernanta.

—¿Es importante? Quiero pasar todo el tiempo posible con Giovanni hasta que se recupere —expliqué.

—Es la señora Zampieri. Está aquí para verla.

Abrí los ojos como platos y me llevé la mano al pecho, buscando algún rastro de ella por el amplio vestíbulo, tras las cortinas o los muebles.

No sé por qué, pero mi intuición me decía que eso no era nada bueno.

Capítulo 36

Gabriela Sierra

Me puse un poco tensa al saber que la abuela de Massimo había venido a visitarme. Fui al espejo más cercano e intenté arreglarme un poco, luego salí a recibirla.

La mujer estaba sentada en un sillón —en medio del jardín, probablemente algún empleado lo habría traído desde dentro de la casa—, con una mirada altiva y una sonrisa serena, casi acogedora.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma y un semblante amable.

—Señora Zampieri, qué sorpresa tenerla por aquí —dije, y Rebeca lo tradujo enseguida.

Ella se levantó con gracia y me saludó con un apretón de manos firme, pero gentil.

—Llámame Rosa, querida —su sonrisa parecía sincera—. Al fin y al cabo, ya nos conocemos, ¿no?

—Sí, señora.

—Tenía muchas ganas de verla, especialmente después de los últimos acontecimientos.

—Señora Rosa, lamento mucho lo del almuerzo. Siento que hablé de más y en ningún momento quise desafiarla, si fue así como pareció —empecé a hablar tan rápido que incluso Rebeca tuvo dificultades para traducir.

Rosa levantó la mano para interrumpirme.

—No hay nada más sano en una familia que tener opiniones distintas, ¿no? —me invitó a sentarme—. Me refería al viaje de Massimo a Australia. Entonces, al final, ¿no fuisteis con él?

—Por desgracia no, el médico no lo permitió.

—Es cierto. Qué pena. Pero tampoco se pierde gran cosa, ese lugar rústico y aborigen... —frunció la nariz y luego volvió a adoptar un semblante más sereno—. ¿Y cómo está Giovanni? El servicio comentó que tuvo una pequeña recaída.

—Sí, ahora está descansando, pero lo estoy vigilando de cerca —respondí, sintiendo un nudo en el estómago al recordar su repentino empeoramiento.

—Sé que no empezamos con el mejor pie, Gabriela —pronunció mi nombre como si valiera un millón de euros, me sentí hasta importante—. Pero como buena *Nonna*, me alegra saber que estás cuidando de mi nieto y dedicándote por completo a mi bisnieto.

—Yo soy la que se alegra de oír eso, doña Rosa.

Sonreí, aliviada e incrédula por estar teniendo aquella conversación.

—Hablemos un poco. ¿Un vino?

—No, gracias, no bebo.

Intenté relajarme y observé el jardín florido y bien cuidado.

—Nunca he visto esta mansión tan bonita, Gabriela —comentó ella, mirando alrededor—. Realmente la has transformado en un hogar. Se siente el calor y la energía positiva en cada rincón.

—Vaya. Eso significa mucho viniendo de usted...

—Massimo y Giovanni apenas pasaban tiempo en Milán. Hacía mucho que no se quedaban en casa de verdad, y ahora todo ha cambiado, están más cerca de la familia y este lugar parece un hogar —respiró hondo, satisfecha.

—Me alegra que le haya gustado. Es todo lo que siempre quise, doña Rosa: un hogar.

—Y lo estás consiguiendo —se inclinó un poco hacia mí—. He notado un cambio en Massimo. Parece más feliz y tranquilo desde que estás en su vida. También está más altivo, más alfa, tomando la iniciativa en todo.

Mi corazón se llenó de calor al oír aquello.

Era exactamente lo que deseaba para Massimo y Giovanni.

—Me emociona escuchar eso. Ellos lo son todo para mí, quiero lo mejor para los dos.

—Y estás haciendo un trabajo maravilloso —asintió—. Es evidente que has traído una nueva luz a sus vidas.

Hizo una pausa, como si estuviera considerando algo importante.

—Verás, Gabriela, nuestra familia es muy unida, pero también muy exigente —empezó, con una voz suave pero seria—. Siempre queremos lo mejor para los nuestros, y admito que al principio estaba un poco... reticente contigo.

Tragué saliva, preparándome para lo peor.

—Pero ahora veo que mis preocupaciones no tenían fundamento —continuó, para mi sorpresa—. Has demostrado una dedicación y un amor incondicional por Massimo y Giovanni, y eso es algo que admiro profundamente.

Me quedé sin palabras por un instante, intentando asimilar lo que acababa de oír.

—Muchas gracias, señora Zampieri —conseguí decir finalmente, sintiendo una oleada de gratitud y alivio—. Me alegra mucho saber que ve y valora mi esfuerzo.

—Por supuesto que lo valoro —sonrió con calidez.

Me relajé tanto que sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo y respiré aliviada.

—Y por eso me gustaría invitarte a un almuerzo el próximo fin de semana. Solo estaremos las mujeres de la familia, una oportunidad para conocernos mejor y fortalecer nuestros lazos.

No me lo esperaba.

Sentí una mezcla de sorpresa y reconocimiento.

—No puedes estar tanto tiempo sola aquí. Necesitas conectar con todos nosotros. Al fin y al cabo, la familia lo es todo para Massimo. Y supongo que para ti también es importante, ¿verdad?

—Por supuesto. Sería un honor —respondí con sinceridad—. ¿Podría llevar a Giovanni? No quiero separarme de él, y creo que después de tantos años, necesita un entorno acogedor y seguro.

—Por supuesto, querida —afirmó enseguida—. Giovanni es parte de la familia, será estupendo tenerlo con nosotras.

Sentí cómo se me quitaba un peso de encima.

Tal vez me había equivocado con la abuela de Massimo. Parecía tan amable y acogedora, diferente a la imagen que había formado en mi cabeza.

Y aquella invitación a una reunión familiar solo para mujeres era como si me hubieran invitado a un club secreto. No podía rechazarla.

—Cuente conmigo. Estaré allí, señora Zampieri.

—Rosa —me corrigió—. Estoy segura de que nos llevaremos muy bien. Estoy deseando pasar más tiempo contigo y conocer mejor a la mujer que está marcando tanta diferencia en la vida de mis chicos.

Charlamos un rato más, y con cada minuto que pasaba junto a Rosa, me sentía más cómoda.

La abuela de Massimo realmente parecía genuinamente interesada en mí y en el bienestar de Giovanni. Elogió mi dedicación, mi valentía al asumir una responsabilidad tan grande sin siquiera hablar italiano, y mi capacidad para transformar ese lugar y a esos dos en un hogar, en una familia.

—Tienes un don, Gabriela —dijo, tomando mis manos—. Has transformado esta casa y traído alegría a la vida de Massimo y Giovanni. Eso es algo que no puedo dejar de admirar.

—Gracias, Rosa. Me emociona ver que usted me ha notado y reconoce mis esfuerzos —agradecí, sintiendo una emoción sincera por ser reconocida.

Se levantó y me dio un abrazo inesperado y sorprendentemente cálido.

—Espero verte el sábado, entonces. Pasaremos un momento maravilloso juntas.

—Allí estaré —sonreí, devolviéndole el abrazo.

Se despidió y se fue, dejándome sola, reflexionando sobre el encuentro.

Me quedé sentada unos minutos, intentando procesar todo lo que había ocurrido. La abuela de Massimo había sido tan amable y

acogedora, completamente diferente de lo que esperaba y de lo que había demostrado en todos nuestros encuentros anteriores.

Tal vez la había juzgado mal. Tal vez de verdad quería conocerme y aceptarme en la familia.

Sintiéndome más aliviada y segura, subí a la habitación de Giovanni para compartir la noticia con él.

—Giovanni, ¿adivina quién vino a visitarnos hoy? —pregunté al entrar en la habitación.

Él estaba tumbado en la cama, abrazando a *Biscotto*.

—¿Quién? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—Tu bisabuela. Fue muy amable y nos ha invitado a un almuerzo el próximo fin de semana. Solo para nosotras, las mujeres de la familia.

—¿Yo también voy? —preguntó, con los ojos brillando de expectación.

—Sí, tú también vienes. Será divertido, ¿no crees?

Asintió, visiblemente más animado.

—Sí, va a estar guay.

Me senté a su lado y le tomé la manita.

—Creo que las cosas están cambiando por aquí, Giovanni —sonreí, sintiendo una oleada de esperanza.

Él me devolvió la sonrisa, y en ese momento, sentí que íbamos por buen camino.

Tal vez, por fin, todo empezaba a encajar.

Capítulo 37

Gabriela Sierra

El fin de semana amaneció soleado y, con él, mi ansiedad estaba por las nubes.

El almuerzo con la abuela de Massimo y las demás mujeres de la familia Zampieri era la oportunidad perfecta para conectar con ellas y sentirme parte de la familia.

Pasé toda la mañana inquieta, preparándome, eligiendo un vestido que fuera elegante pero discreto. Necesitaba causar una buena impresión, así que me concentré en los detalles y solo paré cuando me sentí en paz frente al espejo.

Giovanni estaba entusiasmado; tenía muchas ganas de salir de casa y ver a sus primos. Aún estaba algo débil, pero no soportaba seguir en cama, y yo creía que este era el momento ideal para que se distrajera y respirara aires nuevos.

—Todo va a salir bien. —Me agaché para hablar con él, mirándolo a los ojos—. Diviértete mucho con tus primos y, si necesitas algo y no estoy cerca, puedes venir a buscarme, ¿vale?

—Vale.

De camino al almuerzo, llamamos a Massimo para ponerlo al tanto de cómo estaba su hijo, y se sintió orgulloso al saber que yo asistiría a otra reunión familiar.

Dijo que necesitaba quedarse unos días más para convencer a su padre, pero que volvería antes del próximo fin de semana.

Yo lo necesitaba a mi lado.

Todo parecía perder el sentido sin él, y estaba haciendo un gran esfuerzo por mantenerme fuerte y demostrar que era digna de

formar parte de la familia Zampieri.

Cuando llegué a casa de la abuela de Massimo, fue ella misma quien me recibió en la puerta. Me dedicó una sonrisa cálida que me hizo creer que todo estaba encajando en su sitio.

Rebeca, mi fiel escudera, se colocó enseguida a mi lado para traducir cada palabra que ella decía.

—¡Gabriela, querida! ¡Qué alegría verte! —Me saludó con un abrazo y luego hizo lo mismo con Giovanni—. Pensé que no vendríais.

—Claro que sí, me hizo muy feliz recibir su invitación, señora Zampieri —respondí, sintiéndome un poco más cómoda.

—Sabes que soy Rosa. —Me tomó del brazo—. Pero por hoy, llámame simplemente *Nonna*.

Me condujeron por un amplio pasillo decorado con muebles antiguos, lleno de fotos familiares y recuerdos de viajes. La casa tenía un encanto tradicional, pero al mismo tiempo, resultaba sofisticada.

Al llegar a la zona abierta del jardín, lleno de flores y rodeado de árboles, me presentaron a las otras mujeres de la familia. Sophia estaba allí, junto con sus primas y otras mujeres mayores que debían de ser hijas de Rosa Zampieri; algunas incluso parecían sus hermanas.

Todas me saludaron con sonrisas educadas, pero había cierta frialdad en el ambiente. Era como si me evaluaran en cada instante.

—Qué precioso tu vestido de Dior —comentó una de las primas de Massimo—. Parece de campesina.

Las mujeres más jóvenes empezaron a reír, mirándome de pies a cabeza. Para mí, iba vestida igual que ellas, pero por cómo me miraban, parecía que lo que llevaba puesto era alguna falsificación.

—Sí, sí, está deslumbrante. —Rosa me examinó de arriba abajo —. ¿Por qué no te sientas para que podamos charlar mejor? La última vez fue todo tan caótico.

—Ve a jugar, y si necesitas algo, ven a buscarme. —Dejé que Giovanni fuera con los niños y me senté—. ¿Qué desean saber?

Rebeca era muy hábil como intérprete, pero normalmente solo traducía lo que me decían directamente. Mientras tanto, se daban muchas conversaciones paralelas, y yo solo podía intentar intuir lo que decían.

—Estábamos hablando de ambiciones —comentó una señora con una boquilla larga y delgada, exhalando humo y mirando a todas con severidad.

—Bueno, mi embarazo fue estupendo porque tuve mucho tiempo para pensar —suspiró Sophia—. Voy a dejar la arquitectura y el diseño de interiores para centrarme en la gestión de los hoteles de la familia en Italia.

Sonrió, como esperando algún tipo de elogio por su decisión. Lo que recibió fue como un balde de agua fría.

Todas las mujeres de la familia, tras mirar a la *Nonna*, permanecieron serias, con expresión de desaprobación.

—Eres demasiado mayor para cambiar de rumbo, querida.

Todas asintieron de inmediato.

—Lamentablemente tomaste decisiones equivocadas y ahora tendrás que afrontarlas. Pero no te preocupes, tu marido fue sabio al seguir ocupándose de los negocios de su familia. No son tan ricos como nosotros, ni de lejos, pero al menos él puede mantener su vida, ¿no?

—Sí, Nonna... —bajó la cabeza y suspiró.

—Tal vez deberías conformarte con ser simplemente esposa —sugirió la hermana de Rosa—. Eres una mujer de buena familia, madre de sus hijos, sin muchos talentos naturales, pero sigues siendo su esposa. Ser esposa a tiempo completo no está mal.

Las demás mujeres estuvieron de acuerdo.

—Claro, cuando tienen talento y una familia que las respalde —añadió Rosa, mirando con dureza a su hermana—. Algunas no tienen familia alguna y tienen que luchar para demostrar su valor.

—Justo.

—Esas, que mueran intentándolo. Pero nosotras, nosotras podemos darnos ese lujo si fracasamos por completo... ¿verdad,

querida Sophia?

—Sí, *Nonna*. —Se levantó—. Voy a la cocina, ya vuelvo.

—Graciosa. —Rosa señaló su barbilla, indicándole que debía mantenerla erguida y caminar sin apurarse.

—¿Dónde nos equivocamos con ella?

—No lo sé, Manoela, no lo sé. Toda la línea de sangre de mi primogénito se echó a perder y tú sabes por qué...

Las conversaciones paralelas se intensificaron, y yo observé cómo se sentaban, cómo hablaban, incluso cómo actuaban frente a la matriarca.

Todas estaban sentadas alrededor de ella, como en una especie de pintura de la Última Cena de Leonardo da Vinci.

Y aunque la *Nonna* fuera cruel con sus comentarios, las mujeres sonreían, como si vivir en su mismo mundo fuera un privilegio casi divino.

—¿Y tú, Gabriela, cuáles son tus ambiciones?

—¿Yo? —Me atraganté.

—Sí, ¿dónde te ves dentro de diez años? ¿Qué estudias? ¿En qué trabajas? ¿A qué se dedica tu familia en Sudáfrica?

—Es Brasil, Manoela.

—Da igual, es lo mismo —susurró otra.

—No, querida, Sudáfrica fue colonizada por holandeses, luego británicos —dijo Rosa en tono cortés, rebosando inteligencia—. Son pueblos más refinados, aunque estén en el fin del mundo. Brasil, en cambio, fue colonizado por Portugal.

—Santo Dios, ¿no fue por España? —La mujer se llevó la mano al pecho.

—Da igual, ambos amaban exterminar pueblos indígenas —respondió la mujer, encogiéndose de hombros antes de volver a mirarme.

Era evidente que Rebeca no se sentía nada cómoda traduciendo esas cosas.

—Yo... todavía no lo sé. Creo que me gustaría ser voluntaria, ayudar en orfanatos.

—Buena aspiración —asintió Manoela, casi con orgullo—. ¿Tu familia tiene dinero?

—No tengo familia.

Se hizo un silencio sepulcral.

Era como si todas se movieran en cámara lenta en medio de un incendio, y para apagarlo, alguien tuviera que agarrar la peluca de la tía abuela Manoela y golpear las llamas con ella hasta que la peluca cobrara vida y saliera corriendo.

—Sin duda es un precioso... Dior —la *Nonna* dijo cada palabra como si estuviera a punto de sufrir un aneurisma frente a todas—. Gabriela, ¿te importaría acompañarme?

—Por supuesto. —Me levanté y la seguí.

—Bien, tenemos una tradición en esta familia: las mujeres que llegan ayudan en la cocina. Massimo comentó que eres excelente cocinando.

—Sí, lo soy.

—¿Te importaría ayudar?

—Claro que no, estaría encantada —respondí, deseando mostrar mi entusiasmo y mis ganas de mantenerme lejos del humo de la tía abuela Manoela.

—Excelente. Voy a buscar un delantal y ropa más apropiada para la cocina. —Se marchó, dejándome sola con las empleadas de la casa y Sophia, que estaba en un rincón, casi escondida.

La pared que separaba la cocina del comedor era toda de cristal, así que se podía ver cómo estaban montando la mesa.

—¿Está bien el postre?

La embarazada dio un salto como si la hubieran pillado cometiendo un crimen.

—¿Cómo lo supiste?

—Fue una corazonada… —Me encogí de hombros—. ¿Nerviosa?

Asintió con la cabeza.

—Sabes… —le agarré del brazo— creo que tu decoración es impecable, muy bonita de verdad.

—Gracias, Gabriela.

—Tienes dinero. Nunca tendrás que preocuparte por pasar hambre. Así que… haz simplemente lo que te diga el corazón.

Al principio asintió. Pero después me miró con seriedad.

—No has entendido nada, Gabriela.

—¿Qué?

—Para sobrevivir en esta familia, tienes que complacer a la *Nonna*. Si no lo haces, te excluye de todo. Vuelve a toda la familia en tu contra. Hace que todos corten contacto contigo, como si estuviéramos en la Edad Media y tú hubieras contraído la peste.

—Dios mío… —Me tapé la boca.

—Para redimirme, por haber seguido el consejo de mi madre y no el suyo, me volví a quedar embarazada, porque ella dijo que una buena esposa Zampieri debe tener muchos hijos… —Sophia suspiró —. Ahora tengo que escuchar todo el tiempo que estoy gorda y…

Sophia se detuvo de golpe. Fue entonces cuando me di cuenta de que la *Nonna* había regresado. Traía consigo una ropa gris, sencilla, parecida a la que yo usaba cuando trabajaba en el Hotel 6 Continentes, junto con un delantal gastado.

Tragué saliva, pero mantuve la sonrisa.

—Sí. Creo que te servirá. No te olvides de esto. —Me entregó una cofia para cubrir el pelo que había tardado horas en hidratar, alisar y peinar—. ¿Qué te parece?

—Perfecto.

Yo quería formar parte de la familia, así que accedí a vestirme como me pidieron.

Me llevaron a una habitación para cambiarme de ropa, y mientras me miraba en el espejo, no pude evitar sentirme incómoda.

La ropa era demasiado sencilla, casi humillante, comparada con cómo iban vestidas las demás mujeres.

Pero respiré hondo y me recordé por qué estaba allí. Y solo la idea de manchar aquel vestido que me había costado casi 500 euros ya me producía pesadillas.

Cuando volví a la cocina, Sophia ya se había marchado. Me quedé rodeada de las empleadas de la casa y de la *Nonna*, que probaba

todo y daba órdenes.

Me pusieron a cortar verduras, y aunque la tarea era sencilla, el ambiente que me rodeaba era tenso.

Las conversaciones eran superficiales, y siempre que intentaba participar, parecía que mis palabras eran ignoradas o recibía respuestas cortas e indiferentes.

Sin embargo, me mantuve firme, decidida a hacerlo lo mejor posible.

—Gabriela, ¿podrías ir a la despensa a buscar algunos ingredientes más? —pidió Rosa con un tono que no dejaba lugar a réplica.

Fui a la despensa, recogí los ingredientes y, al volver, noté que todas las mujeres estaban sentadas alrededor de la mesa, almorzando, charlando y riendo.

—Aquí están los ingredientes —anuncié, dejándolos sobre la encimera.

—Gracias, querida —respondió Rosa, aunque su tono era distante —. ¿Podrías empezar a preparar la ensalada?

—Por supuesto.

Pasé el resto de la mañana en la cocina y, cada vez que intentaba interactuar con las demás, recibía miradas de desprecio o comentarios sarcásticos.

—Gabriela, realmente tienes mano para la cocina, ¿verdad? —dijo una de las primas de Massimo, con una sonrisa fingida—. Se nota que estás acostumbrada a esto.

—Sí, me gusta cocinar —dije, intentando mantener la compostura.

—Eso está muy bien. Una mujer que sabe cocinar siempre es valorada y nunca se queda sin trabajo —añadió otra, con un tono condescendiente.

El tiempo pasaba lentamente y, cada vez que miraba el reloj, sentía un peso mayor en el pecho.

Finalmente, cuando el almuerzo estuvo listo, Rosa se acercó a mí con una sonrisa amable.

—Gabriela, ¿por qué no vas a cambiarte ahora? El almuerzo ya está servido, y debes de estar agotada —dijo con una expresión de preocupación.

—Ah, claro —asentí, aliviada de poder quitarme aquella ropa humillante.

—Toma una ducha fría para quitarte el sudor. Si necesitas maquillaje o productos para el cabello, en el vestidor tenemos solo lo mejor.

Me llevó hasta una habitación y me mostró lo que parecía el paraíso de los productos para el rostro y el cabello.

—Usa esto para exfoliar la piel, luego esto otro… verás que la cara te quedará como la de un bebé. —Me lo enseñó todo y me dejó a gusto.

Me duché para quitarme el olor a comida, el sudor y el cansancio. Rápidamente me hice un maquillaje ligero y dejé el pelo mojado porque no quería retrasar más el almuerzo.

Volví al comedor, que ya estaba lleno, y las mujeres habían terminado de comer. En realidad, ya se estaban despidiendo.

—Ah, Gabriela, has tardado. —Rosa acarició mi hombro con una sonrisa piadosa—. Pero no te preocupes, ha sobrado comida, ¿vale?

Miré hacia la mesa, y el sitio que parecía destinado a mí estaba vacío, sin plato ni cubiertos.

—No… no te preocupes —respondí, sintiendo que las lágrimas amenazaban con salir—. Puedo apañármelas.

—Pide al servicio que te traigan un plato y cubiertos mientras me despido de las chicas —dijo, señalando vagamente lo que había quedado de la comida.

Volví a la cocina y pasé casi cinco minutos dando vueltas como una idiota intentando averiguar dónde estaban los platos y los cubiertos. Fue Rebeca quien me ayudó y casi me sirvió ella misma, pero preferí hacerlo por mi cuenta.

Intenté ignorar las miradas de desprecio y los susurros de las mujeres que aún quedaban. Cuando Rebeca me miró, como preguntando si quería saber lo que decían, simplemente le dije:

—No traduzcas.

Me senté en un rincón de la mesa, lejos de la conversación animada.

Cada bocado me pesaba, y apenas podía tragar la comida.

—Gabriela, has hecho un trabajo estupendo en la cocina —repitió una de las primas de Massimo con la misma sonrisa sarcástica—. Deberías hacerlo más a menudo.

—Sí, quizá deberías venir a ayudarnos con más frecuencia —añadió otra con el mismo tono irónico.

Con cada comentario, sentía el corazón apretarse más.

Rosa, sin embargo, se mantuvo serena y educada.

—Gabriela, querida, eres realmente una joya —dijo con una sonrisa cálida—. Estamos tan felices de tenerte en la familia.

—Gracias, *Nonna* —agradecí, intentando mantener la sonrisa, pero sintiendo un dolor profundo por dentro.

Después del almuerzo, ayudé a recoger la mesa y a ordenar la cocina mientras las últimas mujeres se marchaban.

Cuando terminé, fui al salón, pero ya no había nadie.

—El mayordomo informó que Rosa y algunas chicas se han ido a tomar unas copas a un bar, que volverán dentro de poco —informó Rebeca.

—Clara pasó por esto, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Pasó por cosas peores?

—Sí, señora.

Parpadeé lentamente, con una horrible sensación en la garganta.

—¿Entonces eso significa que voy a pasar el resto de mi vida así?

Rebeca estaba lista para repetir la respuesta, así que le tomé la mano y cerré los ojos, intentando contener el llanto.

—¿Y ella me hará esto delante de Massimo?

—Como habrá notado, fue amable, señora. También usó esta táctica con la señora Clara. Y cuando mi antigua patrona se quejaba, la señora Zampieri la pintaba como loca, histérica, desequilibrada. Y, por supuesto, quedaba excluida de toda la familia…

—Ahora entiendo por qué pasaba todo el tiempo posible cuidando el hotel en Brasil. —Suspiré—. ¿Volvemos a casa?

—Sí, señora.

Cuando por fin salí de la casa de la abuela de Massimo, sentí una oleada de alivio y tristeza al mismo tiempo.

Mientras caminaba de regreso a casa, pensé en todo lo que había sucedido y me di cuenta de que, a pesar de la fachada amable de Rosa, nunca sería verdaderamente aceptada en esa familia.

Estaba decidida a luchar por mi lugar, pero sabía que esa batalla, quizá la guerra, ya estaba perdida.

Al llegar a casa, Giovanni notó mi estado y pasó todo el día conmigo, abrazado. Vimos una película juntos, luego jugamos algo en el móvil y acabamos durmiéndonos.

Pero la angustia y la sensación de abandono no hicieron más que crecer en mi pecho.

Capítulo 38

Massimo Zampieri

El sonido de la ciudad se desvanecía mientras avanzaba por el camino de tierra, rodeado de viñedos.

El sol brillaba con fuerza en el cielo, pero la oscuridad dentro de mí parecía impenetrable. Por fin había logrado encontrar a mi padre, después de seis meses de silencio absoluto.

La ansiedad y la tensión se mezclaban en mi interior, creando una tormenta de emociones que apenas podía controlar.

Cuando aparqué el coche frente a la pequeña casa de piedra en medio de los viñedos, sentí un nudo en el pecho. Esa casa aparecía en muchas fotos en la pared de la casa de mi madre, era su refugio, el lugar donde mis padres encontraban paz lejos de las presiones del trabajo, pero nunca habían revelado su ubicación. Hasta hoy.

El lugar parecía haber vivido tiempos de gloria que ya quedaban muy lejos. Todo tenía un aire de abandono y descuido.

Salí del coche y caminé lentamente hasta la puerta.

Antes de llamar, respiré hondo, intentando prepararme para lo que vendría. El sonido de los golpes resonó en la casa silenciosa y, tras unos segundos, la puerta se abrió.

Mi padre estaba allí, más delgado y con una mirada cansada que me rompió el corazón.

—Massimo. —Su voz era grave y distante, como si pronunciar cada palabra supusiera un esfuerzo.

—Papá —lo saludé, sintiendo un nudo en la garganta.

Lo abracé con lentitud, apoyé el mentón en su hombro y pude notar que estaba muy diferente de la última vez que lo había visto.

—¿Puedo pasar?

Asintió y dio un paso al lado, dejándome entrar.

La casa estaba oscura, con las cortinas cerradas que impedían la entrada del sol. La atmósfera era densa, cargada del olor a vino y de la ausencia de mi madre.

Nos sentamos en el pequeño salón, envueltos en un silencio incómodo.

—¿Cómo estás? —pregunté, intentando romper el hielo.

Rió con amargura, un sonido vacío y desolador.

—¿Cómo crees que estoy, Massimo? Tu madre se ha ido. Y con ella, cualquier motivo que tenía para seguir luchando. —Sus ojos estaban fijos en algo lejano, perdido en los recuerdos.

—Ha sido difícil para todos nosotros.

—Cuarenta años. —Sonrió, tomó la botella de vino de la mesita y bebió—. Y todo desapareció, así, sin más.

—Lo siento mucho, papá. De verdad.

—¿Lo sientes? —Me miró de reojo—. ¿Y has venido solo a darme el pésame? ¿O traes más problemas?

Me quité la chaqueta y desabotoné los primeros botones de la camisa. Respiré hondo mientras observaba aquel lugar que parecía abandonado.

—Usted perdió a su esposa. Yo perdí a mi madre.

Eso pareció sorprenderle. Inclinó ligeramente la cabeza y volvió a beber.

—Ella era todo el cariño, la bondad y el amor que conocía. Sin ella, siento que falta una pieza que jamás podrá ser reemplazada por nada.

Asintió en silencio. Bebió un poco más de vino y, tras un sollozo, respondió:

—Así me siento.

—Así nos sentimos todos, papá. —Lo miré, preocupado—. Lo necesitamos.

—No, no me necesitan. Quiero pasar el resto de mis días en paz, aislado, recordando los viejos tiempos...

—Papá —me aclaré la garganta y hablé con un tono más firme—, lo necesitamos. Usted siempre ha sido nuestra fuerza, nuestro líder, el hombre que nos inspiraba.

—¿Y acaso parezco algo parecido a eso ahora, Max? —Rió—. Tu viejo padre está destrozado.

—Está viejo y abatido. —Reí, y logré sacarle una sonrisa—. No destrozado.

—Clara era todo lo que tenía. Cuando tu esposa falleció, tú encontraste consuelo en el trabajo.

—Sí.

—Ella era mi fuerza. Ella me daba luz, calor, aire. Ni siquiera recordaba cómo era la vida antes de ella, hasta que la perdí… —Bebió aún más y sonrió, mientras una lágrima le recorría la mejilla.

—Mi madre era lo mejor de nosotros. Por dentro y por fuera.

Mi padre asintió lentamente.

—Yo también me sentí así. Cuando fui a Río de Janeiro a vender la cadena de hoteles, estaba decidido a esparcir sus cenizas en el mar y dejar todo atrás.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Su tono fue de reproche.

—La ciudad va a homenajearla. —Sonreí—. Será reconocida por su contribución al turismo en Río de Janeiro, incluso pondrán su nombre a una calle.

—Clara merecía más.

—Lo merecía todo, papá. —Lo miré, buscando algo de lucidez en él—. No pude vender el hotel. No pude borrar su legado. Ella murió, pero no nos abandonó.

—Sí que nos abandonó.

—Nos dejó cuatro hijos. Una historia digna de ser reconocida por un gobierno. Cambió la forma en que vemos el mundo, papá. Sigue viva en nosotros.

Me miró de reojo, como si quisiera asentir, pero era demasiado orgulloso para bajar del pedestal de su dolor y admitir que mis

palabras eran ciertas.

—Rosa ha estado llamando. —Suspiró, con voz fría y pragmática —. Quiere que vote para sustituirte en el cargo de CEO.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

Me quedé paralizado, mi mente intentó procesar la información, pero me quedé en estado de shock.

—Tengo el 50 % de la empresa.

—Sí, y todos los demás juntos y yo también tenemos el 50 %. El Consejo fue creado para eso, para que si el cabeza de los hoteles fallaba, un empate significara que era hora de tomar otro rumbo.

—¿Tomar otro rumbo solo porque no quise borrar todo lo que hizo mi madre? —Tuve que reír—. ¿Y usted está de acuerdo con eso?

—Ya no confían en ti —respondió, directo—. Creen que estás débil, que estás dejando que las emociones interfieran en los negocios. Y, honestamente, no puedo decir que estén del todo equivocados.

Sentí cómo la rabia y la frustración crecían dentro de mí.

—¿Sabe cómo conseguí el 50 % de todo esto, verdad? —Volví a reír—. Ellos querían deshacerse de la empresa, venderla a un grupo estadounidense y yo compré casi todo.

—La mitad de todo.

—Papá, esto es un disparate. —Me froté la cara con las manos.

Podía esperar cualquier cosa cuando decidí venir a buscarlo al fin del mundo, ¿pero esto?

—La empresa está estable, los negocios están creciendo, las ganancias no paran de aumentar.

Guardé silencio, intentando controlar mis emociones.

—¿Qué fue exactamente lo que ella dijo?

Me miró fijamente durante unos segundos, incluso dejó la bebida a un lado.

—O te adaptas a lo que ella quiere, o lo vas a perder todo.

La gravedad de sus palabras flotó en el aire, pesada como el plomo.

Me sentía traicionado, no solo por mi abuela, sino por la situación en la que me encontraba. La *Nonna* nunca ocultó que yo era su nieto favorito, siempre tuve un lugar destacado en la familia. Fue ella quien me enseñó los valores de fuerza y resiliencia de los Zampieri.

Y ahora, ella quería derribarme.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que vendas la cadena de hoteles en Brasil. Y que te deshagas de la chica brasileña que trajiste contigo. Y, por supuesto, que te cases con una mujer de buena familia.

Negué con la cabeza.

—¿Y qué quiere usted, papá?

—¿Qué quiero yo? —repitió, pensativo—. Quiero que nuestra familia sobreviva. Quiero que la empresa prospere. Pero, por encima de todo, quiero paz.

Suspiró profundamente, y por un instante, pareció envejecer diez años.

—Viví cuarenta años de pesadilla, siendo boicoteado por ella y por la familia, simplemente por haberme casado con tu madre. Ni siquiera me permitieron ser el CEO de la empresa.

Parpadeé, incrédulo ante lo que estaba oyendo.

Claro que sospechaba algunas cosas, pero escucharlo así, abiertamente, fue un auténtico shock.

—¿Y su opción es huir?

—Ya no tengo por qué luchar, hijo. Tu madre ha muerto, Massimo. La guerra terminó. Ahora solo quiero paz, no pienso enfrentarla más. Ya sufrí demasiado. Solo quiero disfrutar de los días que me quedan.

—Papá... desde que murió mi esposa, este trabajo se ha convertido en mi vida.

—Entonces te sugiero que hagas lo que ella quiere. O perderás a tu familia.

Guardé silencio, las palabras de mi padre retumbando en mi cabeza.

—Aprovecha los últimos meses de tu hijo… cásate con quien la *Nonna* quiera, pero busca el amor fuera del matrimonio, quizás con esa brasileña. Cuando viajes, encuentra la manera de verla…

Todo aquello me parecía tan absurdo que rozaba lo delirante.

—No puedo luchar esta batalla por ti, Massimo —dijo, con voz suave pero firme—. Tienes que decidir qué es lo más importante para ti. Tu familia, la empresa… o tu propia felicidad.

Extendí la mano, pidiéndole la botella de vino. Bebí unos buenos tragos y sentí la sangre calentarse.

Ya había tomado muchas decisiones difíciles en mi vida, pero esa era como elegir entre la vida o la muerte.

Yo sabía cómo era la vida sin Gabriela. Lo que no sabía era cómo sería vivir sin tener el control absoluto de la empresa, sin hacer las cosas a mi manera.

No podía renunciar a todo lo que había luchado por conseguir.

Era injusto. Y sabía que no lo soportaría.

—¿Piensa volver a Milán algún día?

—No. —Sonrió con tristeza—. Ese lugar ya no es mi hogar. Y conozco demasiado bien a mi madre, sé que me humillará hasta el último de mis días, así que prefiero quedarme recluido.

—Mamá volvería. Y lucharía.

Intenté darle fuerzas, hacerle ver que no tenía que ser así. Que había otro camino.

Pero algo en mi padre parecía haberse roto por completo.

—Massimo, tu madre está muerta.

Me miró, y una pequeña sonrisa triste apareció en sus labios.

Me quedé unos minutos más allí, dándome cuenta de que ese hombre ya no era ni de lejos el que yo conocía. Seis meses lo habían cambiado tanto que ahora parecíamos dos completos desconocidos.

—Te enviaré la invitación para el homenaje a mamá, por correo electrónico. —Le apreté el hombro—. Tal vez volver a Brasil te haga bien.

—Sí, tal vez.

—¿Piensas votar con el consejo y empatar todas mis decisiones? ¿Así va a ser, una lucha del 50 % contra el 50 %?

Encogió los hombros, como si todo le diera igual.

—Ya no quiero saber nada de negocios, Massimo. Estoy viejo y quiero disfrutar el tiempo que me queda. —Se estiró en el sillón y bebió más vino.

—Está bien. Cuídese, papá.

—Cuídate tú también, Massimo —respondió él, con la mirada ya perdida otra vez.

Capítulo 39

Gabriela Sierra

Antes de que terminara el fin de semana, Santo trajo varios documentos con firmas falsificadas de Massimo, dándome autorización para llevar a Giovanni a hacerse una batería de exámenes.

El lunes por la mañana, en ayunas, llevé al niño a un buen hospital y pasamos toda la mañana ocupados. Giovanni tuvo que hacerse un análisis de sangre completo, una biopsia y aspiración de médula ósea, además de una punción lumbar para comprobar si la leucemia se había extendido al sistema nervioso central.

Al regresar a casa, él estaba agotado y yo también, aunque al menos tenía la esperanza de que los resultados nos traerían algo de alivio.

Solo el hecho de obtener una segunda opinión médica ya me tranquilizaba.

La doctora que nos atendió encontró muy extraña esa historia de dar una «fecha de caducidad» desde que el niño era un bebé. Claro, nació prematuro y con muchas dificultades.

Aun así, dijo que mantener al padre estresado, cada año, diciéndole que al niño solo le quedaban tres o seis meses de vida era, como mínimo, un disparate. Y yo no podía estar más de acuerdo.

Volvimos a la mansión en busca de paz y tranquilidad. El día estaba caluroso y bochornoso, pero todo parecía estar en orden… hasta que salimos del coche.

Parecía un festival: toda la zona exterior y el garaje estaban llenos de coches, y los jardines y el exterior de la mansión abarrotados de gente.

Mi corazón se aceleró en cuanto puse el pie en el suelo y me dirigí a la entrada.

—¿Será que tu padre ha vuelto y no nos avisó?

—No lo sé. Habría avisado —dijo Giovanni, medio adormilado.

Cuando abrí la puerta, me encontré con Rosa, la abuela de Massimo, liderando un grupo de familiares en lo que parecía una excursión por la propiedad.

Estaba vestida de forma impecable, como si asistiera a una cena de gala. Su mirada escrutadora se fijó en mí en cuanto me vio.

Me froté las manos contra los vaqueros, me alisé el cabello y forcé una sonrisa mientras me acercaba.

—¡Gabriela, querida, qué alegría verte! —exclamó, con una sonrisa enorme—. Espero que no te moleste, pero decidimos hacer una visitita.

—Entiendo, señora Zampieri. Es solo que no me habían avisado… —empecé, intentando disimular mi incomodidad.

—No te preocupes por eso —me interrumpió, con un tono firme y autoritario—. Ya nos estamos acomodando.

Antes de que pudiera responder, Rosa y el resto de la familia Zampieri empezaron a dispersarse por la mansión, ocupando cada rincón, tocando las cosas. No parecía haber un solo espacio de calma. La mansión, que se había convertido en mi refugio, ahora parecía pequeña y sofocante con todos esos intrusos.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunté a Elena, la ama de llaves.

—Fueron llegando y entrando, no pude evitarlo, señora.

—¿Sin avisar? ¿Esto ha pasado alguna vez?

—No, mientras el señor Massimo ha estado aquí. —La mujer se secó la frente—. ¿Quiere que llame a la policía?

Estuve tentada, pero imaginé que eso era justo lo que querían provocar: que perdiera los estribos.

—No. Solo estoy un poco indispuesta, así que subiré a descansar. Giovanni también está agotado, pobrecito, le han hecho tantos exámenes…

—Pediré que les lleven la comida arriba. —La mujer sonrió.

Rebeca me miró con lástima, pero fingí que nada de eso estaba ocurriendo. Llevé a Giovanni a su cuarto y, cuando estaba a punto de salir, escuché voces en el pasillo.

Al principio, Rebeca no quiso traducir. Pero como insistí, lo hizo con la cabeza baja.

—¿No parece más gorda? —tradujo lo que había dicho la hermana de Rosa, y luego añadió la respuesta de la propia Rosa—. Sí, tiene los pechos más grandes, los vestidos ya casi no le entran, parece una cerda, pero ¿qué se puede esperar de una brasileña? Espero que Massimo se dé cuenta de lo horrible que está esa mujer y lo lejos que está del nivel que esta familia merece, y que la despache cuanto antes.

Parpadeé, incrédula. Rebeca se mostró avergonzada.

—Lo siento, señora, yo no…

—Sigue.

Le indiqué que continuara cuando ellas reanudaron la conversación.

—¿Hasta cuándo vas a fingir con ella, Rosa? —Rebeca suspiró—. Bueno, hasta que se canse y se rinda. Esta pobre infeliz jamás será parte de la familia. Y si Massimo insiste, será él quien quede completamente apartado. Tiene que entender… es ella o nosotros.

Con cada palabra que escuchaba, el malestar crecía.

Sentía que la ropa me asfixiaba y apenas podía mantenerme en pie. Darme cuenta de que no importaba cuánto me esforzara, cuánto me humillara o intentara agradarles, jamás sería una de ellos… al contrario, solo permitiría que abusaran de mí. Aquello me provocó una crisis de ansiedad que me hizo caer al suelo.

—¿Señora? —Rebeca trató de socorrerme.

Me quedé en cuclillas, abrazando mis rodillas, mirando al vacío del cuarto.

—¿Quiere que llame a un médico? ¿Necesita ayuda?

Sentí un cólico horrible en el vientre y una sensación de náusea tan intensa que pensé que me daría la vuelta del revés si llegaba a vomitar.

—Necesito aire. Ayúdame a levantarme.

—Por supuesto, señora.

Rebeca me ayudó a salir del cuarto de Giovanni y fui hasta la terraza más cercana para despejar la mente y encontrar un poco de paz.

—Ah, Gabriela, ahí estás. —Rosa se acercó, con una sonrisa fingida—. Siempre eres tan servicial, querida. ¿Podrías ayudar al servicio a atender a la familia? Como vinimos por sorpresa, los empleados no parecen dar abasto...

Sentí las mejillas arder, pero forcé una sonrisa y asentí.

—Claro, *Nonna* —respondí, intentando mantener la compostura.

Mientras Rosa se alejaba, me dejé arrastrar por la angustia que me dominaba. Aquella casa, que se había convertido en mi refugio, ahora se sentía como una prisión asfixiante.

Las risas y la conversación animada de la familia de Massimo resonaban por los pasillos. Me dieron ganas de echarlos a todos, pero al final del día, ellos eran más familia que yo.

Bajé a la cocina, donde Elena y las demás empleadas trabajaban frenéticamente para atender las demandas de los visitantes inesperados.

—¿Necesitan ayuda? —pregunté, intentando sonar tranquila, pero mi voz tembló.

—Si puede preparar algunos aperitivos, sería estupendo, señora —dijo Elena, sin dejar de cortar embutidos.

Me uní a ellas, trabajando en silencio.

Durante toda mi vida, siempre me he sentido mejor sirviendo, ayudando a quien lo necesita. Eso me proporcionaba un alivio inmediato. Pero en esta ocasión, la angustia y un nudo en la garganta no me abandonaban.

Mis manos se movían de forma automática, pero mi mente estaba lejos, repitiendo una y otra vez cada palabra cruel que había escuchado.

Cada risa, cada comentario susurrado, era como una puñalada.

Mientras colocaba una bandeja de aperitivos en el horno, sentí una presencia detrás de mí. Me giré y vi a una de las primas de Massimo observándome con una sonrisa maliciosa.

—Ay, Gabriela, qué pena que no estás usando aquel vestidito de Dior, te quedaría tan bien —dijo, mirándome con desprecio—. Pero la buena noticia es que no tienes que pensar mucho en tus ambiciones, ¿verdad? Lo básico te basta.

Tragué saliva, intentando que las lágrimas no se asomaran.

—Solo intento ayudar —suspiré.

—Claro, querida —asintió, tomando una galleta de la bandeja—. Pero recuerda, siempre habrá un lugar para ti en la cocina.

Se alejó riendo, y sentí que mi autocontrol se deslizaba aún más. Seguí trabajando, intentando concentrarme en las tareas simples para alejar el dolor.

Sin embargo, con cada minuto que pasaba, la tensión aumentaba.

Finalmente, llevé una bandeja de aperitivos al salón, donde la familia estaba reunida. Entré en medio de una conversación animada y todas las miradas se volvieron hacia mí. Me sentí desnuda bajo sus ojos críticos.

—Ah, Gabriela, trajiste los aperitivos —comentó Rosa, tomando un canapé de la bandeja—. Siempre tan eficiente.

—Gracias —respondí, intentando no temblar.

—Santo Dios, esto parece empapado en grasa... —la mujer escupió en una servilleta y me la tendió.

—No me extraña que esté enorme.

—Lo bueno es que, definitivamente, la cocina es su talento —la abuela de Massimo sonrió a los demás—. ¿Has pensado en dedicarte a eso?

—No, nunca lo he pensado —dije, intentando mantener la calma.

—Pues quizá deberías —añadió la mujer, en tono serio—. Porque, sinceramente, no te veo encajando en ningún otro sitio.

Sus palabras fueron como una bofetada. Sentí las mejillas arder de vergüenza, pero forcé una sonrisa e incliné la cabeza en señal de asentimiento.

Cuando me giré para salir del salón, escuché risitas apagadas y susurros.

Volví a la cocina, donde Elena me miró con preocupación.

—¿Está todo bien, señora?

—Solo necesito un momento —respondí, con la voz temblorosa.

Salí de la cocina y me dirigí al jardín, buscando aire fresco.

Cada paso que daba era un esfuerzo monumental.

Me senté en un banco bajo un árbol, intentando controlar la respiración e impedir que las lágrimas cayeran.

De repente, Giovanni apareció a mi lado, con expresión preocupada.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con la voz quebrada.

—*Biscotto* vio desde arriba que estabas triste. —Me tocó debajo de los ojos, intentando secar mis lágrimas—. ¿Por qué estás triste, Gabriela?

—No estoy triste, cariño —respondí, forzando una sonrisa—. Solo estoy un poco cansada. Ha sido un día muy largo…

Me abrazó, y en ese momento sentí algo de consuelo. Pero el peso de las palabras de Rosa y de las demás mujeres seguía ahí, aplastando mi espíritu.

Mientras abrazaba a Giovanni, me di cuenta de que estaba en una batalla que quizá no podría ganar. Aquella familia nunca me aceptaría, no importaba cuánto me esforzara. Y Massimo, por mucho que me amara, no podía cambiar eso.

El sonido de las risas y conversaciones desde la casa parecía ahora aún más alto e invasivo. La mansión, que debía ser un refugio, se había transformado en un lugar de humillación y dolor. Cada rincón parecía resonar con las palabras crueles de Rosa y las otras mujeres.

—Tienes que descansar, ¿vale? —Le apreté las manitas—. Has sido muy valiente, te hiciste muchos exámenes, pero no puedes esforzarte demasiado. ¿Quieres que te lleve de vuelta al cuarto?

—Sí.

Me levanté del banco, respirando hondo. Necesitaba seguir adelante, ser fuerte por Giovanni. Sin embargo, sabía que esa noche, en el momento en que me acostara, las palabras de Rosa resonarían en mi mente, haciéndome dudar de si de verdad podría superar todos los obstáculos que tenía delante.

Entré de nuevo en la mansión, sintiéndome como una intrusa en una casa donde debería sentirme acogida y amada.

La sensación de ahogo crecía con cada paso.

Sabía que necesitaba encontrar una salida, una forma de cambiar esa dinámica. Pero en ese momento, todo lo que podía hacer era sobrevivir.

Rosa estaba en el comedor, conversando con algunas mujeres. Ella no me vio entrar.

Rebeca tradujo, segundos después, lo que había dicho y que había provocado risas entre la familia:

—Ella está aquí solo por la vida fácil y el dinero. Quiero ver qué hará cuando se acabe la fuente, cuando Massimo se dé cuenta de que no es suficiente o lo presionen para salvar su posición en la empresa, y tenga que echarla.

Mientras subía al piso de arriba con Giovanni, una parte de mí quería gritar, quería salir corriendo de esa casa y no volver jamás. Pero otra parte, la que aún creía en Massimo y en nuestro amor, me impedía rendirme.

En cuanto el pequeño se tumbó en la cama, volví a la cocina.

Le pedí a Rebeca que no tradujera nada más, que solo quería ayudar a preparar y servir la comida. Ni siquiera sabía por qué.

Y cada segundo reafirmaba mi convicción: no importaba cuánto intentara ayudar, agradarles o hacerlas sentir cómodas, las palabras seguirían siendo crueles, las miradas seguirían juzgándome, y mi bienestar jamás sería tomado en cuenta.

Era como si me colocaran más y más peso sobre los hombros, ya agotados.

Trabajé para mantener la mente ocupada, y hasta cierto punto, funcionó.

Cuando cayó la noche y, por fin, los miembros de la familia Zampieri empezaron a marcharse, sentí un alivio profundo. Pero algo dentro de mí sabía que aquello era solo una pausa antes de la próxima batalla.

La abuela de Massimo se acercó a mí con una sonrisa dulce y amable en el rostro.

—¡Qué día tan formidable, Gabriela! —Me abrazó y me frotó la espalda con las manos—. Estoy tan contenta de que siempre estés preparada para afrontar los desafíos que se presentan. Será mejor que sigas así, si quieres formar parte de nuestra familia.

—*Ciao*, *Nonna*. Que descanse bien —respondí, intentando mantener la calma.

—*Ciao*, querida. Antes de que acabe el fin de semana, quizás haya alguna que otra sorpresita...

Se dio la vuelta y se marchó, dejándome sola en el salón.

Me quedé allí un momento, sintiendo cómo la soledad y la tristeza se acumulaban. Sus palabras resonaban en mi mente y empecé a preguntarme si de verdad pertenecía a ese mundo.

Entré en mi habitación, sintiendo el peso de todo el día sobre mis hombros. Vi varias llamadas perdidas de Massimo, pero estaba tan agotada que lo único en lo que podía pensar era en acostarme y dormir.

En medio de la oscuridad del cuarto, miré al techo y finalmente las lágrimas empezaron a caer por mi rostro.

Ese día, más que nunca, supe que ese lugar, definitivamente, no era para mí.

Capítulo 40

Massimo Zampieri

El viaje de regreso a Milán tenía un sabor amargo a derrota.

Cuando aparqué el coche frente a la entrada de la mansión, suspiré aliviado, esperando por fin tener un poco de paz y tranquilidad. Lo necesitaba para poder resolver los problemas con mi abuela.

Cogí mi maletín y entré, buscando a Gabriela.

Di un paso atrás cuando Francesca vino hacia mí, hablando sin parar. Me costó entender lo que quería decir, pero tenía que ver con que Giovanni había empeorado, que Gabriela lo había sometido a nuevos exámenes…

—¿Qué? ¿Puedes hablar más despacio?

—Esa mujercita que metiste en esta casa ha cruzado todos los límites, Massimo —Francesca alzó la voz—. ¿Le diste permiso para llevar a Giovanni a algún médico?

—¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Gabriela? —Fruncí el ceño.

—Ah, entonces esperó a que te fueras y lo hizo todo a tus espaldas. —Francesca rió—. Tu hijo ya estaba en un estado lamentable por culpa de ella. ¿Sabes lo que hizo? En vez de llamar a los médicos de la familia, los que lo tratan desde que nació, lo llevó a una clínica cualquiera, donde unos carniceros le sacaron pedazos al niño.

La aparté de mi camino y avancé por la casa en busca de una explicación.

Mi sangre ya hervía y, al escuchar esa noticia, mi cabeza comenzó a latir con fuerza.

Encontré a Gabriela en la cocina, preparando el desayuno. Giovanni estaba sentado en la encimera, observándola. Cuando me vieron, los ojos de ambos se iluminaron.

—¡Has vuelto! —Gabriela se limpió las manos en el delantal y vino a abrazarme—. ¿Cómo fue el viaje?

—Cansado y sin soluciones. Mi padre es... —negué con la cabeza — muy terco. ¿Cómo estás, campeón?

Cogí a Giovanni en brazos y lo examiné con la mirada para comprobar que todo estuviera bien.

—Estoy mejorando, papá.

Miré a Gabriela, intentando encontrar el momento adecuado para hablar sobre lo que Francesca había dicho minutos antes. Pero decidí que sería mejor esperar a que Giovanni estuviera ocupado con sus clases particulares.

Mientras ellos desayunaban, subí al dormitorio y me di una ducha, deseando que eso me quitara el cansancio y el estrés del viaje, pero no fue así.

Antes de que pudiera bajar a la cocina, Gabriela subió al cuarto. También parecía agotada.

—Acabo de llegar y Francesca me ha contado algo... —hablé con calma, mirándola con seriedad.

Gabriela suspiró, pasándose la mano por el cabello.

—¿Y qué sería?

—Después del empeoramiento de Giovanni, ¿en vez de llamar a los médicos que tenemos, lo llevaste a otro sitio?

—Sí, lo llevé a hacerse una batería de exámenes. —Puso las manos en la cintura.

—¿Por qué?

—Porque una segunda opinión siempre es válida, Massimo.

—¿Sin mi consentimiento? —Mi voz salió más alta de lo que quería—. ¿Con autorizaciones que no firmé?

Gabriela cruzó los brazos y desvió la mirada hacia un rincón del cuarto.

—Giovanni es mi hijo, Gabriela. Por lo menos deberías haberme consultado.

—Yo... cometí un error —admitió—. Pero tengo sospechas, Massimo. Parece que las cosas no encajan…

—¿Y en lugar de decírmelo, preferiste falsificar mi firma y llevar a mi hijo a escondidas a cualquier sitio?

—Estabas ocupado en Australia.

—Sí, pero te llamé todos los días, Gabriela. ¿Por qué no me lo contaste?

—Es que… —respiró hondo— Giovanni necesitaba esos exámenes. Tenemos que saber la verdad sobre su salud.

Parpadeé lentamente, intentando procesar cada información.

Todo aquello me parecía extraño y desproporcionado.

—¿La verdad? —Me senté en la cama y me pasé las manos por el pelo—. Giovanni nació prematuro, fue diagnosticado de inmediato, y lleva años en tratamiento con los mejores médicos de Milán.

—Pero...

—¿Segunda opinión? Lo hemos llevado con los mejores especialistas de Estados Unidos, Reino Unido, Japón y Alemania. He gastado millones de dólares buscando la cura para mi hijo. ¿Estás insinuando que fui un padre negligente?

—No, no quise decir eso, Massimo. —Se acercó—. Hay algo raro en el diagnóstico de Giovanni. ¿Por qué los médicos siempre dan expectativas de vida tan cortas y nunca se cumplen?

—Porque el tratamiento no lo cura, pero alarga su vida.

—No, Massimo, Giovanni ha estado bien desde que alejamos a Francesca. Y cuando ella le administró los medicamentos, él... —Se perdió en sus propias palabras, tan confusa como yo al escuchar todo aquello.

—La verdad, Gabriela, es que tomaste esa decisión sin mí. Y encima falsificaste un documento. Podías haberme lo pedido. ¿Por qué lo escondiste? ¿Qué más estás ocultándome?

—¡Solo estoy intentando ayudar! —respondió, con la voz quebrada—. ¿Crees que fue fácil para mí tomar esa decisión? ¿Hacer esos exámenes sin ti aquí? Estaba desesperada, Massimo. Solo quería hacer lo correcto para Giovanni.

El silencio se instaló entre nosotros, denso y tenso.

Sabía que ella estaba intentando proteger a Giovanni, pero me sentía traicionado por no haber sido parte de una decisión tan crucial.

Respiré hondo, intentando calmar mis pensamientos.

—Tenemos que hablar de esto con calma. Pero ahora, necesito pensar en cómo resolver un problema aún más grande.

Gabriela asintió, parecía decepcionada y dolida. Me importaban sus sentimientos, pero tenía que entender que había actuado mal.

—Cuando tengas un momento para mí, solo dímelo. —Salió del cuarto.

Caminé hasta la sala de estudio, intentando controlar la tormenta de emociones dentro de mí. Al abrir la puerta, vi a mi hijo sentado en la mesa, concentrado en su tarea.

Mi enfado empezó a disiparse, sustituido por una profunda preocupación.

Me quedé a cierta distancia, observando su respiración. Intenté fijarme en los detalles, lo miré como si quisiera ver el problema que Gabriela había visto, pero me parecía una preocupación infundada.

Los tratamientos estaban alargando la vida de mi hijo. Por supuesto que tenía síntomas fuertes durante la administración de los medicamentos, pero los médicos, durante estos siete años, siempre me aseguraron que era normal.

De algo estaba seguro: no podía perder a Giovanni, y sabía que Gabriela también estaba haciendo lo mejor que podía.

Solo había tomado una decisión importante sin consultarme, eso afectaba nuestra confianza, pero no era algo que destruyera lo que teníamos.

Salí de la sala de estudio y fui al comedor, donde Gabriela estaba sentada, con los ojos enrojecidos.

—Gabriela, yo… —empecé, pero las palabras murieron en mi garganta.

Ella levantó la cabeza, mirándome con una mezcla de tristeza y determinación.

—No, Massimo, tienes razón. Fue duro oír todo eso, pero actué mal al hacer algo sin tu permiso, y más aún tratándose de tu hijo.

—¿Fui muy duro contigo?

—Lo fuiste. Pero no estoy triste por eso, estoy lidiando con otros problemas…

—¿Qué problemas? Déjame ayudarte.

Me senté a su lado, tomándole las manos.

—Es solo que… me siento tan impotente a veces. Ver a Giovanni pasando por todo esto, y no tener el control, es insoportable.

Me apretó la mano, el calor reconfortante de su toque calmando mi ansiedad.

—Lo sé.

—Y con todo lo demás que está ocurriendo… ya encontraré una solución, no te preocupes.

—¿Necesitas dinero?

—No, el dinero no lo arregla todo. —Se limpió el rabillo del ojo e intentó sonreír—. Te daré espacio para que pienses en cómo resolver tus problemas. Yo también necesito resolver los míos.

—Está bien. Pero si necesitas algo, llámame… —Le besé la frente —. Y, de nuevo, lo siento.

—Yo también lo siento. Las monjas del orfanato siempre decían: dos errores no hacen un acierto.

Reí con su expresión y me levanté, yendo hacia el despacho.

Todo lo que quería al volver de Australia era estar cerca de Gabriela, pero había un gran problema en camino. Y el hecho de que mi padre me hubiera contado aquello significaba que mi abuela ya estaba moviendo sus piezas de ajedrez cuanto antes.

Capítulo 41

Massimo Zampieri

Después de hablar con Gabriela y retirarme al despacho para calmar un poco las emociones y pensar en cómo resolver todo aquello, entendí que necesitaba enfrentar la raíz del problema: mi abuela.

Mi abuelo siempre había sido el jefe financiero de la familia, pero la mayoría de las decisiones familiares, e incluso empresariales, venían de ella. Los Zampieri que no comieran de la palma de su mano eran apartados por completo de la familia.

En parte, temía ver a mi hijo crecer aislado, lejos de todos. Pero no podía permitir que sus interferencias continuaran afectando la empresa de esta forma.

La invité a venir a la mansión para almorzar. Quería hablar con ella directamente y resolver este asunto de una vez por todas.

Cuando llegó, acompañada por algunas de sus hijas y nietas, entendí que quería, como siempre, demostrar poder.

—¡Massimo, querido! —Me abrazó con fuerza—. Qué sorpresa tan encantadora tu invitación. ¿Tuviste buen viaje? ¿Encontraste a tu padre? ¿Hablaron mucho?

—Sí, *Nonna*, lo encontré —respondí, manteniendo un semblante neutro—. Necesitamos resolver algunas cosas.

Ella me miró con curiosidad, pero asintió, conservando la sonrisa en el rostro.

—Claro, querido. Almorcemos y luego hablamos.

—No, el almuerzo era solo un pretexto. —Fui directo al grano y señalé con la mano el camino hacia mi despacho.

—Está bien, entonces. —Hizo un gesto para que sus acompañantes se quedaran abajo—. ¿Dónde está Gabriela para hacerle compañía a la familia? —murmuró.

—No lo sé, *Nonna*.

Al llegar al despacho, cerré la puerta y me giré para mirarla de frente.

—*Nonna*, tenemos que hablar sobre lo que está ocurriendo aquí. —Respiré hondo y me senté en la silla presidencial—. Tu interferencia en los asuntos de la familia se ha vuelto insoportable.

Ella alzó una ceja, con una sonrisa fría en los labios.

—¿Interferencia, Massimo? Solo estoy cuidando de la familia. Haciendo lo que es mejor para todos nosotros.

—Eso no es cuidar de la familia —repliqué, intentando mantener la cortesía—. Estás intentando sabotear mi gestión, a pesar de que la empresa está generando beneficios. Quieres sustituirme por alguien inepto, aun sabiendo que el *Nonno* fue quien me preparó y me eligió como su sucesor. Y… noté que Gabriela estaba molesta hoy.

—Hum.

Gire el monitor del ordenador, mostrando las grabaciones de las cámaras de seguridad. En ellas se veían las imágenes del día anterior: la mansión abarrotada, Gabriela como una loca trabajando en la cocina, sirviendo bandejas, y luego llorando en el jardín.

—¿Trajiste a todos aquí sin avisar y humillaste a Gabriela delante de todos?

Ella mantuvo la calma, con la mirada evaluadora fija en mí.

—Massimo, estás exagerando. ¿Vas a culparme por intentar incluir a esa mujer que salió del fondo del mundo en nuestra familia? No entiendes las presiones y responsabilidades que conlleva nuestra posición.

—¿Presiones? ¿Responsabilidades? —pregunté, sintiendo la voz temblar de rabia—. ¿De verdad crees que manipular y mentir son

formas de proteger a la familia? Eso no es protección, es control.

Ella suspiró, cruzando los brazos.

—Massimo, tú siempre has sido mi nieto favorito. Siempre quise lo mejor para ti. Pero estás dejando que tus emociones nublen tu juicio. Esa mujer, Gabriela, no es adecuada para nuestra familia. Nunca será una de los nuestros.

Sentí un nudo en la garganta al escuchar esas palabras.

Sabía que mi abuela era inflexible, pero oírlo así, tan claro, fue un golpe duro.

—*Nonna*, amo a Gabriela. Es una buena persona y está haciendo lo mejor que puede. Pero tú y el resto de la familia estáis haciendo su vida insoportable. Nunca se sentirá aceptada si seguís actuando así.

Ella me miró con una mezcla de lástima y frialdad.

—Massimo, tienes que tomar una decisión. O haces lo que te digo y mantienes tu lugar en la familia y en la empresa, o eliges a esa mujer y afrontas las consecuencias. No puedes tener ambas cosas.

Sentí el corazón encogerse.

No podía creer que me estuvieran obligando a elegir entre mi familia y la mujer que amaba.

—*Nonna*, eso es injusto —dije, intentando contener la ira—. No puedes obligarme a elegir de esa forma. La amo.

—Entonces la amarás con el 50 % de la empresa, pero sin dirigirla.

Dio un paso hacia delante, su mirada clavada en la mía.

—Y lejos de la familia, como esa rama del árbol genealógico que cortamos, la que vive en Brasil. —Me miró con altivez—. Massimo, así es como funcionan las cosas en esta familia. O te adaptas a lo que yo quiero, o lo pierdes todo. Haz tu elección.



Gabriela Sierra

No quería oírlo, pero no pude evitarlo.

Las palabras crueles de Rosa resonaban en mis oídos como una sentencia. Sentí que el corazón se me rompía al escuchar cómo Massimo era forzado a elegir entre mí y su familia, y una oleada de desesperación se apoderó de mí.

Con lágrimas corriendo por mi rostro, corrí hasta la habitación, intentando alejar el dolor que parecía consumirlo todo. Me senté al borde de la cama, abrazando las piernas, dejando que el llanto saliera sin control.

Necesitaba pensar, necesitaba un plan.

Cogí mi teléfono y, con las manos temblorosas, llamé a Bianca.

—¿Gabriela? —La voz de ella sonó preocupada al otro lado de la línea—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás llorando?

—Bianca... —Respiré hondo, intentando controlar la voz—. No puedo seguir aquí. No puedo seguir con Massimo. Su familia nunca me aceptará, y ahora tiene que elegir entre ellos y yo. No puedo hacerle eso.

—Tranquila, Gabi —Bianca mostró preocupación y solidaridad—. ¿Qué vas a hacer?

—Yo… necesito irme. Pero no quiero que él me siga, no quiero que intente convencerme de quedarme. Necesito una excusa, algo

urgente que me haga volver a Brasil sin que me cuestione.

Bianca guardó silencio durante unos segundos, y supe que estaba pensando en una solución.

Lloraba hasta sollozar, me apretaba la nariz y mordía la lengua para no hacer ruido.

—Gabi, tengo una idea —dijo por fin—. Podemos decir que he tenido un accidente y que necesitas venir a cuidarme. También soy huérfana, tú eres toda la familia que tengo. Es una excusa creíble y urgente. ¿Qué opinas?

—Bianca, no quiero mentirle… —respondí, con un nudo formándose en la garganta.

—Lo sé, pero a veces necesitamos una salida para proteger a quienes amamos —dijo con dulzura—. Y si eso te ayuda a salir de esta situación y le da a Massimo la oportunidad de arreglar las cosas con su familia, entonces quizá sea lo mejor.

Cerré los ojos, dejando que las lágrimas cayeran en silencio.

Sabía que Bianca tenía razón.

No podía seguir allí, no podía ser la causa de más sufrimiento para Massimo y Giovanni.

—Está bien, Bianca. Vamos a hacerlo.

—¿Tienes dinero para regresar?

—Sí. Quizá gaste todo lo que me dio en un billete de último minuto, pero prefiero así. Ya no quiero, Bia. No quiero nada más que tenga que ver con esta familia...

—Estoy aquí para apoyarte, siempre. Vuelve a casa. Donde comen dos, comen tres. No te va a faltar nada.

Después de colgar, empecé a hacer la maleta.

Escribí una carta para Massimo, intentando explicar lo inexplicable, intentando poner en palabras todo el amor y el dolor que sentía.

Massimo,

Sé que esto puede parecer repentino, pero Bianca ha tenido un accidente y me necesita en Brasil. No fui capaz de avisarte por mensaje ni por llamada, temía que intentaras detenerme, pero créeme: lo necesito.

Te amo a ti y a Giovanni con todo mi corazón.

Espero que todo esté bien. Intentaré darte noticias lo antes posible.

Espero que algún día puedas perdonarme.

Con amor,

Gabriela.

Dejé la carta sobre la cama y salí del cuarto, con el corazón pesado por la decisión que había tomado. Encontré a Giovanni en la sala de estudio.

Levantó los ojos y sonrió al verme, una sonrisa que hizo que el corazón se me rompiera aún más.

—¡Hola, Gabriela! —dijo, corriendo a abrazarme—. Mira lo que hice. —Me mostró un dibujo de él, su padre y yo.

—Hola, mi amor —respondí, abrazándolo con fuerza—. Tengo que viajar por un tiempo. Necesito cuidar de mi amiga Bianca, que ha tenido un accidente en Brasil. Pero te prometo que volveré, ¿vale?

Giovanni frunció el ceño y tardó en procesarlo. Su respuesta fue negar con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—No, Gabriela, no te vayas —suplicó, con la voz llena de desesperación—. No quiero que te vayas.

Mi corazón se volvió a romper, y me costó todo el control no derrumbarme allí mismo.

—Todo va a estar bien, Giovanni —dije, intentando sonar firme—. Volveré. Y mientras tanto, puedes llamarme siempre que quieras, ¿de acuerdo? Solo tienes que pedírselo a tu papá.

Asintió, con las lágrimas resbalando por sus mejillas, y lo abracé con fuerza, intentando memorizar cada detalle de ese momento, cada sensación.

—¿Vas a cuidar bien de tu papá?

—Lo haré.

—No dejes que nadie te haga daño, recuerda todo lo que hablamos. Pide ayuda a tu tío Santo, si es necesario. ¿Me has oído?

—Sí.

Le sujeté la barbilla y levanté su rostro para mirarlo a los ojos.

—No dejes que esa mujer malvada te haga daño. Grita. Llama a tu padre. Pide ayuda.

Asintió.

Me di la vuelta y salí de la mansión por la puerta trasera, cargando la maleta para no hacer ruido y no llamar la atención de la familia Zampieri, que seguía en el salón principal.

Tuve que hacer un esfuerzo hercúleo para marcharme, sentía los pies tan pesados como el plomo, y mi cuerpo simplemente no quería obedecerme.

Quería quedarme para proteger a Giovanni, pero si me quedaba, destruiría la vida de Massimo. Y me sentiría culpable en cualquier caso.

Cuando estaba a punto de salir del terreno de la mansión y pedir un Uber, casi solté un grito al ver que alguien surgía de las sombras, fumando un puro.

—¿A dónde vas? —Santo bajó las gafas de sol y miró mi maleta.

—Mi amiga… Bianca… ha tenido un accidente… —dije, entre lágrimas—. Tengo que regresar, rápido. Antes de que Massimo me impida irme.

—¿Tu amiga ha tenido un accidente? —Frunció el ceño—. ¿Necesita algo?

—Ella… ha tenido… un accidente… —seguí repitiendo esas palabras, en estado de shock—. Tengo que irme, Santo. Déjame ir, no me detengas.

—Tu amiga no ha tenido ningún accidente.

—No. Pero necesito irme.

—No voy a detenerte —dijo, indicando con un gesto que era libre de seguir—. Pero… ¿puedo llevarte?

—Mejor no. No sé si confío en ti.

—Muy bien hecho. Yo tampoco confiaría en alguien que falsificó documentos por mí. —Rió por lo bajo—. Quieras o no, Gabriela, tengo que llevarte al aeropuerto y asegurarme de que embarques con seguridad.

—¿Por qué?

—Porque mi hermano me mataría si fallo en proteger a la familia. Y tú eres de la familia.

—¿Me prometes que me dejarás ir?

—Lo prometo. ¿Tú me prometes que hablarás bien de mí a tu amiga accidentada?

Reí entre lágrimas, me limpié el rostro y respiré hondo.

—Decir «bien» ya es mucho...

—Tienes razón. ¿Quién se interesaría por un falsificador profesional? —Santo tomó la maleta de mis manos—. Y eso fue lo más inocente que he hecho en mi vida.

Colocó la maleta en el coche y me abrió la puerta para que entrara.

Subí y miré por la ventana, despidiéndome de Milán mientras nos dirigíamos al aeropuerto. Sentía el corazón pesado por la despedida no dicha. Cada kilómetro que me alejaba de Massimo y Giovanni era una tortura, pero sabía que hacía lo correcto.

En el aeropuerto, Santo y yo nos despedimos en la zona de embarque.

—Puedo reembolsarte el dinero del billete. Mi hermano sin duda querría que lo hiciera —dijo Santo.

—No, gracias. Tu hermano ya ha hecho demasiado por mí, no puedo aceptarlo.

—Lamentablemente nuestro avión está en mantenimiento, el idiota de mi hermano acaba de hacer un viaje largo… —suspiró—. ¿Estás segura de que no necesitas nada más? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—En realidad, Santo, necesito una cosa.

—Dime.

—Protege a Giovanni. No dejes que nadie le haga daño.

—Está bien. Puedo hacerlo, sin duda.

—Es en serio. No dejes que Francesca se le acerque. Especialmente después de que salgan los resultados de los exámenes.

Asintió y me ofreció un apretón de manos, entregándome una tarjeta negra con su número.

—Por si lo necesitas.

—Lo necesitará mi amiga, yo no. —Agité la tarjeta y la guardé en el bolsillo—. Adiós, Santo. Gracias.

—Ciao.

Pasé por todo el proceso de seguridad del aeropuerto y me senté en la sala de embarque, esperando la llamada para el vuelo.

Cada segundo parecía una eternidad, y el dolor de la separación era casi insoportable.

Cerré los ojos, intentando convencerme de que había hecho lo correcto y que debía ser fuerte. Mi sueño de tener una familia nunca se realizaría si destruía la de Massimo. Y yo también había cometido un grave error al pasar por encima de sus decisiones, llevándome a Giovanni a otro médico sin avisarle.

Cuando finalmente llamaron mi vuelo, me levanté con un peso en el corazón. Caminé hasta la puerta de embarque, sintiendo cada paso como una despedida.

Al entrar en el avión, miré por última vez el aeropuerto, imaginando a Massimo y Giovanni allí, esperándome.

Me senté en mi asiento, y mientras el avión despegaba, sentí cómo las lágrimas comenzaban a correr silenciosamente por mi rostro. Estaba dejando atrás la vida que había construido, el amor que había encontrado. Pero necesitaba creer que, algún día, todo estaría bien.

Cerré los ojos, intentando encontrar un poco de paz.

Capítulo 42

Massimo Zampieri

La reunión con mi abuela había sido más agotadora que el viaje de ida y vuelta a Australia. No aceptó mis condiciones y reafirmó sus exigencias.

Al menos, ya no estaba ciego, imaginando que aceptaría a Gabriela en la familia. Conocía sus planes y necesitaba encontrar una forma de detenerla.

Tras la reunión, me quedé unas horas más en el despacho, resolviendo el papeleo atrasado, y cuando ya caía la noche, decidí que sería buena idea disculparme con Gabriela como era debido, llevándola a cenar.

La busqué en la biblioteca, en el comedor y en la cocina, pero Gabriela no estaba por ninguna parte. Cuando regresaba a la habitación, cruzando el pasillo, me topé con Francesca, que tenía una sonrisa en los labios.

—Francesca, ¿has visto a Gabriela por aquí?

Ella fingió sorpresa y miró a su alrededor.

—¿Aún no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Ha decidido marcharse. Supongo que al fin ha entrado en razón.

Sentí que se me congelaba la espalda. Me quedé inmóvil, mirándola, sin creer sus palabras. Una oleada de miedo y ansiedad empezó a apoderarse de mí, y corrí al dormitorio con la esperanza de encontrarla allí.

Al entrar, vi una carta sobre la cama.

El sobre llevaba mi nombre, escrito con la letra de Gabriela.

Me temblaban las manos al abrirlo. Una sensación de pánico crecía dentro de mí. Al empezar a leer, el corazón se me encogió:

Massimo,

Sé que esto puede parecer repentino, pero Bianca ha tenido un accidente y me necesita en Brasil. No pude avisarte por mensaje ni por llamada, temía que intentaras detenerme, pero créeme: tengo que irme.

Te amo a ti y a Giovanni con todo mi corazón.

Espero que todo esté bien. Intentaré darte noticias lo antes posible.

Espero que algún día puedas perdonarme.

Con amor,
Gabriela.

Las palabras se emborronaban ante mis ojos y una oleada de desesperación me golpeó.

Gabriela se había ido.

Me había dejado, llevándose consigo una parte de mi corazón, y no había tenido la oportunidad de detenerla. Corrí por la habitación, buscando cualquier rastro suyo: la ropa que le había regalado, sus perfumes, joyas, zapatos, todo seguía allí.

Pero su maleta y sus pocas pertenencias personales no estaban por ningún lado. Me desesperé, tomé el móvil y le envié varios mensajes que ni siquiera llegaron a tener la doble marca de confirmación.

Necesitaba hablar con ella, necesitaba traerla de vuelta. Pero cada intento de llamada iba directo al buzón de voz.

—No, Gabriela... —murmuré, sintiendo el peso de la situación aplastar mi alma.

¿Cómo dejé que esto ocurriera?

Desesperado, salí de la habitación y fui a buscar a Santo. Necesitaba hablar con él, necesitaba a alguien que me ayudara a entender qué hacer. Lo encontré en los jardines, sentado en un banco frente a la fuente, fumando un puro.

—Santo, ¿has visto a Gabriela? —pregunté, agitado.

Él alzó la vista lentamente, sorprendido.

—Nunca te había visto así. —Frunció el ceño y soltó el humo con lentitud—. Estás pálido, alterado… pareces asustado.

—Es porque lo estoy —gruñí—. Nadie entra o sale de esta casa sin que tú lo sepas. ¿Dónde está?

—Camino a Brasil, imagino.

—¡Santo!

—Santo Dio, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. —Se persignó y besó un crucifijo imaginario entre las manos.

—¿Puedes al menos decirme qué pasó?

Santo se encogió de hombros, parecía divertirse con mi desesperación, pero de una forma que sabía que solo intentaba aliviar la tensión.

—Dijo que su amiga Bianca había tenido un accidente. Pero tú sabes, hermano… a veces la gente necesita un pretexto para salir corriendo. Sobre todo cuando se sienten presionadas.

—No hagas eso, Santo —dije, al borde de perder la paciencia—. No ahora. Solo dime qué hacer. ¿Cómo puedo traerla de vuelta?

Santo me hizo señas para sentarme, y cuando lo hice, apoyó una mano sobre mi hombro. Apagó el puro en el banco y lo arrojó a la fuente.

—Voy a ser honesto contigo, hermano, solo porque te quiero.

—Habla.

—Quizá lo mejor que puedas hacer ahora… sea dejarla ir.

—¿Qué? —pregunté, incrédulo—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Escucha —Santo se levantó y cruzó los brazos, con la mirada seria—. Su amiga la necesitaba, y estoy seguro de que cuando tenga tiempo, te responderá. Pero seamos sinceros, aquí estaba bajo una presión brutal.

—Sí.

—Y tú, con toda tu familia disfuncional, tampoco ayudaste mucho. Creo que no será Einstein, pero lo único que necesita ahora para avanzar es tiempo y espacio.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, pero sabía que contenían una amarga verdad.

—¿Y qué hago entonces? —pregunté, la voz baja y llena de desesperación.

—Primero, resuelve tus propios problemas —dijo Santo, con una seriedad que pocas veces mostraba—. Tienes que enfrentar a nuestra querida abuela y poner orden en la empresa. Demuestra que tienes el control de tu vida. Solo entonces, cuando todo esté más estable, intenta recuperarla.

—No sé si sobreviviré hasta entonces.

—Ella no habría aguantado mucho más este infierno. Sophia se rompió por completo y nuestro padre… bueno, a él ya nada le importa.

—No le importa.

—Entonces sé tú el hombre de esta familia. —Me dio una patada en la pierna—. Toma las riendas y arregla este desastre.

—Fácil decirlo, ¿no? —gruñí.

—Yo mataría a la vieja por ti, pero también es mi abuela y va contra mis principios. —Metió las manos en los bolsillos y miró al cielo—. Fuiste un idiota al traerla aquí, después de todo lo que mamá sufrió...

—¿Y si ella no quiere volver? —murmuré, temiendo la respuesta.

Santo volvió a encogerse de hombros, su expresión se suavizó un poco.

—¿Sería tan lista como para no querer volver? —Arrugó la nariz —. Bueno, si no quiere, tendrás que aceptarlo. Pero si de verdad la amas, lucha por ella.

—¿Y perder el control de la empresa?

—Eso es vivir, amiguito. —Puso ambas manos sobre mis hombros —. Vivir es como el sexo anal: una maravilla, pero vas a perder algunas piezas en el camino.

Tuve ganas de darle un puñetazo en la cara. Pero el maldito tenía razón.

Creí que traer a Gabriela a mi mundo sanaría una parte de mí y me daría fuerzas —y así fue. Solo que nunca pensé que el proceso la enfermaría y la asustaría tanto.

Sentí que las lágrimas querían salir, pero parpadeé rápidamente, intentando mantener la compostura.

—Lo dejó todo atrás. Ropa, joyas, bolsos...

—Si no fuera tan decente, te la habría robado. —Santo volvió a darme una patada—. No la mereces. Esa mujer es un ángel. Y yo, bueno, yo prefiero a las diablas...

—Gracias, Santo —agradecí, con la voz ligeramente quebrada—. Creo que necesitaba oír eso.

—De nada, hermano. —Me dio una palmada en el hombro y se alejó—. Y recuerda, estoy aquí para ayudarte. Aunque sea para patear tu cadáver y mear sobre tu tumba.

Reí, a pesar del dolor en el pecho.

Sabía que Santo tenía razón. Necesitaba resolver mis propios asuntos antes de intentar arreglar las cosas con Gabriela.

Volví a entrar en la mansión, sintiéndome algo más tranquilo, pero profundamente herido.

Subí de nuevo a mi habitación y me senté en el borde de la cama. Miré la carta de Gabriela, intentando imaginar qué estaría sintiendo en ese momento. Cogí el teléfono e hice un último intento de llamarla.

Una vez más, fue directo al buzón de voz.

Gabriela Sierra

El vuelo a Brasil fue un tormento.

Cada kilómetro que me alejaba de Milán y de Massimo era como una puñalada en el pecho. Sentía que dejaba una parte de mí atrás, una parte que nunca volvería a ser la misma.

Cuando el avión aterrizó en Río de Janeiro, una mezcla de alivio y tristeza se apoderó de mí. Estaba de vuelta en mi país, pero mi corazón seguía atado a Italia.

Desembarqué y, al salir por la puerta de llegadas, vi a Bianca y Raíssa esperándome. En cuanto me vieron, corrieron hacia mí. Bianca fue la primera en abrazarme, y sentí cómo todas mis defensas se derrumbaban.

—¡Gabi, qué saudades! —exclamó, apretándome con fuerza—. Estaba tan preocupada por ti.

—Yo también, Bia —respondí, con la voz entrecortada—. Pasaron tantas cosas...

Raíssa, siempre la más sensata de las tres, esperó pacientemente su turno. Cuando Bianca se apartó, Ray me estrechó en un abrazo igual de fuerte.

—Estamos aquí para ti, Gabi —dijo, con su voz tranquila y reconfortante—. Somos una familia.

Las lágrimas que había contenido durante todo el vuelo empezaron a correr por mi rostro. Mis hombros temblaban mientras lloraba, y ambas me abrazaban con fuerza, dándome el apoyo que tanto necesitaba.

—Vamos a casa, ¿sí? —sugirió Bianca, rodeándome con el brazo —. Necesitas descansar.

Asentí con la cabeza, agradecida por tener amigas tan maravillosas. Caminamos hasta el coche, y durante el trayecto intentaron distraerme con historias de lo que había ocurrido mientras yo estaba fuera. Hablaron de sus nuevos trabajos, de amores, y de pequeñas conquistas cotidianas.

Pero mi mente seguía en Milán. En Massimo. En Giovanni.

—Gabi, ¿quieres hablar de lo que pasó? —preguntó Raíssa con delicadeza, mientras observábamos las calles bulliciosas de Río.

Suspiré, sintiendo cómo el dolor latía en mi pecho.

—No sé por dónde empezar —admití, con la voz débil—. Las cosas iban tan bien, pero luego todo se vino abajo.

Bianca me tomó la mano, ofreciéndome consuelo.

—Empieza por el principio, Gabi. Queremos escucharlo todo.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

Les conté cómo todo había cambiado desde que Massimo viajó a Australia. Cómo su abuela y el resto de la familia hicieron de mi vida un infierno. Les hablé de lo inadecuada que me sentía, del juicio constante. Les conté sobre los exámenes de Giovanni y la tensión que eso había generado entre Massimo y yo.

Las palabras salían entrecortadas, pero ellas me escuchaban con atención, sin interrumpirme.

Cuando terminé, las lágrimas volvieron a brotar.

—No sabía qué hacer —confesé, sintiéndome impotente—. Sentía que estaba perjudicando a Massimo y a Giovanni. No podía quedarme allí y seguir causando más problemas.

Bajamos del Uber frente a nuestro antiguo piso. Los recuerdos me invadieron, trayendo una mezcla de consuelo y tristeza.

—Hiciste lo que creíste correcto, Gabi —afirmó Raíssa, apretándome la mano—. Y estamos aquí para apoyarte, pase lo que pase.

Entramos en el piso, y la familiaridad del lugar me envolvió como un abrazo reconfortante. Todavía no teníamos sofá, así que nos reunimos en la cocina. Bianca fue a preparar un té mientras Raíssa se sentó a mi lado.

—Echo tanto de menos a los dos… —susurré, con el corazón encogido.

—Lo sabemos —respondió Bianca, volviendo con tres tazas humeantes—. Pero a veces hay que alejarse para ver las cosas con claridad.

Bebimos el té en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos. El silencio no era incómodo, sino lleno de comprensión y solidaridad.

Sabíamos que las palabras no podrían curar el dolor, pero su presencia a mi lado era un bálsamo para mi corazón herido.

—Ahora, ¿sabes qué me hace gracia? —Bianca entornó los ojos —. Menos mal que esa familia se metió con todo menos con tu embarazo.

Escupí el té y abrí los ojos como platos.

—¿Qué?

—Embarazada.

Miré a Raíssa, riéndome nerviosamente, buscando apoyo para soportar la locura de Bianca. ¿Yo? ¿Embarazada? Ni de broma.

—Amiga, engordé un poco, aunque casi no comía. Serán las hormonas, el estrés, no sé.

—¿Así se llama ahora? —Hizo un gesto midiendo con ambas manos, marcando unos 25 cm—. ¿Estrés?

—Amiga...

—Gabi, tienes los pies hinchados, el pecho enorme, las caderas anchas, estás como una bomba emocional... y tu barriga...

—¿Qué pasa con mi barriga?

—Amiga, estás embarazada —dijo Raíssa con total seriedad.

—¡No!

—Sí.

—En vez de discutirlo, vamos a comprar un test.

—Vamos —acepté de inmediato.

Era imposible que estuviera embarazada, había cero posibilidades.

Capítulo 43

Gabriela Sierra

Estaba embarazada.

Esa nueva información provocó un caos de sentimientos dentro de mí: conmoción, miedo, alegría y una profunda tristeza que se alternaban en una danza frenética en la boca del abismo.

Me senté en mi antigua cama, con las manos temblando mientras sostenía la prueba de embarazo positiva.

Bianca y Raíssa estaban frente a mí, llenas de expectativa y preocupación.

—Gabi, di algo —suplicó Bianca, apretándome la mano con fuerza.

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Yo… ya no podré ser monja.

De todas las cosas que mi cerebro intentó formular, esa fue la única que salió. El terror de no tener un plan B, de estar irrevocablemente conectada a la familia Zampieri y, probablemente, a merced de aquella bisabuela bruja...

—Por el amor de Dios, ¿eso es todo lo que tienes que decir?

—No lo sé. —Les entregué la prueba y me tumbé en la cama—. Estoy tan… confundida. Feliz, tal vez. Pero, más que nada, estoy asustada.

Raíssa, siempre la más pragmática, se sentó a mi lado y me acarició la mano.

—¿Se lo vas a contar?

—No lo sé.

—¿Vas a volver al hotel, al menos?

—No.

De las pocas certezas que tenía en la vida, esa era la más cristalina. Jamás volvería a involucrarme con nada que tuviera a un Zampieri de por medio.

—¿No vas a decir nada? —Raíssa le gruñó a Bianca.

La otra se sentó en la cama y acarició mi barriga.

—Ay… tita te quiere, tita te cuida… —Encogió los hombros—. ¿Qué? ¿Qué se supone que debería decir?

—¿Un plan? ¿Una salida? ¿Una solución? —bufó Raíssa.

—Amiga, vete a dormir, que lo tuyo es puro agotamiento. Mañana será otro día, y después de volver del hotel, pensaré en algo.

Asentí, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

—Es solo que… nunca pensé que estaría en esta situación. Deseaba tanto ser madre, pero no así. No con todo este lío.

Bianca me atrajo hacia un abrazo apretado.

—Eres fuerte, Gabi. Más fuerte de lo que crees. Y este bebé tendrá suerte de tenerte como madre. Ahora duerme. El viaje fue largo y agotador.

—Lo fue.

Sonreí entre lágrimas, sintiendo algo de alivio con las palabras de mis amigas.

Quería dormir, pero pasé la noche en vela, mirando el móvil, lleno de mensajes.

No tuve valor ni siquiera para abrirlos.



A la mañana siguiente, Bianca ya se había ido al hotel y Raíssa insistió en llevarme a un sitio. Quería distraerme, mostrarme algo

especial y, quizás, devolverme un poco de normalidad en medio del caos.

—Vamos, Gabi. Te va a encantar lo que vas a ver —me dijo, tirando de mi brazo.

—¿Pero tiene que ser tan temprano?

—Sí, tiene que ser.

Cuando llegamos a una antigua tienda de reparación de móviles en una de las calles más concurridas de Madureira, me sorprendí con lo que vi.

La fachada amarilla había sido pintada de rosa. Al subir la persiana, descubrí una mezcla de pastelería y heladería. El lugar era pequeño, sencillo y un poco desordenado, pero había un aire acogedor que me hizo sentir como en casa al instante.

Raíssa me enseñó cada rincón, orgullosa de su logro.

—¿Qué es esto, Ray?

—Después de que Massimo pagara la reforma del orfanato, las monjas iban a tirar la mesa de trabajo y los hornos antiguos. No podía dejar que desperdiciaran algo que aún podía servir —explicó, riendo—. Así que me lo traje y monté mi negocio.

Miré a mi alrededor, admirando el esfuerzo y la dedicación que había puesto allí.

—Guau, esto es increíble, Ray —le dije, inspirada por su determinación—. Entonces, ¿nada de vender cookies y brownies en la playa de Copacabana?

—Mira… —mordisqueó sus labios— A veces sí vendo.

—¿Ah, sí?

—Allí puedo venderlos por cinco veces el precio. Y pagan. —Se encogió de hombros—. A veces por aquí no hay mucho movimiento. Sobra producto… y como no tengo nevera aquí, uso la de casa. Creo que es mejor ir a Copacabana y vender en la playa.

—Entiendo. Así que dejaste de buscar trabajo y montaste tu propio negocio.

Raíssa sonrió, con los ojos brillando de orgullo.

—Sí. Al menos ahora no tengo que ir con miedo a una entrevista pensando que tendré que acostarme con mi jefe para conseguir el empleo.

Reímos un poco, y enseguida empecé a ayudarla con el lugar. Raíssa comenzó batiendo las masas para pasteles, yo me concentré en las de las cookies.

—¿Estás segura de que vas a dejar el trabajo en el hotel? Ese lugar lo era todo para ti —comentó Raíssa.

Suspiré, sintiendo el peso de la pregunta.

—No lo sé. Estoy tan perdida —admití, con un nudo en la garganta—. Ahora tengo que pensar en el bebé, en mi futuro, y en cómo le voy a contar a Massimo.

Raíssa preparó un café y me ofreció una porción de bizcocho de maíz con guayaba que tenía en la vitrina.

—Primero tienes que calmarte —dijo, tomándome la mano—. Todo está muy reciente y tu cabeza va a mil por hora. Lo único que puedo decirte es que vas a tener que ser fuerte. No solo por ti, sino por el bebé. Y sobre Massimo… ya sabrás cuándo es el momento de contarle.

Asentí, intentando absorber sus palabras.

—Lo que me preocupa ahora es lo que dirá su familia. Van a decir que intenté atraparlo con el embarazo...

—Amiga, no importa lo que diga su familia. La tuya te va a apoyar. Quizás la hermana Maia no, pero te aseguro que Bia, yo y la hermana Danka estaremos de tu lado.

—Tienes razón —admití, apretando su mano—. Necesito ser fuerte.

—Y lo eres —afirmó Raíssa con convicción—. ¿Te acuerdas de todo lo que ya has superado? Esto es solo otro desafío.

Pasé el resto del día en la pastelería, ayudando a Raíssa con las tareas y hablando sobre el futuro. Esa sensación de normalidad y su presencia reconfortante me ayudaron a despejar la mente.

Por la noche, cuando volví al apartamento, me sentí un poco más esperanzada. Las palabras de Raíssa seguían resonando en mi

cabeza, dándome fuerzas para enfrentar lo que estaba por venir. Sabía que tendría que contarle a Massimo sobre el embarazo, pero necesitaba encontrar la forma correcta de hacerlo.

Mientras preparaba la cena, Bianca llegó a casa, irradiando su energía y positivismo de siempre.

—¿Qué tal fue el día? —preguntó, sentándose en la barra de la cocina.

—Bien —respondí, sonriendo—. Raíssa me enseñó la pastelería, pasamos el día trabajando y charlando. Me vino bien para aclarar la mente.

Bianca asintió, cogiendo una manzana del frutero.

—Me alegra oír eso. Cuenta conmigo para vender lo que sea en Copacabana. —Rió—. ¿Y el bebé? ¿Ya pensaste qué vas a hacer?

Suspiré, removiendo la olla en el fuego.

—Todavía no tengo un plan definido, pero empiezo a aceptar la idea —dije, sintiendo un calor reconfortante en el pecho al pensar en él—. Creo que necesito hacerme exámenes, ¿no? Cuidarme... seguir el embarazo.

Estaba nerviosa. No tenía ni idea de qué hacer.

—Voy a llamar a la agente de salud del barrio para que nos visite. Ella te dará instrucciones y te programará los análisis —dijo Bianca con naturalidad—. No será un médico italiano de lujo, pero sin atención no vas a quedarte.

Asentí sin dudar.

—¿Será esto por lo que pasó mi madre?

Bajé la cabeza y suspiré.

Bianca me abrazó de inmediato.

—¿Será que descubrió que estaba embarazada de un hombre cuya familia no aceptaba la relación? ¿Será que por eso me dejó en el orfanato?

—Ay, Gabi... —apoyó la cabeza en mi hombro—. Deja de pensar en eso.

—Es que… cuanto más pasa el tiempo, más necesito saber de dónde vengo. Y ahora ni siquiera sé hacia dónde va mi hijo.

—Tu hijo va a estar muy bien cuidado, ¿vale? —Bianca me miró con seriedad, casi ofendida—. A lo sumo pondrá un pie en el orfanato para conocer a las monjas o estará unas horas mientras trabajas, pero va a recibir todo el amor del mundo.

—¿Y si no soy una buena madre? No sé ni cuidar de mí misma…

—Claro que sabes, tonta —rió—. Y ese niño tiene un padre. También tiene que asumir su parte, aunque sea con dinero.

—No quiero nada de Massimo.

—Ese es tu problema, pero tu hijo tiene derechos. Y necesita vivir con un mínimo de dignidad, ¿estamos?

Yo lo sabía, pero prefería trabajar de ocho a medianoche en la pastelería de Raíssa antes que pedirle un solo céntimo a Massimo.

—¿Podemos no hablar más de eso? Pensar en ello me duele demasiado…

—Está bien. Pero si tú no tienes fuerzas para luchar, yo lucharé por ti —dijo Bianca, terminando su manzana antes de irse a duchar.

Después de cenar, me acosté con mis amigas en la cama, hablando del futuro y haciendo planes. Estar con ellas me recordaba que no estaba sola, y eso me daba la fuerza que necesitaba para seguir adelante.

Prefería mil veces estar con ellas en un barrio cualquiera de Río de Janeiro antes que vivir en una mansión de lujo rodeada de gente que no paraba de juzgarme.

Cuando se fueron a dormir y el apartamento quedó en un profundo silencio, Massimo y Giovanni vinieron a mi mente.

¿Habrán salido ya los resultados de los análisis? ¿Estarán bien?

El amor que sentía por ellos era profundo, y el dolor de estar lejos, casi insoportable. Pero sabía que debía ser fuerte, no solo por mí, sino por el bebé que llevaba dentro.

Antes de dormir, no pude evitarlo y escribí un mensaje para Massimo:

Gabi: Espero que tú y Giovanni estéis bien. Pienso mucho en vosotros. Prometo que me pondré en contacto cuando esté

preparada. Cuida de *Biscotto* por mí.

Lo envié, sintiendo un alivio inmediato… pero también un dolor agudo en el pecho. Sabía que tenía que enfrentar mis propios demonios antes de volver a mirar a Massimo a los ojos.

Capítulo 44

Massimo Zampieri

Estaba sentado en el despacho, mirando la pantalla del ordenador, pero mi mente estaba en otra parte.

Desde que recibí el mensaje de Gabriela, mi corazón no encontraba sosiego. Sus palabras resonaban en mi mente, cargadas de dolor y añoranza, y ya no podía soportarlo.

Leí el mensaje una y otra vez, intentando encontrar algo de consuelo en sus líneas, pero la sensación de pérdida era abrumadora. Sabía que necesitaba espacio, pero la idea de estar lejos de ella era insoportable.

Quería responderle, pero ¿qué podía decirle que no sonara desesperado?

Quería decirle que la amaba, que la necesitaba de vuelta, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera por arreglar las cosas entre nosotros. Pero también sabía que debía respetar su tiempo y reparar los problemas con mi familia, para que cuando regresara, tuviera un verdadero hogar.

Con las manos temblorosas, comencé a escribir una respuesta.

Estaba a punto de enviarla cuando sonó mi teléfono, interrumpiendo mis pensamientos. Miré el número, era de Brasil. Dudé un segundo antes de contestar.

—¿Hola?

—¿Massimo? Soy Thiago. Necesito hablar contigo sobre la investigación que me pediste.

Sentí una oleada de alivio al escuchar su voz.

Le había pedido que investigara el pasado de Gabriela, con la esperanza de encontrar alguna pista sobre su familia. Pero su llamada, en ese momento, parecía casi providencial.

—Thiago, espero que tengas buenas noticias. ¿Qué has averiguado?

—Tengo algo de información, aunque no es exactamente concluyente. Después de la reforma del orfanato, las monjas me entregaron los documentos de adopción de Gabriela. Fui tras el hombre que la dejó allí.

—¿Y...?

—No sabía quiénes eran sus padres, pero contó una historia interesante.

Mi corazón se aceleró. Tal vez había una posibilidad de descubrir más sobre el pasado de Gabriela.

—Sigue, por favor. ¿Qué dijo?

—Dijo que él y su esposa no podían tener hijos. Durante unas vacaciones en São Paulo, visitando a la familia de ella, una mansión en el Jardim Paulista se incendió.

Me froté las sienes, intentando entender qué relación tenía eso con Gabriela.

—La mujer escuchó un bebé llorando, entró en un callejón oscuro y encontró a Gabriela envuelta en una manta, con un collar que era como una llave.

—¿Y qué hicieron?

—Cogieron a la niña e intentaron encontrar a alguien que la conociera, pero empezaron a ser perseguidos por una banda que los siguió hasta Río de Janeiro.

—¿Una banda? —Fruncí el ceño.

—Sí. Se asustaron, cancelaron el resto de las vacaciones y pensaron que estarían a salvo en casa. Pero cuando vieron que aquellos hombres los seguían buscando, dejaron a Gabriela en el orfanato más lejano de su barrio.

Me incliné hacia delante, sintiendo que la tensión aumentaba.

—¿Tienes algún nombre o descripción de ese hombre?

—No importa. Me dio la dirección del lugar donde encontró a Gabriela en São Paulo.

Se me erizó la piel. Contuve la respiración, lleno de expectativa. Algo grande venía.

—No está lejos de donde trabajo, con la familia del juez Daniel Mascarenhas. Solía pasar por allí casi a diario después del trabajo. La mansión todavía sigue en pie, está en ruinas, quemada, llena de escombros.

—Ajá.

—Fue entonces cuando vi a una mujer que... me recordó muchísimo a Gabriela, pero más mayor.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Era posible que aquella mujer fuera pariente de Gabriela?

—¿Qué más averiguaste, Thiago?

—Se llama Kalinca Oliveira Pimenta. Me pareció extraño, porque los dueños de la antigua mansión se apellidaban Mendoza… así que descubrí que Kalinca también fue adoptada. Vive en la periferia de São Paulo.

—Necesitamos una prueba de ADN.

—No hará falta —rió—. Me acerqué, gané su confianza… estamos bastante unidos.

—Ajá.

—Tiene una hermana menor. ¿Estás preparado para verla?

—Mándala.

Sentí una oleada de emociones apoderarse de mí. Cuando recibí la foto en mi móvil, vi a una mujer idéntica a Gabriela. Gemelas. Gabriela tenía una hermana gemela. Eso explicaba muchas cosas sobre su pasado tan misterioso.

Se me encogió el corazón al pensar en todo lo que ella desconocía sobre su propia historia.

—Son iguales, ¿verdad?

—Idénticas —respondió Thiago—. Le pregunté a Kalinca si su hermana tenía una gemela, pero entonces me bloqueó. No quiere volver a verme. Creo que es un tema sensible para ella.

—Thiago, gracias. Esto es… increíble. ¡Hemos encontrado a su familia!

—Así es. Pero va a ser difícil hacer que Kalinca hable.

—No hará falta. Las llevaremos una hasta la otra —propuse.

—¡Genio! Trabajo hecho. Te paso la dirección en breve. ¿Necesitas algo más?

—Por ahora, no.

Asentí, aunque sabía que Thiago no podía verme.

Colgué el teléfono y me quedé mirando la foto durante un buen rato. Gabriela tenía una hermana gemela. Y probablemente ya sabíamos quién era su familia.

Me levanté y fui hasta la ventana, contemplando el horizonte de la ciudad de Milán. Echaba de menos a Gabriela más que nunca, pero sabía que ese descubrimiento podía ser el comienzo de algo nuevo para nosotros.



Tuve una reunión con dos primos para averiguar si tenían algún interés en vender sus partes de la empresa, pero no quisieron.

Ya había comprado las acciones de todos los que fueron apartados de la familia. Solo quedaban los que mi abuela aún controlaba.

Pasé el resto del día en el despacho, caminando de un lado a otro, inquieto, pensando en todo lo que estaba ocurriendo. El homenaje del gobierno de Río de Janeiro a mi madre tendría lugar en unas semanas: la ocasión perfecta para encontrar a Gabriela y tratar de resolverlo todo.

Estaba a punto de enviarle un mensaje cuando mi teléfono volvió a sonar.

El identificador mostraba la llamada de un consultorio médico. Contesté de inmediato, con el corazón acelerado.

—¿Hola?

—¿Señora Zampieri? Habla la doctora Daniela, la médica que atendió a Giovanni recientemente. He estado llamando a su otro número, pero no contesta, así que probé este secundario.

—Hola, doctora. Soy el padre de Giovanni.

—¡Ah, perfecto! —dijo, animada—. Ya tenemos los resultados de los exámenes y creo que es importante hablarlos en persona. ¿Puede venir al consultorio?

Mi mente empezó a girar.

La urgencia en su tono me inquietó profundamente.

—Por supuesto, doctora Daniela. Estaré allí lo antes posible.

Cogí las llaves del coche y conduje rápidamente hasta el consultorio, que estaba en un barrio cercano. Al llegar, me llevaron directamente al despacho de la médica. La doctora Daniela me recibió con un semblante serio y preocupado.

—Señor Zampieri, por favor, siéntese —dijo, señalando la silla frente a su escritorio—. Tenemos mucho de qué hablar.

Me senté, tratando de mantener la calma, pero el pánico por lo que pudiera decir era palpable.

—Doctora Daniela, por favor, vaya al grano. ¿Qué revelaron los exámenes de Giovanni?

Respiró hondo y me miró directamente a los ojos.

—Señor Zampieri, los resultados muestran que Giovanni no tiene leucemia. En realidad, nunca la tuvo.

Sus palabras cayeron como una bomba. Me quedé en shock, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué?

Me entregó la carpeta con los documentos.

—La señora Zampieri me dijo que podía abrirlos y dar el resultado por teléfono, porque quizá no podría recogerlos... —explicó.

—No... No entiendo. ¿Cómo que no tiene leucemia? Fue diagnosticado cuando era un bebé. Ha estado en tratamiento toda su vida… He gastado millones para mantener a mi hijo con vida...

—Sé que esto debe ser un impacto para usted —me interrumpió con voz calmada pero firme—. Los exámenes indican que el organismo de Giovanni está sobrecargado debido a los medicamentos que ha estado tomando. Los síntomas que presenta son efectos secundarios de esos fármacos, no de una enfermedad que nunca tuvo.

Sentí una ola de furia crecer en mi interior.

Años de sufrimiento, tratamientos, miedo. ¿Todo basado en una mentira?

—¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo nadie lo detectó antes? ¡He llevado a mi hijo con los mejores médicos del mundo!

—Señor Zampieri, si no confía en mi diagnóstico, le animo a buscar una segunda opinión independiente. Pero le aseguro que Giovanni no tiene leucemia. —Me sonrió con amabilidad—. Su hijo debe dejar esos medicamentos de inmediato y comenzar un tratamiento de desintoxicación para aliviar su sistema.

Mi cabeza daba vueltas.

Sentía la sangre hervir en mis venas.

Había sido engañado de una forma que nunca habría imaginado.

—¿Sabe usted quién gestionaba las citas o tenía contacto con los médicos que diagnosticaron y trataron a Giovanni?

—Su tía, Francesca. —Parpadeé lentamente, sintiendo la presión en mis ojos como si fueran a estallar—. Esto no puede ser posible…

La doctora Daniela se mantuvo serena, entendiendo mi reacción.

—Señor Zampieri, entiendo su rabia. Pero lo mejor ahora es centrarse en la recuperación de Giovanni. Podemos hablar de medidas legales y éticas más adelante.

Respiré hondo, intentando controlar la furia. Pero necesitaba respuestas.

—Doctora Daniela, llevaré a Giovanni a otro especialista, como ha sugerido. Pero dígame, ¿cómo uno de los mejores médicos de Italia

puede haber tratado un diagnóstico falso durante todos estos años?

—No es habitual. Pero según la literatura médica, el Síndrome de Münchhausen por poderes ocurre cuando un tercero tiene interés en engañar o controlar a otro. —Me miró de arriba abajo, evaluándome —. No parece ser su caso.

—Claro que no. Estaba de duelo por mi esposa, cuidando del negocio familiar, y confié a mi hijo a personas que creía que lo amaban tanto como yo.

—Entonces ha llegado el momento de alejar a esas personas de su hijo —sugirió—. Pero busque esa segunda opinión y, en cuanto reciba los resultados, inicie la desintoxicación cuanto antes. ¿Siete años tomando esos medicamentos?

Movió la cabeza con tristeza.

—Lleve estos informes y análisis al próximo médico. Le deseo lo mejor para Giovanni.

Salí del consultorio con la rabia latiendo en cada fibra de mi cuerpo. Cogí el teléfono y llamé a Santo, mi voz cargada de furia.

—Santo, necesito que encuentres a Francesca y al doctor Rossi. Ahora.

—Massimo, ¿qué ha pasado? —preguntó, sorprendido por mi tono.

—Giovanni nunca tuvo leucemia. Todo ha sido una mentira. Quiero respuestas. Encuéntralos y dime dónde están.

Santo no dudó.

—¿Pero importa si están vivos o no?

—Quiero respuestas —gruñí.

—Vale, dejo la boca y la lengua intactas, lo demás haré lo que me dé la gana, ¿te parece?

—¡Santo, no juegues con mi paciencia!

Colgué el teléfono y conduje de vuelta a casa, sintiendo cómo la ira crecía a cada segundo. ¿Cómo pudieron hacerme esto? ¿Jugar con la salud de mi hijo? ¿Usarlo como herramienta de control y manipulación?

Al llegar a casa, me encerré en el despacho, intentando mantener la calma. Necesitaba pensar con claridad, pero la furia y el dolor me estaban consumiendo. Cada momento de sufrimiento de Giovanni, cada lágrima… todo basado en una mentira.

Poco después, sonó mi teléfono. Era Santo.

—Massimo... —canturreó.

—¿Qué?

—He encontrado a Francesca. Por precaución, la até por los pies y la dejé colgando del último piso de su casa.

—¿Qué has hecho?

—Mira por la ventana.

Aparté el portátil, abrí la gran ventana y miré hacia arriba como un idiota. Busqué cualquier señal de Francesca, pero solo vi el cielo azul.

Santo, abajo, me saludó con los deditos, con una sonrisa adorable en la cara.

—Te pillé —se burló.

—¿Dónde están?

—En el maletero, por supuesto —puso las manos en la cintura—. ¿Qué clase de loco crees que soy?

—Uno que amarraría sus cuerpos al coche y los arrastraría por la ciudad.

Santo apuntó hacia mí con el dedo.

—En otra vida, tal vez.

Capítulo 45

Massimo Zampieri

Estaba hirviendo de rabia.

Cada segundo que pasaba, las palabras de la doctora Daniela martilleaban en mi mente como una sentencia de condena. Años de sufrimiento, miedo y desesperación se habían construido sobre una mentira cuidadosamente planeada.

Sabía que Francesca estaba involucrada, pero necesitaba entender hasta qué punto. Y el doctor Rossi también tendría que explicar muy bien su papel en todo esto.

Fui hasta el antiguo establo de la mansión, donde encontré a Santo manteniéndolos a ambos de rodillas, con los rostros hacia el suelo.

—¿Qué significa esto, Massimo? —exigió saber el doctor Rossi, con tono autoritario.

Santo le dio una patada tan fuerte en la boca que juraría haber visto salirle dientes volando.

—Compórtate, basura. Porque si lo que mi hermano diga resulta ser verdad, no voy a patearte solo la boca —le advirtió Santo—. Son todos tuyos.

Se apartó, se sentó sobre una caja de madera y empezó a limpiar su arma, apuntando a Francesca, y a veces al doctor Rossi.

Ambos tenían expresiones de pánico, pero mi compasión estaba enterrada bajo capas de furia. Hice una señal para que los hombres de Santo les acercaran unas cajas para que se sentaran. No importaban sus crímenes, yo quería justicia y trataría de mantener cierta dignidad.

Cerré la puerta, me acerqué y los miré.

Francesca intentaba evitar mi mirada, mientras que el doctor Rossi parecía al borde del colapso.

—Empecemos contigo, Francesca —dije con voz fría y contenida —. Explícame cómo pudiste hacerle esto a Giovanni.

Ella no dijo nada, solo me miró con ojos suplicantes. Movió la cabeza en señal de negación, fingiendo no tener idea de lo que estaba ocurriendo.

—¿Sabes qué es esto? —Saqué los exámenes de mi hijo y se los mostré—. ¿Sabes lo que es?

—No...

—Es la prueba de que mi hijo nunca estuvo enfermo.

Le tiré los papeles en la cara.

—¡Habla, Francesca! —grité, sintiendo que mi paciencia se agotaba—. Me debes una explicación.

—Massimo, por favor... —comenzó con voz temblorosa—. Fue un error, te lo juro. Esa mujer, Gabriela, te está manipulando...

—¡No me vengas con eso! —la interrumpí, harto de manipulaciones y juegos—. Estos exámenes no mienten. Giovanni nunca tuvo leucemia. Años de sufrimiento, todo por una mentira. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Miró al doctor Rossi, esperando que él dijera algo, pero él estaba paralizado por el miedo —y probablemente redescubriendo su boca sin dientes.

Me giré hacia él, con los brazos cruzados.

—¿Y tú, doctor Rossi? —exigí—. ¿Qué tienes que decir sobre esto?

—Yo... yo... —tartamudeó, incapaz de articular una frase coherente—. Fui engañado por su...

Entonces Francesca, finalmente, cedió a la presión.

—Todo fue orquestado por tu abuela, Massimo —dijo con voz cargada de desesperación—. Ella quería controlarte, y yo... yo solo seguía órdenes.

Sentí que la sangre se me helaba al escuchar esas palabras. ¿Mi abuela estaba detrás de esto también? ¿No le bastaba con convertir mi vida en un infierno por la empresa, que también se atrevía a jugar con lo más sagrado e importante que tengo: mi hijo?

—¿Qué dijiste?

—¡La *Nonna*! —sacudió la cabeza—. Cuando se dio cuenta de que no podía controlar a mi hermana, se deshizo de ella.

—¿Se deshizo...?

—Encontró una forma de apartarla del camino, Massimo. Una manera de mantenerte bajo su poder, porque tu abuelo te había delegado la administración de todo y te dio una buena parte de la empresa. Luego tú compraste aún más, hasta llegar al 50%...

—¿Y tú, Francesca? —pregunté, mi voz más calmada ahora, pero aún cargada de furia—. ¿Qué ganabas tú con todo esto? ¿Dejando morir a tu hermana? ¿Envenenando a mi hijo?

Ella vaciló un momento antes de hablar.

—Yo... creía que algún día me amarías —confesó, con los ojos llenos de lágrimas—. Tu abuela me prometió que, si obedecía, tú acabarías enamorándote de mí.

—¿Eso fue lo que te prometió? —Reí sin humor—. ¿Mi amor?

—Sí, Massimo, todo lo que quería era tu amor. Renuncié a mi propia vida, hice todo bien para que tú me amaras.

—¿Todo bien? —Fruncí el ceño y miré a Santo.

Mi hermano tenía un ojo cerrado y el otro entrecerrado, apuntándole a la cabeza de Francesca.

—Santo... —le advertí.

—Solo contaba cuántas pecas tiene en la frente. Qué tipo tan sensible...

—¿Mi amor, Francesca? —Me agaché a su altura, incrédulo por lo que decía—. ¿De verdad creíste, aunque fuera por un segundo, que después de intentar envenenar a mi hijo y atormentar a la mujer que amo, sentiría amor por ti?

De algún modo, en su mente distorsionada, parecía que sí.

Fue decepcionante darme cuenta de que ella era ciega, y yo, estúpido. Claro que noté sus insinuaciones, pero Francesca nunca significó nada para mí.

—Ella no puede dar lo que no tiene. Y lo único que recibirás de mí será mi desprecio y repulsión.

Francesca se desplomó, sus rodillas cedieron y cayó hacia adelante, llorando y temblando. El doctor Rossi la miraba, incrédulo.

—¿Y tú, doctor Rossi? —continué, volviendo mi atención hacia él —. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Yo... yo solo seguía órdenes —suplicó, con la voz llena de pánico—. Hice lo que me mandaron. Por favor, tenga compasión.

—¿Compasión? —Mi voz era un susurro mortal—. Jugaste con la vida de mi hijo. No hay compasión para eso.

Me giré hacia Santo, que observaba todo con una sonrisa satisfecha.

—Son todos tuyos, Santo. Haz lo que consideres necesario.

—Con gusto, hermano —dijo con un brillo cruel en los ojos—. Me aseguraré de que entiendan la gravedad de sus errores.

El doctor Rossi empezó a suplicar, pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Francesca estaba en silencio, sabiendo que cualquier intento de apelar sería inútil.

—¡No, Massimo, por favor, te lo ruego! —gritó Francesca, con un alarido gutural que parecía salirle del alma—. ¡Por favor, no me dejes!

—Llévenselos de aquí —ordené, sintiendo la rabia aún hervir en mis venas.

Santo asintió e hizo una señal a los guardias, que arrastraron a ambos fuera del establo. Me quedé solo, tratando de procesar todo lo que había descubierto. La traición de Francesca, la manipulación de mi abuela, la salud de Giovanni.

Mis manos temblaban mientras volvía a mirar los exámenes. El alivio de saber que mi hijo no estaba enfermo quedaba opacado por la rabia de todos esos años de sufrimiento innecesario.

Ahora la responsabilidad caía sobre mí para arreglar todo esto y asegurarme de que Giovanni tuviera la oportunidad de una vida normal y sana.

Mi familia me había traicionado de la forma más cruel posible, pero no permitiría que eso me destruyera. Lucharía por justicia para Giovanni, por una vida mejor para él.

Y lucharía por traer de vuelta a Gabriela, para demostrarle que el amor que teníamos era real y que valía la pena pelear por él.

—Esperad —dije a los hombres de Santo—. Vamos a llevarlos a casa de mi abuela.

Mi hermano sonrió como un niño al que le han dado un regalo inesperado. Creo que se sintió vengado por todos los años en los que fue excluido de la familia y maltratado por mi abuela. Ella siempre lo llamó «*monstruo*».



El trayecto hasta la mansión de la *Nonna* fue silencioso, salvo por los golpes que daban Francesca y el doctor Rossi en el maletero, intentando escapar.

Aunque mi furia estaba levemente controlada, el corazón seguía latiendo con rabia y dolor.

Cuando llegamos, mi abuela estaba sentada en su sillón de cuero, envuelta en su aura de autoridad. Alzaba la vista al vernos entrar, y su mirada de desprecio cayó directamente sobre Francesca.

—¿Qué significa esto, Massimo? —preguntó Rosa, con voz fría.

—*Nonna*, necesitamos hablar —dije, tratando de mantener la calma—. La verdad tiene que salir a la luz.

—¿Qué verdad? —preguntó con desdén—. ¿Qué está pasando ahora?

Francesca permanecía inmóvil a mi lado, mirando al suelo. Di un paso al frente y enfrenté a mi abuela.

—*Nonna*, he descubierto que Giovanni nunca tuvo leucemia. Todos estos años de sufrimiento fueron una mentira.

Ella alzó las cejas, fingiendo sorpresa.

—¿Qué estás diciendo, Massimo? ¡Eso es absurdo!

—Giovanni se sometió a nuevos exámenes. Los informes médicos revelan que ha sido envenenado todo este tiempo con medicamentos. Francesca estaba detrás de todo... pero sé que no actuó sola.

Francesca miró a Rosa con lágrimas en los ojos.

—*Nonna*, perdóneme —pidió, con voz temblorosa—. Hice todo lo que usted me pidió, seguí sus órdenes, pero...

Mi abuela soltó una risa seca y cruel.

—¿Mis órdenes? Eres patética, Francesca. Siempre fuiste una tonta, fácil de manipular. Jamás pedí que le hicieras daño a Giovanni. Si lo hubiera sabido, habría intervenido.

—¡No, *Nonna*! —dijo Francesca, horrorizada, con la voz entrecortada—. ¡Usted me utilizó! Me prometió que si obedecía, Massimo me amaría. ¡Hice todo por él!

—¿Amarte? —se burló Rosa—. ¿De verdad creíste que podrías ganarte el amor de Massimo? Eres una mujer débil y despreciable. Tu hermana, que era la más insulsa de la familia, era mil veces mejor que tú, escoria de una familia arruinada. ¿Y ahora quieres culparme de tus crímenes? ¡Hazte mujer y asume tus actos!

Sus palabras fueron cuchillas. Vi el cambio en la mirada de Francesca. Un odio ardiente surgió en sus ojos y, antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó sobre mi abuela.

—¡Francesca, no! —grité, intentando detenerla.

Pero las manos de Santo me sujetaron en seco. Me hizo una llave por detrás y me inmovilizó, alejándome de las dos.

—No, Massimo —susurró en mi oído—. Déjalas. Que se enfrenten.

Francesca sujetó el cuello de mi abuela con ambas manos, apretando con fuerza. Mi abuela intentó gritar, pero pronto se quedó sin voz. Luchó, pero su fuerza no era rival para la rabia desesperada de Francesca.

—¡Díselo! ¡Dile la verdad! ¡Dile que fuiste tú quien mató a mi hermana! ¡Tú me prometiste que si hacía eso con Giovanni, Massimo me amaría! —gritaba fuera de sí—. ¡Tú destruiste mi vida! ¡Lo destruiste todo! ¡Y ahora lo vas a pagar!

—¡Santo! —Intenté zafarme, pero él apretó aún más la llave.

—Yo limpio todas las cagadas de esta familia —gruñó mi hermano mientras intentaba tumbarme—. No me impidas salvar tu vida, idiota.

—¡Francesca! —supliqué, apelando a su razón, pero ya era demasiado tarde.

Mi bisabuela ya no era fuerte, y la lucha desesperada con Francesca la debilitó hasta dejar de moverse.

Francesca, ciega de furia, solo soltó su cuerpo cuando ya estaba inerte. Cayó de rodillas, sollozando sin control y murmurando palabras incomprensibles.

Santo me soltó y corrí hacia el cuerpo de mi abuela. Verifiqué su pulso.

Nada.

—¿Qué has hecho, Francesca? —La sacudí por los hombros—. ¿Qué demonios te ha pasado por la cabeza?

Francesca me miró con los ojos enrojecidos, pero ya sin lágrimas. Parecía vacía, sin esperanza, sin alma.

—Ella lo destruyó todo —repitió una y otra vez.

Me puse de pie, con una mezcla de rabia y tristeza ardiendo en el pecho. El dolor y la desesperación crecían. No quería que las cosas terminaran así. Yo quería justicia, no venganza.

—¿Santo? —intenté detenerlo, pero fue demasiado tarde.

Le disparó a Francesca en las rodillas. Ella rugió de dolor y se retorció en el suelo.

—¿Por qué hiciste eso?

—Vinimos a hablar con la *Nonna*. Francesca se adelantó y la mató. Nosotros llegamos y tratamos de detenerla, pero ya era tarde —dijo Santo rápidamente, y luego le disparó en el cuello.

Ese fue su final.

Miré a Santo, que contemplaba la escena con expresión seria.

—¿Qué has hecho? —pregunté, sintiendo el peso de la situación.

Santo se encogió de hombros, con una sonrisa triste.

—Esto fue por tu hijo. —Señaló a Francesca—. Aquello fue por mi madre. —Señaló a nuestra abuela.

Asentí, sintiendo cómo la responsabilidad me aplastaba. Miré una última vez el cuerpo de mi abuela, con una mezcla de tristeza y alivio.

—Descansa en paz, mamá —dijo Santo, haciendo la señal de la cruz y besando el dorso de la mano—. No te veré en el cielo, pero sé que desde allí me estás mirando.

Llamé a la policía y solo salimos de la casa después de contar la versión de Santo, explicar lo sucedido con mi hijo y declarar que intenté detenerlo, pero ya era demasiado tarde.

Santo repitió lo mismo, mostró que actuó en defensa propia dentro de una propiedad familiar y entregó un sobre con dinero a la policía.

Salimos de casa de nuestra abuela, con el peso de lo ocurrido aún sobre los hombros. Sabía que se haría justicia, pero el dolor y la pérdida serían difíciles de superar.

—¿Soy un monstruo por sentir culpa y, al mismo tiempo, alivio? —pregunté.

Mi hermano sonrió y me abrazó con fuerza.

—No, Massimo. Eres el mejor de nosotros. Pero yo sí soy un monstruo. Y estoy en paz.

Capítulo 46

Massimo Zampieri

La noche estaba silenciosa, y la mansión parecía respirar una tranquilidad inusual después de todo lo ocurrido.

—¿Qué piensas hacer con el doctor Rossi? —le pregunté a mi hermano antes de que cogiera el coche y se marchara.

—Lo meteré en un barril de ácido y, en plena noche, lo tiraré al mar. ¿Por qué? ¿Quieres despedirte?

—No. Pero la policía notará la desaparición de un médico tan reconocido —le advertí.

—Massimo, en tu mundo todo se resuelve con cifras y siguiendo las reglas. —Santo suspiró, metiendo las manos en los bolsillos—. En el mío, todo se resuelve a golpes y con extorsión.

—¿Y si la extorsión no funciona? —Arqueé una ceja.

—Golpes. Los golpes siempre vienen primero. —Alzó la cabeza, respiró hondo, se acercó y me puso las manos en los hombros—. Hermano, la violencia nunca es la respuesta. Es la pregunta, y la respuesta es sí. —Guiñó un ojo.

Santo salió para reunir a la familia y contarles lo que había sucedido, y yo regresé a casa con el corazón pesado.

Por más que doliera pensarlo y por mucho que la ausencia de Gabriela me destrozara, ella había hecho bien en marcharse. Fallé como padre, fallé con ella, pero sobre todo, fallé conmigo mismo.

Estaba tan ciego y absorto en la empresa, intentando cubrir una herida que sangraba desde hacía años, un dolor que solo desapareció cuando ella llegó… y aun así, la perdí.

Al volver a la mansión —que ya no parecía un hogar sin Gabriela — tenía dos misiones claras: asegurarme de que Giovanni se recuperara y tuviera la vida sana que siempre mereció, y hacer las paces con mi hijo. Mostrarle que era un hombre de verdad, que reconocía mis errores, mis fallos, y que estaba dispuesto a cambiar y ser mejor padre.

Al entrar en la habitación de Giovanni, ya estaba casi dormido. Me acerqué a su cama y lo observé durante unos segundos.

—¿Puedo sentarme?

—Claro, papá —respondió, abrazando al *Biscotto* que tenía a su lado.

Mientras me miraba, una avalancha de emociones contradictorias me inundó. Sabía que tenía que abrir mi corazón y pedir perdón. Pero ¿cómo se explica a un niño de siete años los errores que uno ha cometido?

—¿Cómo te sientes?

—Bien... ¿pasó algo? —me preguntó, mirándome con curiosidad.

—Giovanni, me equivoqué contigo —comencé, sintiendo un nudo formarse en mi garganta—. Cometí muchos errores. Confié en las personas equivocadas y, por eso, sufriste mucho.

Frunció el ceño, claramente confundido.

—Papá, no lo entiendo. Tú siempre me cuidas.

Sentí que las lágrimas comenzaban a formarse, pero parpadeé rápido, intentando mantener la compostura.

—Intenté cuidarte lo mejor que pude, mientras todo en mí era oscuro y sombrío. No sabía cómo ser padre, y para controlar el dolor en mi pecho, me ocupé demasiado. Pero las personas en las que confié para cuidarte hicieron cosas terribles. Me hicieron creer que estabas enfermo, cuando en realidad no lo estabas —expliqué, con la voz temblorosa—. No me di cuenta de lo que pasaba y, por eso, tomaste medicamentos que no necesitabas, que te hicieron daño.

Giovanni me miró con sus ojos grandes e inocentes. No comprendía del todo la gravedad de lo que le decía, pero podía sentir la sinceridad y el dolor en mis palabras.

—Papá, no es tu culpa —dijo, poniendo su pequeña mano sobre la mía—. Ya estoy bien, ¿no?

—Sí, estás mejor, gracias a Gabriela. —Sonreí, apretando su mano—. Pero debí haberte protegido mejor. Debí darme cuenta antes de lo que ocurría.

—No llores, papá.

—Prométeme que, aunque tu padre se equivoque, siempre confiarás en mí y me contarás todo. Si alguien te hace daño o te trata mal, Giovanni, yo soy la persona que más se preocupa por tu bienestar en el mundo. Promete que siempre me lo dirás.

—Lo prometo.

Lo abracé, sintiendo una oleada de alivio y amor inundar mi pecho. Me prometí a mí mismo que jamás volvería a permitir algo así.

—Te quiero más que a nada en este mundo, hijo mío —susurré en su oído—. Eres lo más valioso que la vida me ha dado, y haré todo lo que esté en mis manos para protegerte y darte la mejor vida posible.

—Yo también te quiero, papá.

—Mañana iremos a un médico nuevo. Empezarás un tratamiento para limpiar tu cuerpo de todos esos medicamentos que tomaste.

—Vale. ¿Y después?

—Después traeremos de vuelta a Gabriela. —Le acaricié el pelo —. Y seremos una familia de verdad.

Bianca Sierra

Era otro día más de «*Cenicienta tiene que trabajar porque los sugar daddies no se encuentran tan fácil*» en el Hotel 6 Continentes. Rara vez me tocaban las suites de lujo de los últimos pisos, porque

como era de lengua afilada y no me guardaba nada, la gerente Marta me cortaba las alas y solo me dejaba limpiar las habitaciones estándar después del *checkout*.

Y allí estaba yo, con Ivete Sangalo a todo volumen en los auriculares, moviendo las caderas mientras cantaba «Sorte Grande».

Nunca he sido de asustarme con facilidad, ¿sabes?

Pero ese día fue la excepción.

Mi trabajo consistía en hacer camas, limpiar baños y asegurarme de que los huéspedes de lujo tuvieran todo lo que necesitaban. Era una rutina tranquila, salvo por váteres atascados, objetos robados de las neveras… y el susto de mi vida.

Estaba en una suite de lujo, bailando mientras movía los labios en silencio, cuando de repente sentí una presencia detrás de mí.

Me giré rápidamente y me encontré con un hombre enorme sentado en una butaca en el rincón de la habitación, fumando un puro y observándome. Debía medir más de dos metros, sus ojos azules prácticamente brillaban, y la cicatriz que le atravesaba buena parte del rostro me provocó un escalofrío en la espalda.

—¡Ay, Satanás! —grité, casi dejando caer el plumero—. ¡Qué susto, demonio malnacido! ¡Pensé que la habitación estaba vacía!

Santo, el hermano de Massimo Zampieri, solo rió, esa risa grave y cargada de sarcasmo.

Sí, me acordaba de él.

Esa cicatriz era difícil de olvidar.

—Perdona, no quería asustarte —dijo, aunque el brillo en sus ojos decía lo contrario—. Solo vine de visita.

Su portugués estaba cargado de acento italiano. Entrecerré los ojos para intentar entender bien lo que decía.

—¿De visita? —repliqué, aún recuperando el aliento—. Tienes más pinta de asesino de película de terror que de alguien haciendo una visita.

Santo se puso de pie. Y de pie parecía aún más grande. Dio un paso hacia mí, y no pude evitar notar lo intimidante que era.

Alto, fuerte, con esa cicatriz que le cruzaba el rostro... era alguien con quien no querías cruzarte en un callejón oscuro. Pero al mismo tiempo, había algo en él que me intrigaba. Una tensión que no sabía explicar.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —dijo, levantando las manos como si se entregara.

—¿Y quién te dijo que no quiero hacerte daño a ti? —Le apunté con el plumero.

—¿Con un plumero?

—Mira, hijo, no subestimes lo que una mujer loca puede hacer con un plumero —le solté.

Él asintió con cautela, dio otra calada al puro y exhaló el humo hacia arriba.

—Solo quería preguntarte algo.

—¿Preguntar? —Levanté una ceja, sin entender nada—. ¿Sobre qué?

—Sobre la rifa. ¿Queda algún número disponible?

Mis mejillas ardieron de inmediato y escondí la cara para reír. Tenía los dientes un poco separados y siempre me daba vergüenza mirar a los hombres mientras reía.

—Sobre Gabriela —dijo entonces, con un tono más serio—. ¿Dónde está?

Mi corazón dio un vuelco. Gabriela se había ido de Milán y había vuelto a Brasil hacía poco. Sabía que estaba escondiéndose de Massimo, pero no esperaba que Santo viniera a buscarla.

—¿Y por qué te lo diría? —le solté, cruzándome de brazos—. ¿Crees que voy a traicionar así a mi amiga, tan fácilmente?

Santo sonrió, pero no era una sonrisa real, sino más bien una forma de mostrar los dientes. Tenía colmillos brillantes, muy afilados. Y por el tamaño de esa boca, podía jurar que me arrancaría el brazo si me mordía.

—Porque si no me lo dices, tendré que descubrirlo por las malas. Y no creo que quieras eso.

—Ay, vete al cuerno, guapito —le solté sin pensar—. Puedes ser todo musculoso y aterrador, pero no te voy a decir nada.

Dio otro paso hacia mí, y sentí el corazón acelerarse. Estaba a un paso de quedar acorralada entre la cama y él, y no sabía si eso me daba miedo… o morbo.

—Venga ya, Bianca —dijo, con la voz baja y peligrosa—. Sabes dónde está. Solo necesito saber dónde trabaja. No quiero irrumpir en su casa ni nada así.

Lo miré a los ojos, intentando decidir si decía la verdad. Había algo en su mirada que me decía que sí, pero aún no quería entregar a mi amiga tan fácilmente.

—¿Y por qué quieres saberlo? —pregunté, ganando tiempo.

—Porque mi hermano está destrozado sin ella —respondió con seriedad—. La necesita, y le prometí ayudarlo a encontrarla. Acabamos de llegar de Italia. Ha sido un viaje largo.

Suspiré, sintiendo una punzada de compasión.

Sabía cuánto Gabriela amaba a Massimo, y lo mucho que él la amaba a ella. Si Santo decía la verdad, quizá esto podía ayudarles a arreglarlo.

—¿Y qué gano yo con esto? —pregunté, intentando mantener el control de la situación.

Santo volvió a reír, pero esta vez había algo de admiración en su mirada.

—Eres dura, ¿eh? —comentó, negando con la cabeza—. Vale, ¿qué quieres a cambio?

—Quiero que dejes de ser tan… aterrador —respondí, sin pensar —. Y quizá una cena. Una cena decente. Nada de sándwiches ni comida rápida.

Alzó una ceja, claramente sorprendido por mi respuesta.

—¿Una cena? —repitió, como si no lo creyera—. ¿Me estás pidiendo una cena a cambio de la información?

—Exactamente —afirmé, intentando parecer más segura de lo que me sentía—. Me llevas a cenar a un sitio bueno y te digo dónde encontrar a Gabriela.

Santo me miró un momento, evaluando mi propuesta. Luego sonrió, pero esta vez con verdadero entretenimiento.

—¿Después de la cena puedo tener postre? —Desabrochó la camisa negra, dejando al descubierto su pecho.

—Qué ansioso… —le juzgué con la mirada—. No, chaval, la rifa era una broma. Ni siquiera existe. Es más, soy virgen.

—¿Virgen? —Me lanzó una mirada de desaprobación.

—Sí. ¿Algún problema?

—Detesto a las vírgenes.

—Pues es tu problema.

—Mi madre me puso ese nombre porque quería que fuera cura. Incluso me metió en una escuela de curas. Pero me tiré a todas las monjas del colegio de al lado. —Hizo una pausa, como si recordara con nostalgia—. Todas eran vírgenes.

—Dios me libre… —me persigné y di un paso atrás—. Eres muy blasfemo.

—Y todavía no me he quitado la ropa —Santo extendió la mano —. Una cena elegante a cambio de la información.

—Sin postre. Estoy a dieta.

—Yo no. —Se acercó con cautela—. Me gusta la carne casi cruda, sangrante, viva en el fuego…

Cuando estuvo pegado a mí, lo empujé hacia la cama y salí corriendo hacia la puerta.

—Está trabajando en la pastelería de Raíssa, en Madureira, unas tiendas más allá del mercado principal —solté al fin—. Pero si le haces algo, te juro que te haré una cicatriz peor que esa por todo el cuerpo.

—¿Lo prometes? —gimió, mirándome como si quisiera devorarme.

—No me das miedo —le dije con la puerta entreabierta, lista para escapar.

—No te preocupes, Bianca. Solo quiero asegurarme de que mi hermano tenga la oportunidad de arreglarlo. Yo hago eso por mi familia: arreglo la mierda de todos, cueste lo que cueste.

Asentí. Pero cuando me di cuenta, ya estaba aturdida, en el pasillo, caminando lo más rápido posible para alejarme de esa habitación.

Capítulo 47

Gabriela Sierra

Estaba agotada.

El embarazo me estaba dejando sin energías, pero me negaba a dejar a Raíssa sola con la pastelería.

Desde que llegué, me dediqué a poner el lugar en orden y hacerlo más funcional: colocamos una pared de pladur para separar la cocina del área de atención al público, reorganicé la posición de los hornos y del fogón para que ese espacio reducido fuera transitable, y solo me sentí en paz cuando logré poner orden en el caos que parecía interminable.

El cansancio fue implacable conmigo.

Igual que con Sophia, mi barriga, que antes apenas se notaba, empezó a crecer muy rápido, y la vitalidad que tenía fue esfumándose poco a poco.

—Gabi, necesito ir al mercado a por algunos ingredientes que nos faltan. ¿Puedes quedarte al frente de la pastelería?

—¡Claro! Estoy pendiente de las cookies, ya casi están.

—Pero no te esfuerces demasiado, ¿vale?

—Descuida.

Asentí y me arrastré hasta la cocina.

La pared que separaba el área de ventas de la zona de preparación nos daba algo de privacidad y silencio, pero también me hacía sentir un poco aislada. Comprobé el horno y, inquieta, incapaz de quedarme quieta, empecé a limpiar la mesa de trabajo y el fregadero.

Siempre que me quedaba sola o sin nada que hacer, los pensamientos que me atormentaban volvían, y prefería trabajar hasta el agotamiento antes que quedarme imaginando tonterías.

Sin embargo, era difícil silenciar esa voz en el fondo de mi cabeza.

¿Cómo reaccionaría Massimo al saber que estaba embarazada? ¿Qué diría su familia de mí? ¿Aún se sentiría atraído por mí al verme así?

El timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de un cliente.

Suspiré, sintiendo el peso de mi barriga, y grité:

—¡Un momento!

Seguí fregando hasta que el fregadero brilló, intentando ignorar el agotamiento que se extendía por todo mi cuerpo. Cuando escuché pasos acercándose, dejé la esponja a un lado y fui hacia el área de ventas, forzando una sonrisa.

Pero la sonrisa desapareció en cuanto giré la esquina.

Massimo estaba allí, solo, con los ojos fijos en mí.

Mi corazón se detuvo por un instante, y luego comenzó a latir descontroladamente. Sentí al bebé moverse, casi como si supiera que su padre estaba presente.

—¿Massimo? —Mi voz salió temblorosa, un susurro cargado de incredulidad y emoción.

Él sonrió, esa sonrisa que siempre lograba derribar mis defensas, pero me mantuve firme, intentando controlar el torbellino de emociones que brotaban dentro de mí.

—Gabriela —dijo, su voz suave y llena de sentimiento—. Te he encontrado.

—¿Cómo... cómo me encontraste? —pregunté, intentando comprender cómo había conseguido dar conmigo allí, en pleno Madureira.

—Te di el tiempo y el espacio que necesitabas —respondió, dando un paso hacia mí—. Pero no puedes huir de mí. Lo más difícil fue conocerte. Encontrarte... eso lo haré esté donde estés.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

Mi cuerpo reaccionó con una mezcla de sorpresa, alegría y miedo. Quería correr hacia él, lanzarme en sus brazos y decirle cuánto lo había echado de menos, cuánto lo amaba. Pero aún había tanto dolor, tantas heridas sin cerrar.

—Massimo, yo... —empecé, buscando las palabras adecuadas—. No huí de ti. Necesitaba tiempo para pensar, para entender todo lo que estaba pasando. Y no quería arruinarte la vida.

Él asintió, sin apartar los ojos de los míos.

—Lo sé. Y lo respeto. Pero necesito que sepas que estoy aquí, que no voy a rendirme con nosotros. —Sus ojos brillaban con esa determinación que siempre admiré en él—. Y me destrozaste la vida cuando te fuiste. Me dejaste sin rumbo, sin suelo, sin futuro.

Sus palabras hicieron que mi corazón se acelerara. El bebé volvió a moverse, como si respondiera a la voz de su padre.

—Te quiero de vuelta, Gabriela. Quiero nuestra familia.

—Massimo, no es tan sencillo —dije, intentando mantenerme firme—. No voy a volver a ese lugar. No soy bienvenida en tu familia. Y puede que no tenga nada, pero todavía tengo dignidad.

Él dio otro paso hacia mí, la intensidad en su mirada me mantenía anclada.

De repente, sus ojos se posaron en mi delantal, en mi vientre. Al notar mi embarazo, su rostro se iluminó de una forma que no esperaba.

—Lo sé, Gabriela —asintió—, pero te doy mi palabra de que cuando volvamos a pisar Milán, todo será distinto.

—No puedes garantizarme eso.

—Sí que puedo. Y lo haré. Te doy mi palabra de que destruiré a cualquiera que intente interponerse entre nosotros, sea de mi familia o no. Gabriela, quiero ser el hombre que mereces, el padre que nuestro hijo necesita.

Sus palabras me golpearon con fuerza, despertando todas las emociones que llevaba tanto tiempo reprimiendo. Las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro y sentí que las piernas me fallaban.

—Yo... —Las palabras se me escaparon, y antes de que pudiera decir algo más, Massimo ya estaba a mi lado, entrelazando nuestros dedos, acariciando mi barriga con la palma de su mano abierta, sujetándome por la cintura con firmeza.

—Está bien, Gabriela —susurró, su toque cálido y familiar—. Estoy aquí. No me voy a ir.

Me dejé envolver por su abrazo, sintiendo esa seguridad y ese amor que siempre habían estado ahí.

La sensación era... como volver a casa.

Las lágrimas seguían cayendo, pero ahora eran de alivio, de esperanza. Sabía que no sería fácil, que aún quedaban muchas cosas por resolver, pero en ese momento, lo único que importaba era que estábamos juntos.

—Massimo... —susurré, abrazándolo con fuerza—. Te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti, mi amor —respondió, su voz quebrada por la emoción —. Más de lo que puedes imaginar.

Nos quedamos allí, abrazados, dejando que las emociones fluyeran libremente. Al cabo de un rato, nos separamos un poco, pero él mantuvo sus manos sobre mi barriga, sin apartar la mirada de la mía.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, mirando mi vientre—. ¿Cuándo pensabas darme esta sorpresa? ¿Cuándo lo supiste?

Sonreí, sintiendo una ternura inmensa.

—Te juro que no lo sabía hasta que llegué aquí. Creo que estaba tan estresada y viviendo tantas cosas que ni siquiera me di cuenta de lo que pasaba conmigo —admití, sintiendo el peso del embarazo más que nunca.

Él asintió, con una mirada llena de preocupación.

—Voy a cuidar de vosotras, Gabriela. No voy a dejar que pases por esto sola.

Asentí, sintiendo que la esperanza florecía en mi interior.

Sabía que aún teníamos mucho por resolver, pero el simple hecho de que Massimo estuviera dispuesto a afrontar todo, lo cambiaba

todo. Confiaba en él.

Y, en el fondo, era una ingenua que aún creía que nuestro amor podía superarlo todo. Pero él conseguía darme la certeza de que eso no era ninguna tontería.

—¿Empezamos de nuevo? —pregunté, con la voz llena de esperanza.

—Sí —respondió él, con una sonrisa suave en los labios—. Empecemos de nuevo, Gabriela. Y esta vez, te prometo que será diferente.

Capítulo 48

Massimo Zampieri

Reencontrarme con Gabriela, tenerla entre mis brazos, tocar su piel y respirar el mismo aire que ella me dio una sensación de alivio y esperanza.

En ese momento, lo único que importaba era dejarle claro que estaba decidido a hacer todo lo necesario para reconstruir nuestra vida juntos.

Después de un rato en silencio, simplemente sintiendo la presencia del otro, por fin empezamos a hablar.

Necesitábamos ponernos al día con todo lo que había pasado desde su partida.

—¿Cómo estás? —pregunté, abrazándola por detrás mientras acariciaba su vientre.

—Estoy… cansada, pero bien —respondió, con ese tono optimista y soñador que siempre me enamoraba—. Sobre todo los pies. Me duelen muchísimo.

—Lamento no haber estado aquí para ayudarte desde el principio —dije, con el corazón apretado por la culpa—. Pero ahora estoy aquí, y voy a encargarme de todo.

Ella asintió, mirándome como si aún no pudiera creer que de verdad estuviera allí.

—¿Y tu familia?

Al tocar ese punto tan delicado, me puse serio y me aseguré de mirarla a los ojos, para que entendiera de una vez por todas.

—Gabriela, tú eres mi familia. Tú, nuestros hijos. Sois lo único que me importa. Eres mi mujer, mi prioridad. No existe «mi familia» si tú no estás incluida.

Ver su sonrisa era suficiente para iluminar mi día y disipar el cansancio del viaje.

—¿Y tu abuela?

Esa era la conversación más difícil que tendría que afrontar, y procuré escoger bien mis palabras para no conmocionarla.

—Francesca la mató.

—¿Qué? —Gabriela se sujetó el vientre con una expresión de dolor.

—Cuando descubrí la verdad sobre Giovanni y la enfrenté, me lo confesó todo. Que estaba siendo utilizada por la *Nonna*.

—¿A cambio de qué, Massimo?

—De algo que no le pertenecía. Pero ya no importa, se acabó. —Tomé sus manos—. Pero necesito que sepas que, independientemente de mi abuela, estuviera viva o no, te habría elegido a ti. Habría tomado tu lado. Habría resistido y luchado por ti.

—¿Aceptarías perder el control de tu empresa?

Me encogí de hombros.

—Seguiría siendo un 50 % mía. Seguiría cobrando los beneficios y fastidiando a todos como miembro del consejo. —Suspiré—. Claro que tenía miedo de perder el control de la máquina. La empresa era todo lo que tenía cuando la madre de Giovanni murió y él era solo un niño entubado.

Los ojos de Gabriela brillaban. Me sentía aliviado al ver que creía en mí, porque todo lo que decía era verdad.

—Me encanta dirigir. Me encanta tener el control, luchar por enriquecer a mi familia y darles una vida mejor a todos... pero toda mi devoción es tuya. Así como mi amor, mi adoración y mi admiración.

Al final, la empresa era una muleta para soportar el dolor. Contigo… —acaricié su vientre— con todo lo que vamos a construir, ya no necesito soportar el dolor, Gabriela. Ya no lo siento.

Su abrazo era todo lo que necesitaba.

Sentirme conectado a ella me hacía sentir que también me estaba reconectando conmigo mismo y con todo lo que había perdido en los últimos años.

Pasamos la tarde conversando, poniéndonos al día sobre los acontecimientos recientes.

Me habló de la vida con sus amigas, del trabajo en la pastelería y de cómo estaba llevando el embarazo.

Yo le conté sobre Giovanni, sobre cómo estaba lidiando con su ausencia y cómo habíamos comenzado el proceso de desintoxicación de los medicamentos que nunca debería haber tomado.

—Giovanni te echa muchísimo de menos —dije, con la voz quebrada por la emoción—. Pregunta por ti todos los días.

—Yo también le echo de menos —respondió, apretando mi mano —. Es un niño tan especial. Y quiero estar ahí para él, para los dos.

—Y lo estarás —declaré con firmeza—. Vamos a superar esto juntos, como una familia.

Cuando cayó la noche, Gabriela decidió quedarse en el piso de sus amigas por el momento, hasta decidir qué hacer.

Respeté su decisión, entendiendo que necesitaba tiempo para adaptarse a todo.

A la mañana siguiente, decidí que había llegado el momento de llevar a Gabriela a un hospital de renombre en Río de Janeiro para hacer una ecografía.

Quería asegurarme de que tanto ella como nuestro hijo estuvieran bien y ofrecerles la mejor atención médica posible.

Gabriela se quedó mirando a los guardaespaldas y los coches en cuanto salió del apartamento.

Todo el vecindario estaba pendiente de nosotros, ya fuera desde la calle o desde las ventanas de los chalets.

—¿Y todo esto?

—Hoy vamos al hospital —la invité a subir al coche—. Quiero que tú y el bebé tengáis el mejor cuidado posible.

—Es que ya me están atendiendo en el ambulatorio de aquí, de Madureira...

—¿Y ya te han hecho la ecografía? ¿Estás recibiendo algún tipo de seguimiento más personalizado?

—No, la ecografía me la dieron para dentro de un mes...

—Entonces no te vas a quejar de tener todos los exámenes y un seguimiento exclusivo desde ya. —Sonreí.

Gabriela asintió y subió a cambiarse de ropa.

Cuando bajó y me acompañó al coche, le entregué el cronograma del día:

—Vamos a ver cómo está nuestro bebé, luego desayunamos. Y este fin de semana será el homenaje a mi madre en el hotel, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

—Tienes que ir. Tengo preparada una sorpresa enorme para ti.

—¿Una sorpresa? ¿Qué es?

—Si te lo digo, ya no será sorpresa.

Ella se tocó suavemente la barriga y asintió.

—Gracias, Massimo. Confío en ti y estoy deseando que llegue.

Llegamos al Hospital Saint Raphael, en el barrio de Leblon, uno de los más prestigiosos y con instalaciones de última generación en Río de Janeiro.

Era donde había reservado una cita con una de las mejores obstetras de la ciudad.

La recepcionista nos recibió con una sonrisa y nos acompañó a la sala de espera, donde aguardamos unos minutos antes de que nos llamaran.

—¿De verdad hacía falta todo esto? —Gabriela miró a su alrededor, parecía intimidada—. Estaba bien con la atención en Madureira.

—Aquí te van a atender mucho mejor, te lo prometo. —Le tomé la mano y le besé el dorso.

—Señora Sierra, señor Zampieri, pueden pasar —llamó la doctora, una mujer de mediana edad con una sonrisa acogedora.

Entramos en la sala de exploración, hicimos las presentaciones básicas y explicamos un poco de nuestra historia.

La doctora Ângela fue muy comprensiva y trató a Gabriela de la forma más profesional y cortés posible.

Tras toda la conversación, Gabriela se recostó en la camilla mientras la médica preparaba el equipo para la ecografía.

—Vamos a echar un vistazo —dijo la doctora Ângela, aplicando el gel en el vientre de Gabriela.

Le tomé la mano a Gabriela, sintiendo una oleada de emoción y expectativa apoderarse de mí.

Cuando la imagen apareció en la pantalla, no vi uno, sino dos fetos.

Sus manitas diminutas estaban cerradas y sus rostros eran delicados.

—¡Son gemelos! —Mi voz apenas salió, porque no podía creerlo.

—¿Queréis escucharlos? —preguntó la doctora.

Asentí de inmediato y ella pulsó un botón que liberó el sonido.

Los corazones latían con fuerza, casi sincronizados.

Escuchar y ver a mis futuros hijos lo hizo todo aún más real, lo que hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas.

No habíamos sido bendecidos una vez, sino dos.

Eso me hacía sentir una gratitud profunda y una sensación aún más urgente de que Gabriela necesitaba cuidados reforzados y seguimiento constante.

—¿Son dos bebés? —Gabriela se preocupó.

—Mira esto —dijo la doctora, señalando—, dos bebés sanos y fuertes. Están formándose muy bien. Felicidades a los dos. ¿Hay gemelos en tu familia? —Se volvió hacia mí.

—No, en mi familia no hay ningún caso de gemelos.

—¿Y en la tuya? —preguntó, mirando a Gabriela.

—Yo... no lo sé.

Gabriela miró la pantalla, con los ojos brillando de emoción.

—Son... perfectos —declaró, con la voz quebrada.

—Lo son —coincidí, sintiendo que mi corazón rebosaba de amor y felicidad—. Y son nuestros. El fruto de nuestro amor.

Nos quedamos mirando la pantalla, maravillados con la imagen de nuestros bebés.

Era un momento mágico, y sentí que se formaba un lazo aún más fuerte entre nosotros.

Los detalles minuciosos de la ecografía mostraban cada movimiento, cada latido, y la realidad de estar creando dos vidas juntos era abrumadora en su belleza.

—¡Mira, se les ven los deditos! —exclamó Gabriela, con los ojos fijos en la pantalla.

Sonreí, apretando su mano.

—Es increíble. Son tan pequeños y ya tienen tanta vida dentro. —Mi voz se quebró mientras intentaba contener las lágrimas de felicidad—. Estoy tan orgulloso de ti, Gabriela. Y te prometo que haré todo lo posible por ser el mejor padre para nuestros hijos.

La doctora siguió explicando cada detalle que aparecía en la pantalla, asegurándonos que todo iba bien.

Habló sobre los próximos pasos del embarazo, lo que esperar en las semanas siguientes y qué cuidados serían necesarios.

—Los dos lo estáis haciendo muy bien —dijo al finalizar el examen—. Seguid cuidándoos mutuamente y a los bebés, y todo saldrá bien.

Como estáis en el tercer trimestre del embarazo y parece que viajáis entre países, ¿ya habéis decidido si queréis que nazcan en Brasil o en Italia?

Gabriela se sorprendió, porque no lo había pensado. Y yo tampoco.

—Creo que me sentiría más segura en Brasil —explicó Gabriela—. Con mis amigas cerca...

—No te preocupes por eso, *donna mia.* Si hace falta, me los llevo hasta el orfanato en Italia. Te aseguro que tu familia estará allí, sea donde sea, dándote apoyo y seguridad.

Ella pareció menos tensa y le pidió la opinión a la doctora.

—Sinceramente, yo me prepararía y planificaría para que nacieran en Italia. Como tenéis recursos, recibiréis una buena atención médica.

Solo os pido que evitéis viajes muy largos en este momento del embarazo, por el riesgo de trombosis.

Si el viaje fuera imprescindible, tendrá que usar medias de compresión.

—Entendido. ¿Podemos hablarlo luego?

—Claro, mi amor.

—Gracias, doctora Ângela —se despidió Gabriela.

—Gracias a vosotros. ¡Cuidaos mucho!

Salimos del hospital, y yo estaba con una sensación de euforia y gratitud.

La visión de nuestros bebés, tan pequeños y perfectos, había renovado mi determinación de hacerlo todo bien esta vez.

Gabriela estaba más aliviada y radiante, y yo feliz por tenerla a mi lado.

Quería asegurarme de su bienestar y apoyaría su decisión de que nuestros hijos nacieran en suelo brasileño, si eso era lo que deseaba.

—¿Y entonces? ¿Qué piensas hacer el resto del día?

—Voy a ayudar a Raíssa en la pastelería.

—¿Incluso embarazada? —Fruncí el ceño.

—Incluso embarazada —asintió—. Me llevé una silla para allá, paso la mayor parte del tiempo sentada. Pero ella necesitaba ayuda, pobrecita. Aún es muy joven y cuando menos lo espera, todo se convierte en un caos...

—¿Ayudaría si compro todos los pasteles y dulces?

—¡Massimo! —Me fulminó con la mirada.

—¿Y si le pago un curso de pastelería a tu amiga en Italia? —propuse—. Así estaría cerca de ti. Y te prometo que abriré su pastelería en cualquier filial del Hotel 6 Continentes en el mundo.

Gabriela quedó fascinada con la idea.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

—*Donna mia*, no tienes idea de las cosas que haría por ti.

—¿Y Bianca? ¿La dejaríamos sola? —Se rascó la nuca—. No puedo...

—Santo no la dejaría sola —comenté, mientras observaba las calles quedar atrás desde el coche, de camino de regreso al apartamento.

Gabriela comprendió enseguida lo que quería decir y asintió.

—¡Creo que esto puede salir muy bien! —Se frotó las manos, entusiasmada—. Voy a intentar lanzarles la idea y ver qué opinan.

—Perfecto.

—Y sobre mi sorpresa, Massimo... ¿cuándo la tendré? ¿Cuándo sabré de qué se trata?

—¿Este fin de semana?

—¿Podrías al menos darme una pista?

—No. No lo creerías. —Le guiñé un ojo.

Capítulo 49

Gabriela Sierra

Unos días después.

El salón de eventos del Hotel 6 Continentes en Copacabana estaba deslumbrante.

Candelabros de cristal colgaban del techo, proyectando luces centelleantes que se reflejaban en las paredes de mármol.

Una larga alfombra roja cubría el suelo, guiando a los invitados hasta el teatro donde tendría lugar el homenaje a Clara Zampieri, madre de Massimo.

El lugar estaba lleno de figuras importantes: políticos, empresarios, celebridades, familiares y amigos, todos reunidos para celebrar a la mujer que tanto hizo por el turismo de Río de Janeiro.

Mientras caminaba por el vestíbulo, sentí mi corazón acelerarse.

Había llegado el día, y estaba a punto de reencontrarme con Giovanni.

Massimo me había prometido que todo estaría diferente, que Giovanni estaba más sano y feliz.

Aun así, la ansiedad corría por mis venas.

Sin contar que Massimo dijo que yo tendría una gran sorpresa.

Cuando llegué a la entrada del teatro, me detuve por un instante, absorbiendo la grandeza del lugar.

Las puertas doradas estaban abiertas, revelando el interior magnífico, con filas de asientos tapizados y un escenario imponente

en el centro.

Flores blancas y rojas adornaban el ambiente, creando una atmósfera solemne y hermosa.

Entré al teatro y miré a mi alrededor, buscando a Giovanni.

Mi corazón parecía latir más fuerte con cada paso, y por fin, mis ojos lo encontraron.

Estaba en la esquina derecha del fondo, junto a su tía Sophia, Santo y, aparentemente, su abuelo, el padre de Massimo.

Giovanni de verdad parecía distinto, más fuerte y saludable.

Sus ojos brillaban con una vitalidad que no veía desde hacía mucho tiempo.

—¡Giovanni! —lo llamé, incapaz de contener mi emoción.

Él levantó la cabeza y, al verme, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Corrí hacia él, y él hizo lo mismo.

Cuando nos encontramos, lo abracé con fuerza, sintiendo mi corazón latir con intensidad en el pecho.

—Ay, mi pequeño *Biscotto*, cuánto te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos —me abrazó con cuidado, algo sorprendido al ver mi barriga.

—¿Cómo estás? ¡Te ves tan bien!

Me miró animado, pero parecía que mi embarazo era más urgente que cualquier otra cosa.

—Me siento mucho mejor. Papá me ha estado cuidando muy bien y... —miró mi barriga y frunció el ceño—. ¿Estás... embarazada?

Sonreí, acariciándole la cabeza.

—Sí, lo estoy. ¡Vas a tener dos hermanos!

—¿Dos? —Sus ojos se abrieron de par en par, incrédulos—. ¿Dos hermanos?

—Un niño y una niña.

Se quedó sin palabras, con el rostro en estado de shock.

Luego respiró hondo y dejó que una lágrima cayera por su mejilla.

—¿Entonces ya no estaré solo?

Me agaché para quedar a su altura.

—Nunca más vas a estar solo, *Biscotto*, te lo prometo. —Le besé la cabeza.

El niño corrió radiante a contarle al abuelo y a los tíos que pronto sería ascendido a hermano mayor.

Y a diferencia de las miradas de juicio y superioridad que temía, recibí apoyo y cariño de todos ellos.

De repente, una voz femenina me tomó del brazo y me llamó:

—Priscila, ¿los asientos son numerados? ¿Thiago te dijo algo?

Volteé el rostro y me encontré con una mujer morena, un poco mayor que yo.

Tenía el cabello negro y largo, con un flequillo que le cubría las cejas.

Su expresión era de asombro, como si estuviera viendo un fantasma.

Me quedé congelada por un momento, sintiendo una extraña sensación de déjà-vu.

La mujer se parecía increíblemente a mí.

—Perdona, creo que me estás confundiendo con otra persona. No sé quién es Priscila —dije, intentando mantener la calma.

—¿Qué clase de broma es esta? —frunció el ceño—. Vamos a sentarnos al fondo, ¿vale? Para no llamar la atención. Si ves a Thiago, dile que venga a hablar conmigo. Me debe explicaciones.

—¿Priscila? ¿Thiago? ¿Quiénes son?

—¿Te golpeaste la cabeza, chica? —me sacudió. Su actitud me recordaba a Bianca—. ¿Estás recibiendo espíritus a estas horas? Compórtate...

Sus ojos, de repente, se clavaron en mi barriga.

—¿Qué es esto, Priscila? ¿Es una cámara oculta?

—¿Quién eres tú? —di un paso atrás para mirarla por completo.

Nunca había visto a esa mujer en mi vida, pero una sensación extraña de que nos conocíamos me inquietaba.

—Kalinca, tu hermana —dijo, llevándose una mano a la cintura—. Tú... no eres Priscila.

Antes de que pudiera responder, se acercó más y tocó mi vientre, con una expresión de choque y confusión.

—No, no puedes ser Priscila... —murmuró, casi para sí misma—. Priscila no está embarazada.

—No soy Priscila —repetí, con la voz temblorosa—. Me llamo Gabriela.

Kalinca retrocedió un paso, aún más confundida.

Antes de que pudiera decir algo más, apareció una tercera mujer, llamándola.

—Kalinca, ¿qué está pasando?

Miré a la nueva mujer y sentí que el corazón se me detenía.

Era idéntica a mí. Igual.

La única diferencia era que no estaba embarazada.

—¿Quién... quiénes sois? —pregunté, apenas susurrando.

Kalinca me miró, luego miró a la mujer idéntica a mí, que ahora estaba a su lado.

Su expresión era una mezcla de shock y desconcierto.

—Esta... es mi hermana, Priscila —dijo Kalinca—. Priscila, ¿por qué estoy viendo dos de ti? —Se llevó la mano al pecho y resopló hacia su hermana, como si fuera culpa suya.

La más joven se acercó a mí y fue como mirarme en un espejo.

El rostro idéntico, el lunar en la mejilla, incluso algunos gestos.

—¿Quién eres tú? —preguntó, con voz temblorosa—. ¿Cómo puedes parecerte tanto a mí?

Sentí que la cabeza me daba vueltas, las emociones hervían dentro de mí.

—Yo... yo soy Gabriela. Me llevaron al orfanato, la Casa de la Divina Providencia, cuando era un bebé.

Esperé que reaccionaran a esas palabras, pero parecían no tener idea de lo que decía.

—En el barrio de Botafogo... aquí en Río de Janeiro.

—Nosotras somos de São Paulo —explicó Priscila.

Kalinca y Priscila se miraron, aún en shock.

—Nosotras también somos huérfanas —Kalinca sonrió, con una lágrima cayendo por su mejilla—. Perdimos a nuestra familia... yo tenía seis años, y cuidaba de dos bebés.

—¿Dos bebés? —la otra la fulminó con la mirada—. ¿De qué estás hablando? ¿Cómo nunca me contaste eso? ¿Pensaste que no tenía derecho a saber que tenía otra hermana?

—La culpa fue toda mía... —Kalinca rompió a llorar y me tomó de los brazos—. No puedo creer que por fin te haya encontrado. Perdóname. Por favor, perdóname por haberte dejado en aquel callejón.

Iba a volver, lo juro, pero todo pasó tan rápido...

—¿De qué estás hablando?

Mi voz apenas salía.

Cuando me abrazó, un sentimiento desconocido me invadió.

Era como si una parte de mí la reconociera y se sintiera unida a ella.

—No llores, ya está todo bien. —Le acaricié la espalda—. ¿Cómo terminé en Río de Janeiro, entonces?

—No lo sé... te busqué tanto, Gabriela.

—Aún no puedo creerlo —murmuró Priscila, mirándome como si fuera un espectro.

—Tenemos que hablar —dijo Kalinca, con voz firme pero aún llena de emoción—. Esto es demasiado grande para discutirlo aquí.

Asentí, todavía intentando procesar todo lo que estaba pasando.

Massimo llegó y se colocó a mi lado, apretándome la mano, ofreciéndome su apoyo silencioso.

—Sí, tenemos que hablar —coincidí, sintiendo que el suelo se abría bajo mis pies.

Fuimos interrumpidas por el inicio de la ceremonia en homenaje a Clara Zampieri.

Me senté en primera fila con la familia de Massimo y observé todo el acto atónita, siempre mirando hacia atrás con miedo de que ellas se marcharan.

Mi corazón desbocado pedía respuestas, y saber que tenía una hermana gemela era una noticia impactante.

Tras recibir la placa con el nombre de la calle para colocar en la entrada del hotel y la medalla de honor por los servicios prestados al turismo y a las ONG del Río de Janeiro, Massimo se sentó a mi lado.

—¿Te gustó tu sorpresa?

—Casi me muero del susto —susurré.

—Te dije que haría por ti cosas que ni imaginas.

Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

Solo así lograba aclarar mi mente y calmar a los gemelos dentro de mí, que hoy en especial estaban muy inquietos.

—Tengo otra sorpresa. Una más.

—Massimo, por favor, no me hagas esto... —me quejé entre lágrimas.

—Confía en mí.

Massimo Zampieri

La ceremonia en homenaje a mi madre había sido profundamente emotiva.

Ver su memoria celebrada por tantas personas importantes, amigos y familiares me trajo una sensación de paz y orgullo que hacía mucho tiempo no sentía.

Fotos, vídeos y registros de sus acciones, además de momentos en familia, seguían proyectándose incluso después de que la ceremonia había terminado.

Caminé por el teatro aún sintiendo la energía positiva que llenaba el ambiente.

Gabriela estaba a mi lado, ansiosa por hablar con sus hermanas, pero las sorpresas de la noche todavía no habían acabado.

La presenté a tantas personas, y ella lo manejó todo de forma admirable, incluso con las emociones a flor de piel.

Al final, nos encontramos con mi padre en el fondo del salón, parado cerca del bar, observando todo el movimiento.

Seguía viéndose viejo y cansado, pero podía sentir que su corazón, antes irredimible, se había ablandado un poco esta noche.

Me acerqué a él con Gabriela a mi lado.

—Papá —lo llamé.

Se volvió hacia mí, con los ojos marcados por la emoción.

—Massimo —respondió, con su voz grave y reconfortante—. La ceremonia fue hermosa. Tu madre estaría orgullosa.

Sonreí, sintiendo un nudo formarse en mi garganta.

—Gracias, papá —le agradecí, extendiéndole la medalla que había recibido en honor a mamá—. Quiero que la tengas tú. Así conservarás otro pedazo de ella contigo.

Él tomó la medalla, la examinó con cuidado y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Gracias, hijo —dijo con la voz quebrada—. Esto significa mucho para mí.

Hubo un momento de silencio respetuoso entre nosotros mientras él se secaba los ojos con un pañuelo.

Respiré hondo y me preparé para la siguiente parte de la conversación.

—Papá, quiero que conozcas a Gabriela —dije, colocando mi mano en su espalda—. Gabriela, este es mi padre, Paolo Zampieri. Papá, Gabriela está embarazada de gemelos y pronto nos casaremos.

Vi un brillo en su mirada que no había visto en mucho tiempo.

Sus expresiones duras se suavizaron con una sonrisa cálida.

—Gabriela, es un placer conocerte —dijo, extendiendo la mano hacia ella—. Y felicidades por los gemelos. Una noticia maravillosa.

Gabriela sonrió y le estrechó la mano con delicadeza.

—Gracias, señor Zampieri. El placer es mío.

La mirada de mi padre se volvió hacia mí, llena de preguntas.

—Estoy feliz por ti, Massimo —declaró, con voz sincera—. Te mereces ser feliz.

Asentí, agradecido.

Pero todavía había algo más que necesitaba hablar.

—No fue fácil, pero encontré una forma de ser feliz y me aferré a ella como si fuera mi bote salvavidas en un naufragio... —dije, enderezando la postura—. Papá, quiero hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Quiero comprar tu parte de la empresa.

Frunció el ceño, sorprendido por mi planteamiento.

—Massimo, eso significaría que tendrías una parte enorme de la empresa. Por más que quiera apartarme del negocio, no creo que sea justo que tú cargues con todo ese peso solo.

Asentí, comprendiendo su preocupación.

—No lo hago por mí —le expliqué—. Quiero comprar tu parte para dividirla entre Giovanni y los gemelos que van a nacer.

Así tendrán un futuro seguro, crecerán sabiendo que tienen un lugar y responsabilidades en esta familia. Y también podrán discutir conmigo algún día y decirme: pero tú solo tienes el 50 % de los Hoteles 6 Continentes.

Los ojos de mi padre se suavizaron, y soltó una risa que no le oía desde hacía mucho.

—Tiene sentido —coincidió—. Y me tranquiliza saber que estás pensando en el futuro de tus hijos.

—Es lo único en lo que pienso ahora.

—Imagino que hasta que crezcan y puedan votar en el consejo, serán representados por... la madre. —Hizo una breve reverencia hacia Gabriela.

—Sí, pero tengo otros planes para ella también. —Le extendí la mano—. ¿Tenemos un trato?

Él miró mi mano por un instante, luego sonrió y la estrechó con firmeza.

—Tenemos un trato, Massimo. Pero no voy a darte descuento por ser mi hijo. Quiero que pagues hasta el último centavo.

—Lo haré con mucho gusto.

Sentí una oleada de alivio y gratitud inundar mi pecho.

Era un paso importante para asegurar el futuro de nuestra familia y de la empresa.

—Estoy orgulloso de ti, hijo —dijo, terminando de secarse los ojos—. Estás haciendo lo correcto.

Gabriela me sonrió, y supe que íbamos por buen camino.

Tenía el apoyo de mi padre, el amor de mi futura esposa y la promesa de un futuro brillante para nuestros hijos.

Era hora de reconstruir esta familia.

—Gracias, papá —agradecí, sintiendo que el peso de las responsabilidades se aligeraba con su apoyo—. Y gracias por estar aquí hoy. Significa mucho para mí.

Él asintió con la cabeza, los ojos brillando de emoción.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —afirmó, con un tono lleno de sinceridad—. Tu madre estaría orgullosa de ti, Massimo.

Antes de marcharse, me señaló con el dedo.

—Tenías razón en no vender este lugar. Es... precioso.

Me acerqué para ofrecerle un abrazo y consuelo.

—Mamá murió, pero no se fue. Su nombre, su historia y su legado permanecerán aquí, hasta que nuestra familia desaparezca.

Y te aseguro que eso no va a pasar.

Nos despedimos, y regresé con Gabriela, que estaba tan emocionada como yo.

—De verdad, muchas sorpresas... —comentó.

—¿Estuvieron a la altura de lo que imaginabas?

—Massimo, no tengo tanta imaginación. Y aunque la tuviera, tú siempre consigues sorprenderme.

La envolví entre mis brazos y la besé.

Ese, para mí, era el verdadero punto de partida de nuestro nuevo comienzo.

Capítulo 50

Gabriela Sierra

Después del final de la ceremonia y la última sorpresa de Massimo, mi cabeza palpitaba de tanta información.

Fui al restaurante de comida brasileña, tomé una mesa en un rincón más reservado y me senté, intentando procesarlo todo.

Massimo estaba ocupado conversando con las hermanas del orfanato, la Casa de la Divina Providencia, y Giovanni estaba con el abuelo mostrándole sus platos favoritos.

Y entonces, llegaron mis hermanas.

Kalinca y Priscila se acercaron a mí, y ambas parecían tan emocionadas como yo.

Era difícil creer que, después de tantos años, por fin nos habíamos encontrado.

—¿Cómo te sientes? —Kalinca se sentó frente a mí.

—Mi cabeza todavía da vueltas. Me siento un poco mareada. —Le mostré la palma de mi mano, temblorosa.

—Hay tantas cosas que queremos saber de ti, y supongo que tú también tienes muchas preguntas. —Priscila se sentó a mi lado.

Todavía no podía creer lo mucho que nos parecíamos.

Me quedé unos segundos hipnotizada, intentando descifrar cuál era su historia, cómo habían crecido y en qué más nos parecíamos, además del aspecto físico.

—Sí, necesito entender qué pasó, cómo nos separaron, por qué... —mi voz se quebró—. Aún no puedo creer que existáis.

Las miré, sintiendo una oleada de emociones inundarme.

Era como si una parte de mí, que siempre había estado ausente, finalmente estuviera completa.

—Yo también tengo muchas preguntas —dijo Kalinca, llevándose el cabello detrás de las orejas—. Pero intentaré explicar desde el principio...

Miró a su alrededor, como si alguien pudiera escucharla. Respiró hondo, y su voz se cargó de emoción.

—Lo único que recuerdo es que la casa en la que vivíamos se incendió. Todavía tengo pesadillas escuchando el ruido... y mamá entregándome a vosotras dos, diciéndome que me deslizara por el pasadizo secreto que daba al fondo de la mansión, a un callejón oscuro y estrecho donde estaban los cubos de basura.

Entrecerré los ojos, concentrada en su relato.

—¿Por qué me dejaste allí? —Esa pregunta me martillaba el pecho.

—Era muy pequeña. No podía cargar con las dos —explicó Kalinca—. Y tú parecías dormir tranquila, mientras Priscila lloraba sin parar... Dejé contigo algo muy valioso y salí a buscar ayuda.

—¿Y la encontraste?

—Una mujer que pasaba por allí nos recogió en su coche. Le expliqué que teníamos que volver, pero unos hombres armados empezaron a seguirnos...

Abrí los ojos, sorprendida al escuchar eso.

—Dieron la vuelta a la manzana para despistarlos y cuando volvimos, tú ya no estabas allí.

Priscila parecía tan impactada como yo al escuchar todo aquello.

—¿Tú sabías esto?

—No tenía ni idea —respondió, mirando a su hermana mayor con desconcierto—. Solo sabía que nos habían adoptado, nada más...

—No tenía el valor para contar esa historia —Kalinca bajó la cabeza—. El dolor era muy grande... me sentía culpable por haberte perdido.

—Tú también eras solo una niña —le apreté la mano para tranquilizarla.

—¿Y qué era eso tan valioso que dejaste con ella? —Priscila frunció el ceño, de repente con una expresión sombría.

—Era la llave de la caja fuerte de papá —suspiró Kalinca—. Me quedé con una parte, dejé la más grande, que era el colgante, contigo... pero imagino que...

Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar su historia.

Era increíble cómo nuestras vidas se habían desarrollado de formas tan diferentes, pero ahora, por fin, estábamos juntas.

—¡Tengo ese colgante! —abrí los ojos de par en par—. ¡Me lo llevé al orfanato!

—¿Qué dijiste?

—Tengo el colgante. El colgante es largo y delgado, ¿no? Nunca imaginé que pudiera ser una llave... —Metí la mano dentro del sujetador y saqué el objeto.

Los ojos de Kalinca brillaron.

Revolvió su bolso y sacó una pieza en forma de «X» que al principio no parecía nada... hasta que la unió al colgante y realmente formaron una llave.

—La llave de la caja fuerte de papá —repetí, sin tener ni idea de lo que eso significaba—. ¿Dónde está?

—Tenía una en casa y otra en algún banco... no sé cuál. Tendremos que averiguarlo.

—¿Por qué nunca me contaste nada de esto, Kalinca? —la provocó Priscila, de mal humor.

—Porque ya eres lo suficientemente gótica para mi gusto y no necesitaba otra cruz más que cargar —respondió Kalinca.

Las dos comenzaron a discutir acaloradamente.

Parecía que, en medio de ese odio y tensión, existía un amor genuino.

—Crecí en un orfanato —comencé, intentando detener la disputa —. Nunca supe que tenía hermanas. Siempre sentí que algo me faltaba, pero nunca supe qué era... hasta ahora.

Kalinca puso la mano sobre mi hombro, sus ojos llenos de compasión.

—Siento mucho todo lo que pasaste, Gabriela. Pero ahora estamos aquí y... bueno, podemos descubrir la historia de nuestra familia, juntas.

Asentí, sintiendo una oleada de esperanza inundarme.

—Sí, podemos —dijo Priscila con un tono sombrío—. Pero si nuestra casa se incendió y hombres armados nos persiguieron... imagino que es mejor dejar eso enterrado y seguir adelante. No quiero morir tan pronto. Y menos ahora que estoy saliendo con el doctor Hyung.

—Escúchame bien, Priscila —Kalinca se quitó el tacón y amenazó a su hermana con él—. No conozco a ese tal Jeon Hyung. Y no voy a aprobarlo hasta que me demuestre que es un tipo decente.

—Eso es tu problema, querida —encogió los hombros, provocándola.

—¡Te lo prohíbo!

—A la primera oportunidad, me lo monto —dejó claro Priscila.

Me divertí al ver que eran muy diferentes de mí, pero aun así, eran mi familia.

De alguna manera, me recordaban mucho a Bianca y a Raíssa.

—¿Quién es ese Jeon Hyung? —pregunté.

—Es un médico del hospital donde ella trabaja como técnica de enfermería.

—No es un médico, Kalinca. Es *EL* médico. Jefe del ala de cirugías, coreano, carita de bebé y cuerpo de villano sexy.

—Por el amor de Dios, ten límites —Kalinca puso los ojos en blanco.

—¿Es guapo? —pregunté.

—¿El Hyung? —Arqueé las cejas—. Es el hombre más guapo que ha pisado el Hospital Mater Dei.

—¿Un coreano? —Kalinca frunció el rostro.

—Mírate, Kalinca. Como si ese melenudo tuyo fuera guapo...

—Primero, se llama Rapunzel de la Federal —levantó el dedo índice hacia su hermana—. Segundo, sí es guapo. Extrañamente guapo, de hecho, pero guapo.

—Ah...

—Entonces, a ver si entendí... ¿ese tal Rapunzel de la Federal es primo de Massimo? —pregunté.

—Sí. Él fue quien nos trajo. Nos dejó en la habitación, dijo que nos vería en el teatro y luego desapareció...

Las piezas encajaron en mi cabeza.

—Tenemos tanto que descubrir unas de otras... —dije, entusiasmada—. Estoy deseando conocer más sobre ustedes.

—¿Cómo es la familia que te adoptó?

—Nadie me adoptó —respondí—. Pero... ahora tengo una familia. Una realmente grande.

Miré mi vientre, sintiendo una ola de amor y protección.

—Y estoy embarazada de gemelos. —Acaricié la barriga—. Y me alegra tanto haberlas encontrado antes de que nazcan.

Quiero que conozcan a sus tías, quiero que crezcan sabiendo que tienen una familia grande y amorosa.

Kalinca y Priscila intercambiaron una mirada emocionada y luego me abrazaron.

—Vamos a estar aquí para ti, para ayudarte en todo lo que necesites —afirmó Kalinca, con firmeza.

—Sí, menos para descubrir qué caja fuerte abre esa llave. Paso. No quiero a ningún loco detrás de mí intentando matarme —Priscila sacudió los hombros.

Mientras ellas discutían como perro y gato, yo me reía, admirándolas.

Aún no me acostumbraba a lo mucho que nos parecíamos y, al acariciar la llave, me preguntaba qué descubriría sobre nuestros padres, por qué nuestra casa había sido incendiada y qué habíamos perdido en medio de todo aquello.

Pasamos unas horas conversando, sumidas en nuestro propio mundo, hasta que Thiago Zampieri vino a buscarlas.

Nos despedimos después de intercambiar números de teléfono y confirmar que, al día siguiente, nos sentaríamos en el mismo sitio... solo para asegurarnos de que no estábamos soñando.

Mientras se alejaban, apenas noté que Massimo se acercaba.

Miró su reloj, y ese gesto bastó para traerme de vuelta al mundo real: todos los invitados de la ceremonia ya se habían ido, pasaba de la medianoche y el restaurante solo esperaba que liberáramos mi mesa para cerrar.

—¿Cómo fue? —preguntó, mientras me envolvía en un abrazo.

—Fue increíble —respondí, con lágrimas de felicidad corriendo por mis mejillas—. He encontrado a mis hermanas, Massimo. Y ahora siento que estoy completa.

Él sonrió, besando mi frente.

—Estoy tan feliz por ti, mi amor. Y no tengas dudas de que haré todo lo que esté a mi alcance para que sientas que estás viviendo la vida con la que siempre soñaste.

Asentí, sintiendo una oleada de gratitud y amor.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a subir, tomar un baño juntos y luego descansar. Bueno, tú y los bebés vais a descansar. Yo estaré en el despacho redactando el contrato de compra de las acciones de mi padre. —Acarició mi barriga.

—¿En el despacho? ¿Vas a trabajar hasta tarde?

Me abrazó por la cintura y me señaló el camino hacia el ascensor, mientras su mano acariciaba mi cuerpo.

—Para poder aprovechar todo el día contigo mañana.

Capítulo 51

Massimo Zampieri

Creo que, después de todo lo ocurrido, después de todo lo que hubo que hacer para tener a Gabriela a mi lado, resultaba casi poético verla en mi despacho, tan feliz y serena, con su precioso vientre marcando el vestido. Un vientre que llevaba a nuestros hijos.

Mi amor por esta mujer era más grande de lo que jamás creí posible sentir. Ella era, sin duda, la mujer de mi vida, y tenerla junto a mí me producía una sensación de plenitud que superaba cualquier idea de normalidad.

Pensar que la quería a mi lado para siempre se quedaba corto frente a la magnitud de lo que sentía. Me invadía el deseo de vivir eternamente solo para tenerla conmigo, amándonos sin interrupciones, sin pausas, para siempre.

No podía decir con certeza si ella compartía ese mismo anhelo, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos—al darse cuenta, seguramente, de que la observaba—, Gabriela esbozó una sonrisa tan brillante y genuina que me convenció de que sí, de que ese sentimiento era mutuo.

—¿No tenías que trabajar? —preguntó divertida, acariciándose la barriga mientras caminaba lentamente hacia mí.

Mi mente voló meses atrás, cuando estuvimos en ese mismo lugar y la hice mía por primera vez, disfrutando de su entrega y su deseo con ardor, saboreando por fin la certeza de tener a alguien que realmente quería para mí.

Nuestra pasión dio frutos, frutos que ahora crecían seguros dentro de Gabriela, y asimilarlo me sacudía las emociones... y la excitación.

No se equivocaba: debía trabajar, pero más importante que cualquier cosa en el mundo era amarla, adorarla por completo, para calmar al menos un poco este deseo que retumbaba dentro de mí.

—Prefiero mirarte a ti —respondí con honestidad, cerrando mi portátil y apartándolo, sin dejar de clavarle los ojos—. Y tocarte también. Por eso tienes que venir aquí.

Gabriela rió ante mis palabras y se acercó con pasos perezosos, rodeando mi mesa para plantarse frente a mí, irradiando una felicidad tan explícita como reconfortante. Sentí un calor en el pecho que solo podía ser amor verdadero.

—Ya estoy aquí. Ahora puedes tocarme —dijo, con una mezcla de diversión y malicia que hizo que mis manos fueran automáticamente a los costados de su cuerpo, acariciando su vientre hinchado por nuestros hijos con devoción absoluta.

—Si supieras lo que me haces, *donna mia*... —susurré, acercando los labios a su barriga cubierta por ese vestido bonito y cómodo, dejando besos sobre la tela—. Estás tan hermosa llevando a nuestros niños...

Mi declaración arrancó un suspiro de satisfacción a Gabriela, que aprovechó para acariciarme el pelo mientras disfrutaba de mis caricias.

—Me siento tan bien estando embarazada —confesó, mirándome con ternura y sinceridad—. Al principio tuve miedo, pero ahora me siento increíble.

Sonreí de forma natural. Nada me hacía más feliz que saber que la mujer que amaba lo estaba. Era la confirmación de que estaba haciendo las cosas bien.

Si dependiera de mí, esa felicidad nunca terminaría. Tanto Gabriela como yo nos la merecíamos.

—Yo también me siento increíble, y si depende de mí, podremos tener muchos, muchos hijos más —le confesé mientras le levantaba

el vestido para besar directamente su piel—. Además, estás absolutamente deliciosa embarazada.

—¡Massimo! —protestó ella, pero ni siquiera hizo el esfuerzo de fingir enfado, regalándome el placer de ver su rostro ruborizarse con gracia.

Era increíble que, después de todo lo vivido, aún se ruborizara con mis palabras. Ojalá nunca cambiara. Esa espontaneidad suya hacía que mi amor por ella latiera con más fuerza.

Bueno, no solo el amor.

—No miento, *donna mia* —continué, rozando mi rostro contra su piel tensa solo por el placer de sentirla estremecerse—. Embarazarte fue lo mejor que hice. Estás irresistible, y eres toda mía...

Comencé a esparcir besos húmedos por su vientre mientras una mano sostenía el vestido y la otra apretaba su muslo y su trasero, deleitándome con lo deliciosa que estaba mi mujer.

Aunque había protestado por vergüenza, Gabriela tomó la iniciativa de sujetar ella misma el vestido para liberar mi mano, gimiendo cuando, ahora con ambas, aprecié con más ahínco su cuerpo, disfrutando de la suavidad de sus nalgas bajo mi agarre firme y sediento.

—Estoy sensible, Massimo... —murmuró con voz mimosa, excitándome aún más al recordar cómo el embarazo había alterado sus hormonas.

No es que antes no se excitara fácilmente conmigo, claro, pero ahora todo se intensificaba. Y yo, obviamente, sacaría el máximo provecho de esa intensificación.

—Todo está bien, mi amor. Yo me ocuparé de ti. —Me levanté rápidamente, liberándola de su vestido antes de sentarla sobre mi escritorio—. Te satisfaré como te mereces.

Tras mis palabras, me apresuré a quitarle las bragas, exponiendo su coño completamente empapado solo por unos pocos toques. Ver con mis propios ojos cómo su cuerpo suplicaba por mí me dejó ansioso por saciarla, tan excitado como ella.

Volví a sentarme en mi cómodo sillón y me incliné para besar la parte interna de sus muslos, sonriendo ante los jadeos acelerados que escapaban de sus labios a medida que me acercaba a su entrepierna.

Me tomé mi tiempo para dar una larga lamida en esa zona antes de centrarme finalmente en donde más lo necesitaba, lamiendo y chupando su coño con calma al principio, pero luego con voracidad.

Quería tomarme mi tiempo para saborearla como se merecía, pero mi deseo por esta mujer me descontrolaba, haciéndome incapaz de contener mis instintos. Todo se volvió más intenso cuando mi paladar se inundó de su sabor adictivo, lo que solo me llevó a lamerla y chuparla con más ahínco, deseando empaparme de ella.

La habitación se llenó de los gemidos quejumbrosos de Gabriela, y era hermoso ver cómo una de sus manos sostenía su vientre mientras la otra se aferraba al borde del escritorio, sin saber cómo manejar tanto placer.

Si dependiera solo de mí y de mis deseos, la haría venir con mi lengua para luego darle mi polla, follándola hasta arrancarle otro orgasmo. Pero, sabiendo que un embarazo de gemelos no era fácil y que, tras el clímax, seguramente quedaría exhausta, interrumpí mis acciones y me enderecé, sacando solo mi miembro de mi ropa.

—Ven a montar a tu hombre, donna mia —la invité mientras me masturbaba lentamente, absorbiendo cada expresión de placer que cruzaba el rostro de Gabriela al oírme—. Quiero que te corras con toda mi polla dentro de ti.

Mis palabras fueron suficiente impulso para que Gabriela bajara del escritorio y viniera a mi regazo, aunque frunció el ceño al darse cuenta de que no podía sentarse de frente.

—Tranquila, será igual de placentero —me adelanté a decir mientras la giraba con cuidado, colocándola de espaldas y atrayendo sus caderas hacia mí—. Soy capaz de follarte bien en cualquier posición.

Mi declaración la hizo relajarse sobre mí, y fui rápido en guiar mi glande a su entrada para deslizarme dentro, gruñendo cuando, de inmediato, empezó a moverse con frenesí.

—¡Joder, así! —gemí extasiado, agarrando sus caderas con fuerza mientras disfrutaba de cómo se movía sobre mí con precisión y necesidad, ayudándola cuando intentaba levantarse un poco.

Sabía que no aguantaría mucho así: su vientre pesaba y su cuerpo estaba más cansado por el avanzado embarazo. Por eso, cuando noté que sus movimientos perdían ritmo, la sostuve por los muslos y comencé a empujar hacia arriba, follándola con absoluta precisión.

Mis embestidas la alcanzaban en el punto exacto, y eran responsables de que mi nombre saliera en gemidos desesperados de su deliciosa boca, prueba de lo bien que la estaba satisfaciendo.

—No pares, ¡por favor, no pares! —suplicó sin darse cuenta, recostando su espalda contra mi torso mientras recibía cada embestida sin miramientos.

No necesitaba pedírmelo, porque era obvio lo mucho que su coño necesitaba mi polla, lo arrebatador que era el placer que le estaba dando.

En otras circunstancias, quizá hubiéramos tenido más resistencia, alargando el encuentro durante horas para saciar un poco este deseo mutuo. Pero, entre mi excitación por tener a Gabriela embarazada de mis hijos, completamente empapada en mi regazo, y sus hormonas que la volvían hipersensible a mí, era natural que nuestro orgasmo llegara poco después, expresado en gemidos mezclados por el éxtasis.

La abracé con posesión, sin intención de soltarla tan pronto, disfrutando de los espasmos de su coño alrededor de mi polla.

Tener a mi mujer satisfecha en mis brazos, aún gimiendo mi nombre sin darse cuenta, hacía que todo valiera la pena.

Capítulo 52

Gabriela Sierra

Massimo y yo pasamos los últimos dos meses preparándonos para el parto de los gemelos.

Cuando llegó el gran día, él estaba en la sede de los Hoteles 6 Continentes, en Milán, y yo llevaba a Giovanni a visitar una escuela que también ofrecía enseñanza en línea, para que pudiera seguir con sus estudios incluso cuando viajáramos.

Las contracciones llegaron de repente y apenas podía respirar o moverme.

Giovanni me ayudó a sentarme, tomó mi teléfono y llamó a su padre.

—¡Los bebés vienen en camino! ¡Ven rápido! —gritó, emocionado y eufórico.

En cuestión de minutos, Massimo nos encontró, me cargó hasta el coche y condujo hasta el centro médico que habíamos elegido.

La habitación donde esperé durante las contracciones tenía una luz suave y acogedora.

Las paredes blancas y limpias, los muebles modernos y los equipos de última generación creaban un ambiente que me hacía sentir segura, aunque cuando el dolor llegaba, era casi inhumano.

—Aguanta un poco más, ya vamos a la sala de parto —Massimo sostuvo mi mano y besó mi frente.

El cariño en su mirada y su apoyo me daban fuerzas.

—No te alejes de mí, ni un segundo.

—No me voy a mover. Nadie va a tocarte a ti ni a nuestros bebés sin tu permiso. Estoy aquí para cuidarte —reafirmó.

Sentí una oleada de emoción apoderarse de mí.

Estaba nerviosa, claro que sí, con miedo de que algo pudiera salir mal, pero Massimo permanecía vigilante y ese hospital había sido elegido con mucho cuidado.

Las contracciones empezaron a intensificarse y el equipo médico se preparó para el parto.

La doctora Conti, una obstetra reconocida que yo misma había escogido, se acercó con una sonrisa tranquilizadora.

—Ya estoy aquí. Vine en cuanto me avisaron —dijo, tomando mi hombro—. ¿Estás lista, Gabriela?

Asentí, apretando los ojos por la contracción.

—Sí, estoy lista.

Massimo me ayudó a levantarme y me condujo con cuidado hasta la sala de partos.

El ambiente allí era igualmente acogedor, con música suave de fondo y luces ajustables para crear una atmósfera tranquila.

La cama estaba equipada con todo lo necesario para asegurar un parto humanizado y cómodo.

—Respira profundo, Gabriela. Deja que los bebés lleguen a su tiempo. Ellos ya están listos, y tú también —dijo la doctora Conti.

Massimo se posicionó a mi lado, sin quitarme la vista de encima.

Cada vez que una contracción fuerte me sacudía, él me recordaba cómo respirar.

—Entrenamos esto, ¿recuerdas? Toma aire, respira profundo y empuja con fuerza.

Usé cada músculo de mi cuerpo para hacerlo, rechiné los dientes e intenté empujar a los gemelos hacia afuera, pero no lo logré.

—Lo estás haciendo muy bien, mi amor. No te rindas. Lo hiciste perfecto. Estoy orgulloso de ti. Sigue respirando y empuja.

El tiempo parecía estirarse y correr al mismo tiempo.

Las contracciones se volvieron más intensas y frecuentes, pero cuanto más esfuerzo hacía, menos parecía avanzar.

Si no fuera por Massimo, que me mantenía centrada en lo que tenía que hacer, no sé si habría tenido fuerzas.

—Empuja, Gabriela, tú puedes —dijo la médica, examinando la dilatación—. Ya veo a un bebé saliendo, ¡vamos!

—Vamos, amor, nuestros bebés ya casi están aquí —Massimo apretó mi mano con fuerza, sus ojos llenos de expectativa intentando transmitirme energía.

El proceso fue agotador y doloroso, pero con cada empujón sentía que estaba más cerca de conocer a nuestros hijos.

La doctora Conti me guiaba con precisión, animándome a cada paso, y Massimo no soltaba mi mano.

—Puedo hacerlo, puedo hacerlo —repetía para mí misma, intentando convencerme entre las contracciones.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, sentí que la presión se aliviaba y oí el primer llanto.

Era un sonido mágico, una señal de vida y esperanza.

—¿Quién es? ¿Está bien? ¿Está sano? —atormenté a Massimo, desesperada por saber si todo había salido bien.

—¡Es una niña! —anunció la doctora Conti con una sonrisa radiante—. Y está deseando conocer a su hermano, así que respira un poco más y volvamos al trabajo.

Colocó a nuestra primera bebé en mis brazos.

Sentí una ola de amor y emoción como nunca antes.

Era perfecta, con sus deditos aferrándose a mi pecho y sus ojos cerrados, llorando con fuerza.

Massimo estaba profundamente emocionado a mi lado, besó mi frente una y otra vez y me repetía que lo había hecho muy bien, que estaba orgulloso de mí.

—Nuestra pequeña princesa —dijo, acariciando su mejilla con ternura.

Pero aún no había terminado.

Pocos minutos después, las contracciones volvieron y, con la misma dedicación y apoyo, nació nuestro segundo bebé.

Otro llanto llenó la sala, y la doctora Conti nos entregó a nuestro hijo.

—¡Es un niño! —anunció con la misma alegría.

Sostuve a nuestros dos bebés en brazos, sintiendo una felicidad indescriptible.

Massimo los miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Hola, mis amores —susurré, besando las frentes de cada uno —. Bienvenidos. Catarina y Lorenzo, nuestros pequeños milagros.

Massimo nos envolvió en un abrazo y, por un instante, el mundo pareció detenerse, como la primera vez que nos vimos.

O la primera vez que nos amamos.

O la primera vez que nos reencontramos tras estar separados.

—Son perfectos, como su madre —declaró, su voz quebrada por la emoción—. Son nuestro regalo, después de todo lo que hemos vivido.

Mientras el equipo médico finalizaba los cuidados, nos quedamos allí, absorbiendo la magia del momento.

Nuestros bebés estaban sanos y perfectos, y lo que sentía era una realización plena.

Yo ya conocía el lado paternal de Massimo, sabía que era protector y atento, pero con nuestros hijos aquello se intensificó aún más.

Vigiló cada procedimiento médico y se aseguró de que todo estuviera bajo control.

Unos minutos después, cuando los bebés ya estaban en mis brazos, bien arropados, Giovanni nos encontró en la habitación.

—¡Son tan pequeños! —exclamó, acercándose con cuidado.

—Sí, lo son —sonreí, observando cómo interactuaba con sus hermanitos.

Giovanni se inclinó y besó la frente de cada uno con una sonrisa radiante.

Se quedó jugando con su dedito en las orejas y naricitas de los pequeños, mirando a su padre en busca de aprobación cada vez que lo hacía.

—*Ciao, piccoli bambini*[34] —dijo con ternura.

La habitación estaba llena de luz y de amor, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba completo.

Éramos uno solo.

Descansé un poco mientras Massimo se encargaba de todo y guiaba a Giovanni para que ayudara con los bebés.

Mientras los observaba interactuar, comprendí que nada podría habernos impedido llegar hasta aquí.

Porque había esperanza, entrega y, sobre todo, amor.

Claro que muchas cosas aún no quedaban en el pasado, algunas seguían doliendo, pero tenía la absoluta certeza de que los momentos difíciles y de incertidumbre habían valido la pena.

Porque al final, yo tenía a mi familia, completa y feliz.

La sensación de paz y alegría que nos envolvía era indescriptible.

Massimo se acercó y me besó los labios con suavidad.

—Gracias, Gabriela.

—¿Gracias por qué?

—Desde la primera vez que te vi, supe que por más simples o tontos que fueran mis sueños, tú los convertirías en realidad.

Sonreí, sintiendo las lágrimas correr por mi rostro.

—Lo logramos juntos, Massimo. Ahora somos una familia. Y tú también hiciste realidad todos mis sueños.

Estiré los brazos para sostener a mis hijos.

Sentir sus corazones latiendo contra el mío era algo surreal.

Apenas podía creer que había dado a luz a esas criaturas perfectas.

Al mirarlos, fui invadida por una gratitud que iba más allá de las palabras.

Lorenzo y Catarina eran el símbolo de nuestro amor y dedicación, y sabía que Massimo y yo —y Giovanni, por supuesto— haríamos todo lo posible por darles la mejor vida.

Massimo me miró con ternura y prometió:

—Siempre estaré aquí para ti y para nuestros hijos. Voy a cuidarlos, pero sobre todo a ti. Y enfrentaremos todo juntos, como

siempre lo hemos hecho. Y vamos a ganar.

Sus palabras resonaban en mi corazón.

Pero al mirar el rostro de Giovanni, lo fuerte y radiante que se veía, y a nuestros bebés tan llenos de vida y perfección, discrepé de Massimo por primera vez.

Nosotros no íbamos a ganar.

No importaba el futuro incierto, los problemas o las personas que intentaran interponerse.

La enfermedad no me asustaba.

Las amenazas no podían detenernos.

Y quien intentara hacernos daño, se enfrentaría a una familia unida y protegida por Dios.

Nosotros... ya habíamos ganado.

Epílogo

Gabriela Zampieri

2 años después.

Habían pasado dos años desde el nacimiento de Catarina y Lorenzo, y nuestra vida estaba más llena de amor y felicidad de lo que jamás podría haber imaginado.

Massimo y yo nos adaptamos rápidamente a nuestra nueva rutina como padres de gemelos, y Giovanni era un hermano mayor maravilloso, siempre dispuesto a ayudar y cuidar de los pequeños.

Decidimos celebrar el segundo cumpleaños de los gemelos en Brasil, así que allí estábamos, en una soleada mañana de domingo, en la azotea del Hotel 6 Continentes, en Copacabana.

Incluso después de tantos años, todavía me impresionaba la vista a la playa: era deslumbrante, con el mar azul brillando bajo el sol y la arena blanca extendiéndose por kilómetros.

Yo estaba en la cocina de nuestra suite, preparando el desayuno.

Catarina y Lorenzo estaban sentados en sus sillitas, moviendo los pies y jugando con sus juguetes.

Massimo estaba a su lado, ayudándoles a comer trocitos de fruta y pan.

—*Papà, ¡uva!* —pidió Catarina, extendiendo sus manitas hacia su padre.

Me hacía gracia cómo mezclaban el italiano y el portugués como si fueran un solo idioma.

Y los gemelos parecían tan fluidos en esa lengua híbrida que simplemente nos adaptamos.

—Aquí tienes, mi princesa —respondió Massimo con una sonrisa, poniendo más uvas sin semillas en su platito.

Lorenzo, que siempre había demostrado ser muy competitivo con su hermana, aplaudió y señaló la jarra de zumo de naranja.

—*¡Suco! ¡Succo d'arancia!*[35] —exclamó, con los ojitos brillando de emoción.

—Claro, mi príncipe. —Massimo le sirvió más zumo en su vasito, que él sostuvo con cuidado y bebió de un gran sorbo... empapándose entero.

La forma en que Massimo interactuaba con nuestros hijos simplemente me derretía el corazón.

Era un padre dedicado y amoroso, siempre presente y dispuesto a hacer cualquier cosa por ellos, además de ayudarme con todas las tareas.

Yo todavía tenía dificultades para confiar en alguien que cuidara de los gemelos, por todo lo que pasó con Giovanni, así que me dedicaba a tiempo completo.

Sin embargo, tuve la suerte de poder contar con el apoyo de mis hermanas y amigas, que se turnaban para ayudar en casa. Y yo también estaba deseando ayudarlas cuando les llegara el momento de tener hijos.

Giovanni entró en la cocina, sosteniendo a *Biscotto*, el conejito de ganchillo que le había hecho años atrás.

Se acercó a mí y me abrazó, apoyando la cabeza en mi vientre.

—Buenos días, mamá —dijo, aún medio dormido.

—Buenos días, mi amor —lo saludé, besando la parte superior de su cabeza—. ¿Dormiste bien?

—Sí. Soñé que estábamos todos en la playa, jugando en la arena —sonrió, con los ojos brillando al recordar el sueño.

—Qué sueño tan bonito. Tal vez podamos ir a la playa pronto —sugerí, mirando a Massimo, que asintió con entusiasmo.

—Me parece una excelente idea —dijo él.

Lorenzo comenzó a inclinarse para quitarle el Biscotto a Giovanni.

—¡Mío! ¡Mío!

Y aunque Giovanni solía ser muy cariñoso, no dejaba que los gemelos jugaran con el conejito, porque la última vez había terminado babeado y cubierto de comida.

—¡Dá! —pidió Catarina.

Massimo limpió las caritas de los niños y luego los alzó en brazos, acercándose a mí.

—¿Qué os parece si pasamos el día en la playa?

El enfoque de los tres cambió de inmediato.

—¡*Spiaggia*![36] —gritó Catarina, emocionada.

Lorenzo se movía en los brazos de su padre, dividido entre querer a *Biscotto* e ir a la playa.

—¡Me encantaría ir a la playa! —exclamó Giovanni, saltando de alegría.

Después del desayuno, empezamos a prepararnos para el día en la playa.

Giovanni ayudó a guardar las toallas y los juguetes en la bolsa, mientras yo preparaba bocadillos y bebidas para llevar.

Massimo vistió a Catarina y Lorenzo con ropa ligera y cómoda, listos para un día de diversión al aire libre. Luego les puso protector solar a todos los niños.

Cuando por fin llegamos a la playa de Copacabana, la vista era impresionante.

Pisé la arena blanca y suave, matando la nostalgia de mi hogar.

Me quedé quieta mientras Massimo me aplicaba protector solar, y nuestros guardaespaldas buscaban un lugar perfecto para instalarnos.

Una vez elegido el sitio, se posicionaron estratégicamente para estar atentos a cualquier cosa.

Giovanni comenzó a construir un castillo de arena con Catarina y Lorenzo, que parecían estar tramando un plan silencioso para robarle el *Biscotto*.

Massimo y yo nos sentamos en sillas de playa cómodas, observando a nuestros hijos jugar.

La brisa marina era refrescante y el sonido de las olas rompiendo en la orilla creaba un ambiente tranquilo y relajante.

—Están tan felices —dije, apoyando mi cabeza en el hombro de Massimo.

—¿Y tú no? —Me tomó de la mano y la besó.

—Sí, claro que sí. ¿Y tú? Volver a Brasil siempre me llena de nostalgia...

—Por supuesto que soy feliz. Tengo todo lo que siempre soñé: una familia maravillosa y la mujer que amo.

Lo miré, sintiendo una oleada de emoción.

Su mirada seguía estando llena de amor y devoción.

A veces me daba miedo que Massimo se cansara de mí o que la pasión entre nosotros disminuyera, pero todo lo contrario: con el tiempo, solo se intensificaba, como un buen vino.

—Te amo, Massimo —declaré, besando suavemente sus labios.

—Yo te amo más, *donna mia* —respondió, sonriendo contra mi boca.

—¿Sabes en qué estaba pensando? En una tontería...

—Dime.

—Siempre quise... hacerlo en la playa —le confesé con una sonrisa traviesa—. Una cosa de adolescente, no sé.

—Entonces estaré pendiente del movimiento en la playa y te aviso en cuanto se despeje un poco. —Mordisqueó mi labio inferior y apretó mi muslo—. O te llevo a una playa más privada.

—Tonto. No hace falta.

—¿Me estás pidiendo que no cumpla los deseos de mi mujer? —Se rió.

Entrelacé nuestros dedos y ajusté mi postura para tomar un poco de sol.

Pasamos el día jugando en la arena, construyendo castillos, nadando en el mar y aprovechando cada momento juntos.

Giovanni era un hermano mayor ejemplar, siempre pendiente de Catarina y Lorenzo, asegurándose de que se divirtieran.

Massimo y yo nos turnábamos para jugar con ellos y garantizar que todos estuvieran seguros y felices.

Al final de la tarde, mientras el sol comenzaba a ponerse, decidimos presenciar ese espectáculo mientras hacíamos un picnic improvisado en la arena, con las delicias de los restaurantes del Hotel 6 Continentes.

—Mirad el cielo, niños —dije, señalando el horizonte—. El sol se está poniendo. Esos colores no los encontraréis en ningún otro lugar del mundo.

Catarina y Lorenzo miraron hacia arriba, maravillados con los tonos naranjas, rosados y dorados que pintaban el cielo.

—*È bello, mamma*[37] —dijo Catarina, sus ojos brillando con la belleza del momento.

—Sí, lo es —asentí, sintiéndome agradecida de poder compartir ese instante con mi familia.

Massimo tomó mi mano y miró a nuestros hijos, su sonrisa reflejando la felicidad que sentíamos.

—Cada vez que vengo a este lugar, siento que es nuestro paraíso, Gabriela —comentó con suavidad.

—Sí. Despierta recuerdos muy hermosos —dije, apretando su mano.

Después del picnic, Giovanni sugirió que diéramos un paseo por la playa.

Nos levantamos y caminamos juntos, sintiendo la arena suave bajo los pies y el sonido de las olas rompiendo en la orilla.

—Papá, ¿podemos buscar conchas? —preguntó Giovanni.

—Es raro encontrar conchas por aquí —advertí—. Así que no tarden, que el cumpleaños de los gemelos está por comenzar y los invitados deben de estar por llegar.

—Sí, mamá.

—Vamos a buscar. Quizás tengamos suerte —dijo Massimo, animando a su hijo.

Estuvieron casi cuarenta minutos recorriendo la playa.

Catarina, que estaba conmigo, soltó mi mano y me hizo entrar en pánico.

Dos guardaespaldas se movilizaron para correr tras ella, junto conmigo, cuando se acercó al mar.

La pequeña se agachó, recogió algo y volvió corriendo.

—Mira, *mamma*.

Me enseñó una pequeña concha rosa que había encontrado.

—¿Bella?

—Preciosa, hija. Tuviste suerte y el mar te dio un regalo de cumpleaños. —La levanté en brazos, para asegurarme de que no volvería a correr.

Giovanni y Lorenzo no tuvieron tanta suerte. Encontraron monedas, un reloj digital e incluso una pequeña amatista, pero ninguna concha marina.

Cuando el sol finalmente desapareció en el horizonte, decidimos regresar al hotel.

Massimo y yo preparamos un baño caliente para los niños, y yo los vestí mientras su padre se duchaba.

Fui la última en estar lista y bajar al salón de fiestas del hotel, que ya estaba decorado para celebrar el cumpleaños de los pequeños.

La hermana Danka, Maia, otras monjas y los niños del orfanato ya habían llegado.

El padre de Massimo también estaba presente y no dejaba de mimar a los nietos mientras les mostraba toda la decoración.

—¡Qué bueno que vinisteis! —abrazé a Kalinca y luego a Priscila.

—¿Y nos lo íbamos a perder? ¡Ni loca! —Kalinca se echó el pelo hacia atrás—. ¿Cuándo volvéis a Milán?

—Solo Dios sabe. Massimo tiene asuntos que resolver en Estados Unidos y Canadá, así que estaremos un tiempo por allá. Creo que volveremos a casa en unos tres meses...

—Ay, qué vida tan difícil, ¿no, Gabriela? —Priscila puso las manos en la cintura—. Esa vida de esposa de billonario, teniendo que viajar

por todo el mundo...

—No está tan mal. Pero echo de menos casa.

Bianca y Raíssa se unieron a nosotras para beber y picar algo.

Nos sentamos a ponernos al día de todo lo que pasaba y empezamos a planear nuestro próximo viaje juntas a alguna parte del mundo.

—Podríamos ir todas a Corea del Sur —propuso Priscila.

—¡Dios me libre! ¿Pasar tantas horas en un avión? —Kalinca hasta perdió el color—. No, hija, yo soy zorra, no atún en lata.

La noche fue animada y divertida, los niños gastaron hasta la última gota de energía bailando y recibiendo regalos de su gran familia.

Después, los llevamos de regreso a la azotea para dormir.

Cuando la cobertura se sumió en un silencio profundo, Massimo y yo nos sentamos en la sala de estar, disfrutando de un momento de tranquilidad.

Él rodeó mis hombros con su brazo y me atrajo hacia sí, besando suavemente mi nuca.

—Hoy fue un día perfecto —dije, suspirando de satisfacción.

—Lo fue —coincidió, su mirada llena de amor—. Todos se divirtieron muchísimo.

—¿Tú te divertiste?

—Ni trabajé.

Cerré los ojos, sintiéndome completamente en paz.

Me quité los tacones de una patada, estiré las piernas y suspiré largamente mientras sentía sus brazos calentarme el cuerpo.

—Y entonces... ¿vamos a la playa? —mordió mi cuello.

—¿¡Qué!? —le di una palmada en el pecho—. ¿Massimo?

—Dijiste que tenías ganas...

—¿Y tu misión en la vida es cumplir con todo lo que yo quiero? —repliqué, fingiendo indignación.

—¿Cómo lo adivinaste? —me lanzó sobre el sofá y me inmovilizó bajo su cuerpo.

Comenzó a besarme con tanta intensidad que rápidamente perdí la noción de dónde estaba... y de quién era.

—Ha sido un día largo. ¿Seguro que no quieres descansar?

—La noche es joven, *donna mia* —entrelazó nuestros dedos—. Y un día sin aprovecharla contigo... es un crimen.

Epílogo 2

Gabriela Zampieri

Años después.

Estaba sentada en la cabecera de una larga mesa de madera rústica, decorada con flores frescas y una amplia variedad de platos tradicionales italianos.

Era un día soleado en Milán, y la luz del sol se filtraba entre los frondosos árboles que nos rodeaban, bañándolo todo en un resplandor dorado.

El murmullo de conversaciones animadas y risas llenaba el ambiente, creando una sensación de calidez y felicidad que parecía abrazarnos a todos.

A mi derecha estaba Kalinca, mi hermana mayor.

Estaba radiante, contando una historia muy graciosa sobre cómo conoció a Thiago y cómo aquello solo podía acabar mal... tres hijos preciosos.

A mi izquierda, Priscila, mi hermana gemela, mostraba fotos de sus hijos, que estaban en Corea del Sur con su padre, visitando a la abuela.

Bianca y Raíssa hacían gestos divertidos al ver los ojitos rasgados de los niños.

La alegría de tener a mi familia y amigas reunidas aquí, en Milán, era algo que jamás habría imaginado posible.

Massimo estaba frente a mí, al otro lado de la mesa, conversando con Giovanni, que ahora era un adolescente alto y elegante.

Parecían estar discutiendo algo serio, pero los ojos de Massimo brillaban con orgullo.

Giovanni era un joven inteligente y bondadoso, y ver la relación entre él y su padre florecer me llenaba de felicidad.

—Gabriela, ¡estos platos están maravillosos! —dijo Pietra, prima de Massimo, una de las que en el pasado me había tratado con más sarcasmo—. Realmente te has superado esta vez.

—Gracias, querida —respondí con una sonrisa—, pero no puedo llevarme todo el mérito. Mis hermanas me ayudaron.

—Todavía no lo entiendo, ¿cuáles de ellas son tus hermanas? —preguntó la tía abuela de Massimo, señalando a las chicas.

—Todas las cuatro —respondí con una gran sonrisa.

Raíssa rió y negó con la cabeza.

—Sabes que nos encanta ayudar. Y además, siempre es una excusa para pasar más tiempo juntas.

Miré a mi alrededor, contemplando todos aquellos rostros queridos y familiares, y sentí una oleada de gratitud.

Aquel clima terrible de guerra fría y juicios había quedado atrás.

Antes, la *Nonna* se sentaba en el centro de la mesa y siempre se le consultaba cualquier opinión. Ahora, esa persona era yo.

Algunos me llamaban *Nonna*, aunque fuera más joven que la mayoría, pero entendí que era más bien un cargo, un título, una posición.

Y la acepté de buen grado.

A diferencia de la *Nonna*, intenté mantener a la familia unida con un lazo de amor y confianza, no de manipulación y dominio.

Y podía ver que había funcionado.

Los Zampieri que habían sido apartados de la familia, habían vuelto.

Al principio, yo quería que ese esquema de «jefe de familia» se acabara.

Pero cuando vi que, si no tomaba yo las riendas, una de las primas de Massimo asumiría ese papel y sería tan cruel como la abuela... entonces tomé el poder.

Ellos no sabían hacerlo de otra forma. Yo sí.

Y como le prometí a Massimo, mantendría a la familia unida, más que nunca.

Era un milagro que todo esto hubiera sucedido.

Después de tantas dificultades, estábamos aquí, juntos y felices.

—*Nonna*, ¿puedo hablar contigo sobre los nuevos proyectos de diseño? —preguntó Sophia, la hermana de Massimo, interrumpiendo mis pensamientos.

Estaba de pie, con un portafolio de bocetos en las manos.

—Ya te he dicho que me llames Gabriela —le respondí, girándome hacia ella, curiosa por ver lo que había creado—. Y claro que puedes. Kalinca, ¿puedes dejar sitio para que Sophia se siente?

—Por supuesto, hermanita. Vigilaré a los niños.

—Gracias.

Sophia abrió el portafolio y empezó a mostrarme los nuevos diseños para las habitaciones de lujo de nuestros hoteles.

Cada detalle era impresionante, desde los tejidos elegantes hasta las combinaciones de colores sofisticadas.

—¡Esto es maravilloso, Sophia! —exclamé, maravillada con su talento—. Has captado exactamente la esencia de lo que queremos ofrecer a nuestros huéspedes. Estoy segura de que les encantará.

Ella sonrió, visiblemente aliviada por mi elogio.

—Me alegra que te haya gustado, Gabriela. He puesto todo mi corazón en estos proyectos.

—Siempre lo haces, querida. Eres muy buena, y quien diga lo contrario ha perdido el juicio. —Le apreté la mano con suavidad—. ¿Cómo están tus niñas?

—¡Bien! —se emocionó, y unas lágrimas comenzaron a rodar en silencio por su rostro.

—No llores —saqué un pañuelo de mi bolso y se lo entregué—. ¿Qué ha pasado? ¿Todo bien en casa? ¿Quieres que llame a Santo?

—No, es solo que... nunca nadie había reconocido así mi talento.

—Eres perfeccionista, Sophia. Tu cuidado por el diseño es exquisito. Y nadie puede decir lo contrario. Ni siquiera yo. —Le guiñé

un ojo.

Mientras seguíamos hablando sobre los detalles de los diseños, observé a mis hijos corriendo y jugando con los demás niños Zampieri en el jardín.

Sus risas se mezclaban con el canto de los pájaros y el sonido de las hojas movidas por el viento.

Era una escena de pura alegría e inocencia, algo que nunca me cansaba de contemplar.

Giovanni se acercó a mí, y pasé un brazo por encima de sus hombros, sintiendo el calor y la seguridad de su presencia.

Se había convertido en un joven extraordinario, lleno de compasión y sabiduría.

El camino que habíamos recorrido juntos nos había unido de una forma que nunca habría imaginado posible.

—Mamá, ¿has visto lo rápido que corre Lorenzo? —preguntó Giovanni, señalando a su hermano pequeño, que corría como un rayo por el jardín.

—Sí, se lo está pasando genial —respondí, riendo—. Creo que ha heredado la energía de su padre. Y hablando de eso, ¿qué te parece si lo apuntamos a una escuelita de fútbol?

—Buena idea. Le va a encantar —coincidió Giovanni.

Massimo se acercó, escuchando nuestra conversación, y me sonrió.

—Creo que ha llegado el momento de tener cuatro o seis más...

—¿Seis? —Abrí los ojos como platos y pedí ayuda a Giovanni—. Apenas me recuperé del huracán Lorenzo y Catarina...

—Es broma. Pero da gusto ver la casa llena, ¿verdad? Hasta me entran ganas de comprar una propiedad más grande. De repente, la familia ha crecido vertiginosamente...

Asentí, sintiendo una paz profunda. Era cierto.

Habíamos enfrentado muchos desafíos, pero al final, el amor y la determinación nos habían traído hasta aquí.

Y yo sabía que seguiríamos enfrentando todo juntos, como una familia. Y creceríamos aún más.

Solo Raíssa no había tenido hijos todavía.

El almuerzo siguió con todos conversando animadamente y disfrutando de la compañía mutua.

Era emocionante ver a familiares que no se veían desde hacía 40, 50 años reencontrarse y retomar sus vínculos.

Eso era lo que siempre había soñado.

Sentir que algo se estaba curando dentro de esta familia, dentro de mí, y tener la certeza de que los niños no vivirían los mismos problemas nos daba fuerza, y la recompensa de saber que todo lo que había vivido había valido la pena.

Más tarde, mientras todos se dispersaban por el jardín para disfrutar los postres, Massimo y yo nos sentamos juntos en una pequeña mesa apartada.

Él tomó mi mano, con los ojos brillando de amor y gratitud.

—¿He logrado darte todo lo que siempre soñaste? —su voz fue suave.

—Massimo, me diste cosas que ni siquiera sabía que podía soñar —apoyé la cabeza en su hombro—. Hoy es un día histórico. Estoy muy feliz.

—Yo también.

Se inclinó y me besó con suavidad, un gesto que aún me provocaba mariposas en el estómago.

Era increíble cómo nuestro amor había crecido y se había fortalecido con el tiempo.

Un amor que resistió todas las tormentas y que aún florecía, sin importar cuánto pasara el tiempo.

Mientras observábamos a nuestros hijos jugar y a nuestras familias interactuar con armonía, sentí una profunda sensación de plenitud.

Todo lo que siempre soñé estaba allí, justo delante de mis ojos.

Tenía una familia unida, amigas leales y un amor más fuerte que cualquier obstáculo.

—¿Qué es eso de que te llaman *Nonna*? —comentó Priscila, uniéndose a nosotros con una sonrisa—. ¿Acaso tienes pinta de

vieja?

Agarré lo primero que vi y se lo lancé.

—¡Vieja tú! —Me acomodé el vestido y el sujetador.

—Es una forma respetuosa de llamar a la jefa de la familia —explicó Massimo.

—¿Y la jefa eres tú... y no él? —Priscila frunció el ceño.

—Sí. Normalmente es una mujer, para mantener el equilibrio.

—Ya entiendo. Creo que voy a hacerme pasar por ti algunas veces, a ver si me cae algún regalo... —dijo con una mirada pícara —. Pero esto tiene un aire un poco mafioso, ¿no?

Massimo hizo un gesto con la mano, como diciendo «más o menos».

—En fin, solo quería decirte que Kalinca y yo estamos orgullosas de verte liderar esta familia con tanta gracia y sabiduría. Es inspirador.

—Gracias, Priscila —agradecí, sinceramente conmovida por sus palabras—. Pero no podría hacerlo sin el apoyo de todos vosotros. Sois mi roca, mi fuerza.

Kalinca se acercó y me abrazó.

—Estamos todos aquí para ti, Gabi. Y nos hace muy felices verte florecer en esta nueva etapa de tu vida.

—Y yo estoy agradecida por cada uno de vosotros —afirmé, con la voz cargada de emoción—. Sois mi familia, mi mundo. Y juntos, podemos lograr cualquier cosa.

El resto de la tarde transcurrió en un torbellino de felicidad y celebración.

Los niños siguieron jugando, los adultos charlaban y reían, y una sensación de unidad y amor impregnaba cada instante.

Era un día que sabía que guardaría para siempre en mi corazón, un recordatorio de que, a pesar de todas las dificultades, el amor siempre triunfa.

Más tarde, cuando el sol empezó a ponerse, tiñendo el cielo de colores espectaculares, todos volvieron a reunirse alrededor de la mesa.

Massimo se levantó, con una copa de vino en la mano, y propuso un brindis.

—Por nuestra familia —dijo, con la voz llena de emoción—. Por nuestra unión, nuestro amor y nuestra determinación. Aunque vivamos en distintos continentes, somos uno solo. En nombre de la jefa de esta familia, quiero desear que sigamos creciendo juntos y enfrentando todos los desafíos con valentía y esperanza. Y, sobre todo, que seamos siempre felices.

Todos alzaron sus copas y brindaron.

Miré a Massimo, sintiendo que el corazón se me desbordaba de amor.

Él era mi refugio, mi compañero, mi todo.

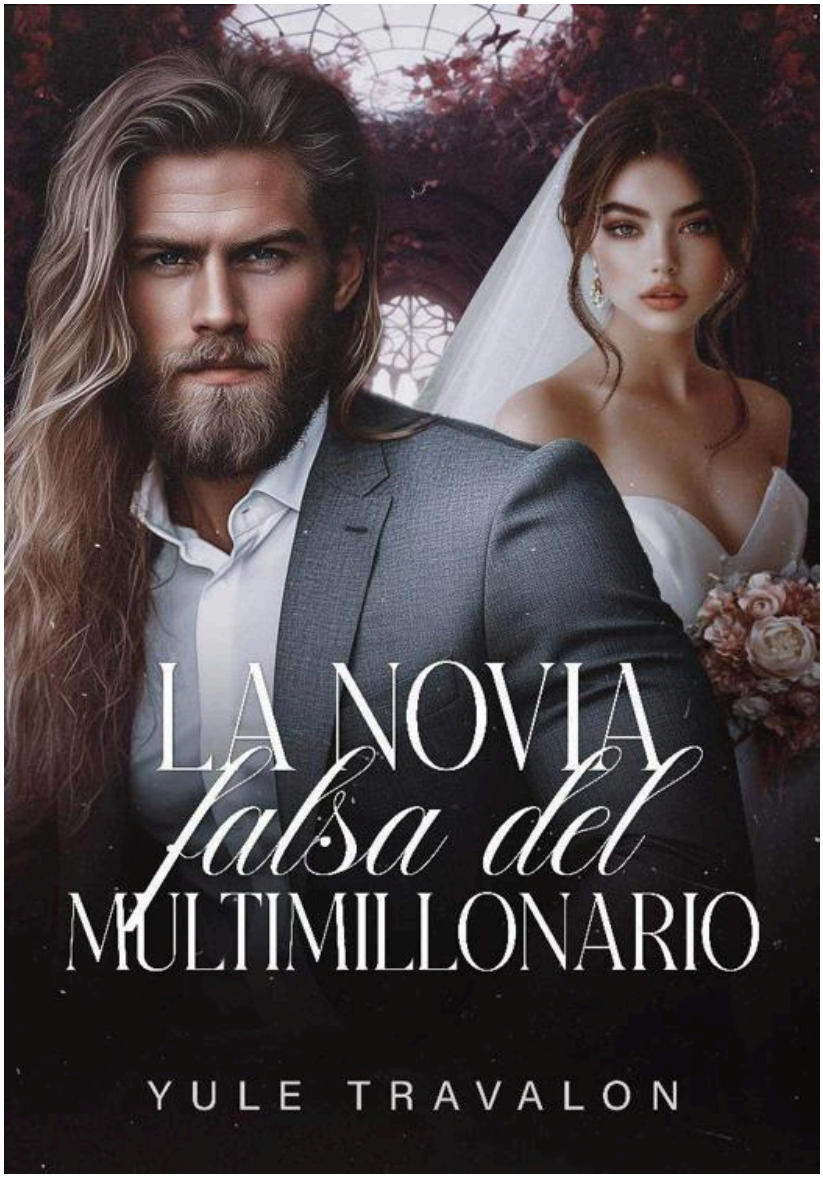
Y saber que estábamos juntos, preparados para enfrentar el futuro de la mano, era la mayor felicidad que podía imaginar.

Mientras todos sonreían y brindaban, sentí una oleada de paz y felicidad envolviéndome.

Estábamos donde debíamos estar: juntos, unidos y felices.

Y, en lo más profundo de mi corazón, sabía que nuestro amor era lo bastante fuerte como para enfrentar cualquier cosa que el futuro nos pusiera por delante.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MQWXZL

ENEMIES TO LOVERS + RELACIÓN FALSA + OPUESTOS QUE SE ATRAEN + NIÑAS ADORABLES + PAREJA PERRO Y GATO

+ SECRETOS DEL PASADO

Thiago Zampieri tiene todo lo que el dinero puede comprar: lujo, poder y una vida sin ataduras. Como heredero italiano de un imperio, es famoso por su estilo de vida extravagante y su aversión a los compromisos. Las mujeres entran y salen de su vida sin que él mire atrás; su única lealtad es hacia el trabajo.

Kalinca Oliveira es todo lo contrario a Thiago. Ha tenido que luchar por cada cosa que ha conseguido y, a pesar de las dificultades, nunca ha perdido la fuerza ni el brillo que la hacen única. Sin pelos en la lengua y con una determinación de acero, Kalinca no se inclina ante nadie. Pero, detrás de esa gran amiga y de su valentía inquebrantable, esconde una inseguridad: la creencia de que no merece ser plenamente feliz.

Cuando el destino los pone cara a cara, el choque es inevitable. Un encuentro inesperado y una situación complicada los obligan a llegar a un acuerdo inusual: fingir que están en una relación para que Thiago consiga la custodia de sus sobrinas y Kalinca se libre de un gran peligro. Sin embargo, en medio de esta farsa, surge un deseo

incontrolable y sentimientos reales que cambiarán sus vidas para siempre.

Thiago tendrá que decidir si está dispuesto a renunciar a la vida que siempre ha conocido y enfrentarse a sus propios demonios por amor. Kalinca, por su parte, deberá luchar contra sus inseguridades y aceptar que merece la felicidad con la que siempre ha soñado.

Entre secretos del pasado, chispas intensas y una pasión desbordante, descubrirán que el amor verdadero puede aparecer cuando menos te lo esperas.

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F35JTX14

AGE GAP + JEFE / EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + GRUMPY vs SUNSHINE + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo.

Daniel va a pagar.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] ¿Qué carajo estás haciendo?
[2] Te pregunté: ¿qué carajo crees que estás haciendo?
[3] Está bien.
[4] ¿Qué carajo estás haciendo?
[5] Está bien.
[6] Massimo, por favor.
[7] Hiciste un gran trabajo, Gabriela.
[8] ¿Quieres decirle algo a papá, Giovanni?
[9] No lo sé

[10] ¿Es esto?
[11] Biscotto hizo esto (Biscotto: «galleta» en italiano; es el nombre del conejito imaginario de Giovanni)
[12] Biscotto, ¿eh?
[13] Biscotto tenía hambre
[14] Discúlpate con Gabriela
[15] ¡Biscotto, pídele disculpas a Gabriela!
[16] ¿Qué dices, hijo?
[17] Hermoso.
[18] ¡Abuela!
[19] ¡vamos!
[20] Vamos, no tenemos todo el día.
[21] Conejito.
[22] ¿Qué es esto?
[23] Chocolate.
[24] Conejito Biscotto... come pastel de chocolate
[25] Muy bien.
[26] Mi niña.
[27] Mi mujer.
[28] ¡Massimo, mi querido!
[29] Señora
[30] Muchas gracias, señora Elena
[31] Sí, señora.
[32] Más o menos.
[33] Hola, Giovanni
[34] Hola, hijitos.
[35] ¡Zumo de naranja!
[36] ¡Playa!
[37] Es hermoso, mami.